Mayra Montero

LA TARDE QUE BOBBY NO BAJÓ A JUGAR

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Esta historia comienza y termina en La Habana...
Oritías
La necesidad de un beso
Los chinos bombardean La Habana
La eternidad en una butaca
Que tu boca sea santa
«Alguien que cuide de mí»
El corazón del oso
Divinos animales
Palpar la vida con mis manos
La apertura del alfil
¿Te enviaron los rusos?
«Chess traps»
Algo que odias
¿Por qué no te mueres, Bobby Fischer?
La medida del amor
¿Qué te ha dado esa mujer?
Nocturno
Un juego para vagabundos
La ropa de los locos
Como un alma fatal
El don del Mago de Riga
Corazones rotos, corazones de piedra
Últimas palabras

A través de su reino
Locura azul
Patria
Carta de una desconocida
A fines de marzo de 1972...
Nota de la autora
AGRADECIMIENTOS
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Esta historia comienza y termina en La Habana...
Oritías
La necesidad de un beso
Los chinos bombardean La Habana
La eternidad en una butaca
Que tu boca sea santa
«Alguien que cuide de mí»
El corazón del oso
Divinos animales
Palpar la vida con mis manos
La apertura del alfil
¿Te enviaron los rusos?
«Chess traps»
Algo que odias
¿Por qué no te mueres, Bobby Fischer?
La medida del amor
¿Qué te ha dado esa mujer?
Nocturno
Un juego para vagabundos
La ropa de los locos
Como un alma fatal
El don del Mago de Riga
Corazones rotos, corazones de piedra

Últimas palabras
A través de su reino
Locura azul
Patria
Carta de una desconocida
A fines de marzo de 1972...
Nota de la autora
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Sinopsis

Un gélido jueves de enero de 2008, en un hospital de Reikiavik, el doctor Stoltz colocaba un alfil en la mano vencida de Bobby Fischer, quien fuera el mejor ajedrecista del mundo, para que, al apretar en ella la pieza, las venas de su brazo se hincharan y así poder inyectarle una dosis compasiva de morfina. Aunque, en realidad, esta narración arranca más de cuarenta años atrás, con un Bobby Fischer admirado por todo el mundo que visita Cuba en 1966 para disputar un torneo, y entrelaza dos historias de amor, dos pasiones vividas con una revolución como telón de fondo. La de Miriam, que a sus catorce años tiene un breve e intenso romance con el ajedrecista, y la de un misterioso cubano de origen polaco que cae rendido a los pies de la madre del gran maestro diez años antes. Dos pasiones amorosas en dos momentos históricos de Cuba, aquella que floreció al calor de los casinos y la industria del turismo que comandaban los gánsteres desde Florida, y la que quedó después de que la Revolución arrasara el espejismo capitalista. Mayra Montero recrea con maestría dos épocas de una ciudad, La Habana, que ya ha desaparecido.

La tarde que Bobby no bajó a jugar

Mayra Montero

TUSQUETS EDITORES

Para la escritora Rosa Montero,
porque lo prometido no es deuda, sino cariño.
A la memoria de Bobby Fischer,
con la cajita, con los anillos,
con la melancolía que he ido dejando en Selfoss.

I felt my life with both my hands
To see if it was there—

EMILY DICKINSON

... en pena tristemente se hundieron mis apretadas cejas, entonces di con alguien que los surcos de mi frente pudo suavizar.

EGILL SKALLAGRÍMSSON, poeta islandés del siglo X

Encuentro, perdida en el resplandor de un día soleado, la felicidad de un hombre infeliz...

KÁRI STEFÁNSSON, genetista islandés del siglo XXI

Esta historia comienza y termina en La Habana.
O se origina en Nueva York y se desploma en Tokio.
O tal vez, para mayor exactitud, deba decir que se inicia en Chicago y descansa para siempre en Islandia, bajo la lápida de mármol donde pone su nombre, Robert James Fischer, y las dos fechas que marcan su paso por el mundo: 9 de marzo de 1943 - 17 de enero de 2008.
Fue en la capital de Islandia, precisamente, donde, casi un siglo antes de la muerte del ajedrecista, un chamán inuit conocido por Aua conversó por vez primera con el explorador Knud Rasmussen (con los años, hablarían muchas veces), en la misma tienda a la que ambos habían ido a comprar municiones. Sentados sobre una piel de foca y tomando sorbitos de café, el chamán le aseguró al explorador que «era un error pensar que la vida comenzaba en el vientre materno, o en los meses cautivos y borrosos en que tomamos forma. Ni siquiera surge en el momento en que nacemos, hambrientos y ateridos, para ser ofrecidos como sacrificio a la luz. Es la luz la que deforma al espíritu por cierto tiempo, corto o largo, y solo entonces, al exhalar el último suspiro, comprendemos que en la oscuridad está la razón». Rasmussen vaciló entre escribir razón o infinito, que en el dialecto polar de los inuit son dos palabras que suenan exactamente igual. En el caso de Bobby Fischer, una u otra también eran intercambiables. Esa comprensión a la que se refirió el chamán le sobrevino a destiempo, hacia el alba de su juventud, en plena claridad y cuando aún le quedaban algunas décadas de vida. Fue como un acto de desobediencia que, deliberado o no, rápido le costó el alma.
El 23 de marzo de 2005, recién cumplidos los sesenta y dos años, Fischer arribó al aeropuerto de Keflavik, en un vuelo de Scandinavian Airlines, con el pasaporte islandés que le otorgaron en memoria de la proeza ajedrecística que había tenido lugar en 1972, en lo que fue

denominado el *«match* del siglo». Estaba desdentado por culpa de los puñetazos que le propinaron en la cárcel japonesa de Ushiku, donde fue encarcelado por intentar salir de Tokio con un pasaporte vencido. Las autoridades estadounidenses habían mandado arrestarlo por violar el decreto que le prohibía viajar a Belgrado, en plenas guerras yugoslavas, para jugar un *rematch* con su eterno rival, Boris Spassky. En aquella ocasión, y ante las cámaras que estaban a punto de transmitir la partida, Fischer escupió la carta-ultimátum que le habían cursado desde el Departamento de Estado, y a partir de entonces se convirtió en un prófugo.

Pasó ocho meses infernales en la prisión japonesa en la que a menudo fue castigado por atacar a los guardias o aullar sin consuelo, pero ni siquiera en Islandia fue capaz de recomponer su vida. Por el contrario, se agudizó su paranoia, hasta el punto de que se negó a que le arreglaran los dientes por miedo a que los rusos le colocaran un transmisor en la boca. Pasaba los días refugiado en una librería del casco antiguo, releyendo las historietas de Jimmy Hatlo, ídolo de su infancia, y en las largas tardes de invierno cabeceaba entre los anaqueles hasta caer rendido, por lo que a menudo el dueño de la librería, Bragi Kristjonsson, tenía que despertarlo a la hora de cerrar.

Fischer ya nunca sonreía, apenas podía masticar, y la infección de aquellas caries que lo martirizaban se extendió por su cuerpo y se empozó en los riñones, lo torturó con dolores extremos y finalmente le causó la muerte. En su gravedad, rechazó todos los tratamientos que hubieran podido prolongarle la vida. Solo aceptó, a última hora, que le inyectaran morfina, y esto por consejo del único extranjero del equipo médico, un psiquiatra de Estocolmo de apellido Stoltz, hijo de un ajedrecista sueco al que Fischer nunca vio jugar, pero cuyas partidas había estudiado concienzudamente. Antes de convencerlo, el doctor Stoltz sacó del bolsillo de su abrigo un alfil y lo depositó en la mano del paciente, a continuación le dijo que cerrara el puño para poder localizar la vena. Segundos antes de que Fischer se hundiera en la bruma del último navío, el psiquiatra le dejó saber que aquel alfil había pertenecido al gran maestro Gösta Stoltz, y él se lo regalaba.

Era un gélido jueves de enero, y un exagerado número de alcatraces

abandonó los acantilados y sobrevoló la ciudad, algo raro para la época. Más raro aún fue que dos osos polares, procedentes de Groenlandia, llegaran al mismo tiempo y de la misma forma —subidos en sendos bloques de hielo— a los alrededores del fiordo de Skaga. Rugían de hambre y dolor, y ambos fueron abatidos por los lugareños. Bobby Fischer había muerto ese día.

Con bastante premura, en medio de una intensa nevada, fue enterrado en el pequeño cementerio de Laugardælir, en las afueras de la ciudad de Selfoss. Solo un puñado de personas asistieron al sepelio, entre ellas la presidenta de la Federación Japonesa de Ajedrez, Miyoko Watai, con la que Fischer contrajo matrimonio mientras estaba preso, como parte del esfuerzo internacional para que no lo extraditaran a los Estados Unidos.

Algún tiempo después, exhumaron su cadáver a instancias de una mujer que declaró que el ajedrecista era el padre de su hija, nacida en Filipinas. Salieron a la luz el cráneo, el pesado esqueleto, los afilados huesos de las manos, una de las cuales todavía se aferraba a un alfil.

Las pruebas de paternidad demostraron que la niña no era suya. Volvieron a la fosa los restos, tintineando dentro del sudario nuevo. Era verano en Islandia y unas florecitas silvestres, de las que llaman «piojos», flameaban sobre la tierra removida.

Oritías

Todo lo malo que podía ocurrir en un mes, ocurrió en aquel septiembre.

El día 8, mi abuela cayó muerta. No se desvaneció o se derrumbó con más o menos suavidad, sino que se estampó contra el suelo, como si su propio corazón la hubiese empujado, con esa sed de venganza que tienen los corazones enjaulados que se marchitan y al final no perdonan. No le perdonó a mi abuela que fuera tan reservada y fría, ni que se callara los motivos de esa espesa amargura que supuró desde su juventud, y que transmitió de una manera u otra a sus seis hijos.

Aún estaba tibio su cadáver, cuando mi abuelo tomó la decisión de ahorcarse. De todos los fracasos de su vida, que fueron muchos y devastadores, ese ahorcamiento fue el peor de todos, ya que no murió. Se balanceó varios minutos sobre el brumoso lago de la muerte, y al final fue su robusto cuello —cuello indiano de reminiscencias guanches: un fajo de músculos, tendones, venas y poderosas vértebras — el que resistió sin quebrarse, misterio que nadie nunca se explicó. Cuando una de sus hijas se asomó al baño, extrañada de que no se hubiera sentado a almorzar, lo halló inconsciente y gris, la lengua afuera, moviendo los dedos de las manos como si tocara una mazurca en un piano invisible. Ella intentó gritar, pero ese grito se le congeló en la garganta: no le salió la voz, no fue capaz de moverse para pedir auxilio. Siguió resistiendo el ahorcado, y ya estaba más del lado de allá que del de acá, cuando otra de sus hijas, al ir en busca de la primera y toparse con la escena, corrió al comedor en busca de unas tijeras y de paso alertó a una vecina para que ayudara. Esta última abrazó a mi abuelo por las piernas y lo alzó para aflojar la presión de la soga, mientras mi tía —la única que estaba activa, la otra se había desmayado— metía el tijeretazo más importante de su vida. Era

modista, había cortado mucho, nunca nada tan impaciente como la soga de un ahorcado.

Sobrevivió el anciano con un enorme verdugón alrededor del cuello, una lombriz de sangre que hipnotizaba a los nietos que por aquellos días fuimos a verlo al hospital. Teníamos prohibido mencionar la soga o hablarle de «su enfermedad», y como él tampoco abrió la boca, nos limitamos a mirarlo, a observar sus mejillas hundidas, los párpados morados, y la oscura puntita de la lengua, que asomaba a los labios como la de un idiota. Así estuvimos un buen rato, los nietos locos por salir huyendo, y el abuelo loco porque lo dejáramos a solas. A mis trece años, ignoraba que esa no sería la última catástrofe de septiembre.

Por esos mismos días, mi madre comenzó a sufrir los ataques de nervios (ahora les llaman de ansiedad) que se saldaban con sollozos, desmayos, cortes que se autoinfligía en los brazos y la obsesión de visitar todos los días la tumba de mi abuela, a la que enterraron junto a un hermano fallecido en plena juventud, y del que nadie había vuelto a acordarse hasta que se necesitó un lugar para el descanso eterno de Panchita, que era como apodaban a la difunta. Sobre los restos de ese joven, muerto a consecuencia de un rayo, colocaron el féretro con su vieja hermana fallecida. «No se queda sola», le dije a mi madre, que me pegó la primera bofetada de varias que se le soltarían por motivo de sus arrebatos. No fue la más fuerte ni la más dolorosa, pero sí la más inmerecida, ¿no era aquel un comentario de consuelo?

Con los días descubrí que por los bordes de la losa escapaban legiones de gusanos ahítos, cosa que no le comenté a Greta (siempre llamé a mi madre por su segundo nombre), temerosa de que me mandara pisotearlos. Pero al final, en una de esas tardes en que nos presentamos casi a la hora en que cerraba el cementerio, los descubrió ella misma: «¡Gusanos!», balbuceó y rompió a llorar, temblando de arriba abajo. A mí se me ocurrió tranquilizarla diciéndole que esa misma noche llegarían los escarabajos, que por muy lejos que estuvieran eran capaces de olfatear las larvas que merodeaban por las tumbas frescas. Como me gustaban mucho los insectos, me desvivía por observarlos, y siempre leía un poco más de lo que nos enseñaban

en clase. Greta no me oyó, o le importaron un pepino mis teorías sobre los depredadores de los depredadores de cadáveres, así que se quitó el zapato y empezó a despanzurrarlos, le vi en los ojos que al hacerlo despanzurraba muchas otras cosas, no sé cuántas ni cuáles, quizás a mí misma, pues para ese entonces no me soportaba.

Al día siguiente, y quizás ese fue el verdadero punto de no retorno en nuestra relación, desapareció mi perro *Larry*. Greta llevaba días exigiéndole a mi padre que lo sacara de la casa, a lo que él accedió, probablemente para poder odiarla con mayor ahínco, sin pensar en la angustia que me causaría, ni condolerse del peregrinaje que me impuse a diario, yendo en busca del animal calle por calle, tratando de identificarlo entre las jaurías, o confundiéndolo con un ovillo que veía a lo lejos, y al que corría desesperada solo para descubrir que eran ladrillos ahumados, o trapos negros sacados de un antiguo féretro. En el lugar en que lo buscaba, La Quinta de los Molinos, por aquel tiempo estaban desenterrando los restos de los esclavos de los capitanes generales, no era extraño encontrar la tela de sus pantalones o de sus vestidos.

Incapaz de razonarlo entonces, supe en mi corazón que hay un momento en nuestras vidas en el que la inocencia se derrama como el líquido de un cuenco al recibir por azar un codazo. *Larry* no apareció y eso hizo que cambiara todo.

Al desgarro que me provocó su ausencia, se unió la circunstancia de que en los últimos días de septiembre me bajó la regla por primera vez. No fue una sangre normal que me corriera por las piernas, como les había pasado a otras muchachas de la secundaria, que huían hacia al baño sollozando, muriéndose de la vergüenza, mientras los varones cuchicheaban entre ellos. Lo que manchó mi ropa interior fue una pasta oscura y agria, parecida a la mermelada de ciruela búlgara, que era la única conserva que podíamos conseguir en La Habana.

Cuando le mostré a mi madre el blúmer manchado, murmuró esta frase: «Bueno, ya», y se encaramó en la cama para coger de lo alto del ropero de dos cuerpos la caja de Kotex que tenía guardada desde la Navidad de 1962, fecha en que los mercenarios que habían llegado en la invasión un año antes fueron liberados a cambio de tractores,

mantequilla de maní, puré de papa instantáneo, y unas botellas de sirope Hershey's que tomábamos por cucharadas, como si fuera un reconstituyente. En casa por primera vez se vieron cajas de *cornflakes* (ni siquiera antes de la Revolución habíamos desayunado *cornflakes)* y paquetes de olorosas mezclas para preparar tartas de fresa, pero con el tiempo todo se fue acabando excepto por la caja de Kotex, que mi mamá presumía de tener guardada para cuando su única hija «cayera mala».

Y lo cierto es que «caí mala» bastante tarde, estando a punto de cumplir catorce. Para entonces, todas las muchachas que conocía, aun las que eran menores que yo, llevaban mucho tiempo menstruando, intercambiando ese tipo de confidencia misteriosa para quien todavía no ha dado el salto a la pubertad: la complicidad, la exaltación, la jerga que solo domina la mujer que sangra.

Así que en septiembre de 1966 abrimos la caja y vi las almohadillas por primera vez. Mi madre me dio un elástico que se ceñía a nivel del ombligo, y dos imperdibles, uno para sujetar el Kotex por delante, y otro para sujetarlo por detrás. Eso fue todo.

Hacia primeros de octubre quedó fijada la reunión en que discutiríamos los pormenores del plan, un intercambio del que ya habíamos tenido noticia, pero en el que ni siquiera me paré a pensar. Regina había soltado la bomba una semana atrás, sin rodeos porque nos quería dejar a todas muertas, pálidas y desmayadas: nos ofrecían el *Rubber Soul,* de los Beatles, un LP con su carátula impecable, a cambio del autógrafo de un ajedrecista americano que en poco tiempo iba a llegar a Cuba. Hubo chillidos, gesticulaciones histéricas, un alboroto que se aplacó súbitamente cuando Adelaida (a quien llamábamos Laidi), nos echó un jarro de agua fría: a Regina le tenían que haber tomado el pelo, porque ¿quién querría deshacerse de un disco como ese a cambio de la firma de un jugador de ajedrez? Eso en primera, y en segunda: ¿dónde conseguiríamos a ese jugador y quién podría acercársele, viniendo de donde venía, o sea, del «Norte revuelto y brutal», que había dicho Martí?

Éramos cinco inseparables desde sexto grado. Un profesor de historia nos había bautizado como las Oritías, por ser escurridizas y taimadas

como la princesa griega raptada a plena luz del día por el dios del viento. En clase se le oía decir: «A ver, las Oritías, dejen el cuchicheo», y Oritías se nos quedó para siempre.

—Viernes siete a las cuatro en punto —resolvió Regina—, y no hablen de esto con nadie... Capestany mataría por quedarse con ese disco.

Capestany comandaba a casi todos los varones de la secundaria, y, cuando amanecía virado, se desquitaba con las muchachas. Alguna vez le pidió un lápiz prestado a Laidi y se lo devolvió con unos cuantos vellos púbicos enroscados en la goma. «¡Pendejos!», se horrorizó ella, y convocó a las Oritías para que los viéramos. Por lo demás, era un grandullón de cara redonda, con un pelo color azabache con el que se hacía tupé —alguien le había dicho que era igualito a Elvis—, y unas cejas perversas que movía a su gusto para intimidar o burlarse, según fuera el caso. A su favor obraba conocer la vida y milagros de los Beatles, el orden de todas sus canciones, que también cantaba a veces, en su propio inglés macarrónico o inventado.

—Se nos puede adelantar —advirtió Regina—. Si se entera de esto, buscará al dueño del disco hasta debajo de las piedras. Tú, Miriam, que siempre se te va la lengua, no me faltes el viernes.

Era conmigo y asentí sin chistar. Nunca se me iba la lengua, pero ella siempre largaba un comentario hiriente para dominarme. Lo que me preocupaba era otra cosa: si septiembre seguía siendo un mes maldito, y a esas alturas todavía faltaban dos días para que se acabara, era posible que ocurriera otra tragedia y no pudiera poner un pie fuera de casa. Las posibilidades eran incontables: mi madre podía caer de la azotea en uno de sus arrebatos, o tomarse un vaso de lejía, idea que no era del todo ajena a su cabeza porque ya había amenazado con hacerlo. También podía ocurrir que en una de las peloteras con mi padre, fuera él quien le atizara un golpe, mortal de necesidad, pues cada vez se hacía más obvio que Greta le hacía perder los estribos.

—Sin excusas ni pretextos —exhortó Regina, echando mano a esa infalible frase que usaba el delegado de la Juventud Comunista cuando nos convocaba a los desfiles y dejaba claro que no iba a permitir ausencias.

Se rieron las Oritías como hadas vivientes, brincaron abrazadas y no

tuve más remedio que reírme también, fingir la misma emoción pero con un gesto forzado, nervioso, helado ya por el presentimiento... Callamos todas a la vez y la líder del grupo, que era sin discusión Regina, nos miró altiva:

—No volveremos a celebrar hasta que tengamos el disco. De ahora en adelante, cierren esas bocas... Los Beatles no existen, ¿oyeron?

La necesidad de un beso

Los tres hermanos nacieron en Brodnica: una niña, la mayor, llamada Aniela, y los gemelos, Marek y Emanuel. En 1919, pocos meses después de que acabara la guerra, y antes de que los rusos le devolvieran la ciudad a Polonia, el patriarca de la familia dijo que era suficiente y tomaron un tren, y luego otro, y aún otro más hasta llegar al puerto de Hamburgo, pero al cabo de los años solo Aniela recordaba el viaje. Los varones evocaban apenas el trajín de los trasbordos y la neblina de las estaciones, y más larga y minuciosamente el mar.

De los gemelos, Marek fue el mayor por haber nacido media hora antes. El vientre de su madre parecía tener prisa por desembarazarse de aquella criatura cetrina y pegajosa, encogida como una bola de papel que alguien hubiese estrujado antes de lanzarla al cesto del mundo. Su hermano, en cambio, se tomó todavía algún tiempo para asomar la cabecita, y cuando al fin lo hizo, comprobaron que, milagrosamente, traía el peso y el tamaño propios de un recién nacido que no hubiera tenido que compartir espacio ni sangre con el otro. Son las grandes injusticias prenatales, que luego se prolongan con el pasar del tiempo. Marek, cuyo nombre al llegar a Cuba se convirtió en Mario, siguió siendo raquítico, con un contorno de rostro prematuro y la naricita de topo, mientras que su gemelo, Emanuel, al que no hubo que cambiarle el nombre, se hizo espigado y pensativo, y por lo tanto hermoso. Era más alto que la mayoría de los muchachos de su edad, aunque no particularmente fornido; podía presumir y presumía de su abundante cabellera oscura, que era el marco ideal de unas facciones que solo Dios sabe cuánto hubiesen ganado en esplendor de haber heredado los ojos verdes de la madre, que como premio de consolación le tocaron a Mario. Un verdadero desperdicio, porque en Mario las pupilas claras no atinaban sino a imprimirle un brillo

malicioso, como el de las víboras.

En los planes de la familia, antes de cerrar la casa de Kiejstuta, el barrio donde habían crecido tres generaciones de relojeros, no estaba radicarse en Cuba. Pero, una vez allí, los niños se encariñaron con la luz, aprendieron velozmente el idioma y dejaron atrás los resfriados que siempre hacían temer una secuela peor, pulmonías o tuberculosis; el sol y los baños de mar fortalecieron sus pulmones. Para cuando empezaron a ir a la escuela, los padres desistieron de emigrar a Estados Unidos, y con la ayuda de otros polacos, conocedores de la tradición relojera de la familia, fundaron el pequeño taller de la avenida Reina, que prosperó rápidamente y pronto se necesitó un auxiliar, otro polaco que tenía algunas nociones de relojería y hacía las veces de mandadero.

La madre, a la que todos llamaban señora Danuta, se encargaba de la limpieza y el orden de los instrumentos, canturreando en su idioma mientras trabajaba. Así pasaron los años y crecieron los niños, que a la salida de clases volaban al taller para ayudar al padre, orgulloso de ver lo rápido que lo asimilaban todo, con lo que confirmó que llevaban la vocación relojera en la sangre. La vida continuó apacible hasta que murió Danuta, recién cumplidos los cuarenta y cinco, y muy pronto le seguiría la hija, que se vio perdida sin su principal apoyo, sin un pecho donde refugiarse cuando se abrían a su alrededor las fauces de la tristeza o del delirio, demonios errantes que de tiempo en tiempo forcejeaban dentro de su cabeza. Aniela odiaba los relojes y nunca quiso saber cómo funcionaban, se limpiaban o reparaban, aunque en honor a la verdad, ni siquiera habría podido darles cuerda con sus dedos torpes y generalmente enrojecidos. Los hombres de la casa callaban ante sus despóticas salidas, y aun cuando estaba de buenas, les resultaba insoportable el timbre de su voz, marchito y despectivo. Por lo tanto, no lamentaron que enmudeciera a los pocos días de enterrar a la madre, aunque sí se alarmaron por su progresiva delgadez, producto de su renuencia a sentarse a la mesa con ellos, alimentándose casi exclusivamente de caldos o tazones de leche que tomaba de pie, en un rincón de la cocina. Por último, dejó de alimentarse por completo y el padre hizo llamar a un médico. No tuvo

que auscultarla mucho para determinar que se moría y que debían internarla para que la hicieran comer. Cuando el médico se retiró, Aniela abrió los ojos y miró a su padre, luego a sus dos hermanos, ninguno recordaba haberle visto nunca esa expresión tan mansa, ni escuchado el tono melodioso con que les suplicó: *«Nie do kliniki».* El padre le acarició la frente: «No, hija mía, no te llevaré a ningún lugar». Tres días más tarde amaneció muerta, la piel pegada al esqueleto, los ojos hundidos en la calavera, al extremo de que costó cerrárselos. Llamaron a la partera de la colonia polaca para que la amortajara, y avisaron a la funeraria. Todavía llevaban en la manga la banda negra por el luto de la madre, y con ella siguieron algún tiempo.

En el curso de unos pocos meses, se habían quedado solos el padre y los gemelos, algo desamparados por la muerte de Danuta, pero agobiados por el remordimiento en el caso de Aniela, la extraña que se comportaba como una colérica sirvienta y a la que tal vez algo le habían arrebatado todos aquellos años. Se animó a preguntarlo Mario en un café al que acudieron luego del sepelio: «¿Qué le hicimos nosotros, por qué estuvo tan enojada siempre?». El padre bajó la cabeza. Emanuel, que había pedido un coñac, se echó el trago antes de contestar: «Que fuimos varones, eso le hicimos, quitarle lo que debió ser de ella».

Alguien tenía que decirlo, y Emanuel, aun siendo jovencito, nunca rehuía la verdad, por más cruda que fuera. «Nació con algo raro en el pipí», le aclaró a Mario, el único que no lo sabía. «Era mujer, pero también tenía aquella cosita. Me lo confesó mamá antes de morir, para que la cuidara.»

Al día siguiente, habida cuenta de que llevaban mucho tiempo sin comer a gusto, decidieron cambiar la rutina. A partir de entonces, bajaban la cortina metálica a eso de las seis y se iban a cenar a alguna de las fondas judías de la calle Compostela, en La Habana Vieja. Se lamentaban de que nunca volverían a probar un *golabki* como el que les guisaba *mamusia,* ni aquellos panes compactos, amasados y horneados por ella, a los que les abría una brecha antes de anegarlos con la potente sopa. Ninguno de los tres era muy ducho en la cocina, y

un amigo de la familia, polaco como ellos, les mandó a su suegra, sesentona y fuerte, que les limpiaba el apartamento y la relojería, y les dejaba preparada la cena: filetes y cremas frías, platillos normales excepto por el *flaki,* que un día se ofreció a prepararles, haciendo la salvedad de que en Cuba no se conseguían las tripas adecuadas. Sin embargo, en opinión de los Gorski, el estofado fue un éxito y se lo siguieron pidiendo, pagándole algo adicional, porque era una elaboración complicada y, en términos generales, sangrienta.

Más tarde, cuando Emanuel dijo que quería ir a estudiar a Inglaterra, al Instituto Horológico Británico, que era el más famoso y exclusivo del mundo, su padre echó mano de todos sus ahorros para complacerlo. Vendió un par de relojes valiosos que habían quedado abandonados en el taller, algo que podía ocurrir cuando los dueños se morían sin decirle a nadie que lo habían llevado para el ajuste y la limpieza anual. Y tal como se imaginaba, lo que más dinero le dejó fue la venta del magnífico reloj de bolsillo que, a raíz de la huida del presidente Machado, le compró a un pobre diablo que aseguraba haberlo hallado a la entrada del Palacio Presidencial, en las primeras horas del saqueo. El viejo Gorski no podía creer que tuviera entre sus manos un portento de oro rosado, fase lunar, calendario perpetuo y veinticinco joyas. De la cadena colgaba una medalla que tenía por un lado un diamante y por el otro una augusta cabeza en relieve, más dos líneas que lo explicaban todo:

Leopoldus II
Regi Belgarum

Apostaba a que Machado lo había hecho retirar de algún museo, o de la casa de alguno de sus enemigos políticos, de los pocos acaudalados que se atrevieron a desafiarlo y habían tenido que partir al exilio. El caso es que, por más que quisiera, no habría podido devolverlo a su dueño, y ahora le serviría para costear el viaje de su hijo: un camarote decente en el barco que lo llevaría de La Habana a Plymouth, y desde allí por tren a Nottingham, la ciudad donde estaba el instituto.

Mientras su hermano estuvo ausente, Mario siguió ayudando al padre en la relojería y aprendiendo de él, no solo de relojes, sino del juego

en el que se enfrascaban por las noches, desplegando el tablero de ajedrez que habían sacado de Polonia, y en el que recreaban las aperturas españolas de Lasker, ídolo de su padre (de ahí el nombre escogido para Emanuel). En aquel tiempo, y ya para siempre, todos los relojes del Club de Ajedrez de La Habana eran sincronizados y probados en el taller del relojero que, como si fuera poco, era un avezado ajedrecista. Años más tarde, a Mario le tocaría acicalar los primeros relojes con banderita que llegaron a Cuba, de fabricación inglesa, con un *click* integrado para avisar a los jugadores de que habían llegado al límite de tiempo.

Emanuel regresó a Cuba en 1937, convertido en un experto relojero, determinado a fabricar su propia línea de relojes en el futuro cercano. Como volvió casado, alquiló un apartamento no lejos de la relojería, para la que tenía grandes planes, y para la que compró instrumentos asombrosos, artilugios que acababan de salir al mercado británico, entre ellos una lupa anteojo que, por lo poco que pesaba y su capacidad de aumento, el padre no se cansaba de alabar.

La esposa se llamaba Dorothy y cocinaba pasteles de carne que les llevaba a mediodía a la relojería para que almorzaran. Era una mujer menuda, amante de los gatos, con algo felino ella también, que se esforzaba por halagarlos aprendiendo frases en español. A Mario le pareció por lo menos diez años mayor que su marido, pero ese tema no se tocó nunca, solo se hizo evidente cuando ella se quedó embarazada y el médico, delante de todos, aludió a «los riesgos de la edad». No hubo sobresaltos, sin embargo, y el niño nació sano, con una carita esteparia que era el sello de identidad de los Gorski, ya que de la madre solo sacó la pelusa de maíz del pelo. Mario pensó que aquella criatura, a la que bautizaron Waldemar, sería la llamada a continuar la tradición relojera de la familia, pues hasta que empezó en la escuela, pasaba el día con ellos en la relojería y aprendió a decir la hora a una edad en que, como mucho, los demás niños solo saben balbucear «mamá». No fue así, y muy pronto notaron que su verdadera vocación iba por otros rumbos. Ya a los seis o siete años, su abuelo fue el primero en descubrir que aquellas manos de leñador en ciernes no iban a dar pie con bola en el arte minimalista de arreglar

relojes. A todas horas demostraba su gran habilidad para aferrarse a los muros y escalar al techo, y al menor descuido de sus padres se deslizaba por cuerdas, o se balanceaba en los salientes de las paredes, eso sin contar su destreza en el agua, aprendiendo a nadar y a bucear por instinto. Era un buen estudiante, un niño despierto y efusivo, pero sus mayores intuyeron que lo suyo habría de ser el mar, y acertaron. A poco de cumplir los dieciocho años, todos colaboraron para que viajara a Inglaterra y estudiara en una escuela náutica, tal como antes habían hecho con su padre para que estudiara en el Instituto Horológico. Waldemar hablaba inglés, lo sabía todo sobre océanos y compañías navieras, y Emanuel se había empeñado en alejarlo de La Habana, una ciudad demasiado peligrosa a esas alturas, en la que a menudo estallaban bombas o aparecían cadáveres mutilados en los parques. Dorothy, su madre, se ofreció a acompañarlo en el viaje, entusiasmada con la idea de volver a Nottingham, una ciudad que había dejado veinte años atrás, y a la que no había vuelto ni siquiera con motivo de la enfermedad y la muerte de sus padres. Le quedaban dos hermanas, en su ausencia habían nacido varios sobrinos, primos de la edad de Waldemar o poco menos, a los que este solo conocía por fotos.

Volvieron los tres hombres de la casa a quedarse solos: los gemelos, tan distintos entre sí, aunque afectuosos el uno con el otro, y el padre ya muy achacoso, cuya vista empezaba a decaer y por tal razón encomendaba los trabajos más delicados a sus hijos. Por esa época, Emanuel se echó una querida, aunque era probable que la tuviera desde antes, nunca daba explicaciones a nadie, y aprovechando la ausencia de su mujer y su hijo, empezó a visitarla con más frecuencia y a pasar las noches con ella. Después de cenar, ya nunca platillos polacos, sino la comida criolla que les llevaban de la fonda de la esquina, Mario y el viejo Gorski jugaban una partida de ajedrez antes de irse a la cama, comentando interminablemente las defensas de Lasker, el por siempre favorito de ambos. Podía ocurrir que, de repente, el padre gesticulara como si acabara de acordarse de algo, y le preguntara a Mario si ya le había contado que Lasker, después de haber sido campeón del mundo, había tenido que ganarse la vida

dando clases de *bridge* a viudas o solteronas ricas; o que la hermana del ajedrecista, Teophila Lasker, había sido asesinada por los nazis el mismo día en que el jugador polaco fallecía en un hospital de Nueva York. Mario, cargado de paciencia, le respondía que sí, que se lo había contado. En realidad se lo contaba todas las noches, pero nunca se daba por vencido y enseguida volvía a la carga: ¿sabía que en el mismo hospital donde había muerto Lasker, en el ala de los indigentes, un año después se despedía del mundo José Raúl Capablanca, pero en el pabellón de los ricos? Mario, por darle gusto al padre, fingía sorpresa ante la extraña coincidencia y preguntaba que cuál era el hospital. «Mount Sinai», pronunciaba el viejo, «¡qué magníficos cerebros se apagaron allí!»

De vez en cuando recibían noticias del sobrino ausente. Lo de Waldemar era diseñar rutas de navegación, actualizar bitácoras, interpretar las cartas náuticas y, alguna vez, cuando tuviera suficiente experiencia, navegar en un rompehielos, que era la gran ilusión de su vida. En los barcos se jugaba a las cartas, pero prometía que trataría de enseñarle ajedrez a la tripulación. Se despedía de su tío y su abuelo prometiéndoles que en cualquier momento los visitaría en La Habana, pero que no iría en avión, sino en un barco como oficial de puente. A su padre le escribía otras cosas, más privadas, contándole que su mamá, que poco a poco perdió las ganas de volver a Cuba, había enfermado, al parecer de tuberculosis, pero también bebía en exceso, por lo que sus hermanas pensaban recluirla. Waldemar le pedía dinero a su padre para que el asilo fuera de pago y no el de caridad, que era el peor de todos. Emanuel lo comentó en familia y volvieron a contribuir los tres. Mario sacó de sus ahorros; el viejo Gorski aportó su propio reloj de bolsillo, un Vacheron Constantin de oro sólido, decorado con cardos, que Emanuel se negó en redondo a vender. Aun así pudieron remitir a Nottingham una considerable suma que apenas llegó a usarse, porque a poco de haber entrado en una casa de reposo, Dorothy falleció. Entre todos, una vez más, acordaron que Waldemar se quedara el resto del dinero a modo de herencia.

El viejo Gorski se despidió meses más tarde. La noche antes le suplicó a Mario que sacara el tablero de ajedrez, y luego de intentar sin éxito

dos o tres movimientos, perdió la conciencia y fue apagándose con la suavidad de uno de esos antiquísimos relojes de aceite que adornaban su relojería en Brodnica.

Mirando el cuerpo de su padre inmóvil, Mario rescató una imagen de su infancia, bajo el resplandor del verano polaco, a orillas de un lago donde varias parejas se besaban. Fue el espanto de la muerte lo que le trajo a la cabeza la necesidad de un beso, uno en particular, el de la única mujer que había amado en su vida.

La huérfana quietud del tablero, las piezas dispersas por la cama, y el silencio de todos los relojes, le provocaron una larga cadena de sollozos.

Los chinos bombardean La Habana

Entre el día en que Regina nos propuso conseguir el autógrafo de un ajedrecista, que resultó ser Bobby Fischer, y el viernes señalado para la reunión en su casa, hubo un lapso en el que estoy segura de que las cuatro se pusieron de acuerdo: ¿quién mejor que Miriam, que era la más alta y chapurreaba el inglés, para acercarse al americano y pedirle que firmara un tablero? Lo de ser alta, aunque por desgracia plana, lo consideraron un punto a mi favor, sobre todo si me ponía tacones y me esforzaba por parecer mayor, metiendo como siempre un poco de algodón en el sujetador. Ese secreto mío lo sabían desde hacía tiempo las Oritías, y hasta entonces me habían perdonado la vida, no divulgándolo en la secundaria. Sin embargo, eso podía cambiar en cualquier momento: la espada de Damocles de mis tetas falsas pendía sobre mi cabeza.

Por eso y por tantas cosas, se me notaba el afán de no irritarlas, no desentonar o poner en peligro mi pertenencia al grupo. Fuera de ese círculo, o de cualquier otro, la selva era inclemente y podía ser arriesgado andar de oveja descarriada por los pasillos de la secundaria y por la vida, con lo fácil que era convertirse en el blanco de las burlas, los apodos humillantes o las trampas en los pupitres, cochinadas casi siempre, como penes moldeados en plastilina, con todo y sus bolas, que se quedaban pegados a las faldas cuando la víctima se ponía de pie. También algún varón caía en desgracia, por chivato o apocado, y caminaba a la pizarra con el pito colgando del fondillo.

Llegado el día de la reunión procuré ser puntual. Nos encerramos en el cuarto de Regina, y enseguida su mamá entró para dejarnos una jarra de limonada y vasos con hielo, dijo «con el permiso de las señoritas» y nos miró como si todas fuésemos sus hijas, con una cómplice

expresión y un guiño, aun sin saber lo que tramábamos, o tal vez Regina se lo había contado. En principio no había nada de malo en planear la forma en que conseguiríamos el autógrafo, probablemente era una chiquillada que la divertía, tanto así que antes de cerrar la puerta le tiró un beso a su hija, o dos... Era el tipo de escena que me desgarraba y me obligaba a preguntarme cómo habría sido mi vida con una madre que me tirara besos.

Tan pronto como nos quedamos a solas, Regina hizo que nos sentáramos en círculo, ella en la cabecera de la cama.

—Mario, el relojero —reveló solemne—, juren por su madre que no se lo dirán a nadie.

Tenía la voz aterciopelada de una actriz y lo sabía, se aprovechaba de eso para impresionarnos, hablar como una reina y mirar el efecto que nos producía. Ninguna de nosotras atinó a jurar.

—Júrenlo, o no sigo hablando.

Cruzamos el pulgar sobre el índice, nos llevamos la cruz a los labios y musitamos «por esta».

—Me enseñó el *long play* —se emocionó al recordarlo—, lo vi con estos ojos. Será nuestro si conseguimos que Fischer nos dé su autógrafo.

Todas escuchábamos atentas, pero Regina me miraba con insistencia, dando a entender que la información me concernía directamente, de modo que fuera haciéndome a la idea de que sería escogida para la misión. En ese instante comprendí que, aun cuando septiembre había quedado atrás, su influjo persistía, su sombra se alargaba como la de un vampiro en la pared, abriendo las alas sobre esa primera semana de octubre. Algo peor podía pasar todavía, y lo más seguro es que tuviera que ver con ese plan que empezaba a tomar forma y las alborotaba al extremo de chillar preguntas sin sentido, impacientando a una calmada Regina, quien constantemente las mandaba callar.

El *long play* de los Beatles, *Rubber Soul* nada menos, lo había dejado en Cuba el sobrino de Mario, que iba y venía como marino mercante, y que meses atrás había anunciado que lo cambiaban de ruta y ya no volvería. Al relojero no le interesaban los Beatles, así que cuando supo que Fischer estaría presente en la Olimpiada, se propuso regalar el

disco a cambio de una dedicatoria del ajedrecista. La condición era que no podía ser ni en un afiche ni en ningún papel, sino en su viejo tablero de madera. Había pensado en nosotras, pues teníamos práctica en eso de pedir autógrafos, y, porque siendo jovencitas «tan espirituales», no pasaríamos inadvertidas para un americano que era puro cerebro y sensibilidad.

—Así que ya saben —concluyó Regina su relato—, el hombre que tiene el disco es el último que hubiéramos imaginado que tendría nada que no fueran danzones de Barbarito Díez. —Hizo una pausa para reírse—. ¿Por qué le parecerá que somos espirituales?

—No sé —intervino Tania; le vi el gesto cómplice, una mirada significativa a su interlocutora—. Querrá decir que no andamos «sateando» como las demás, pero aquí la más espiritual es Miriam. Ella es la que debe ir.

Asintieron al unísono, un coro ensayado y requetensayado. Ninguna de las cinco sabía jugar al ajedrez, si acaso conocíamos las piezas por sus nombres y la manera en que había que moverlas, eso lo sabía cualquiera que hubiera crecido en La Habana por aquella época. El nombre de Bobby Fischer nos sonaba de lejos, aunque ignorábamos su aspecto, nunca nos habíamos fijado en los ajedrecistas. Fue Práxedes, memoriosa y lectora de periódicos, la que nos recordó que el año anterior Fischer había jugado por teletipo desde Nueva York, en ocasión de un torneo celebrado en Cuba al que los «yanquis» no le permitieron asistir.

—Pues tampoco lo dejarán ahora —apostillé, tratando de disimular mi alivio.

—Ya es seguro que viene —me salió al paso Regina— y todas hemos pensado en ti, como hablas inglés...

Les aseguré que no lo hablaba, que no podían fiarse de eso porque cuando me ponía nerviosa tartamudeaba y enredaba los verbos, pero ellas sabían que me defendía lo suficiente como para decir las cuatro boberías que tendría que recitar al acercarme al genio: «Por favor, ¿podría firmarme este tablero?». El relojero, además, quería que le pidiéramos a Fischer que agregara: «Para mi buen amigo Mario». No era difícil suponer que esa iba a ser la peor parte, esas celebridades

asediadas por los aficionados suelen poner un garabato y siguen, ¿cómo iba a pretender que el jugador se parara a escribir una declaración de amistad para un relojero al que no conocía?

Intervino Laidi, viperina como de costumbre: ya se sabía que esos excéntricos se desvivían por las flacas, y yo lo era de sobra, a tal punto que no había manera de que el americano me ignorara cuando alzara los fideítos de mis brazos rogándole el autógrafo.

De ahí en adelante, no se tomaron el trabajo de disimular que todo estaba pensado, conversado, decidido en mi ausencia.

Regina tenía bosquejado el plan en un bloc que nos fuimos pasando de una a otra: el tío de Laidi trabajaba en Las Cañitas, que era un bar del entresuelo del Habana Libre, y ya estaba avisado de que una amiga de su sobrina, muy aficionada al ajedrez, iría al hotel para que le firmaran un tablero. El hermano de Tania era amigo de uno de los periodistas que se encargaban de cubrir el evento, y ella le hablaría para que me ayudara a llegar donde Fischer. Práxedes le contaría una media verdad a su padre, que era saxofonista y tocaba a menudo en el hotel: su amiga Miriam, gran admiradora de Spassky (el músico era comunista y no hubiera tragado con lo de Fischer), quería pedirle un autógrafo al ajedrecista ruso, por lo tanto, necesitaba que él moviera sus contactos para que la colaran en el Salón de Embajadores, donde se jugarían todas las partidas. Por último, el propio relojero se ofreció para llevarnos hasta el Habana Libre en su *cola de pato* —como llamaban en el barrio a su Chevrolet Bel Air, con bastantes años pero como nuevo—, y devolvernos a casa cuando termináramos. Todas me acompañarían hasta la entrada del hotel y luego irían a Coppelia para esperarme allí.

—Diremos que eres nuestra instructora de ajedrez —propuso Tania, tenía los ojos saltones y una voz susurrante, como un salidero de gas.

—¿Y qué tal si me piden que juegue?

—¿Quién te lo va a pedir? —saltó Regina, se le notaba que lo había pensado—. Nadie te pedirá que juegues con los rusos.

Me sentí tan abrumada que solo se me ocurrió preguntar que para cuándo sería la encomienda.

Laidi tenía información de primera mano: el día exacto no lo sabía,

pero sí que sería en noviembre, porque la Olimpiada empezaba a fines de octubre. Ya el lugar estaba rodeado de policías, y eso que aún no habían llegado las delegaciones. También había guardias de paisano, y lo bueno era que muchos de ellos, cuando terminaban de trabajar, se daban la vuelta por el bar, por lo que su tío le prometió que les hablaría para que dejaran pasar a su amiguita.

—¡Qué suerte tienes! —suspiró Práxedes, segura de que me hacía creer que el encargo era un privilegio, y no lo que era en realidad: una aventura que me podía costar caro, como mínimo que me expulsaran de la secundaria, me enviaran castigada al campo o, lo que era peor, a una granja para alimentar cochinos.

—Todo va a salir bien —prometió Regina, dándome una palmadita en el muslo, no de cariño o de complicidad, sino de mando, de control sobre mí y sobre las demás.

Una cosa era cierta: siempre había querido llamarme como ella.

Volví apesadumbrada a casa, mi madre tenía mala cara y anunció que solo había espaguetis para cenar, pues ya no le quedaba ni un grano de arroz. Fidel había advertido que iba a escasear por mucho tiempo y que mejor aprendiéramos a comer pastas, que eran más nutritivas.

—Ese loco se peleó con los chinos —refunfuñó Greta, que simplificaba a su modo los desencuentros de política internacional—. Terminaremos comiendo tierra.

La sobremesa no fue muy diferente de otras en las que la atacaba la melancolía. Estábamos ella y yo a solas en la sala donde se negaba a abrir una sola ventana, le daba por eso algunas veces, se martirizaba y me martirizaba en el encierro. Sin embargo, por primera vez me reconfortó la reclusión; esa penumbra cargada de nubarrones (jamás faltaban nubarrones) era el entorno que necesitaba para pensar en el plan de las Oritías; para acabar de convencerme de que, como ninguna de ellas tenía valor para exponerse al bochorno, incluso a ser fichadas en el barrio o en la secundaria por ir detrás de los americanos, me mandaban a mí, la más sumisa o débil, la más delgada ante todo, anticipando que no me atrevería a negarme.

Estaba entrando en una especie de letargo, resignada a mi suerte, a mi insidiosa condición de arrimada, que eso era yo para las Oritías,

cuando Greta empezó a renegar de mi padre, a conjeturar con quién y dónde andaría a esas horas, a aleccionarme sobre lo que debía decirle cuando volviera a casa. Me usaba para hacerlo sentir culpable o desastroso.

Cuando notaba que ella empezaba a acelerarse, rugiendo como un coche en la línea de salida, la dejaba sola con cualquier pretexto y me iba al cuarto. Ese día en particular había sido demasiado largo y, aunque me caía de sueño, esperé despierta a que empezara *Nocturno,* un programa de radio que ni las Oritías ni nadie se quería perder desde que lo habían estrenado, dos o tres meses atrás. Vivíamos esperanzadas en que colaran una canción de los Beatles; de hecho, todas las mañanas corría el rumor de que esa noche sí, pero había que esperar hasta el final, y otra vez al final no pasaba nada, la emisora radial se despedía con una tonadilla («He rendido un día de noble labor, tómalo mi patria en forma de flor») que los varones llegaban canturreando al día siguiente, en versión impúdica, escatológica, y hasta contrarrevolucionaria cuando no había moros en la costa.

Se rumoraba que una madrugada, sin que casi nadie lo supiera, solo los que habían sido advertidos por teléfono, repitieron uno de los programas y a la mitad intercalaron «Michelle», pero las Oritías creíamos que no era cierto. Hubiera dado la vida por llamarme Michelle.

Desde ese día en adelante me consolé pensando que para noviembre aún faltaba mucho, y cualquier cosa podía ocurrir: que los chinos bombardearan La Habana, o que los americanos volvieran a prohibirle a Fischer que pusiera pie en Cuba. Luego me torturaban los remordimientos, porque fiel a mi tendencia a imaginar catástrofes para salir del paso, me decía que a lo mejor mi abuelo insistiría en ahorcarse, o que, tomando en cuenta el fiasco que se había llevado, recurriera al veneno, se lanzara desde lo alto de una azotea, o esperara el paso de un camión. Solo la ausencia del americano, o uno de aquellos macabros acontecimientos —¿que mi padre estrangulara a Greta?— podían llegar a ser razón de peso para no tener que ir a pedir el autógrafo.

Pero nada de eso ocurrió.

Una tarde, en mi cuarto, a punto de apagar el radio porque iba a empezar a leer una novela —recuerdo exactamente el título: *El país de las sombras largas—,* interrumpieron la programación para anunciar que Bobby Fischer había llegado a Cuba. Me quedé un rato inmóvil, con el libro en las manos, incapaz de huir de la noticia que contaba los pormenores del recibimiento. Cerré los ojos. Las sombras largas eran las de mi mala conciencia, por tantos horrores imaginados, cruelmente anhelados.

Cualquier páramo de hielo, en el Ártico inconmensurable, era un lugar más cálido que mi espíritu ante lo inevitable.

La eternidad en una butaca

A finales de 1958, una bomba estalló cerca de la relojería y mató al vendedor de ostiones que cada mañana se paraba en la esquina de la avenida Reina con Lealtad. Al oír la explosión, Mario se metió debajo del banco relojero y esperó allí unos minutos antes de ir a comprobar si las ventanas del taller habían sufrido daños. Poco después, reunió valor para asomarse a la calle, tratando de ubicar el lugar exacto de la explosión, orientándose apenas entre la humareda, que tardó un buen rato en disiparse. Entonces vio al vendedor de ostiones tendido junto a una columna, con el pecho arqueado y un raro movimiento de cabeza. Fueron tan solo unos segundos, enseguida quedó inmóvil sobre un gran charco de sangre.

Ese episodio, sumado a los que cada día contaban los periódicos, colmó la paciencia de Emanuel, quien días más tarde le anunció a su hermano que se mudaba a Nueva York, jurando que no iba a regresar a Cuba «hasta que volviera a ser un país civilizado».

—No ha sido muy civilizado nunca —ironizó Mario sin levantar la vista, afanado como estaba en la maquinaria de un reloj de mesa.

—Tú deberías venir conmigo —replicó Emanuel—. Ponemos una relojería en Brooklyn, ¿sabes lo que gana un maestro relojero allá?

—No soy maestro relojero.

—Eres mejor que yo, que tengo el título. Aquí te matará una bomba el día menos pensado.

Mario miró a su hermano con afecto. Hay cariños inexplicables, y el de él por Emanuel era uno de ellos. Lo normal hubiera sido que lo aborreciera; que el resentimiento hubiera endurecido la relación entre ambos, distanciándolos y convirtiéndolos, no en competidores, porque desde el momento en que nacieron hubo un ganador, sino en enemigos. La madre nunca se preocupó por esconder su preferencia, y

el viejo Gorski, aunque intentó tratarlos por igual, no lo logró del todo. Si bien era verdad que admiraba en Mario su creatividad en el ajedrez, no podía ocultar su devoción por el otro, que también sabía jugar, pero casi nunca lo hacía y menos con el padre. La clave estaba en el carácter. Emanuel era uno de esos individuos que desbordaban seguridad en sí mismos, apegados a un código moral que les permitía hacer cualquier trastada en la calle, pero que, de puertas para adentro, los convertía en guerreros sobreprotectores.

—No va a caer el rayo dos veces en la misma cuadra —lo contradijo Mario, aunque en el fondo sabía que estando tan cerca de uno de los cuarteles de la Policía Secreta, no había garantía de nada—. Esto no puede durar mucho, ¿no te lo parece a ti? Ya verás que Batista se va.

—¿Y qué sabes tú lo que va a pasar después que se vaya, si es que se va?

—Al menos no va a ser peor...

Emanuel intuía que no lo iba a convencer, pero hizo lo que pudo para entusiasmarlo. Le contó que varios conocidos suyos, antiguos compañeros del Instituto Horológico, ya estaban instalados en Manhattan y le comentaban que en Brooklyn había muchos judíos que necesitaban que les reparasen los relojes, sacados de Europa antes de la guerra.

—Y quien dice judíos, dice cristianos —insistió Emanuel—. Y cristianas, chico, ¿no has pensado nunca en casarte?

Mario guardó silencio, dejó la maquinaria que estaba reparando y fue hacia el escritorio donde llevaba la contabilidad. En aquellos papeles, casi todo facturas y recibos, no había otra letra que no fuera la suya, ya que siempre se había encargado de los números, del cuaderno de entradas y salidas, donde además de anotar la labor realizada y las piezas sustituidas (si alguna), se añadían las recomendaciones que se le habían dado al cliente. El viejo Gorski estaba convencido de que eran las oscilaciones del cerebro, la consistencia del sudor o la temperatura, las que influían en la marcha de los relojes, que si eran de buena calidad no había razón para que se averiaran. Era un poco místico, o curandero, y a base de eso aconsejaba a sus clientes, que no se atrevían a contradecirlo, más bien le admitían que habían tenido

fiebre o padecido vértigo. Mario anotaba los consejos debajo de la fecha de entrega: que se hiciera ver el hígado, que fumara menos, que tomara agua con bicarbonato antes de irse a la cama...

—No me quiero meter en tu vida —volvió Emanuel a la carga—, pero mujeres son lo que se sobra. Búscate una que te atienda.

Mario se volteó a mirarlo y sonrió sin ganas.

—¿Qué pasará cuando no esté y te enfermes? ¿Quién se va a ocupar de ti?

—Nunca me enfermo —contestó, volviendo a sus papeles.

Se concentró en las facturas atrasadas, en especial dos de ellas que había sacado aparte porque llevaban más de un año inactivas. Se trataba de clientes a los que había llamado y ni siquiera contestaban el teléfono, algo que en parte se justificaba tratándose de tiempos tan revueltos, cuando era fácil suponer que hubieran salido del país por las mismas razones que quería hacerlo Emanuel: el pavor que causaban los petardos, los tiroteos a plena luz del día, y hasta los cadáveres con los que se topaban los madrugadores, arrumbados de cualquier forma en las cunetas. Los padres imploraban a sus hijos que no salieran de noche por temor a que los confundieran con clandestinos, los llevaran a las famosas mazmorras del «hombre del traje blanco», como llamaban al capitán Ventura, y en lo que el hacha iba y venía, los torturaran hasta convertirlos en guiñapos.

Por lo pronto, dos relojes dormían el sueño de los justos sin que sus propietarios hubiesen ido a reclamarlos. Uno de ellos era un Bulova de mujer, nada del otro mundo; el otro sí que era una pieza cara, un Tissot automático que daba la hora de cualquier lugar del mundo. Lo tomó en sus manos: Honolulu, Bagdad, Sídney, Nueva York... ¿Cuántas noches no se había desvelado preguntándose qué horas serían en Nueva York? Durante mucho tiempo había soñado con la posibilidad de correr a esa ciudad a la que ahora se iba a mudar su hermano, y siempre lo retuvo el sentido del deber, o el remordimiento que le causaba abandonar al padre, dos excusas con las que encubría la razón verdadera y más desgarradora: el miedo a ser rechazado por Regina. Ella nunca le llegó a pedir que fuera a su encuentro, pese a que en sus cartas le contaba cuán desesperada estaba y las penurias

que pasaba por el carácter de su hijo. Cierto que Mario no le escribió mucho, ni fue muy efusivo —el incidente final fue demasiado sórdido y lo avergonzaba—, pero siempre le reiteraba que en La Habana tenía su casa y nada les faltaría ni a ella ni al muchacho.

Al muchacho en cuestión lo había conocido en febrero de 1956 —¡cómo pasaba el tiempo!—, cuando apenas tenía doce años y era un chiquillo atrabiliario, del que todos solían echar pestes, pero que sin embargo había dejado atónitos a los curtidos jugadores del Club Capablanca de La Habana. En ese entonces, Bobby Fischer ya se rebelaba contra su madre; la desafiaba, hostil, a cada instante, y lograba salirse casi siempre con la suya. Era, por mucho, el integrante más joven del Log Cabin Chess Club, conocidos en Cuba como «los cabañeros», una asociación de ajedrecistas de Nueva Jersey compuesta por bohemios, expresidiarios y excéntricos millonarios que iban dejando tras de sí una estela de sonados triunfos. Al momento de su primer *match* frente al gran maestro cubano José Florido, el niño Fischer mandó callar a los aficionados que se congregaban a su alrededor, quienes sonrieron burlones, pero que apenas pudieron dar crédito a sus ojos cuando lo vieron jugar y acorralar a un ajedrecista mayor y experimentado, que horas antes había estado quejándose de tener que batirse con un mocoso que no estaría a su altura.

A los integrantes del equipo de Nueva Jersey los alojaron en el hotel Bruzón, menos a Bobby Fischer y a su madre, quienes fueron recibidos con honores en la casa del fotógrafo Ramón Bravo, directivo del Club Capablanca y viejo amigo de Mario. Bravo vivía con su mujer y su hijo en los altos del negocio de fotografía del que era dueño, y hasta allí llegó el relojero, a saludarlo, como hacía otras veces cuando el azar lo acercaba a la populosa calle de Belascoaín.

Aquel día, tan pronto como el fotógrafo le abrió la puerta, y no bien se saludaron, Mario miró hacia la sala y contempló la imagen más perturbadora a la que puede enfrentarse un hombre que ha dedicado su vida a ver correr el tiempo: vio la eternidad en una butaca. Sentada frente a un tablero de ajedrez, inclinada hacia el frente, con las piernas cruzadas y los pies descalzos, meditaba un sortilegio, una suerte de hada de los bosques, una figura tan sutil que no le pareció

real. Sabía que no era la esposa de Bravo, a la que conocía, y fue entonces cuando el fotógrafo, que se dio cuenta de su turbación, se apresuró a presentarlos: ella era Regina Wender, la madre del niño que le había ganado a Florido, y ambos se hospedaban en su casa desde que habían llegado en el *City of Havana,* aquel trasbordador de locos que solía fondear en el muelle de Hacendados.

Mario apenas escuchaba al fotógrafo, fascinado como estaba por aquel rostro lánguido, de mentón marcado y ojos fugitivos, negrísimos, un poco hundidos bajo el arco espeso de las cejas. Se acordó de las obras de un artista polaco que le encantaba a su padre, y que por algún tiempo solo había pintado cabezas de medusa y retratos de mujeres muy parecidas a la que estaba viendo. En el dormitorio del viejo Gorski colgaban dos o tres reproducciones baratas de sus obras. De una de ellas parecía haber escapado esta.

Bravo los dejó a solas para ir a echarles un ojo a los muchachos —su hijo y el niño ajedrecista—, que jugaban a la pelota en un descampado cercano con los «mataperritos» del barrio. Mario y Regina conversaron largo y tendido en español, un idioma que, aunque ella hablaba con fluidez, la obligaba a ronronear ciertas palabras, algo que a él lo cautivó enseguida. Pasada más de media hora, regresó Bravo con los dos chicos sudorosos, ambos con las rodillas peladas y la ropa sucia. Ella reprendió al suyo en inglés: ¿por qué no había subido antes? El muchacho no dijo una palabra y ella endureció el tono: *«For God's sake, Bobby Fischer, wash yourself!».* El niño le dedicó una mirada rencorosa, la misma que, ya que le quedaba a tiro, posó inmediatamente en Mario, a quien le duraba aún la impresión de haberlo visto jugar con Florido, destrozarlo psíquicamente, humillarlo ante la corte de admiradores que solo habían ido a ver ganar al cubano.

Cuando Bobby por fin entró a lavarse, Regina le explicó al relojero que solo le había dado a su hijo un rato para que jugara en la calle, pues aún tenía que estudiar para el próximo encuentro. Mario comentó que qué casualidad que al niño le gustara el béisbol, pues Capablanca, en sus años mozos, había sido un destacado pelotero.

Se despidieron hasta el día siguiente, ya tendrían oportunidad de verse

en el torneo. Regina estaba despeinada, con el pelo medio recogido en una especie de rodete que era probable que se le hubiese estropeado durante la travesía en el barco, a causa del viento y las salpicaduras de las olas. En ese momento, Mario ya sabía que tanto él como ella habían nacido el mismo año, 1913, la una en Zúrich y el otro en Cracovia, y al volver a su automóvil, creyendo ver en ese dato una señal, no sabía bien de qué, se sintió a las puertas de un único, insoportable milagro.

Esa noche, mientras cenaba con su padre y su hermano, lo llamó por teléfono el fotógrafo. No se imaginaba lo que le había costado convencer a Regina de que él era un experto relojero, aficionado al ajedrez, y no un agente del FBI que la había seguido hasta Cuba. Estaba preocupada porque en su juventud se había codeado con los comunistas, había viajado a la Unión Soviética y asistido a los mítines de Stalin. En Moscú se había casado con el señor Fischer, y en esa ciudad también había nacido su primera hija. Desde entonces, según ella, el FBI se valía de cualquier artimaña para acosarla.

Después de colgar, Mario volvió a la mesa y, para disimular su nerviosismo, inventó que lo habían llamado del Club Capablanca, pues aparentemente unos relojes se habían desajustado, cosa que le parecía imposible luego de que él personalmente los hubiese revisado uno por uno. A pesar de que ni su padre ni su hermano le prestaban atención, trató de controlar el temblor de sus manos: era demasiada información la que había soltado el fotógrafo y la tenía que procesar con calma. ¿Cómo era posible que aquella espléndida mujer lo hubiera tomado por un soplón? Lo más asombroso era que, aun así, llena de desconfianza, se había despedido de él de una manera impropia en dos seres que acababan de conocerse, dándole un beso en cada mejilla, apenas el roce de una mariposa que sin querer había dejado huella: el polvillo tornasolado del deseo en las yemas de los dedos del alma.

Ya se le ocurriría algo para demostrarle a Regina, cuando la volviera a ver, que él no era otra cosa que un desolado reparador del tiempo, cuidándose no obstante de que ella no notara que su mayor debilidad era la falta de experiencia, lo que Emanuel llamaba simplemente «calle». A sus cuarenta y tres años, solo había tenido aventuras fáciles

y pasajeras, que no requerían de mucha destreza, y eso tal vez tenía una explicación: había estado esperando por una mujer exactamente igual a ella. No había hecho otra cosa que presentir su existencia y apostar a que algún día sus caminos se iban a cruzar.

La invitaría a visitar la relojería para que se convenciera de que tenía un oficio normal, nada parecido al de los agentes que sospechaban de ella. Se le ocurría que podía mandarle un reloj de regalo al joven Fischer... Le pegaba el Movado 431 que alguien le había vendido a su padre el año anterior; una bonita pieza minimalista, digna de su cerebro intransigente. Contento con su idea, lo sacó de una gaveta, lo limpió y lo colocó en un estuche. Una vez empaquetado, lo subió a su cuarto para acordarse de llevarlo con él al día siguiente.

Nueve años más tarde, cuando se celebró el torneo Capablanca in Memoriam, y Bobby Fischer tuvo que jugarlo por teletipo, ya que las autoridades estadounidenses no le permitieron viajar a Cuba para hacerlo en persona, Mario volvió a ver aquel Movado que le había regalado al hijo de Regina, y que el joven llevaba en la muñeca izquierda. Recortó la foto publicada en la revista *Bohemia,* pero la melancolía obra por caminos misteriosos, y terminó por estrujarla y tirarla al cesto. Ya no estaba el viejo Gorski para comentar con él los altibajos del torneo. Emanuel, su hermano gemelo, vivía en Nueva York, y Waldemar, su sobrino, lo hacía prácticamente a bordo de un barco. De vez en cuando, gracias a su pasaporte británico, se presentaba en Cuba. Llegaba por sorpresa a la relojería y lo hacía cargado de revistas sobre temas horológicos, alguna botella de whisky y bastante ropa, sobre todo chalecos para su tío, pues sabía que le gustaba usarlos para trabajar. Se apoderaba siempre del Bel Air, con el que iba por el día a la playa, y por las noches en busca de aventuras. Era bien parecido y tenía éxito con las mujeres. No en balde era el hijo de su padre.

Waldemar pasaba como una exhalación por la casa donde había crecido, sin nostalgias, porque los marineros no las tienen. Mario sentía debilidad por aquel chico que había crecido lejos del amparo de un padre, y en cierta forma también del de su madre, pues Dorothy se había dado a la bebida a poco de llegar a Nottingham. Pudo haber

sido un bala perdida, pero era oficial de puente en un barco de la Gran Bretaña, y un guitarrista aventajado que por las noches entretenía a la tripulación.
Del ajedrez, si alguna vez lo supo, ya no recordaba nada.

Que tu boca sea santa

En La Habana no se hablaba de otra cosa que de la Olimpiada Mundial de Ajedrez. Cada día se daba a conocer un detalle más asombroso que el anterior: las proporciones de las mesas de caoba, de equilibrio perfecto, fabricadas especialmente para el evento; los tableros de mármol que se regalarían a las delegaciones, y los juegos de la marca Staunton, uno de los cuales, el que estaba reservado para la final, tenía más de cien años y estaba firmado por el gran maestro que le había dado su nombre. Lo más esperado era la partida viviente que se ensayaba para la apertura, una coreografía que recreaba el legendario *match* celebrado entre Capablanca y Lasker en 1921, y en la que los bailarines, transformados en piezas, se deslizaban sobre los escaques del suelo.

En la televisión transmitían programas especiales, las biografías de los ajedrecistas, dos o tres cada día, y cuando le tocó el turno a Bobby Fischer y vi su rostro en la pantalla, la forma en que apoyaba los codos en la mesa y se tapaba las orejas, protegiéndose del bisbiseo de los espectadores, de la respiración de su rival, o del sonido metálico de sus visiones —las mismas que le permitían adivinar los movimientos de principio a fin, viéndolos en su cabeza—, presentí que mi misión sería imposible. ¿Cómo iba a arreglármelas para llegar a un hombre como aquel? ¿Cómo iba a poder yo, salida de la nada y sin saber jugar al ajedrez, colarme en la película de Bobby Fischer?

Greta se volteó a mirarme y apuesto a que algo detectó en mi rostro, en mi manera de querer y no querer enterarme, de parpadear y respirar más rápido, ruborizada a mi pesar, roja como un tomate. Me preguntó si me pasaba algo, la miré atónita, ¿desde cuándo le importaba a ella lo que me pasaba? Negué con la cabeza y pareció caer en la cuenta de que el ajedrecista era el causante de mi turbación.

—Es que tú nunca has visto a un americano —se compadeció, mordaz —. En la calle solo hay rusos que no saben lo que es un desodorante.

Fingió que miraba el programa, pero era obvio que seguía dándole vueltas al asunto. La suspicacia de una madre es infalible, por más indiferente que sea a los desasosiegos de sus hijos. Mi papá, que por alguna inimaginable razón se encontraba aquella noche en casa, aseguró que Fischer «nos la dejaría en la mano», y que a última hora lo persuadirían de que no valía la pena buscarse problemas con el presidente Johnson, ese *cowboy* que estaba preparando otra invasión a Cuba. ¿Qué nos apostábamos a que Fischer volvería a jugar por teletipo desde Nueva York?

Le pedí a Dios que su boca fuera santa, aunque lo cierto es que la boca de mi padre estaba bien lejos de la virtud. Su mayor pecado, un día sí y otro también, era dejarme a merced de los exabruptos de Greta; de su enfurruñamiento y amenazas, cuando no de sus ataques de nervios. Comprendí que aquella apuesta a que Fischer no estaría en persona en la Olimpiada era un alarde hueco y, por lo tanto, no valía la pena descansar en esa predicción. Debía enfrentarme a mi destino si quería seguir siendo parte de las Oritías. En caso de que los planes fallaran y en el hotel me cerraran el paso antes de hacerme notar por el americano, ¿no le daría igual al relojero que su tablero lo firmara el campeón mundial, aquel ruso ceñudo, de frondosa melena de león, que sin embargo se llamaba Tigre? Al menos, los aficionados cubanos solían referirse a él con el sobrenombre de Tigrón, cuando en realidad era Tigrán, Tigrán Petrosián.

Durante los minutos que duró el documental de Fischer se contaron muchas cosas de él, pero apenas me quedé con el dato de que había nacido en Chicago, en marzo de 1943, con lo que calculé que me llevaba casi diez años. Mi madre no se movió de la butaca, y ya no me quedaron dudas de que todo lo que decían del ajedrecista le entraba por un oído y le salía por otro, doblando y desdoblando la gastada toallita de cocina —todo estaba desoladoramente gastado en esa casa —, velándome con el rabillo del ojo, como si intentara averiguar de qué le sonaba el estupor que había notado en mí.

Con esa nube en la cabeza, cuando terminó el programa, le preguntó a

mi padre si la Olimpiada se iba a celebrar en la Ciudad Deportiva, y él le dijo que no fuera imbécil, que había que hacerlo en un salón cerrado, pues el ajedrez era un juego de concentración. Esa respuesta desencadenó una discusión a gritos, tan violenta que cualquiera hubiera esperado que se fueran a las manos. Por lo general solía pedirles que bajaran la voz, me interponía entre ellos y les suplicaba que pararan de insultarse... Me avergonzaba de que los vecinos oyeran y murmuraran, y más tarde me miraran recelosos cuando me veían salir de casa. No creo que me compadecieran, al contrario, tal vez consideraban mi presencia consustancial a las garatas, las mismas que cualquier día, según aseguraban por lo bajito, iban a terminar en sangre. En esa ocasión, sin embargo, no intenté separarlos, me dio lo mismo que rodaran por el suelo o se mataran a golpes. Solo tenía cabeza para preguntarme cómo había podido ser tan ingenua de creer que llegaría hasta Fischer, y cómo había sido capaz de prestarme para hacer semejante ridículo.

Concluida la bronca, tras la cual, como siempre, mi padre salió dando un portazo, Greta me clavó la mirada: yo no me había movido, no había sollozado, ni siquiera les había prestado atención. Estaba como en otro mundo y ella lo captó al instante. Mi indiferencia la desconcertó.

—Y tú —chilló de pronto, sacando fuerzas de donde no tenía—, ¿por qué no le dijiste nada?

Me encogí de hombros, aturdida aún por la impresión de haber visto en movimiento a Fischer.

—Eres una zorrita...

Mi madre en ese momento tenía treinta y cuatro años y era notablemente alta, de piel blanca, piernas bien torneadas, nalgas prominentes... Tal vez habría podido ser otra cosa en la vida, si el mismo empeño que ponía en querer controlar a su marido, martirizar a su hija o pintarse de negro un lunar que tenía en el pómulo izquierdo —era obsesiva con aquel lunar—, lo hubiera puesto en atajar sus continuos cambios de humor. Incluso creo que era una mujer sensual, que provocaba que más de uno se volviera a mirarla en la calle. En el fondo era una desgraciada.

—¿Por qué no le dijiste nada?
Era la segunda vez que me lo preguntaba. La miré desafiante, sabiendo a lo que me exponía, furiosa ni siquiera con ella, pobre patética chiflada, sino con el fracaso anticipado de mi encomienda con el ajedrecista.
Greta esperaba una respuesta.
—Que no le dije el qué, ¿qué querías que le dijera, loca?
Me miró espantada. Hay un momento en el que la amargura, por intensa que sea, se convierte en hielo, en flecha envenenada, en un arma mortífera.
—Quítate de mi vista antes de que te vaya encima.
Me quité de su vista, y de paso de la mía. Me acosté y puse el radio. Más tarde empezaría *Nocturno*.
Pasaron los días, borrosos y atormentados, en los que estuve debatiéndome entre si renunciar o no a la misión en el Habana Libre, sintiéndome como atada a un tronco que se dirige a toda velocidad a la espeluznante sierra. Echarme para atrás a esas alturas provocaría que las Oritías se enfurecieran y me expulsaran de su reino. Nunca había querido demostrarles lo mucho que significaba para mí pertenecer a su extravagante cofradía, pero estaba segura de que lo sabían, vaya si lo sabían. Se daban cuenta de que me desvivía por agradarlas, por seguir con ellas cuando al terminar las clases íbamos a El Hueco, un tugurio en el sótano del cine Payret en el que se servían refrescos y minúsculos *sandwichitos* de quién sabe qué indigesta pasta de color magenta. Nos metíamos allí solo por ver a los dos bellísimos estudiantes checos que asistían a un preuniversitario cercano y se dejaban caer por el lugar, soles distantes y engreídos que apenas hablaban con los cubanos; mucho menos con los polacos, que siempre estaban negociando algo, chucherías del mercado negro, y a los soviéticos ni mirarlos, si acaso escupían disimuladamente cuando se topaban con ellos.
Quedaba una opción, en realidad desesperada: provocar a mi madre para que me impidiera salir ese día, pero tengo que admitir que todo estuvo en mi contra desde el primer momento. Cuando le mentí diciéndole que iría a un recital de piano con mis amigas, murmuró

que estaba bien, pero que no llegara tarde. Nos miramos, su rostro reflejaba altivez y un recóndito brillo de sabiduría, como si después de todo me estuviera leyendo el pensamiento. ¿Sería posible que hubiera advertido mi urgente necesidad de que dijera no, y por eso mismo me había dicho sí?

Por aquel tiempo, su hermano venía a la casa dos veces por semana para inyectarle una sustancia envuelta en el misterio, ni siquiera mi padre quiso enterarse de lo que se traían, hasta que en un descuido, una de aquellas tardes, leí en la etiqueta de la botellita que ponía «Insulina». Mi tío no era médico, ni siquiera practicante, pero tenía cierta experiencia, probablemente adquirida durante los años en que estuvo inyectando a las aves de la malograda pollería de mi abuelo: las hinchaba con agua para que pesaran más, y esa fue la razón por la que tuvieron que cerrar en la nocturnidad, huyendo de los enfurecidos parroquianos que habían descubierto la estafa.

Greta recibía la inyección y a los pocos minutos empezaba a temblar, sudaba copiosamente, desvariaba y levantaba los brazos, como pidiendo que la ayudaran a salir de un pozo, mientras mi tío se iba a la cocina para prepararle un vaso de agua con azúcar. Volvía con el brebaje y le ordenaba que bebiera un sorbo, y enseguida otro, hasta que cesaban los temblores, la veía abrir los ojos y mirar desorientada lo que la rodeaba, como si hubiera aterrizado en un lugar desconocido. Había que esperar todavía un buen rato para que saliera del *shock,* demacrada y lacia por el sofocón del trance.

El sábado 19 de noviembre, día de mi aventura con las Oritías, a mi madre le tocaba la inyección que la sacaba por un buen rato de combate. Eso era bueno y malo a la vez. Podría escaparme mientras ella estaba aturdida, pero cuando se recuperara y no me viera en casa reaccionaría airada; cerraría todas las ventanas, de acuerdo con el protocolo que usaba para interrogarme, y me esperaría con aquella frase tan común en ella, tan repleta de odio y de resentimiento:

—Eres igualita a tu padre.

«Alguien que cuide de mí»

Le echó el ojo a un traje de Emanuel, quien para esa época convivía con su amante, pero mantenía intacta su habitación de soltero en el apartamento de los altos de la relojería. En ella todavía conservaba un armario lleno de camisas, corbatas, pañuelos suficientes para colmar los sombreros de un ejército de magos, y algunos trajes de reserva por si le surgía un imprevisto. Era calculador y se cuidaba mucho las espaldas.

Dorothy, su aún esposa, y el hijo de ambos, Waldemar, se habían establecido en Nottingham, y al parecer no tenían intención de regresar a Cuba. Por el contrario, animaban a Emanuel a que se les uniera tan pronto como estuviera en condiciones de montar su propio negocio en un lugar tan competido, de larga tradición relojera, donde sin duda haría fortuna. Emanuel, sin embargo, se sentía a gusto al lado de Elenita, que era el nombre de su amante, una mujer de piel tostada, caderas macizas y el experimentado rostro de la que ya ha bailado. Trabajaba como bailarina en el cabaret Montmartre cuando Emanuel la retiró.

Otras razones también lo ataban a La Habana, y Mario lo sabía de sobra: su hermano era un hombre dado a la clandestinidad sexual, discreto pero consistente, que llegó a tener dos y hasta tres aventuras simultáneas a su concubinato oficial. Ponerle el tema de sus relaciones paralelas era algo que les estaba vedado a sus seres queridos, Elenita incluida, y Mario nunca se atrevió a preguntarle si era cierto el rumor de que tenía una doble vida, la segunda como proxeneta, vinculado a la crema y nata de la política y a ciertos personajes nebulosos, Santo Trafficante entre ellos, quien solía llamarlo con frecuencia a la relojería. En una ocasión, un cliente que esperaba por un reloj hizo un chiste de mal gusto cuyo protagonista era un chulo, dedicándole una

pulla a Emanuel, que al sentirse aludido tiró al suelo la joya que estaba examinando —un Rolex Pepsi, ¿cómo olvidarse de eso?—, invitando de paso al cliente a pelear en la calle. El hombre huyó, no sin antes agacharse a recoger su Rolex.

Cuando Mario conoció a Regina Wender, la mamá del jugador más joven del Log Cabin Chess Club, comprobó que hasta en eso, hasta en la manera de caer bajo el hechizo de un enamoramiento, su hermano y él eran dos gotas de sustancias irreconciliables: Emanuel embestía, sin lugar a dudas domeñaba, y en cuanto las veía muy encaprichadas se alejaba de ellas, echándolas sin más. Mario suponía que en algunos casos, cuando eran bellas y habilidosas, las incorporaba al negocio, todo en la más completa discreción.

En el fondo, no conocía bien a su hermano, habían pasado demasiado tiempo separados. Tampoco se conocía a sí mismo. A sus cuarenta y tres años, nunca sintió la tentación de proponerle a una mujer que vivieran juntos, aunque al distanciarse de ellas intentaba no herirlas, espaciar los encuentros con naturalidad, sin causar despecho; la prueba era que mantenían una relación cordial (eran clientas, empleadas domésticas, amas de casa), y hasta se prodigaban desahogos muy de tarde en tarde si se daba la oportunidad. Todo eso cambió en el instante en que conoció a Regina. Los buenos relojeros tienen esas corazonadas a fuerza de tanto ensimismarse en el rumor del muelle, en la templanza del barrilete, en la precisión de los piñones... Un cambio de frecuencia, inaudible para otro ser humano, o una ligera alteración de las agujas, son señales de un magnetismo súbito. Aquel día en que se presentó en lo de Bravo y la divisó en la sala, fue como si todo lo que la rodeaba desapareciera, y la vio sola en su imaginación, recortada su figura en un páramo donde dejaron de existir los muebles, las paredes, los ruidos. Detectó lo que en ninguna otra mujer él detectó jamás. El tiempo, se dijo, que se detuviera el tiempo. Y el tiempo se detuvo.

Le pidió a Emanuel que le prestara un traje, y este le contestó que podía coger el que quisiera sin consultarle nada, advirtiéndole que si lo mandaba entallar, como era obvio que tendría que hacer, procurara llevarlo a un buen sastre, no cualquiera en La Habana sabía cómo

tratar aquellos casimires ingleses. Mario corrió al único sastre que le daba confianza, un polaco de la calle Muralla, y le suplicó que le diera prioridad al conjunto gris de rayas diplomáticas, ya que lo necesitaba para esa misma noche. El sastre, gran amigo de su padre, se apresuró a complacerlo. El traje tenía un corte tan agradecido que bastaron unos pocos ajustes para que pareciera que se lo habían hecho a la medida en Anderson & Sheppard, que era lo que ponía en la etiqueta, y abajo, más chiquito, London.

Después de vestirse, se empapó el pelo y las mejillas con una de las colonias que también guardaba Emanuel para sus correrías, pero al mirarse en el espejo lo desanimó como siempre su estatura, menos que mediana, tirando a lo bajito, a lo insignificante, a lo que por ser tan ordinario suele pasarse por alto. Aunque bien sabía que su aspecto anodino no era un asunto de talla ni de corpulencia, sino de personalidad, de la desazón que le causaba su rostro, las huellas del acné y la nariz ganchuda, para colmo bífida, una combinación traumática que en su niñez lo llevó a soportar no pocas burlas. Su padre, siempre nacionalista, trataba de animarlo diciéndole que, lejos de ser motivo de vergüenza, esa nariz lo acreditaba como polaco primigenio, descendiente de las heroicas tribus que se asentaron junto al Vístula. Mario callaba ante lo que le parecía una mentira piadosa, pero el viejo Gorski insistía en que era un dato real: los vistulanos originarios de los Cárpatos se distinguían por sus peculiares napias, en las que resaltaba, en la punta, una pequeña muesca.

Trató de apartar los pensamientos desalentadores: ya no era un niño, ya no tenía por qué darle demasiada importancia a su apariencia; tampoco era momento de pararse a pensar en ese rasgo primitivo que lo acomplejaba desde que tenía uso de razón. Su único objetivo era llegar al lugar donde se llevaría a cabo el torneo entre cubanos y cabañeros, y poder hablar a solas con Regina Wender, sacarla de dudas si es que todavía pensaba que él era un sabueso enviado para vigilarla. De paso, la invitaría a dar un paseo por La Habana.

Le avisó al viejo Gorski que esa noche no iban a poder jugar al ajedrez, algo que no cambiaba mucho la rutina del padre, que aprovechaba para jugar contra un imaginario Lasker. Salió a la calle y

abordó el Bel Air color turquesa que había comprado a instancias de Emanuel, solo por eso, para que lo dejara quieto, pues pensaba que no valía la pena invertir tanto dinero cuando apenas tenía vida social y le bastaba con moverse en taxis. Pero su hermano lo obligó a que probara los mullidos asientos del vehículo —Emanuel también lo había enseñado a conducir—, recordándole que tenía que independizarse, salir de vez en cuando a pasear por la ciudad, o coger carretera sin depender de otros. Ahora, a punto de poner en marcha su lujosa máquina, se alegraba de haberla comprado, presintiendo que podía existir una mínima, remota, inalcanzable posibilidad de que Regina se sentara a su lado.

Aparcó no muy lejos del Club Capablanca, apretó el paso y empujó la cancela sin tomarse la molestia de volver a cerrarla, subiendo de dos en dos los escalones que conducían hasta la terraza, sintiéndose dueño de una vitalidad que no reconocía, y que acaso se la transmitiera el traje que llevaba puesto. Adentro había demasiado humo y demasiada gente. Recorrió con la vista el salón y su mirada se detuvo en el niño, era imposible no fijarse en él, porque mientras los demás bebían y charlaban, Bobby Fischer permanecía sombrío, inmóvil frente a uno de los tableros, como un pequeño dios indiferente.

En ese momento, Mario oyó el saludo del fotógrafo Bravo, que apareció de la nada, lo miró de arriba abajo y exclamó que qué elegante se veía esa noche, pasando enseguida al tema de los jugadores, la manera en que se habían organizado las mesas, su desacuerdo con algunas de las decisiones que había tomado el joven Capablanca, hijo del maestro, que carecía por completo de la sagacidad de su difunto padre. Él soportó unos minutos de aquella cháchara que en otras circunstancias le habría interesado, y cuando decidió que había escuchado suficiente, preguntó por la madre del niño.

—¿Del niño? Querrás decir del monstruo, los mismos cabañeros le llaman *Baby Pfuscher,* por lo insufrible... No tienes una idea del desprecio con que nos mira a todos. A mí me ha mandado callar en mi propia casa, ¿te das cuenta? Un *culicagao* regañándonos porque «esto es ajedrez, señores», como si los demás no lo supiéramos.

Mario se impacientaba, ya no le importó quedar en evidencia, no le interesaba otro tema que no fuera el de Regina Wender.

—¿Vino o no vino? —gruñó angustiado.

—Cómo no —dijo el otro, el tono picante y la expresión divertida—. Mírala..., allí la tienes, sentada en aquel banco.

Bravo apuntó a los ficus del jardín y a la silueta de la mujer envuelta en humo. Le dio dos palmaditas en el hombro a Mario.

—Convéncela de que no eres del FBI, pero es muy desconfiada, tendrás que darle pruebas.

Se alejó riéndose de su propia ocurrencia. Él se quedó petrificado en la terraza, preguntándose si debía acercarse o esperarla a las puertas del club, en algún momento tendría que regresar al salón. Se decidió por lo primero, caminó hacia el lugar donde ella estaba y, al ruido de sus pasos sobre la hojarasca, la vio sobresaltarse. La tenue luz de los faroles de la calle no fue suficiente para que lo reconociera, él se dio cuenta y se apresuró a tranquilizarla.

—Vine a saludarla. Nos conocimos ayer, en lo de Bravo. Perdóneme si la asusté...

—El relojero polaco —exclamó ella, y fue en polaco que lo dijo, un guiño de complicidad al que Mario correspondió inclinándose, rozando apenas con los labios la mano que ella le extendió.

—Siéntese —lo invitó Regina, extendiéndole la cigarrera—, ¿fuma?

No fumaba. Contrario a su hermano, que lo hacía todo el tiempo, él no se aficionó al tabaco, y eso que probó varias veces en su juventud, pero nunca lo dominó aquel apetito que en otros parecía insaciable. Cuánto hubiera ganado ante los ojos de Regina si, al aceptar el cigarrillo que ella le ofrecía, hubiera sacado una de esas boquillas con las iniciales grabadas, como las que usaba Emanuel.

—Acabo de ver al niño, está muy concentrado.

Lo había dicho para halagarla, pero su reacción no fue la de una madre orgullosa del hijo que con solo doce años estaba a punto de batirse con los más curtidos ajedrecistas del Caribe, todos adultos o francamente viejos.

—Bobby es un muchacho difícil —murmuró entristecida—, cuando está jugando no me quiere cerca.

—Debe de ser la edad —recurrió él al tópico para consolarla.
—No, no es eso. —Hizo una pausa, le dio una larga calada al cigarrillo —. Ha crecido sin un padre a su lado, y de un tiempo a esta parte se cree invencible. Los chicos que se creen invencibles se vuelven lobos.
La última frase la había dicho en inglés: *«The boys who think they are invincible turn into wolves»*. Tiró el pitillo al suelo y prendió otro, le temblaban las manos, evitaba mirarlo a los ojos y Mario supuso que no terminaba de creerse que él fuera un simple relojero. No sabía de qué manera disipar sus dudas, imposible explicarle que desde que la había visto en la casa de su amigo Bravo no había pensado en otra cosa que en volver a verla.
—Un día como hoy, hace cuatro años, murió el papá de Bobby.
Mario sintió un inesperado alivio. Viuda. No se había atrevido a preguntarle al fotógrafo si Regina Wender estaba casada. Podía pensarse, y lo pensó, que se entendía con alguno de los cabañeros. Eso aún no estaba descartado.
—Lo siento mucho... No sabía que el señor Fischer hubiera muerto.
—Es que el padre del niño no es Fischer —recalcó en el tono en que se dicen las cosas que se suponen lógicas y dadas por hecho.
Mario quedó en ascuas. En momentos como esos era cuando la gente sacaba un cigarrillo, ganaba tiempo prendiéndolo y exhalando el humo, fijando la vista en las volutas y buscando en ellas unas palabras mágicas, o compasivas. Por segunda vez aquella noche, lamentaba no ser fumador.
—Le voy a decir algo, señor...
—Gorski. Me llamo Mario Gorski.
—Le voy a decir algo, Mario: si mi hijo llevara el apellido que le corresponde, ninguno de los dos estaríamos aquí. A su verdadero padre lo envenenaron en Washington, en la International Student House... Lo invitaron a una fiesta allí, lo acompañaron sus estudiantes... Pero alguien le puso una bebida en las manos, y a los cinco minutos cayó muerto.
¿Desvariaba? ¿Quería ponerlo a prueba al hacerle esa revelación insólita, como un anzuelo para que se lanzara a preguntarle más? Acababa de estrenarse el mes de marzo, pero hacía calor esa noche, un

bochorno desacostumbrado, así que era posible que por la madrugada se desatara una buena borrasca.

—Usted, que trabaja con números, ¿oyó hablar alguna vez del matemático Paul Felix Nemenyi?

—No trabajo con esa clase de números —aclaró Mario, en el fondo contento de que ella hubiese aceptado su condición de inofensivo relojero—. Pero sí —mintió—, he oído hablar a mi padre del profesor Nemenyi. Gran ajedrecista, me parece.

—Nos estuvo ayudando mientras vivió. Cuando leí la noticia de su muerte, decidí ocultárselo a Bobby, aún no había cumplido nueve años. ¿Cómo iba a contarle que el tío Felix, como él lo llamaba, no volvería a visitarlo, ni a mandarle regalos?... Le enviaba tarjetas dibujadas por él, con piezas de ajedrez o acertijos, y en la última que recibimos, ya después que había muerto, le prometía a Bobby que lo llevaría a ver el Capitolio y el Monumento a Lincoln...

Mario escuchaba en silencio, pensaba que cualquier palabra suya podía tensarla, inhibirla, o ponerla en guardia. Ardía en deseos de que le contara qué pintaba en toda aquella historia el señor Fischer, que le había dado el apellido al niño.

—Un año después de la muerte de su padre, Bobby ya tenía agujeros en los zapatos... Le pedí ayuda al hijo mayor de Paul Felix, que sabía de la existencia de su hermano, pero era muy joven y estaba en la universidad. Las cosas mejoraron algo cuando conseguí trabajo en una escuelita de Bushwick, ¿conoce Brooklyn?

Negó con la cabeza, incapaz de confesarle que no conocía nada. Ni siquiera se acordaba bien de su niñez polaca, ni de la llegada a La Habana, aunque sí de los primeros días del colegio, cuando Emanuel tenía que defenderlo de los condiscípulos que se burlaban de su fragilidad, de su torpeza, y hasta de su apego a un grupito de niños judíos, recién llegados como él, que le enseñaban frases completas en yiddish.

—Se preguntará por qué lleva el apellido Fischer.

—No me pregunto nada, Regina, estoy aquí para escucharla.

Se le humedecieron los ojos, miró a Mario con la intensidad de un náufrago que atisba un espejismo, la silueta de un apiadado arcángel

en las olas.
—Gerhardt Fischer es el papá de mi hija Joan. Nos fuimos a Moscú a estudiar y nos casamos allí. Unos años después decidimos separarnos, él quiso volver a Alemania y yo pensé que mejor me iría en América... Conocí a Paul Felix en Colorado y pasamos algún tiempo juntos, pero hay inteligencias que pulverizan todo lo que tienen a su alrededor.
—Comprendo.
—No, no puede comprenderlo. Es algo más fuerte que ellos, son incapaces de controlar su lucidez, que llega a un punto en que se vuelve insoportable... Él mismo me lo confesó, dijo que se asfixiaba, no con esas palabras desde luego, pero sí, tenía miedo de volverse loco.
Regina estaba conmovida, la estremeció un escalofrío o algo peor, y él se atrevió a acariciarle la espalda, nada especial, el suave contacto de un amigo que intentaba apoyarla. Entonces la oyó decir que Fischer los había abandonado por completo a los tres, su propia hija incluida, todo lo contrario a Nemenyi, que siempre estuvo ahí para ellos y se ofreció a darle su apellido al niño, pero no podía hacer otra cosa porque su mujer no quería darle el divorcio.
—Me fui a Chicago con el embarazo ya muy avanzado, temiendo que el parto se me presentara en el tren, pero Bobby fue paciente y esperó a que llegáramos al hospital. Me recluyeron en la sala de las indigentes, pobres mujeres dando a luz en harapos... A poco de nacer el niño, cuando me lo pusieron en los brazos y me preguntaron cómo le llamaría, me pareció más seguro darle el apellido Fischer. A Paul Felix lo tenían en la mirilla por comunista.
Toda la historia estaba dicha. Ella inclinó la cabeza y Mario le pasó el brazo por encima de los hombros. Era la primera vez que sentía la necesidad de proteger, amar, fundir aquellos huesos con los suyos, una emoción tan común al fin y al cabo. Solo que para él todo era nuevo. Se acordó de aquella antigua leyenda de su infancia, la del niño holandés que sella con su dedo la grieta que descubre en el dique. Solo que, en su caso, la sensación era distinta: no atinaba a tapar el agujero, y de un momento a otro vería alzarse, despacioso, el torrente que lo engulliría.

—Bobby aborrece la lana, lo mismo que la aborrecía su padre, como si hubiera crecido con él. Tiene esos cambios de humor, y físicamente son dos gotas de agua...

Las risas y el murmullo de las conversaciones se habían apagado dentro del Club Capablanca.

—Creo que han empezado a jugar —murmuró Regina.

—Si quiere voy a ver. —Se levantó él como un resorte, ansioso por escapar aunque fuera un minuto.

—Vaya, Mario, vaya usted, porque si es lo que yo creo, Bobby empezó una simultánea y le molestará que me asome.

Fue hacia el salón y vio que, en efecto, el joven Fischer iba de un tablero a otro jugando a la vez con seis o siete contendientes, entre ellos José Florido, el gran maestro cubano que aún estaba abatido por su derrota anterior, y si se había prestado para la simultánea era porque los demás lo habían pinchado. Bravo se le acercó y lo sacó de sus cavilaciones, instándolo a que cogiera el vaso de *bourbon* que le ofrecía (el líder de los cabañeros había llevado esa noche media docena de botellas), al tiempo que le preguntaba si no le parecía una maravilla ver al monstruo en acción. Mario bajó de un trago su bebida, sintió que la necesitaba. Fue cuando cayó en la cuenta de que al cabo de tres o cuatro días, madre e hijo partirían de Cuba. Regina Wender volvería a su vida en Nueva York, a sus afanes para darles techo y comida a una joven de diecisiete años y al demonio que en menos de una semana cumpliría los trece. El pánico era otro sentimiento desconocido para él. Soltó el vaso en manos del fotógrafo y volvió agitado al banco donde ella lo esperaba.

—Pues sí —confirmó—, Bobby está jugando una simultánea.

Ella asintió, ufana, como si acabara de ganar una apuesta. Le aseguró que había aprendido a reconocer los silencios y los murmullos del ajedrez y, sin necesidad de mirar, aun estando a cierta distancia, percibía las diferencias de cuando se celebraba un *match* a cuando por el contrario era una simultánea. Le hizo un gesto para que se sentara, pero él se limitó a decirle que el niño tenía para rato allí, y en vez de esperar en ese banco húmedo, podían ir a tomar un refresco.

—No estoy esperando al niño —la oyó decir—, Bravo les dará un

paseo, al suyo y al mío, cuando salgan de aquí.

Se sintió más intranquilo, o acaso más desconsolado. Volvió a pensar en que la perdería de vista para siempre antes de que la Tierra diera tres vueltas sobre su eje. Solía ocurrir que en los torpes, en los inocentes, en los precavidos —y él era todo eso—, la angustia no tenía otro rostro que el aplomo.

—Podemos ir dando un paseo —dijo pues, aplomado—. Hay excelentes lugares por aquí.

No conocía los excelentes lugares de ninguna parte. Salieron del Club Capablanca, cruzaron Infanta y caminaron por Humboldt. Más adelante, al dar vuelta a una calle —el mojón de cemento indicaba P—, se topó con la espléndida marquesina del cabaret Montmartre. ¿Sería posible que, sin habérselo propuesto, hubiera encaminado sus pasos a ese centro nocturno del que tanto le había hablado su hermano? No lo pensó dos veces y la condujo hacia el lugar, llevándola del brazo, feliz de verla tan emocionada cuando leyó el letrero en que anunciaban la gran atracción de ese fin de semana.

—*Sarah Vaughan in Havana? Please, pinch me... Tell me I'm not dreaming!*

El cabaret estaba abarrotado, y lo único que se le ocurrió fue invocar el nombre de Emanuel para que les buscaran una mesa, lo que ocurrió tan pronto como dijo que se llamaba Mario Gorski y era el hermano de su hermano. Es inconcebible la astucia que es capaz de generar un hombre —un pobre diablo como él—, cuando se halla en estado de gracia, hipnotizado por el embrujo de una mujer que, al parecer, lo último que pretendía era embrujarlo.

Al poco rato, se oyó el redoble de una batería, y un haz de luz cayó sobre la estrella que avanzaba hacia el piano.

—Sassy —exclamó Regina, aludiendo al apodo de Sarah Vaughan.

La cantante hizo un gesto de saludo al público y el Montmartre enmudeció, excepto por el apagado murmullo que se oía a lo lejos, probablemente el de los renegados que prescindían del *show* para seguir jugando en el casino. Luego de cinco o seis canciones, el pianista dejó su lugar a la cantante, quien empezó a tocar con mucho dramatismo los primeros acordes de un tema que provocó el delirio de

la concurrencia.

—«Someone to Watch Over Me»...

«Hay un refrán que dice que el amor es ciego», proclamaba la primera línea de esa canción. Mario esperaba que así fuera, porque él se sentía más consciente que nunca de su insignificancia; impotente para evitar que los pensamientos de Regina giraran en torno a ese rufián que, desde el más allá, tirando de sus trucos y de sus teorías, se había propuesto impedir que aquel escuálido polaco sedujera a la mujer de su vida.

Un camarero se acercó a la mesa y Regina pidió el tercer coctel: con algo tenía que bajar esa emoción con la que ni siquiera había soñado el día en que los cabañeros le pidieron que viajara a Cuba para que acompañara a Bobby. No creía en Dios, pero tenía que haber sido algo del otro mundo (un coletazo de esa terca energía que danzaba por el universo), la razón por la que estaba allí, en un lujoso cabaret de La Habana, oyendo a su cantante favorita, viéndola deslizar las manos sobre el teclado con la misma avasalladora perfección con la que susurraba: *«I'm a little lamb who's lost in the woods»*...

El corazón del oso

A mediodía, Greta sirvió el almuerzo para ella y para mí.

Mi padre siempre almorzaba fuera, y cuando por andar escaso de dinero no lo hacía en un restaurante o en alguna fonda, se las arreglaba en la calle, en el puesto de ostiones que estaba frente a la emisora de radio. Alguna vez me dijo que lo acompañara, y me animó para que los probara. Ante mi resistencia, pontificaba que los ostiones eran más nutritivos que la leche, mucho más que el huevo y que la carne, pero a mí me daba no sé qué la consistencia gargajosa del bicho, su indefensión cuando lo separaban de las valvas, y la manera en que, una vez rociados con limón, aparecía una burbuja negra, lúcida como una pupila, que se pegaba al cristal. El ritual me provocaba una oleada de asco, una sensación muy parecida a la que me sobrevino aquel sábado, cuando Greta, a una pregunta mía, me reveló el abominable origen del engrudo que estábamos a punto de almorzar.

—Picadillo de corazón —respondió distraída, mezclándolo con la porción de arroz. Por fortuna el arroz había reaparecido. Los chinos nos habían perdonado.

—¿Corazón de qué?

Me miró perpleja, como si hasta ese momento ni siquiera se lo hubiera planteado.

—Qué sé yo. Se lo vendieron a tu padre, será corazón de oso, esas porquerías que nos mandan los rusos.

Lo decía por la carne enlatada que habíamos comido otras veces y en cuyo contenido no podíamos indagar por estar las etiquetas en cirílico, pero que todo el mundo comentaba que era de oso, disimulada en las costras de grasa y rábano picante.

—Más vale que lo comas —rezongó mi madre—, no hay otra cosa.

Comprobé que en la carne triturada asomaba la diminuta urdimbre de venitas blancas, y hasta la rodaja de lo que de seguro había sido una arteria. Me acordé de un cuento de Cortázar, por ese entonces devoraba sus cuentos. En él contaba la historia de un motociclista que yace en la cama de un hospital luego de haber sufrido un accidente y que, por el efecto de la sedación, tiene una pesadilla en la que lo persiguen los aztecas, ¿o eran motecas sus perseguidores? Los salvajes solo intentaban inmovilizarlo para arrancarle el corazón y ofrecérselo a sus dioses.

—Hoy es el recital de piano que te dije. —Usé un tono casual, esperando que Greta me preguntara cuál, a qué hora, con quién iría. Pero siguió callada, dándole vueltas a la carne, buscándole el sentido a lo desconocido: ni aztecas ni motecas hubieran querido probarla.

—Tengo que ponerme el vestido de la salida...

Los tres, mi padre incluido, teníamos ropa reservada para el gran día en que por fin pudiéramos subir al avión que nos sacaría de Cuba. Greta me tenía prohibido que la usara, pero iba pasando el tiempo sin que nos llegara «el telegrama», la ansiada notificación del Ministerio del Interior autorizando el viaje. Mientras tanto, el atuendo se moría de risa, con el riesgo añadido de que terminara en las fauces de las cucarachas.

—Será solo un rato —le dije—. Voy, me siento y vuelvo tempranito...

Estaba como en otro mundo, hablando consigo misma, doliéndose de que a esas horas mi padre estaría almorzando como un *pachá* en el hotel Vedado —tenía una auténtica fijación con el hotel Vedado—, acompañado por el borracho de fulano, el mujeriego de este y el mariguanero de aquel. No tardó en mencionar a las *guaricandillas,* que era como solía referirse a las actrices que interpretaban personajes secundarios en las novelas de la radio, y que a menudo se sumaban a los guionistas para almorzar con ellos. Margot, la hermana de Ana Frank en la versión radiofónica de su diario, era por ejemplo una guaricandilla. Y la actriz que le había puesto voz a la señora Linde en *Casa de muñecas,* también lo era.

—Solo por esta vez —dije elevando el tono.

Levantó la vista, me encontró esperando una respuesta.

—¿Solo por esta vez el qué, Miriam Marrero?
Recalcó nombre y apellido para que supiera a lo que me arriesgaba: acababa de sacarla de sus pensamientos, del maldito tema en que tenía ocupada su cabeza, imaginando la bacanal de su marido: manos furtivas debajo de la mesa, vasos derribados sobre los manteles, tetas libertarias que peregrinaban de boca en boca.
—No tengo nada que ponerme. Voy a usar el vestido de la salida.
Poco a poco, nuestro vocabulario se había ido llenando de los verbos de la ausencia: irnos, salir, abandonar...
—Ni se te ocurra —me amenazó—. Si empiezas a *chipojearlo* desde ahora, ¿qué te vas a poner cuando nos llegue el telegrama?
Vivía para el telegrama, mi padre un poco menos, y yo, por largos periodos de tiempo, dejaba de pensar en eso, no tenía que esforzarme mucho, lo olvidaba en cuanto me juntaba con las Oritías. Ninguna de ellas tenía planes de irse, toda su ropa era para estar y quedarse, una circunstancia que a veces las llevaba a echarme una mirada de reproche, sobre todo cuando en la secundaria se referían a los que abandonaban el país como «gusanos» que no podrían regresar jamás. Por un par de días se alzaba una barrera entre nosotras —otra— y ni siquiera me llamaban, pero luego, de repente, lo olvidaban todo; teníamos esa edad en que los rencores asociados a la patria se desinflan rápido. Por lo demás, *chipojear* me parecía un verbo de lo más ordinario, lo detestaba cada vez que Greta lo decía, y me detesté por repetirlo.
—¿Por qué lo iba a *chipojear?* Es para un recital, lo cuelgo en cuanto vuelva y ya...
Le había alzado la voz y ella me contestó bajito.
—Te dije que ni se te ocurra.
Medité un instante en su respuesta. Esperaba más énfasis, una sarta de insultos a mi egoísmo y poca cabeza, más la incontenible cadena de reproches, todo lo que le había costado conseguir la tela y que la modista accediera a coser el vestido antes que otros encargos que tenía, cobrándonos una minucia. ¿En qué idioma tenía que decirme que no podía usar nada de lo que estuviera guardado para el viaje?
El hecho de que en esa ocasión se ahorrara la diatriba y solo

pronunciara aquel «ni se te ocurra», me hizo abrigar la esperanza de que tal vez me estaba dejando el campo libre para que la desafiara, y ya cuando me viera con el vestido puesto, justo a la hora de ir al encuentro de las Oritías para que el relojero nos llevara al hotel, se enfureciera y me obligara a quitármelo. Ellas, al ver que no llegaba, irían a buscarme, y Greta se iba a dar el gusto de decirles que estaba castigada y no podía salir. No era la primera vez que eso pasaba. De seguro me culparían por haber provocado la furia de mi madre, cuando se sabía que no andaba bien de la cabeza. Pero con todo, era mejor que creyeran que estaba castigada a que descubrieran que las plantaba por timidez, por vergüenza o por miedo a algo peor: a que la policía me sacara a la calle, me devolviera a mi casa, y los vecinos se enteraran de que, además de no estar «integrados» y querer abandonar el país, la hija única de esos impresentables rondaba el Habana Libre en busca de un americano.

—Tengo que ponérmelo —protesté—. ¡Cualquier día ni siquiera voy a entrar en él!

Noté que le ponía punto final al tema, chascó la lengua y echó una mirada apesadumbrada a las paredes, como el prisionero que acaba de descubrir las dimensiones de su celda.

—No le hables a tu padre cuando vuelva —me dijo, escarbando por última vez en el corazón hervido que tenía en el plato, el del oso, pero también, de una manera inconsciente y redundante y cruel, mi propio corazón.

Que no le hablara a mi padre era su venganza favorita, algo que me obligaba a estar pendiente de no abrir la boca, porque se me podía olvidar, y a lo mejor si él llegaba y me ponía de pronto conversación, yo sin querer le contestaba. Greta, que nos espiaba, se hacía presente a sus espaldas, de modo que él no pudiera verla, abriéndome los ojos para que me callara, haciendo un gesto con la mano que quería decir «prepárate». Cuando volvíamos a estar a solas, casi siempre en mi cuarto, me sacudía por los hombros y me soltaba en la oreja aquella bocanada de hiel:

—¿Por qué le hablaste a tu padre?

El sábado en cuestión no hubo tiempo de que le hablara o

enmudeciera al verlo, porque llegada la hora en que debía salir, mi padre todavía no había asomado el pelo. Me puse el vestido «de irnos», no me lo había visto encima desde el último entalle que hizo la costurera, y cuando me miré al espejo tuve que reconocer que la tela, que al principio me había parecido algo fúnebre, ganaba con los zapatos de tacón y hasta me hacía parecer mayor. Fui al cuarto de Greta y la encontré en la cama.

—Ya me voy.

Había adoptado la postura de sus peores abatimientos: encogida en posición fetal, con el brazo echado por encima del rostro. Era el momento culminante en que me lo jugaba todo, así que le volví a decir que ya me iba. Ella no se movió, ni dio señales de que me hubiera oído. Su hermano se había retrasado aquel día, pero llamó para avisar que iría a inyectarla antes que oscureciera, a lo que respondí que no estaría en la casa por tener que ir a estudiar con alguien. Significativamente murmuró «Mejor», y me pidió que no echara la llave para poder entrar.

Me escabullí sin mayores contratiempos, y sin que Greta supiera cómo iba vestida. Ya nada se interponía en la misión de ir al encuentro del ajedrecista y convencerlo para que me diera su autógrafo. Estaba destinada a cumplirles sí o sí a las Oritías. La indiferencia de Greta, contra toda lógica, me transmitió seguridad en mí misma.

Cerré la puerta y caminé por el pasillo solitario, muy orgullosa y envarada, y solo me vio partir uno de los vecinos, que fumaba un cigarro en la puerta de su apartamento. Me llamó de esta forma: «Psss, Psss», y al voltearme vi que me mostraba el sexo, largo y desfallecido, lo agitaba con la mano como se agita el bracito de una criatura para que diga adiós.

Divinos animales

Hubiera preferido no tener que llamar a Emanuel a esas horas, y menos para un asunto tan íntimo, pero no tenía más remedio que buscar su consejo.

Regina tomaba otro martini, que por cierto había pedido «sucio», o *«dirty»* (fue la palabra que empleó), y él apuraba un escocés con soda. Lo había pedido porque sospechaba que era lo que se tomaba en ese tipo de cabaret elegante como el Montmartre, repleto de parejas encopetadas que iban y venían del casino. Hubiera sido una vulgaridad hacerse servir una cerveza.

A esas alturas, terminado el espectáculo de Sarah Vaughan, ya estaba algo mareado, algo confuso, irremisiblemente deslumbrado. Sobre aquella vorágine de sensaciones, prevalecía la convicción de que era pronto para separarse de la mujer que tenía a su lado, persuadido como estaba de que ella tampoco quería hacerlo. Evitaba hacerse ilusiones, pero intuyó que la atracción era mutua y Regina se sentía a gusto con él, aunque solo fuera para contarle los desasosiegos de su vida y el golpe que le representó la muerte del matemático Nemenyi, alguien que inspiraba en Mario un sentimiento que hasta ese entonces le era desconocido: los celos. No lo tranquilizaba el hecho de que estuviera muerto, porque en la misma proporción en que crecía su ternura por ella, lo hacía la certeza de que el padre de Bobby se interponía entre ambos, humeante y posesivo como un espíritu burlón. ¿Qué mujer consigue olvidar a un amante que le asegura que conoce las leyes del mundo y no la dejará envejecer? Ella le preguntó si había estado casado alguna vez, una forma sutil de averiguar si lo estaba en la actualidad. Cuando él le respondió que no, quiso saber si había tenido hijos.

—Tengo un sobrino, es como un hijo para mí…

Se habían relajado. Estaban cómodos en el terreno de las confidencias.
—Cuando Bobby nació —rememoró orgullosa, asumiendo el tono de leona que usan las mujeres para recordar el día en que parieron—, Paul Felix viajó a Chicago para conocerlo. Lo estuvo observando, le tocó la frente, me dijo: «¡Qué carácter va a tener esta criatura!».
—Ese hombre era un visionario —opinó Mario, no sin sarcasmo.
—Lo era —sostuvo ella—. A veces hablaba de un accidente, un tornado, alguna desgracia que podía ocurrir, y al poco tiempo ocurría. En una ocasión se despertó en un maizal, en Tennessee, y no se acordaba ni por qué ni cómo había llegado allí.
—Curioso —concedió él, aun cuando le hubiera gustado destilar la inquina y decirle que de seguro había llegado borracho.
—Tenía un amigo muy querido que se llamaba Nikola, y se le ocurrió que Nikola nos bautizara al niño, pero no a la manera en que lo hacen los cristianos, no creíamos en eso, sino un bautizo con imanes, la ciencia que les gustaba a ellos...
A Mario le pareció monstruosa aquella escena: dos locos imantando a un recién nacido. Preguntó, por preguntar, qué había sido del padrino de Bobby.
—Oh, no pudo ser... Poco antes de que yo diera a luz, Paul Felix llamó para decirme que tenía el presentimiento de que Nikola iba a morir. Corrió a verlo a Nueva York, lo quería como a un padre, llegó a sospechar que era su verdadero padre... La mamá de Paul Felix había tenido amoríos con Nikola, y mantuvo la amistad aun cuando se casó con un señor de Fiume, dueño de una refinería.
Lo dijo oronda y él sonrió por educación. Se notaba que se sentía orgullosa de los orígenes del padre de su hijo.
—Pasaron el día juntos... Paul Felix lo vio bien y regresó a Colorado. Al llegar a su casa, encontró un telegrama donde le anunciaban que Nikola Tesla había muerto. Bobby nació justo dos meses más tarde.
Mario se sintió un poco agobiado: en aquella familia nadie parecía tener el apellido que le correspondía. Fischer tendría que haberse apellidado Nemenyi, y Nemenyi tendría que haberse apellidado Tesla.
—Paul Felix me llamó llorando: nuestro bebé se había quedado sin padrino.

En el mundo abundaban las historias clandestinas, asombrosas, apasionadas, y Mario llegó a la conclusión de que él había estado viviendo en una burbuja. ¿Conocía Bobby Fischer esa crónica de padres y abuelos secretos? Se lo preguntó a Regina.

—No lo sé, no creo, algún día lo descubrirá. Paul Felix hubiera querido vivir con nosotros, pero su esposa no lo permitió. Una denuncia de ella por adulterio, con la persecución que ya sufría, hubiera acabado con su vida mucho antes.

Mario asintió. Suponía que hablaba de la persecución política, ese asunto que la obsesionaba.

—Ahora entenderás por qué le di al niño el apellido del papá de Joan, que en ese momento andaba por Brasil, o Venezuela. Nunca se ocupaba de nuestra hija, así que menos le iba a importar que le pusiera su apellido al hijo de otro.

Se alteró al decirlo, la sola mención de Gerhardt Fischer la irritaba, y como para espantar esa desdicha abrió su bolso, sacó una cartulina con las esquinas rotas y se la mostró a Mario. Era una foto en la que ella estaba de perfil, sus líneas puras, jóvenes y enamoradas: un camafeo labrado en el ónix de la adoración. A su lado, un joven y desdeñoso Nemenyi, el rostro afilado y la mirada clara, una expresión cuya profundidad, en efecto, era la de alguien que parecía conocer las leyes del mundo. Mario no supo qué decir, mientras trataba de ocultar un desaliento casi claustrofóbico, una inferioridad total. Tenía muy claro que contra un sabio tan imaginativo y bien parecido era imposible competir.

—Lamento que hayas sufrido tanto —dijo, tendiéndole los brazos.

Ella se refugió en su pecho y Mario ya no tuvo dudas de que aquella mujer iba a marcar su vida. Ahora tenía que resolver adónde la llevaría cuando salieran del Montmartre. Al apartamento de los altos de la relojería era imposible; el viejo Gorski, a menudo, vagaba insomne por la madrugada, pendiente de las voces en la calle y de los ruidos fuera de lugar. Pensando en eso, se excusó con ella, se levantó de la mesa y bajó a la primera planta, donde estaban los teléfonos. Pidió a uno de los empleados que le facilitara monedas y llamó a la casa de Emanuel. Le contestó Elenita, soñolienta, alarmada.

—Mario..., ¿estás bien?
—Muy bien. ¿Puedo hablar con mi hermano?
—¿Le pasa algo a papá?
Llamaba papá a su suegro, y él le correspondía diciéndole hija. Habían hecho buenas migas, era la nuera perfecta, la que había llegado en el momento oportuno para darle a ese hijo, mujeriego y ya maduro, un hogar donde sentar cabeza.
—Tranquila, papá está bien. Dile a Emanuel que se ponga, por favor.
Se puso Emanuel, el hombre que iba directo al grano y lo olfateaba todo.
—¿Dónde estás?
—En el Montmartre.
Hubo un silencio al otro lado. Si le hubiera dicho que estaba en las antípodas, su estupor no hubiera sido mayor. Seguro que había esbozado una sonrisa, sonó a sonrisa su pregunta.
—¿Tú, Mario Gorski, me quieres decir que estás en el Montmartre?
—Sí, y necesito que me digas dónde puedo llevar a una mujer.
Su hermano tenía lo que se dice calle, la mente muy bien enfocada hacia los imprevistos sexuales, y por lo tanto solo pedía los datos que importaban.
—¿Qué clase de mujer?
—La mejor.
—¿Casada?
—Viuda.
—Ah, una viudita.
Mario resintió el tono y le salió al paso.
—No es tan joven, tiene mi edad.
—Una viuda que está en el Montmartre a punto de irse a la cama con un hombre, es una viudita.
Nunca perdía. Por eso lo amaban las mujeres, y también por eso lo rodeaba un aura de lealtad y fortaleza; de hijo, hermano, amante que podía defender a cualquiera en cualquier trance.
—Solo se me ocurre un lugar —murmuró, caviloso—, el hotel Rosita de Hornedo, ¿sabes dónde está?
No lo sabía y Emanuel le explicó cómo llegar; era un paraje discreto

por la zona de Miramar, alejado del vertiginoso centro del Vedado, un hotel de lujo para hombres de negocios americanos y gente que quería pasar desapercibida.

—Que ella vea que te tomas tu tiempo, la subes a tu buena máquina, me imagino que andas en el Bel Air, ¿no es cierto? El paseo les vendrá bien. Ve despacio y maneja con una sola mano, con la otra le acaricias el pelo, primero el pelo y después bajas por la nuca y enseguida tócale las tetas, así vas viendo cómo reacciona. Si la notas a gusto, cógele la mano y póntela en la pinga.

Mario reaccionó espantado.

—No seas grosero... Es la madre del niño ajedrecista. ¿Has oído hablar de ese americanito que causó sensación ganándole a Florido?

—Como si es la madre de Cristo, chico, ¿qué coño importa el hijo? Ahora llamo al hotel y cuando llegues todo estará arreglado, pides tu llave y punto.

Se despidieron, Mario colgó y les cedió el paso a tres jóvenes de etiqueta que estuvieron a punto de arrollarlo al pasar por su lado. Caminó tras ellos y, al entrar al ascensor, para impaciencia de esos mismos jóvenes, le pidió al ascensorista que esperara por una mujer en sus treinta y tantos, envuelta en plumas de marabú, una cazadora solitaria que de seguro iba a terminar la fiesta en el casino. En el fondo, sabía que tanto ceder el paso y esperar por los demás era una forma de ganar tiempo antes de volver donde Regina y preguntarle lo que solo se podía preguntar de una manera: «¿Qué te parece si nos vamos a un lugar más tranquilo?». La única y perfecta excusa que ella podía oponer era que su hijo estaría esperándola, y no se habría dormido porque era un muchacho obsesivo, que se quedaba pensando en las jugadas que pudo haber hecho y no hizo. Mario se dijo que, de ser ese el argumento, le prometería que el fotógrafo Bravo y su mujer lo cuidarían hasta que ella llegara. El fotógrafo era un consumado ajedrecista, ya había jugado algunas «miniaturas» con el joven Fischer, y en ese aspecto se entendían muy bien.

Al volver a la mesa, tenía un nudo en la garganta, pero lo dijo con la voz más clara que recordaba haber tenido nunca.

—¿Qué te parece si nos vamos a un lugar más tranquilo?

—*Wherever you like* —respondió ella, sorprendiéndolo, ruborizándolo, envolviéndolo en una mirada prometedora.

Pidió la cuenta y la vio encender un cigarrillo, la mirada puesta en el piano del que unos minutos antes se había levantado Sarah Vaughan. Un público enardecido, que no quería dejarla ir, la obligó a salir varias veces, hasta que en la última, Sassy agarró el micrófono y cantó *a capella* unas estrofas del mismo tema con el que había cerrado: *«Oh, baby, you know I surrender myself to you».* Tal fue la emoción, que a Regina se le saltaron las lágrimas.

Dejó una propina generosa, como correspondía a su felicidad. Ella se levantó y se tambaleó un poquito, consecuencia de los cuatro martinis que se había echado al cuerpo, por lo que él se apresuró a rodear su cintura, sujetarla como si fuera suya, una emoción inédita en su mediocre historia. Fue entonces cuando se oyeron unos estallidos secos, similares a los del descorche de varias botellas de champán, lo que provocó que muchos trataran de ubicar el lugar donde se originaba la celebración. Casi al mismo tiempo se escucharon gritos, voces que pedían auxilio, el sonido de objetos que caían al suelo mezclado con un estrépito de cristales rotos. Alguien avanzaba derribando mesas, y Mario reconoció a uno de los jóvenes que habían estado a punto de arrollarlo. Ignoraba si el otro lo había reconocido a él, probablemente sí porque se detuvo a mirarlo, como si su cara le sonara de algo. Luego de unos instantes, el hombre se abrió el saco y extrajo del bolsillo un objeto que Mario no identificó, pero Regina sí: «Es una granada», balbuceó, retrocediendo hasta tropezar con la silla y caer sentada nuevamente en ella. En efecto, el de la granada subió a una mesa, pegó una patada al florero, y gritó que nadie se moviera o todos volarían con él.

—Acabamos de ajusticiar al coronel Blanco Rico, culpable del asesinato de cientos de cubanos. ¡A todos les llegará la hora!

La escena se tornó irreal. Mario tuvo la impresión de que, en un mar de gente congelada, solo él conservaba la facultad de respirar, pensar, buscar una salida. El de la granada bajó de la mesa y vociferó una vez más su amenaza, pero esta vez pasó de las palabras a la acción y cogió por el brazo a Regina, obligándola a ponerse de pie. Quedaba claro

que se la llevaba. Pensando en nada que no fuera el impulso de recuperarla, Mario saltó sobre el sujeto, que en el inesperado forcejeo con esa especie de halcón que se le echaba encima, dejó caer la granada. La vieron rodar suavemente por la alfombra, momento que aprovechó Regina para soltarse y huir al fondo del salón, perdiéndose en el pequeño bosque de paralizados. Desconcertado, el asaltante levantó el puño, pero antes de descargar el golpe contra el relojero se detuvo: quién sabe lo que vio en ese rostro endurecido, decidido a todo, manchado de una determinación salvaje. Desde la calle llegaban voces alteradas, y cerca de los ascensores se reanudaba un llanto sordo, como si el universo fuera a volver en sí. El de la granada la recogió del suelo sin quitarle la vista a Mario, a quien quizás veía en su verdadera dimensión, preguntándose cómo aquel renacuajo había podido darle un empujón tan fuerte. No tuvo necesidad de repetir que nadie se moviera, se limitó a proferir un «¡Viva Cuba!», y de inmediato huyó.

Mario buscó a Regina y la divisó sentada en el suelo, confundida entre el grupo de gente que empezaba a moverse rumbo a las escaleras. Era la única manera de salir del cabaret, ya que el cadáver de un hombre, seguramente el del coronel Blanco Rico, temido jefe de la Inteligencia Militar, yacía junto a las puertas del ascensor, sobre un charco de sangre, cubierto por un mantel que tenía el monograma del Montmartre. Regina y él fueron de los últimos en bajar, y cuando unos policías les pidieron que se identificaran, ella no respondió, conmocionada, por lo que Mario tuvo que rebuscar en su bolso hasta dar con el pasaporte. A continuación, él enseñó el carnet de conducir, y aun en aquella atmósfera cargada, llena de murmullos, el agente que leyó su nombre tuvo el valor de preguntarle si era familia de Emanuel. «Es mi hermano», contestó Mario. «Buena persona», añadió el otro, sin rastro de ironía.

Echaron a andar por el camino de vuelta hacia el Club Capablanca, donde había quedado el automóvil. Lo hacían despacio, no como si estuvieran alejándose de una escena aterradora, sino tomando el aire en una noche cualquiera. Ella se dejaba llevar, todavía aturdida, mientras él caía en la cuenta de que, en la confusión, la foto de

Nemenyi se había quedado encima de la mesa, olvidada por siempre, en breve tiempo desechada junto con los restos de las servilletas sucias. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra hasta que llegaron al carro, cuando él le abrió la puerta y la oyó susurrar:

—Necesito ver a Bobby.

Era el momento de retenerla, lo sintió en la sangre, en el coraje que aún le corría por las venas luego de haberse enfrentado al hombre que había intentado arrebatársela.

—Primero deberías descansar un poco —le dijo, usando un tono casi autoritario—. Tienes que calmarte antes de ver al niño.

Ella no protestó. Aletargada por el susto y el alcohol, ladeó la cabeza y cerró los ojos. Mario se concentró en las indicaciones que le había dado su hermano y llegó sin problema al hotel, nada raro en un hombre que, según su padre, era una brújula viviente, bueno para encontrar el rumbo en cualquier circunstancia.

El botones que salió a recibirlos y se hizo cargo del vehículo, ni siquiera les preguntó por el equipaje. Era obvio que Emanuel, un lince en este tipo de encuentros, lo había previsto todo: nada de preguntas; a las parejas de una sola noche no había que pedirles explicaciones. El empleado que los atendió esperaba con la llave en la mano y un recado de parte de su hermano: que lo llamara tan pronto como llegara al hotel. Subieron a la habitación y Regina fue directo al baño, dijo que necesitaba asearse, pero Mario la oyó vomitar y, ya después de las arcadas, se escucharon sollozos.

Aprovechó para llamar a Emanuel, y de nuevo contestó Elenita, que esta vez sabía de lo que se trataba y sin decir palabra le pasó el auricular a su marido.

—A ti te cagó un aura, chico —lo oyó decir—. Para una vez que te metes en un cabaret, se arma la de San Quintín. ¿Estás bien?

—Estamos bien —utilizó a propósito el plural—. Eran tres hombres y me pasaron por el lado después que hablé contigo. Uno de ellos sacó una granada y amenazó con volarnos allí mismo. Luego quiso llevarse a Regina.

—¿La que anda contigo?... ¿Y a ella para qué?

—Quién sabe, para poder salir del cabaret sin que le dispararan.

Aquello se llenó de carros de la policía... Hasta una jeep del ejército llegó cargada de soldados.

—Blanco Rico está muerto —masculló Emanuel—. El muy comemierda subió sin la escolta.

—Ella quiere ver a su hijo —volvió Mario al tema de sus cuitas—. Vinimos al hotel para que se calmara, pero si insiste en volver con el niño, no voy a tener más remedio que llevarla.

—¿De qué niño estamos hablando?

—Ya te expliqué que Regina es la madre del americanito que le ganó a Florido.

—Cágate en el americanito. No se pueden mover de ahí. Hay tiroteos dondequiera, Salas Cañizares está peinando La Habana, hasta en las embajadas se está metiendo en busca de los subversivos.

Mario miró hacia el baño, aún cerrado, en el que habían dejado de oírse arcadas y sollozos. Su propensión a imaginar lo peor, lo llevó a preguntarse si Regina no se habría desmayado.

—El niño está en casa de Bravo —le informó a Emanuel—, el fotógrafo de Cuatro Caminos, aquel que le hizo el retrato a papá.

—Sé perfectamente quién es Bravo —rezongó su hermano, impaciente.

—Hazme un favor, Emanuel, llámalo tú y dile que estoy con la mamá de Bobby... Explícale que es peligroso salir a la calle en estas circunstancias.

—Despreocúpate —lo tranquilizó su hermano—, ahora lo llamo. Estás nervioso y así no se te va a parar. Pide un trago a la habitación.

Colgó al sentir que Regina salía del baño. Se había quitado el vestido y los zapatos, pero no así las medias ni el refajo, aunque a Mario lo que lo cautivó fue su semblante transido, el sensual desamparo con que pasó por su lado y se sentó en la orilla de la cama.

—I'm so tired... May I sleep for a while?

Muerto de amor, luchando contra el deseo de caer de rodillas y abrazarse a su vientre, hizo un esfuerzo supremo y se limitó a tomarla por los hombros y empujarla suavemente para que se acostara. No hacía frío en la habitación, pero sacó una manta del armario y la arropó sin que ella lo notara, ni un minuto había tardado en quedarse

dormida. A continuación se quitó el saco y se aflojó la corbata. Las emociones de la noche también empezaban a hacer mella en su mente, en los párpados que se le cerraban... Soltó los zapatos y se acostó junto a la única criatura por la cual habría estado dispuesto a que lo destrozaran, con granada o con bala, a dentelladas si era menester. Ella tenía el antebrazo puesto sobre la frente, como si posara para uno de los almanaques de las «chicas Ziegfeld», esa reliquia de los años veinte que el viejo Gorski guardaba en el taller.

El suyo fue un sueño ligero, inquieto, jamás reparador, y cuando abrió los ojos, notó que había clareado lo bastante como para que la luz violeta de las vidrieras del balcón iluminara el cuerpo de Regina, que respiraba intensa, acompasadamente. La manta con que él la había arropado la víspera estaba arrebujada a sus pies, ella misma la habría empujado allí, pero además no había ni rastro del refajo ni de ninguna otra prenda, y era imposible saber en qué momento de la noche, medio dormida o por completo despierta, se desnudó necesitada de un abrazo, del beso apasionado de un hombre que, aunque no conociera las leyes del mundo, como el aborrecido Nemenyi, había sido capaz de jugarse la vida para impedir que otro se la llevara.

Cauteloso, como un esposo trasnochado, salió de la cama y se quitó los calzoncillos. Nunca había tenido el impulso de tomar a traición a una mujer, y no iba a empezar a hacerlo ahora, precisamente con la única que por primera vez lo hacía sentir viril y trascendente, así que volvió a acostarse con el mismo sigilo, y al cabo de un rato le acarició el brazo, la besó con suavidad en el pecho, retuvo el pezón entre los labios, sin morder ni chupar, solo rozándolo. Regina se despertó en el momento en que él le apartaba unos mechones de pelo de la cara. No parecía sorprendida o contrariada, sino que le ofreció los labios y se deslizó, sinuosa, hasta quedar debajo de él, que la asumió como una misteriosa sima, un vértigo total, un animal divino.

Para estar a su altura, se hizo animal también.

Palpar la vida con mis manos

No pararon de hablar las Oritías durante todo el trayecto al hotel. Era una cháchara forzada, nerviosa, salpicada de risitas huecas. En el inmaculado automóvil del relojero nos repartimos las cinco, y a mí me tocó ir delante por ser la protagonista de la encomienda, pero también para que no se me estrujara el vestido. Ya les había explicado que era el de salir de Cuba, así como los zapatos de tacón y las pantimedias que me habían mandado unos parientes de Miami. Tenía que regresarlo todo intacto, aun cuando la bronca estaba asegurada, la furia de cíclope que normalmente arrebataba a Greta, multiplicada por diez al verme llegar con la ropa prohibida.

En las asambleas de la secundaria nadie se «iba del país», sino que «lo abandonaba», esos matices no los podíamos pasar por alto. A menudo, después de enumerar las metas del semestre, o anunciar la fecha de la escuela al campo, los dirigentes de «la Juventud» (comunista) subían al podio y pedían que levantaran la mano los que pensaban «abandonar el país». Siempre éramos los mismos, tres muchachas y un varón. Una de las muchachas encajaba mal la diatriba (jadeaba y se rascaba los brazos), y un día en que nos preguntaron si no veíamos todo lo que la Revolución nos daba, educándonos y convirtiéndonos en hombres nuevos (también nosotras seríamos hombres nuevos), ella gritó que sí, afirmando con la cabeza compulsivamente, sin parar ni siquiera cuando nos mandaron sentar. Se oyeron risitas y murmullos, pero muy pronto la escena comenzó a asustarnos. Nadie sabía qué hacer, los de «la Juventud» le pidieron en vano que se calmara, hasta que llamaron a los profesores y entre todos tuvieron que sacarla y avisar a sus padres. A bordo del Bel Air, en ruta hacia el Habana Libre, temí que me pasara algo parecido; que estando frente a Bobby Fischer dejara caer el tablero, incapaz de pronunciar palabra, haciendo

movimientos raros como el de palpar mi pelo, mi rostro, mis brazos... Me sacarían del hotel igual que a la loquita de la asamblea, con la diferencia de que, al no tener un teléfono para avisar a mis padres, cargarían conmigo hasta Mazorra, el único manicomio del mundo donde los internos iban vestidos de peloteros, según el protocolo impuesto por el comandante que lo dirigía.

Las Oritías empezaron a cantar, lo dejaron enseguida, hablaron otra vez sin pausa, me desesperé pensando en lo mucho que duraba el viaje, y enseguida me di cuenta de que apenas habían transcurrido unos minutos. El relojero gesticulaba levemente, una muda conversación consigo mismo, y yo no dejaba de cruzar y descruzar las piernas, esa necia actividad con la que trataba de calmar los nervios y mitigar el peso de una corazonada: estaba cada vez más cerca de dar un paso que iba a cambiar mi vida. Nada bueno me esperaba al final del camino, tendría que haberme dado mala espina que me escogieran a mí, precisamente a mí... ¿Cómo había sido tan estúpida de caer en la trampa?

Muy cerca del Habana Libre, al doblar por L, el relojero detuvo el automóvil y señaló hacia un parquecito.

—Ahí estaremos esperándote —pronunció sin mirarme, más afligido que solemne, las manos aferradas al volante—. Me imagino que en La Rampa no se podrá ni caminar, todo ese gentío va para allá. Creo que lo más seguro es que nos encontremos aquí. No nos moveremos hasta que tú vuelvas.

No nos moveremos era mucha gente. Las Oritías habían planeado dar una vuelta por Coppelia, hacer la interminable cola para poder tomar *banana split* y así matar el tiempo hasta que yo regresara. Hubo una especie de motín a bordo: ni muertas se quedarían en ese parque. Mario las ignoró y se concentró en volver a leerme la cartilla.

—Tan pronto veas a Fischer, desempaqueta el tablero, saca el lápiz y corre hacia él, ¿llevas el lápiz?

Abrí la cartera y se lo mostré, sintiendo por adelantado el peso del bochorno: era un mocho sucio, descascarado, indigno. Él se dio cuenta, e intentó restarle importancia.

—Es que con un bolígrafo no podrá escribir en la madera... Seguro que

él lo comprenderá. Además, aquí vienen cientos de personas a que les firmen tarjetas y fotografías. Tableros no sé, pero seguro que también.
En lo que a mí respecta, pararme delante de un ajedrecista a implorar unas líneas no tendría por qué resultarme una labor muy ardua, al contrario, cada vez que iba con mi papá a la estación de radio, las Oritías me entregaban sus cuadernos (un librito rectangular de tapas duras en el que ponía la palabra AUTÓGRAFOS) para que los actores o cantantes les escribieran algo con lo que rara vez quedaban satisfechas. Al devolvérselos, me lo reprochaban todo: que la dedicatoria fuera corta, o que la hubieran puesto del lado equivocado, y las más suspicaces resentían el parecido entre dos firmas. Tenían razón. A veces, ante la imposibilidad de encontrar a un artista, le pedía a mi papá que garabateara unas líneas, y él no se esforzaba mucho por cambiar la letra.
—No quiero perderlas de vista —advirtió el relojero a las de atrás, que seguían soñando con el *banana split*—. Tan pronto como vuelva Miriam, iremos a recoger el disco. Y luego, derechito a sus casas. En eso he quedado con sus padres.
¿Padres? ¿Había dicho padres? Yo no tenía padres en el sentido de esas dos figuras que salen juntas a oír lo que les tiene que decir el relojero, al que conocen de toda la vida, y que propone que para que las muchachas no tengan que subir a los abarrotados autobuses, él las llevará con gusto hasta el Habana Libre, pues se han empeñado en conseguir autógrafos. ¿Significaba que Greta lo sabía? ¿Estaba enterada de que en lugar de ir a un recital, a embelesarme con la música de Brahms *(«Aimez-vous Brahms?»,* solíamos suspirar, petulantes, a instancias de Práxedes, que adoraba esa novela de Françoise Sagan), iba camino del Habana Libre para buscar a Fischer?
—Con los tuyos no he podido hablar —murmuró Mario, haciéndose cargo de mi sorpresa—. Fui a tu casa y Greta no me abrió.
No dijo que Greta no estaba. Se daba por sentado que mi madre siempre estaba, pero casi nunca le abría la puerta a nadie. En cuanto a mi padre, era un bohemio de la madrugada y, por lo tanto, difícil de conseguir por las mañanas. Cuando salía de casa, a eso de las tres de la tarde, lo hacía volando porque se le hacía tarde para entregar el

guion de la comedia que empezaba a las siete.
—Espero que hayas pedido permiso para venir —agregó el relojero.
En aquellos días, con motivo de la Olimpiada, ir a pasear por La Rampa y respirar el aire cosmopolita de los extranjeros era la cosa más natural del mundo. Pero lo natural no tenía cabida en ese territorio boscoso, cubierto de niebla, que era el cerebro de mi madre.
—Dije que iba a un recital. Si hubiera dicho la verdad no estaría aquí.
Mario suspiró intranquilo, y las Oritías acallaron sus protestas, fingiendo que se resignaban a esperarme en el parque. La realidad era que el relojero tenía la sartén por el mango: era el privilegiado poseedor del *Rubber Soul,* y *Rubber Soul* era el tesoro que por fin nos pondría en las manos tan pronto como tuviera entre las suyas el tablero firmado por Fischer.
El automóvil avanzó aún más despacio, pegando frenazos para esquivar a los que saltaban de las aceras atestadas y se paraban en medio de la calle para sacar fotografías. Práxedes se puso a hablar de otra novela que acababa de leer, así, de repente, o tal vez porque vimos una cola en una librería y ella soltaba cualquier cosa que le venía a la cabeza, sin pararse a pensar si a las demás nos importaba. Tenía ese don, una espontaneidad que la había salvado del escarnio, de la vergüenza de tener el nombre que tenía. A otra menos ocurrente que ella le hubieran hecho la vida imposible por el simple hecho de llamarse Práxedes.
—La escribió un francés —prosiguió—, pero si no quieren llorar, no la lean…
—Sí queremos —resolvió Regina—. ¿Verdad que queremos llorar?
Hubo un estruendoso sí, y noté que el relojero le prestaba atención a la historia que ya empezaba a contarnos Práxedes: la de un muchacho «como de nuestra edad» que se enamoraba de Marta, una mujer casada, hija de unos amigos de sus padres. El esposo de Marta era soldado y estaba peleando en un lugar de Francia que se llamaba «Mmmo» —en el colmo de la pedantería nos explicó que se escribía «Meaux»—, pero como salía «de pase» algunos fines de semana, se había tragado el cuento de que el hijo que esperaba su esposa era de él.

—¿Y de quién era? —preguntó Tania por puro impulso, todas sabíamos de quién.
—Del muchacho de quince —exclamó Práxedes, y el relojero hizo un gesto afirmativo, como que lo esperaba.
—Entonces no es de la edad de nosotras —precisó Tania.
—De la mía sí —dijo Laidi—, repetí tercer grado porque me dio rubéola.
—¿Rubéola? —inquirió una voz sarcástica—, fue por un «rubiolo», confiésalo, en sexto.
Se oyeron risotadas y chillidos, alguna dio una patadita histérica. Práxedes tuvo que mandarlas callar para poder contar el resto de la historia.
—Un día, aquel muchacho estaba almorzando con sus padres y alguien llegó para avisar que Marta había muerto de parto. Entonces él se puso malísimo, rojo como un tomate, y la mamá pensó que tenía sarampión.
—Escarlatina —intervine—, su mamá lo consoló «fría y solícitamente como si se tratara de una escarlatina».
Solté la frase con cierto retintín para que vieran que no solo había leído la novela, sino que había memorizado algunos fragmentos.
—Uyyyy —se picó Práxedes—, me olvidaba que Miriam lo ha leído todo.
Lo dijo impostando la voz, dando lugar a que las otras se burlaran también, algo que desató mi furia, la tensión nerviosa acumulada durante tantos días, horribles días pensando en lo que pasaría aquel sábado.
—Claro que lo he leído todo, imbécil..., hasta tu nombre de jarabe.
Quedaron atónitas, captaron esa temeridad en mi voz, ese punto de no retorno, y se asustaron: dejaron de hablar, de respirar, de moverse. Por primera vez no me importaba congraciarme con ellas, es más, deseaba en el alma que me expulsaran de su reino.
—Y si quieren el autógrafo —balbuceé, con un nudo en la garganta—, vayan a buscarlo ustedes.
El relojero se había detenido delante del hotel, parecía aturdido, tratando de encontrar las palabras para mediar entre nosotras y evitar

que toda la operación se viniera abajo.
—No discutan, se lo pido de favor. Saben cuánto deseo tener ese recuerdo del joven Fischer, pero si ustedes se sienten incómodas, nos vamos.
De las cinco, solo una, la que tenía que entrar en el hotel, hubiera tenido derecho a sentirse incómoda, y esa era yo. Por el momento, y para asegurarse de que el plan seguía adelante, las Oritías se precipitaron fuera del automóvil, y todas menos Laidi se incorporaron al cardumen que subía y bajaba por La Rampa. Laidi se asomó por la ventanilla, me puso una mano en el hombro y anunció que su tío estaba esperándome.
—Es ese calvo que está allí —apuntó con el dedo a un hombre que, al divisarla, empezó a gesticular para que se acercara.
—No te pongas nerviosa —me susurró al oído—. Ya el disco es nuestro.
Mario me hizo señas para que cogiera el tablero, que había estado todo el tiempo en mitad del asiento, entre nosotros dos.
—Espera —me dijo—, no sé cómo lo habrán arreglado estas niñas, pero quiero que sepas que Fischer es sabatista.
—¿Que es quéééé?
—Guarda los sábados. Hoy no se sentará a jugar.
Me quedé en blanco, sin saber qué decir, y ni siquiera se me ocurrió preguntar si eso era bueno o malo para nuestros planes. Me limité a escucharlo.
—Me apena informarte que es un terrible majadero, a lo mejor baja a comer algo, no sé cuán estricto sea en su sabatismo... Igual se encierra en su habitación todo el día. No será culpa tuya si no aparece, tus amigas insistieron en que viniéramos hoy porque el tío de una y el amigo del hermano de otra les dijeron que hoy.
Parecía arrepentido de haber recurrido a unas mocosas. Me pregunté por qué no entraba él al hotel y buscaba por sí mismo al ajedrecista, que quién sabe si por respeto a sus canas, o a la mustia manera que tenía de decir las cosas, se paraba a atenderlo.
—Ya que usted está aquí —quise animarlo—, por qué no vamos los dos a conocerlo...

A pesar de mi edad, de mi nula experiencia y del temor de no poder cumplirles a las Oritías, tuve la certeza de que estaba entrando en un desventurado territorio.

—No puedo —respondió con un hilo de voz—, no puedo por motivos que un hombre nunca dice.

Lo vi ladear la cabeza y entornar los párpados, tan abatido que me pareció que se iba a derretir. Me tomaría muchos años comprender que, en almas nobles como la suya, la única rabia posible es la melancolía.

—Me gustaría saber si la mamá de Fischer ha venido acompañándolo —musitó, le faltaba el aliento—. Por favor, pregúntale. ¿Sabrás preguntarle en inglés si la señora Wender está en Cuba?

—*Sure* —le contesté, y él sonrió.

—Si en un par de horas no lo localizas, déjalo, qué se le va a hacer. Aunque no consigas el autógrafo, les daré el disco.

Laidi seguía apremiándome, se había adelantado y estaba ya muy cerca de la entrada del hotel.

—Apúrate —dijo cuando la alcancé—, mira que mi tío tiene mal genio.

Lo tenía. Estaba acalorado, sostenía en los belfos un cabo de tabaco medio destripado, y engurruñó los ojos para preguntar por qué nos habíamos demorado tanto.

—El relojero —replicó su sobrina—, que maneja como una tortuga.

Tenía la camisa empapada en sudor, y de cerca era más voluminoso y calvo de lo que parecía de lejos.

—Mira, tío Fausto, te presento a Miriam, la que pedirá el autógrafo.

—Eso allá adentro está en candela —gruñó, evitaba mirarme—. Veremos qué se puede hacer.

Me di la vuelta para suplicarle a Laidi que viniera conmigo, abrí la boca y la volví a cerrar porque se había esfumado. Ni rastro de ella entre la multitud.

—No te me despistes —fue lo próximo que le oí decir al tal Fausto—, vamos para el mezanine.

Me tomó por un brazo y actuó como una coraza humana mientras avanzábamos por el vestíbulo. Se detuvo a resoplar un par de veces

antes de señalarme la escalera que conducía al siguiente piso, donde encontramos un bar abarrotado, gente menos ruidosa que la que estaba abajo, tal vez porque eran extranjeros.

—Espérame aquí —dijo tajante—. No te vayas a mover de aquí.

Repitió una vez más esa palabra, «¡aquí!», cuando ya estaba por allá.

Mientras lo esperaba, mis ojos se posaron en las criaturas de un mural que corría a lo largo y ancho de una de las paredes; parecían faraones listos para la batalla, abriéndose paso entre papiros, alucinados por el espejismo de un mundo, el del bar y su gente, en el que solo yo, de entre todos los que me rodeaban, se percataba de su amenaza.

—Vamos para que te sientes.

Había vuelto el tío de Laidi y me llevó derecho a la barra. Todas las banquetas estaban ocupadas, y los que no podían sentarse conversaban de pie, pero él chasqueó los dedos para llamar la atención de un camarero al que le ordenó que me sacara una silla. Además de la silla, el hombre me acercó una mesita que parecía de juguete.

—Sírvele algo en lo que espera —agregó Fausto, y dirigiéndose a mí —: Ya yo cumplí, quédate tranquilita.

El camarero preguntó que qué quería tomar.

—Agua —respondí.

Trajo una botella de agua con gas y un vaso empañado. La suerte estaba echada. Tal vez lo peor había pasado: salir de casa sin que Greta descubriera cómo iba vestida; aguantar el chachareo de las Oritías; discutir con Práxedes por la novela de Radiguet y, ya a lo último, cuando había puesto pie en la acera, debatirme entre las ganas de salir huyendo o adentrarme en el hotel, resignada a lo bueno o lo malo que ocurriera.

Entre sorbo y sorbo, me animé a desgarrar el papel que envolvía el tablero, quería estar lista para el gran momento. Que no se me olvidara el lápiz. Que no se me olvidara ni una sola palabra:

«Good afternoon, Mr. Fischer, could you please sign this chessboard for my father?».

Se me iba a olvidar, seguro que al tenerlo enfrente se me olvidaría... Apostaba a que no iba a poder pronunciar la frase entera, y, para

colmo, cada vez que intentaba ensayarla, se me iban sin querer los ojos al mural, a las sobrecogedoras garras emplumadas, las flores y las alimañas recién llegadas al universo, esperando en fila para que les dieran nombre. Así era la creación.

«Could you please write "To Mario, from his friend Bobby Fischer"?»

La apertura del alfil

Regina salió del baño con la toalla envuelta a la cintura, como lo haría un hombre, y al pararse frente a la ventana la dejó caer. El momento, exquisito, hizo que Mario recordara la perturbadora observación hecha por Emanuel: una viuda que está en el Montmartre a punto de irse a la cama con un hombre... es una viudita. Algo de razón tenía, pero no del todo, porque una mujer que sale de la ducha sin rastro de piedad en la cara, consciente de su austera voluptuosidad —tan solapada como el alfil de la apertura—, no es una viuda ni su diminutivo, sino una diosa en activo a la que no define ningún hombre, vivo o muerto.

La vio extasiarse ante el manso paisaje de casitas aisladas; el puñado de barcas en la desembocadura del río, y el sonido del mar, lejano pero persistente. Minutos antes, él también se había asomado a esa ventana, fijándose en cada detalle, pero dándole vueltas a una sola idea.

—¿Por qué no vienes a desayunar? —convidó a Regina, saltando de la cama, fingiendo un entusiasmo que estaba lejos de sentir. Le hizo una reverencia para que se acercara a la mesa donde reposaban las bandejas cubiertas, un bucarito con claveles rojos, y el menaje de porcelana para el café. A ella se le iluminó el rostro y, desnuda como estaba, fue a averiguar lo que había debajo de cada campana. La idea del desayuno servido en la habitación sin duda había sido de Emanuel, que sabía que a él no se le ocurriría halagar de tal forma a la mujer con la que había dormido. Y a las mujeres con las que se dormía, le diría más tarde, había que darles de comer.

Mientras ella olfateaba los platos, de espaldas a Mario, él la tomó por la cintura, la estrechó fuerte, fuerte, sin imaginar que ya por siempre, hasta que dejara de hilvanar recuerdos (en la ancianidad o la muerte),

el aroma del café le traería a la mente aquel momento en que besó su nuca. Era una criatura abrazable —nunca mejor cantado por Sarah Vaughan la noche anterior: *«My sweet embraceable you»—,* abrazable y a la vez compleja, nada que ver con las opulentas hembras con las que hasta entonces, y de tarde en tarde, se iba a la cama. Ese pensamiento lo llenó de ternura, de un insaciable deseo de quererla, lamerla, acariciarla con el mismo ardor con que lo había hecho apenas unos minutos antes. Ella reaccionó sorprendida, pero no tardó en corresponderlo, adivinando que una pasión exasperada como la de aquel hombre no podía sino tener un único consuelo. Se arrodilló y lo alcanzó sutil, casi con devoción, y él hundió los dedos en su cabello ensortijado, la miró un instante, vio el delicado ir y venir de su cabeza, y algo en sus venas comenzó a vaciarse, pudo sentirlo y escuchar su ruido: esa convulsa percusión con la que se derrama el alma.

Después desayunaron, intercambiando comentarios triviales acerca de tostadas y jaleas, pero tan pronto como ella guardó silencio, él volvió a darle vueltas a la idea que había tenido más temprano, en realidad desde que la había visto por primera vez. ¿Y si le decía que en La Habana iba a tenerlo todo, un buen lugar donde vivir, un hombre que iba a proveerle de cuanto necesitara, y el mejor entrenador de ajedrez para su hijo? Ya él se encargaría de que Bobby siguiera adelante sin necesidad de estar viajando con los cabañeros, sino a cargo de un profesional bien conectado con los clubes de ajedrez del mundo, que manejara sus contratos y lo acompañara a los torneos. Sabía que no podía pretender que, de quedarse ellos en Cuba, fueran a vivir a los altos de la relojería, donde no tendrían privacidad por muchas razones, entre ellas porque en el taller tertuliaban a veces los clientes, pero sobre todo porque el viejo Gorski también vivía en los altos. El apartamento era amplio, sí, pero sombrío, venido a menos con los años, y ya buscarían algo que la ilusionara, lo importante era que le gustara a Bobby, en la playa si lo prefería, en cualquier caso en uno de esos edificios frente al Malecón. Ya vería ella lo que era despertarse y bostezar oliendo el mar, viendo los buques entrar a la bahía, y a la distancia el Morro. Llevarían a Bobby para que subiera al faro.

—¿No te gustaría quedarte?
Regina malinterpretó la pregunta: el hotel le parecía magnífico, pero ella debía regresar con su hijo lo más pronto posible, no porque creyera que estaría preocupado o deseando verla, sino porque tenía el deber de protegerlo. Ya bastante le costaba sacarlo de su burbuja y procurar que comiera o se cambiara de ropa. Aparte de su obsesión por el ajedrez, había heredado la impaciencia del padre.
—El señor Fischer... —asintió Mario, distraído.
—Fischer no es su padre —rectificó Regina—. Me refiero a Paul Felix...
—Perdona, claro, Nemenyi —se disculpó Mario.
Ella siguió enumerando las razones por las que no podía prolongar su presencia en el hotel Rosita de Hornedo. Tampoco le gustaba dejar a Bobby tanto tiempo solo con los cabañeros, que estaban maravillados de lo bien que jugaba, y temía que al menor descuido, con la excusa de los torneos, lo arrancaran de su lado. En ese caso, sabía de sobra que su hijo iba a elegir seguir viajando con aquella tropa de dementes, sin hacer otra cosa que jugar al ajedrez, y contento de no tener cerca a su madre.
—No digas eso —la reprendió Mario—, ¿cómo no va a querer tenerte cerca? Además, yo hablaba de que te quedaras en Cuba.
Estaba dicho y no era el momento de titubear, más bien de plantearle la oferta tal como la había concebido, sin omitir ni un solo detalle.
—Nada les va a faltar. Ni a tus hijos ni a ti. Piénsalo, no somos jóvenes, pero estamos a tiempo de empezar algo importante, de hacer una vida aquí, ya no tendrás que preocuparte por nada, solo de que Bobby encuentre quien lo encamine, y en eso te voy a ayudar también. ¿No te has preguntado por qué razón hay tantos buenos ajedrecistas en esta isla? Debe haber algo en el agua, en el aire que respiramos...
La había tomado por sorpresa, o eso dedujo por la manera en que la vio juntar las manos y escrutar su rostro para ver si estaba hablando en serio.
—Se me ha ocurrido esta mañana —agregó con soltura, nada lo paraba ya—. Me asomé a esa ventana y pensé que tenía que decírtelo... Aunque no te decidas a vivir conmigo, igual debes

plantearte lo de mudarte a Cuba.
—Acabamos de conocernos —replicó ella, en polaco.
—Acabamos de reencontrarnos —decretó Mario, en el mismo idioma.
—No te creas que no lo había pensado...
Él trató de contener su júbilo. Tenía que mostrarse entero, sin agitarse ni temblar como un adolescente.
—Estaba a punto de pedirle a Bravo que me ayudara a conseguir un trabajo en La Habana, como maestra o enfermera. Puedo salir adelante de una forma u otra.
—Claro que puedes —coincidió Mario—. Tengo buenos clientes por todas partes, gente del mundo de los negocios. Solo hay que decirles que eres una mujer preparada, que habla varios idiomas.
A Regina le brillaron los ojos, y él barruntó que su propuesta iba por buen camino. Estaba seguro de que a él le brillaban más.
—Fue la otra tarde —evocó Regina—, al ver llegar a Bobby sofocado y sucio como cualquier muchacho que ha estado jugando en la calle, cuando pensé que a lo mejor podríamos quedarnos por un tiempo, hacer la prueba a ver cómo nos va.
—Fuiste dura con él...
—Lo sé, pero no quería demostrarle que estaba contenta de que me retara por algo que no fuera el ajedrez. Ese juego es su padre y su madre, no reconoce más autoridad que esa.
Cuando más tarde bajaron al vestíbulo, solitario a esas horas, un empleado se adelantó para indicarles que el Bel Air del señor estaba en la puerta, y que si no se les ofrecía otra cosa, había sido un placer atenderlos. Mario comprobó, no sin irritarse un poco, que Emanuel se había ocupado hasta de pagar la cuenta, un altruismo que le pareció de más, pero en el fondo comprendía: seguro que se había sentido satisfecho de que su hermano, siguiendo sus consejos, que no sus pasos, hubiera quebrado la infeliz rutina del ajedrez nocturno para pasar la noche con la madre de un niño prodigio. Una aventura de novela, con asalto al cabaret, intento de secuestro, y hasta el asesinato de un jefe militar. Conociéndolo, era de esperar que a Emanuel le hubiera dado gracia la ironía de que un hombre tan pacífico se hubiera visto envuelto en un suceso tan trágico como el del

Montmartre. Quizás por eso se empeñó en hacerles placentero el resto del tiempo que iban a pasar juntos, mandándoles primero un buen desayuno y, a la hora de irse, evitando que Mario se demorara en el siempre incómodo trámite de pagar la noche. Lo cierto era que no podía enojarse con él, ni por eso ni por nada. Tenían un vínculo difícil de explicar, quizás algo típico de los gemelos, el hilo inquebrantable que cose una existencia a la otra, aunque los cerebros operen de distinta forma, y aunque el corazón de uno sea abierto y apacible, y el del otro una azarosa, inescrutable nuez.

Condujo hasta la casa de Bravo, acordó con Regina salir a cenar en la noche, después que hubieran concluido las partidas en el Club Capablanca. Nada de lugares suntuosos que debían evitarse en esos tiempos revueltos. Ya buscaría él un restaurante cálido, tranquilo, sin el glamur de los casinos que tanto atraían a los políticos. Solo le pedía que pensara en lo que habían hablado.

—Lo haré —prometió ella—. De todas maneras tendré que volver a Nueva York a recoger mis cosas y las de los muchachos, si es que mi hija Joan se anima a mudarse con nosotros. Ahora tiene novio, será difícil separarla de él.

Hizo una pausa, se tomaron las manos.

—Lo que sí tengo claro es que no quiero regresar en ese trasbordador de mil demonios en el que vinimos. Saliendo de Key West casi nos vuelca una tormenta, el niño no paró de vomitar hasta que amainó, ya mar adentro. Todos movían bultos y se andaban con cuchicheos, parecían contrabandistas o algo peor, Whitaker el primero, que además me vuelve loco a Bobby con el tema de las aperturas.

Mario sonrió.

—Whitaker es un gran ajedrecista.

—Y un gran estafador también —respondió ella—, por eso fue a parar a Alcatraz. ¿Sabes que se lio a los puños con Al Capone?

Empezó a lloviznar y él le dijo que se apresurara.

—Te prometo que no volverás en ese trasbordador. Cuenta conmigo.

La vio echar una carrerita hasta el estudio de fotografía. En la vitrina, entre las fotos de bodas, bautizos y comuniones, había «caras interesantes», como las llamaba Bravo. Cuando alguien le pedía un

buen retrato —el viejo Gorski fue de los que quiso hacerse uno—, el fotógrafo soltaba su frase preferida: «A ver, a ver, póngame una cara interesante», y todos, hombres y mujeres, sacaban a flote una pregunta existencial, entornando los ojos, adoptando por lo general aires complejos, algunos fumando y otros envueltos en las falsas volutas de los malos instintos. El que no quedaba con expresión ambigua, quedaba con cara de facineroso. Emanuel, por ejemplo, había ido a reclamarle a Bravo porque su padre, en el *«portrait»* que le había hecho, tenía el aspecto de un condenado a muerte minutos antes de la ejecución. Aunque Bravo se ofreció para volverlo a retratar, el viejo Gorski se negó: esa era su cara interesante, no tenía otra.

Antes de desaparecer por la puerta lateral que conducía al segundo piso, Regina se volvió y le dijo adiós con la mano. Mario le correspondió de igual forma y condujo hasta su casa. Al llegar, apagó el carro y se quedó meditando. Pensó en aquel viejo cliente de su padre que, mucho tiempo después de amputada una pierna, se quejaba de que le escocía el pie ausente. Así era su enamoramiento: le dolía todo lo que le faltaba, y le faltaba todo. Lleno de rabia, descargó el puño contra el volante del Bel Air, que no tenía la culpa.

Se secó las lágrimas y entró a la relojería.

¿Te enviaron los rusos?

Se acercó el camarero a preguntarme si me servía «un refresquito» y le respondí que no, solo quería saber si Bobby Fischer iba a tardarse mucho.
—¿Fischer? —replicó sarcástico—. Fischer se esconde los sábados, mi china...
Ante mi expresión de asombro, posó la vista en el tablero.
—¿Y eso es lo que le vas a dar? Mejor lo guardas, mira que el americano es un «bofe»... Yo lo que quisiera es que uno de esos búlgaros le diera una buena pescozada. Los búlgaros tienen mejor pegada que los rusos.
Se quedó muy ufano de haber expresado su teoría. Tal vez había sido boxeador de joven, de ahí la abolladura en la nariz, cincelada a puñetazo limpio, y la cicatriz que le dividía la ceja. Afirmé con la cabeza, como si también estuviera convencida del poder de la pegada búlgara, algo que le satisfizo, pues dijo que de todas formas me traería un refresco, cosa que hizo al punto, volviendo con botella y vaso, y con un recado que me susurró al oído como si fuera un secreto: mandaba decir su jefe que estaban localizando al periodista y que no me moviera de allí. El periodista era amigo de un hermano de Tania, el segundo contacto prometido por las Oritías para que me ayudaran a llegar hasta Fischer.
Tomé sorbitos del refresco sin quitarle los ojos al mural de la pared. De no haber estado tan nerviosa por la posibilidad de que, contrario a lo dicho por el camarero, Fischer se presentara de repente y yo no fuera capaz de abordarlo, hubiera ido a palpar esas figuras híbridas, ilógicas, aterradoras... Estoy segura de que estando cerca, muy cerca, con el oído pegado a la pared, habría podido oír la vibración metálica, creciente dentro de la jungla, que no era sino el eco de sus voces,

acordando los términos de la embestida.
—Tú eres la del autógrafo, ¿verdad?
Alcé la vista y me topé con el rostro afilado y la expresión desdeñosa del hombre que había hecho la pregunta. El tono de su piel, amarillento tirando hacia el cobrizo, era casi idéntico al del traje que llevaba puesto, lo que le daba un aspecto de larva, de algo enterizo en el que nada resaltaba mucho excepto por los ojos, dos lunas nuevas como de salamandra, y el sombrerito que se echaba hacia atrás, color almendra con la banda azul. Le respondí que sí, que estaba esperando por Fischer para que me firmara el tablero. Lo levanté en mis manos para que lo viera, y él le echó una mirada displicente.
—¿Tú desde cuándo juegas ajedrez?
—Juego desde los doce —mentí.
—¿Y qué edad tienes ahora, si se puede saber?
—Quince —dije sin vacilar.
Asintió muy serio, tal vez sabía que ninguna de las Oritías sabía jugar y que todas, excepto Laidi, teníamos catorce. O tal vez no sabía nada. Alguien que lo conocía le preguntó si podía ayudar «a una amiga de su hermana», para que Fischer le firmara un cartel o algo por el estilo. Quién sabe si al decirlo, el hermano de Tania se había ahorrado el vínculo familiar, limitándose a pedirle que le «tirara un cabo» a una amiguita suya que buscaba un autógrafo del americano.
—A ver, cómo te explico —empezó a dar rodeos—, aquí hay un problema y es que Fischer no juega los sábados porque su religión no se lo permite. Debe estar encerrado. Dame ese tablero y yo se lo llevo.
Me sorprendió, porque ese no era el trato. De momento no supe qué hacer, si dejar que él hiciera la gestión y salir del trance lo más rápido posible, o si negarme y huir sin la dedicatoria, confiando en que el relojero, a pesar de todo, cumpliría la promesa que me había hecho a solas: darnos el disco aunque el intento de conseguir a Fischer fracasara.
—Debo hacerlo yo —precisé, más para mí misma que para que él supiera que la decisión estaba ya tomada, y tuve que haberle sonado convincente porque se echó hacia atrás, abrió los brazos y los dejó caer.

—Allá tú —dijo sonriendo—, pero va a estar difícil que lo puedas ver hoy.
—Es que el tablero no es mío —añadí compungida, la voz humilde para que la larva se compadeciera—. Es de un relojero que me pidió que me quedara hasta que vea con mis propios ojos que Fischer lo firma.
—O sea, que tú crees que te voy a engañar y no se lo voy a llevar a Fischer...
—Es por el relojero, hasta me dio un lápiz especial.
Se acomodó el sombrerito y miró dubitativo al suelo. En ese momento, nos interrumpió un individuo sudoroso, con el pelo mojado o grasiento, era imposible saberlo a ciencia cierta porque tenía media cabeza vendada. Se aflojó el nudo de la corbata y le echó el brazo por encima al periodista, que le preguntó si de casualidad había visto a Fischer.
—Es muy temprano para estar viendo fantasmas —respondió el recién llegado en un borroso inglés, demorado como el de un disco en la revolución equivocada.
Continuaron intercambiando chistes o ironías, se reían de todo y yo agarré unas cuantas frases al vuelo, las suficientes para saber que se referían a Spassky y a otros cuyos nombres no me eran familiares. Ninguno de los dos reparaba en mí, y durante esa pausa me reafirmé en la decisión de no dejarle el tablero ni al periodista ni a nadie; tenía que hacer lo posible por cumplir con lo que me habían pedido, que era salir de allí con la dedicatoria y una historia verosímil del encuentro. Todavía no quería admitir que en el fondo estaba deseando conocer a Fischer, decirle las frases que había memorizado para él, captar su atención aunque fuera un instante, con eso me bastaba para construir una ilusión cuya primera piedra colocó mi madre la tarde en que lo vimos por televisión. Mucho después comprendería que el embeleso que ella tomó por ignorancia, mofándose a su modo, apostando a que lo que pasaba era que nunca había visto a un americano, había sido para mí un flechazo.
Por fin, los hombres a mi lado hicieron un alto para encender cigarrillos, y el periodista se despidió del otro encargándole que se

cuidara «esa herida».
—Y tú —me hizo un gesto apático con la mano—, ven conmigo, veremos qué se puede hacer.
Caminamos hacia los ascensores, y mientras tanto me preguntó si sabía quién era el de la cabeza vendada. Me encogí de hombros.
—¿Así que eres aficionada al ajedrez y no sabes quién es el Mago de Riga?
No me dio tiempo a inventar una excusa: no sabía quién era ese mago y tampoco, aunque me matasen, hubiera sido capaz de señalar en un mapa la exacta ubicación de Riga.
—Es Mijaíl Tal. El Mago, o el Brujo, ¿no habías oído hablar de él?
—Ah, sí, ¡claro que sí! —Mi aspaviento fue tan artificial que no pudo sonar sino sincero—. Es que no lo reconocí por el vendaje.
—Un botellazo —dijo cuando entrábamos al ascensor.
Tres hombres echaron una carrerita para entrar también. Hablaban en francés entre ellos, pero el más joven le dio la mano al periodista y pronunció un saludo marrullero, que solo podía provenir de un cubano: «Ñóóó, Miguel Ángel, ¿y qué, cómo te trata el yanqui?». No hubo respuesta, solo cruzaron miradas y risitas cómplices. En el piso 17 se bajaron ellos, y cuando nos quedamos solos, el periodista retomó al tema del de la cabeza vendada
—Será muy brujo y todo lo que quiera, pero metió la pata hasta *home*. Entró en un bar y le faltó el respeto a una mujer, no se dio cuenta de que estaba con el marido... Si lo llegan a matar, se jode la Olimpiada.
Me pregunté qué podía contestar a eso, ¿que qué bueno que no lo habían matado, que en qué bar había ocurrido la piñacera?
—Se jode porque se jode —prosiguió, como si pensara en voz alta—. Lo mismo si matan a un americano. Aquí no se puede morir nadie.
Imaginé la cara que pondría el relojero cuando se lo contara: uno de los grandes del ajedrez, un gran maestro al que apodaban el Mago o el Brujo de Riga, seguramente circunspecto cuando se sentaba a jugar, podía tornarse impertinente, propasarse con una mujer que estaba acompañada y ganarse el botellazo de su vida.
Cuando por fin llegamos a nuestro destino, el silencioso piso 21, me di cuenta de que nunca había subido tan alto en toda mi vida. El

periodista señaló hacia el lugar donde un hombre trajeado, recostado en la pared, sostenía un cigarrillo en una mano y un periódico en la otra.

—Vamos a preguntarle a ese, que debe estar de guardia.

Apuró el paso y me quedé indecisa, hasta que al darse cuenta de que no me movía me hizo una seña para que lo siguiera. Aun a la altura de mis pocos años, comprendí que aquello no encajaba con mi idea de pedir un autógrafo, algo que había hecho tantas veces, sola o en compañía de otros que imploraban lo que comúnmente era un garabato. Al llegar junto al guardia, este se irguió y noté que era gigante.

—Dime una cosa, hermano —inquirió el periodista—, ¿Fischer está en su habitación?

El gigante tenía un rostro impenetrable, lleno de manchas, como lagunas rosadas sobre la tez marrón, o quizás al revés: archipiélagos de terracota que emergían hacia la superficie clara. Miró al periodista, me miró a mí, tornó a mirar al periodista y no dijo una palabra.

—¿Está o no está?

Se tomó su tiempo y le dio una calada al cigarrillo.

—No está.

—Qué bárbaro... Y luego va alardeando de que los sábados no baja ni a comer. ¿Sabes si salió hace rato?

El otro se encogió de hombros, y yo empezaba a desconfiar de todo y de nada en particular. Si un minuto antes estaba decidida a no salir de allí sin asegurarme de que Fischer escribiera la dedicatoria, ahora no me importaba volver derrotada junto a las Oritías, prepararme para convertirme en paria y no poder acompañarlas cuando oyeran el disco, porque aunque el relojero se compadeciera y nos lo regalara, ellas se encargarían de hacérmela pagar.

—Pues mira, esta muchacha va a esperarlo aquí. Es para que le dé una firmita ahí en ese tablero... Yo tengo que irme.

Quedé sobrecogida, y el puro instinto me puso las palabras en la boca.

—Yo también me voy.

El periodista se acercó y me habló al oído.

—¿Me haces traerte hasta aquí y no lo vas a esperar? Ten paciencia,

chica, seguro que ha salido a estirar las piernas.

Dio media vuelta, haciendo un gesto con la mano que podía ser de despedida, pero también de fastidio; era obvio que se desentendía de mí, de la infantil historia del autógrafo y de todo lo que ocurriera a partir de ese momento. Estuve un buen rato paralizada, abrazada al tablero, pensando en la manera de escabullirme y volver al trajín de la calle; ir en busca de las caras conocidas (las de las Oritías, cuáles si no), y del relojero que me devolvería a mi casa con el vestido de la salida impoluto, ¡quién iba a decirme que en ese descabellado instante preferiría borrarlo todo y refugiarme en casa!... Ni siquiera me importaba la posibilidad de respirar el mismo aire que Greta. Con suerte, la hallaría aún despistada por el efecto de la inyección que a esas horas ya le habría puesto su hermano. Estaba pensando en eso cuando de repente noté que al otro lado del pasillo se abría la puerta del ascensor, contuve la respiración, y vi salir a un hombre desgreñado, con unas enormes gafas de culo de botella. Caminó lentamente con la llave en la mano, acaso sorprendido de encontrarse con el insólito dúo que conformábamos el guardia y yo; luego pasó de largo junto a nosotros, escrutándonos como a dos insectos.

—*Hi, master* —lo saludó el gigante—, *everything okay?*

El hombre no le contestó: se detuvo frente a una puerta, entró y pegó un portazo.

—Vendepatria —oí que mascullaba el guardia, y dirigiéndose a mí—: Ya puedes decir que conociste a Pal Benko.

Inútil buscar en mi cabeza ni una ligera referencia al tal Benko. Seguro que era un gran maestro, y en mi papel de ajedrecista aficionada tenía que sonarme de algo, pero ni las Oritías ni el relojero me habían advertido de ese posible contratiempo.

—Habrá corrido al teléfono para quejarse de que estás aquí —murmuró el gigante.

No entendía lo que quería decir. Empezaba a preguntarme qué estaba haciendo yo en ese lugar, por qué demonios no me largaba, cuál era la profunda madriguera en la que había caído.

—Los americanos no quieren extraños en la planta de ellos. Vas a tener que irte...

Vi los cielos abiertos. Gracias a la providencial aparición de ese individuo iba a poder dejar atrás una aventura que no tenía pies ni cabeza. Abrí la boca para decir que qué se le iba a hacer, que después de todo no era tan importante, y que muchas gracias por haberme permitido esperar allí, pero el otro se me adelantó:

—Ven para acá.

Caminó en dirección opuesta al ascensor, y al notar que no lo había seguido, me reprendió diciéndome que no teníamos toda la tarde.

—Mejor lo esperas en la oficina.

Sacó una llave, abrió una puerta y me hizo pasar a un salón en desorden. En el sofá, varios libros abiertos y un suéter vuelto al revés; en el suelo, papeles, croquis y algunos vasos usados; en la mesa de centro, junto a un pequeño juego de ajedrez con la partida a medias, unas pantuflas negras. De alguna parte se escapaba un chirrido que me sonó a trencito atorado en un cruce, pero cuyo origen localicé enseguida: era una rasuradora eléctrica que alguien se había olvidado de apagar.

—Siéntate y no toques nada.

Salió y volvió a cerrar con suavidad. No toqué nada, pero tampoco me atreví a sentarme. Por el balcón abierto, más que la brisa regular de las tardes, entraban ventarrones que me azotaban la falda y me echaban el pelo en la cara. Ni aun así pensé en moverme; allí me habían dejado y allí me quedaría, ni contenta ni triste, ni tranquila ni amedrentada, ni viva ni muerta. Respiraba a borbotones y mis brazos, como dos ramitas, soltaban las hojas secas de los malos ratos de ese día: desde el trago de salir sin que lo notara Greta, hasta la retorcida actitud del periodista, pasando por la agria discusión con las Oritías.

Se oyó un trueno lejano, pero retumbón, uno de esos aislados exabruptos del cielo de noviembre. Miré a mi alrededor y caí en la cuenta de que, del lado opuesto a la puerta por la que había entrado, había otra puerta más discreta, tal vez a causa del color pastel que era idéntico al de la pared. Me quedé viéndola, preguntándome adónde conduciría, o si acaso era un baño al que por cierto necesitaba ir con urgencia, me orinaba viva. De pronto alguien la abrió y vi salir a otro gigante, con el torso desnudo y el pantalón del pijama cayéndole bajo

el ombligo: era Bobby Fischer. Se llevó una mano a la nuca y miró desconcertado al techo, como para asegurarse de que estaba allí. Finalmente me clavó la vista. Olvidé todas las frases que llevaba en mente, las que había practicado mil veces y eran tan sencillas, y solo me vino a la cabeza una línea sin sentido que se remontaba a una de mis antiguas lecturas en inglés: *«A mouse-of a mouse-to a mouse»*.

Sabía que la había dicho Alicia poco después de caer en una piscina de lágrimas, pero ignoraba por qué la tenía en la punta de la lengua. ¿Debía decirla, murmurarla, rezarla sin parar para poder salvarme?

Fischer negó un par de veces con la cabeza baja y sacudió los hombros. Llegué a pensar que le había dado risa, pero para cuando volvió a dirigirme la mirada, en su semblante no cabía ni otra gota de furia:

—*Did the Russians send you?*

Chess traps

Era temprano y la relojería no había abierto al público, pero el viejo Gorski, como cada día, estaba en pie, vestido y afeitado, dándoles cuerda a los relojes de pared, dejando para el final su pieza más preciada, un Gustav Becker que, según él, había ganado el primer premio de una feria en Silesia.

—El fotógrafo te ha llamado dos veces —le dijo a Mario cuando lo vio entrar—. Parece que es urgente.

Mario no le dio importancia. La bruma de la pasión aún no se disipaba en su mente, suprimiendo toda capacidad de alarma. Pensó que el fotógrafo tan solo había querido interesarse por el paradero de Regina, habida cuenta de que él y su mujer se habían quedado a cargo del insufrible Bobby, quien quizás preguntaba por su madre o quizás no, de un niño tan excéntrico podía esperarse cualquier indiferencia. Era normal, por otra parte, que al enterarse de los eventos ocurridos la noche anterior, Bravo quisiera cerciorarse de que los dos estaban bien. Pero a Regina la había dejado minutos antes en su casa, y era de suponer que ya estaría tranquilo.

—Ahora lo llamaré —repuso Mario sin ninguna prisa—. ¿De casualidad hiciste café?

—Y huevos duros. Quedan unos «polacos» de ayer.

—Solo café, papá.

—Aliméntate —ironizó el viejo—, se nota que tuviste una noche... esforzada.

—No lo sabes tú bien... Mataron a Blanco Rico en el Montmartre, y yo estaba allí.

Antes de reaccionar, su padre cerró cuidadosamente la caja del Gustav Becker y guardó la llave. Cuando limpiaba o les daba cuerda a sus relojes, jamás se permitía apresurarse, oyera lo que oyera, pasara lo

que pasara. Era cuestión de prioridades, carácter y amor propio: siempre les inculcó a sus hijos que, en ciertos momentos, y tratándose de mecanismos prodigiosos, un relojero tenía que ser de piedra.

—¿No es ese el cabaret al que va tu hermano? —Se dio vuelta, perdida ya la compostura del profesional, el rostro demudado, permitiéndose el golpe de ansiedad, o de miedo, por lo que hubiera podido pasarle a Emanuel.

—Sí, pero él no estaba allí. Yo fui con una amiga.

El viejo Gorski suspiró aliviado, lo único que parecía importarle era que Emanuel no hubiera corrido peligro, aunque por curiosidad le hizo a Mario dos o tres preguntas que este contestó a medias, sin revelarle que la mujer que iba con él era la madre del integrante más joven del Log Cabin Chess Club, ese famoso club de la cabaña de troncos, un jiribillo que ya había ganado varias simultáneas, amén de acabar con las ínfulas del maestro cubano José Florido. Sonó en ese instante el teléfono y contestó el viejo Gorski.

—Sí, sí, acaba de llegar... —Y, dirigiéndose a su hijo—: Es Bravo, atiéndelo, creerá que no te doy los recados.

Mario cogió el teléfono e intentó hilvanar una disculpa, pero el fotógrafo lo interrumpió.

—A Regina se la han llevado los de la Secreta.

De momento no entendió la frase, como si se la hubieran dicho en un idioma vagamente conocido y tuviera que digerirla palabra por palabra.

—¿Los de la Secreta por qué?

—Qué sé yo por qué. Pregunté, pero solo me dijeron que por lo que había pasado en el Montmartre. Ya mismo te caen por la relojería.

—No lo entiendo —exclamó Mario—, primero dejaron salir a las mujeres, pero ella prefirió quedarse conmigo, estaba un poco mareada, asustada porque uno de los revoltosos quiso llevársela como rehén... Con la policía nos identificamos abajo, y me parece que les quedó claro que no teníamos nada que ver con el atentado.

—La pobre estaba muerta de miedo —añadió el fotógrafo—. Cuando llegaron a buscarla, le pedí a mi mujer que se fuera para el cuarto con los niños. Aun así, Bobby se dio cuenta de todo... No preguntó nada,

pero le dije que Regina había visto a un hombre usando una pistola, y que por eso querían hablar con ella, para que identificara al pistolero.
—¿Y él qué dijo?
—¿Que qué dijo? Ni una palabra. Es un témpano el chiquito. Cuando volvió a abrir la boca, fue para preguntarme cuál es la variante siciliana con la que abre Arango, porque sabrás que juega con Arango esta tarde, si es que no suspenden el torneo.
—La Najdorf —musitó Mario, que la conocía de sobra por ser la variante preferida del viejo Gorski—. La siciliana de Arango es la Najdorf, ¿y por qué tendrían que suspenderlo?
—No sé, tengo un mal presentimiento, figúrate la impresión de ver llegar a esos tipos y largarse de mala manera con la madre de un ajedrecista, americana para colmo, eso sin contar la forma en que me hablaron... Pensé que me iban a arrestar también.
Mario, poco a poco, asimilaba la gravedad de la noticia y guardó silencio.
—Quería que lo supieras primero —prosiguió el fotógrafo—, por si te van a buscar, pero ahora mismo les avisaré a los cabañeros. Whitaker es muy amigo de Meyer Lansky, y Lansky es uña y carne con Batista. Algo harán para sacarla pronto.
—Espera —lo atajó Mario—, dame unos minutos para consultarlo con mi hermano. A lo mejor no conviene meter a Whitaker, me temo que es un bestia que culpará a Regina por haber estado en el Montmartre, ¿sabes que estuvo preso en Alcatraz y se entró a piñazos con Al Capone?
—Oí algo de eso —concedió Bravo—, pero con Alcatraz o sin Alcatraz, para mí es el mejor jugador que ha dado Estados Unidos en cincuenta años. Las cosas como son. Si no lo llamo a él, tendré que llamar a Laucks, que es el dueño de la cabaña de troncos y jefe de los cabañeros, el que se inventó el viaje y puso el *money* para hacerlo.
—Peor, Laucks es un nazi. No te imaginas las cosas que le mete en la cabeza al niño, sabiendo que su madre es judía. Déjame hablar con Emanuel, por favor, y te llamaré enseguida.
Colgó. A la relojería entró un cliente, luego otro, y otro más. Con cada aviso de la campanilla se estremecía pensando que habían llegado a

buscarlo. Marcó, tembloroso, el teléfono de Emanuel, y como siempre le contestó Elenita, un remanso de sensualidad y dulzura incluso para los oídos más desesperados. Después de saludarlo y preguntarle por su padre, le dijo que Emanuel todavía estaba durmiendo, pero que si era urgente lo llamaba.

—Lo es. Por favor, despiértalo.

Pasaron varios segundos interminables. La voz trasnochada de su hermano musitó el típico «qué hay», y a continuación le preguntó que para qué era bueno.

—Tengo que pedirte un favor.

—¿A mí? ¿Al que vivió contigo nueve meses en la misma barriga? Somos jimaguas, chico, entre nosotros no hay favores, acuérdate siempre de eso. Me dices lo que quieres y se acabó.

—La Secreta estuvo en casa de Bravo y se llevó a Regina.

—¿La que andaba contigo en el Montmartre?

—La madre del muchacho Fischer. La idea de entrar al cabaret fue mía, no sé con qué la están mezclando.

—A estas alturas, no necesitan mezclar nada con nadie —filosofó Emanuel, y se oyó el sonido de una cucharita revolviendo lo que de seguro era el café con leche que Elenita le había puesto al frente—. No dan razones, tienen carta blanca para prender a cualquiera. La calle está en candela y no es para menos, ¿te imaginas lo que es meterle seis balazos al jefe de la Inteligencia Militar? Encima, dejaron mal herido al coronel Tabernilla. ¿Adónde llevaron a esa amiga tuya?

—No lo sé. El fotógrafo estaba muy nervioso. Le dije que esperara antes de poner al tanto a los americanos, pero él insiste porque dos de ellos son amigos de Lansky, ¿sabes de quién te hablo?

—Por supuesto que lo sé...

—Dijo que el tal Lansky levanta el teléfono y enseguida se pone Batista. Pero me huelo que los cabañeros tomarán a mal que Regina haya salido conmigo y que nos hayamos metido en el Montmartre.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo exactamente, Mario?

—Que te intereses por ella, que averigües dónde la han llevado para ir a buscarla.

—Dame el nombre completo.

—Regina Wender Fischer, nacida en Suiza el 31 de marzo de 1913, el mismo año en que nacimos nosotros. Vino a Cuba con el Log Cabin Chess Club, acompañando a su hijito de doce años... Tendrás que explicar eso.

—Déjame hacer un par de llamadas.

—No le irá a pasar nada, ¿verdad?

—No creo que la hayan metido en el Castillo del Príncipe, si eso es lo que te preocupa.

—Me preocupa todo —reconoció Mario—. Acabas de decirme que no hay favores entre nosotros. Pues bien, tampoco debe haber secretos: nunca había sentido nada así por nadie.

Había hablado desde el corazón y se imaginaba la cara que habría puesto su hermano, sorbiendo buchitos de café y recurriendo a toda su mundanidad, que era amplia y misteriosa, para interpretar la súbita vehemencia de un hombre al que consideraba inmune a intensos amoríos.

—Tranquilízate, que yo me encargo —prometió Emanuel, y de inmediato, endureciendo el tono—, pero me le dices al comemierda de Bravo que no llame a nadie. Mientras menos gente meta la cuchara, mejor.

Mario se despidió dándole las gracias, aunque no atinó a colgar ni a moverse. Se quedó con el auricular en la mano, sin saber dónde ponerlo, sorprendido de su propia torpeza, atónito por la velocidad con que se zarandeaba el mundo. El viejo Gorski fue hacia él y lo tocó en el hombro.

—¿Qué te han dicho?

—Nada, hablaba con Emanuel porque la policía estuvo en casa de Bravo.

—¿Del fotógrafo? ¿Se ha metido en algo?

—Él no, una clienta que va a menudo a hacerse fotos, muy amiga de su mujer, por cierto... Tú sabes que Bravo es así, se ahoga en un vaso de agua.

—Un cobardón es lo que es. —El viejo soltó una carcajada—. Mira que hace unos años lo vi jugar con Eldis Cobo, que le salió con un contragambito danés y lo dejó paralizado... Qué digo paralizado,

Bravo se meó en los pantalones.
Mario sonrió sin ganas.
—No, hijo, no exagero, le vi mojada la entrepierna cuando se levantó.
Conocía la anécdota, como tantas otras que su padre olvidaba que ya le había contado, pero aunque la hubiera escuchado por primera vez, nada hubiera podido distraerlo en medio del desasosiego. Unos minutos más tarde, volvió a llamarlo Bravo.
—Me dicen que la llevaron a la Quinta Estación, aquí cerquita.
—No hagas nada. Emanuel está en eso y hay que esperar por él. Te suplico que no llames a nadie.
En una relojería, contrario a lo que algunos puedan suponer, el tiempo transcurre atropelladamente, con una intensidad feroz. Se oye el tictac de todos los relojes, y nada es lento ni apacible. Todo el que pasaba por la relojería hablaba del tiroteo de la noche anterior en el Montmartre. Sonó por fin el teléfono. Era Emanuel.
—Estoy en Galiano. Tengo a la mujer conmigo. —Como Mario fue incapaz de articular palabra, el otro prosiguió—. Te la llevo para allá, y luego tú veras qué haces con ella.
—Pónmela al teléfono.
—No puedo. Yo me bajé un momento para llamarte, pero ella se quedó en el carro, está bastante hundida.
—Entonces tráela, ¿a qué esperas?
—Un momento, chico, óyeme una cosita: para una vez que te encoñas, ¿tenías que encoñarte de una comunista?
—¿Comunista? No...
—Sí. Y el tal Bobby nació en Moscú.
—Qué va, Emanuel, la que nació en Rusia fue la hija mayor. El niño nació en Chicago.
—Como tú quieras... Me importa un pito si nació en la Luna o en Guanabacoa. El caso es que, cuando llamaron a Nueva York, salieron a relucir los antecedentes de la andoba. No es viuda, está divorciada de otro comunista, un tal Fischer que vive en Chile.
—Ese no es el padre del niño —rebatió Mario—. Del padre del niño enviudó.
—Agradece que conozco al jefe de la Quinta, un guajiro que le lleva

relojes finos a papá, un tal Ventura, ¿no te suena?
No hubo respuesta, ningún nombre de ningún cliente le podía sonar. En su cabeza solo retumbaba uno, y hasta en sus huesos, es más, en sus enamoradas tripas, le sonaba Regina.
—Ni siquiera es buena hembra —se le zafó a Emanuel y enseguida intentó arreglarlo—. Bueno, no quise decir eso, no es bonita ni fea. Es distinta.
Distinta a qué, se preguntó Mario. Si alguien necesitaba saberlo era él. Si había un ser en el mundo al que le apremiaba conocer la razón de esa avalancha de ternura que lo arrastró al verla por primera vez, que lo hechizó al hablar con ella, y que finalmente lo transformó en una criatura obsesiva, irracional, taimada, era justamente él. Su hermano no le dio tiempo a preguntar por qué distinta, tampoco era el momento.
—En cinco minutos estamos ahí —lo oyó decir—. Ve preparándonos un trago.
—Aquí no tenemos licor —repuso ásperamente, irritado por el tono ligero de Emanuel.
—¿Cómo que no? ¿Ni una cerveza?
—Ni una cerveza.
No fueron cinco, ni diez, ni quince minutos, pasaron más de veinte hasta que llegó el Packard negro de su hermano y Emanuel bajó, mirando en derredor como era su costumbre, cargado con una bolsa de papel. Esperó ansioso a que le abriera la puerta a Regina y, al verla salir, se dio cuenta de que a duras penas podía mantenerse en pie. Entonces corrió a socorrerla, se la quitó de los brazos a su hermano, mientras ella hacía un esfuerzo por sonreírle y él le prometía que todo estaría bien.
—Aquí tienes un par de botellas de coñac —dijo Emanuel, extendiéndole la bolsa que Mario ni siquiera miró—, lleva a la señora para arriba y dale un trago para que se calme. Yo entretengo a papá.
El viejo Gorski atendía a un cliente cuando vio entrar a sus dos hijos y a una desconocida. Notó que Mario y la mujer se escabullían para subir al apartamento, mientras Emanuel, después de soltar las botellas, se despojaba del saco, se recogía las mangas de la camisa y abría la

gaveta donde guardaban los estuches con los relojes que esperaban para ser revisados. Al cabo de unos instantes dio con el que buscaba, una pieza de alcurnia, bastaba con ver el relumbrón de los brillantes al sacarlo fuera, y se puso a trabajar en él. Cuando el cliente se fue, Emanuel se subió los anteojos relojeros y le sonrió a su padre, que lo miraba con la indisimulada devoción de siempre:

—Parece que se nos enamoró el polaquito —dijo, apuntando hacia los altos.

El otro cabeceó contrariado.

—Esto no es una casa de citas, Emanuel.

—No se van a acostar, papá, está más muerta que viva esa mujer. La acabo de sacar de la Quinta Estación, estuve hablando con el coronel Ventura, tu cliente, le prometí que le tendría su reloj para esta tarde.

—¿Es puta? —inquirió el padre.

—No, viejo, a la Quinta Estación no llevan a las putas... Parece que tuvo un hijo con un comunista, ese niño que vino a jugar ajedrez.

—Ah, el muchachito Fischer. Figúrate que le ganó a Florido.

—Me alegro. —Emanuel sonrió—. Aquí no ha habido otro Capablanca, ni lo habrá más nunca. Pero todos se creen Capablanca. Tiene que venir un mocoso para ponerlos en su sitio.

Reapareció Mario en ese instante. Habló en un tono enérgico, desacostumbrado en él, como el del que anticipa que alguien va a llevarle la contraria o reclamarle algo.

—Voy a llamar a Bravo para decirle que Regina está aquí y descansará un rato. Necesita que le manden ropa para que su hijo no la vea llegar con esa facha.

Padre y hermano se miraron en silencio. Lo vieron levantar el teléfono, marcar el número con ímpetu, tamborilear con los dedos mientras esperaba. A continuación, lo oyeron dar instrucciones al fotógrafo, tan prepotente como si le hablara a un lacayo.

Emanuel aprovechó para animar al viejo Gorski a que le diera otros relojes que estuvieran en turno para reparación, pues se tomaría el resto de la semana libre. Desde hacía tiempo se ausentaba por periodos más largos, y nadie le preguntaba por qué, ni él daba explicación alguna. Lo compensaba con su gran destreza, la manera de

escrutar un mecanismo y resolverlo al punto: en seis o siete horas era capaz de sacar los encargos de toda una semana.

—Les voy a pedir que no comenten nada —demandó Mario, acercándose a ellos—. No digan que la han visto, ni una palabra a nadie.

—Cómo —se ofendió el padre—, ¿crees que voy por ahí contando las intimidades de mis hijos?

—No, pero este es un asunto delicado. Es la mamá de Bobby Fischer.

—Para mí es una señora como cualquier otra —transó el viejo Gorski —, aunque su hijo le haya ganado a Florido.

—Y dale con Florido —intervino Emanuel—. Ese se las pasa alardeando de sus «trapitos», y entonces viene un fiñe y lo hace picadillo.

—¿Qué trapitos? —oyeron asombrarse al padre.

—Las *chess traps,* papá, ¿no lo sabías?, Florido las llama «trapitos».

Se rieron juntos, aliviados, queriéndose con la complicidad de siempre, hasta que sonó otra vez la campanilla que anunciaba la entrada de un cliente. Mario aprovechó para escabullirse, necesitaba ir a ocuparse de Regina, convencerla para que durmiera un rato, tal vez no era tan mala idea ofrecerle un coñac... Es lo que haría si la encontraba aún nerviosa, revolviéndose intranquila en las sábanas que ya nunca mandaría a lavar; tampoco la funda de la almohada a la que se impregnaba el vaho de su miedo. Le rogaría que confiara en él; trataría de hacerle comprender que estaba a salvo; se esmeraría en transmitirle paz, aunque en lo más recóndito de su alma que se derretía sintiera euforia, sí, esa mezquina plenitud de verla vulnerable, ¿cuál era la palabra que había usado Emanuel? Hundida, eso, la quería hundida. Desamparada para siempre, suya... Suya total.

Algo que odias

—*Did the Russians send you?*

Lo veía a medias a través de los mechones de pelo que el viento me echaba en la cara, y no se me ocurría una sola respuesta, paralizada por el presentimiento de que de un momento a otro, bufando de coraje, me agarraría del brazo y me arrastraría al pasillo, donde el gigante que hacía guardia cerca de su habitación continuaría impasible, anotando en su cabeza todo lo que veía, o lo que sospechaba.

—*Do you understand what I'm asking?*

Claro que lo entendía, estaba a punto de decírselo cuando me lo repitió en español, de corrido y ahuecando la voz, como un villano de cine.

—Creo que no entiendes inglés. ¿Te mandaron los rusos?

Yo no negaba ni asentía, ni me atrevía a moverme, no solo por miedo a que me echara, sino por el efecto que me había causado aquella aparición suya, medio desnudo, las tetillas y el ombligo al aire, presintiendo que algo más iba a quedar expuesto si el pantalón del pijama se le seguía escurriendo. Dio unos pasos en mi dirección, los suficientes para que la luz de la ventana le diera de lleno y me permitiera ver cuán peculiar era su rostro, un contorno alargado, que de no haber sido por esa nariz, larguísima también, y el mentón pronunciado, no habría tenido sentido, ni más encanto que el de una rápida caricatura. Desde las cuencas de los ojos, un tanto hundidas, lanzaba una mirada de águila, hipnótica, amenazante.

La brisa que minutos antes me hinchaba los pulmones, parecía haberse atascado en ellos, incapaz de encontrar el camino a la boca, a la garganta que se me cerraba. En ese instante, el tablero se me cayó al suelo y él reaccionó como si hubiese caído una granada. Dio un paso

atrás, le tomó unos segundos asimilar que estaba viendo algo que le tenía que ser muy familiar, pero ni siquiera eso lo tranquilizó. Mientras más tiempo pasaba, más difícil se me hacía recuperar una de aquellas frases que había practicado día y noche, y que sabía pronunciar con fluidez. Mi cerebro no generaba sino una niebla en la que buscaba a tientas las palabras.

—*Whatever.* —Bostezó dirigiéndose a la mesita donde aún chirriaba la rasuradora.

La desconectó de un tirón y no se dio vuelta, no se movió, no dio ninguna pista de lo próximo que haría. Dirigí mi mirada al tablero, que pedía a gritos que lo recogieran del suelo, y pensé en lo que iba a sufrir el pobre Mario si a Fischer se le ocurría pisotearlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó sin darse vuelta, y yo sentí que era más fácil contestarle si no tenía que verlo frente a frente—. *You have a name, haven't you?*

Lo tenía. No digo yo si lo tenía, y lo había detestado toda la vida. Mi madre se había negado a bautizarme con el nombre de una de mis abuelas, bien fuera el de la canaria Francisca o el de la gallega Amalia, algo que las hubiera ilusionado, aunque ninguna de las dos era de ilusionarse mucho, la una por triste y la otra por seca. Tampoco cedió al deseo de mi padre de ponerme Eloísa. Cuando tuve edad para preguntarle por qué no me había puesto ese nombre, alegó que así se llamaba una de sus guaricandillas, y que ni muerta lo hubiera complacido. Por una vez, frente a ese ajedrecista, tenía la oportunidad de llamarme como yo quisiera. Pensé en las Oritías: el de Práxedes quedaba descartado porque no podía ser más espantoso; Laidi porque era Adelaida, una palabra acuática, gelatinosa; Tania era muy llano. Pero... ¡cuánto me hubiera gustado llamarme Regina!

—Regina —solté, contenta de haber dado en el clavo, y a continuación lo repetí de modo que él pudiera oírlo—: *My name is Regina.*

Se dio vuelta y me miró triunfante.

—*Regina, right? Tell me no more..., it was the Russians.*

De momento me desentumecí, volví a la vida, el nombre falso me había dado fuerzas. Abrí el bolso y busqué el lápiz de carpintero, lo agité en la mano, un gesto que tuvo que haberle parecido patético, tan

ridículo que probablemente lo ablandó. A continuación recogí el tablero del suelo.

—*I don't know any Russian. No Russian sent me… It was Mario, the watchmaker. He wants to have your autograph in this chessboard.*

No eran exactamente las palabras que había ensayado, solo una retahíla que empezaba a fluir con dificultad, pero que al fin fluía.

—*So, Regina* —dijo cruzándose de brazos—. *How convenient!*

—*The watchmaker, he was, I swear.*

Traté de explicarle, en una mezcla de inglés y español, que mis amigas me habían escogido para pedirle que firmara el tablero, y que por esa firma nos darían a cambio un disco de los Beatles, el *Rubber Soul,* que nadie tenía en Cuba. Me dio la impresión de que no me escuchaba, es más, estaba segura de que le importaban poco mis razones, absorto en cualquier otro pensamiento.

—Ok, dime tu verdadero nombre.

Me pregunté cómo podía saber que le había mentido. ¿Acaso era tan increíble que me llamara igual que una muchacha de mi edad, que estudiaba en la misma secundaria básica, oía *Nocturno* todas las noches, y se aprendía las mismas canciones que cantábamos en nuestros paseos por el Malecón? Lo único diferente era que ella tenía una madre cuerda que la besaba al despedirla por las mañanas, preparaba meriendas para sus amigas, y nunca le exigía que no le hablara a su padre.

—Me llamo Regina —reafirmé dolida—. Somos cinco. Las otras son Laidi, Práxedes, Tania… y Miriam.

Decir mi nombre como si fuera el de otra, y soltarle el peso de mi vida a Regina, me hizo sentir más segura, con cierto control sobre las Oritías, liberada totalmente de ellas. Que no estuvieran allí para verlo era un inconveniente menor, lo adivinarían cuando volviéramos a encontrarnos.

—Aquí hace frío —se quejó Fischer, frotándose los brazos—. *Let's go inside.*

No era exactamente frío, era el ímpetu del viento que ululaba y lo humedecía todo, hasta la tela de mi mejor vestido, que ya no se sentía igual al tacto, ajada como si tuviera siglos, un desastre por el que

tarde o temprano tendría que responder. A Fischer, medio desnudo como estaba, los ventarrones tenían que estar calándole los huesos.

Lo seguí a la habitación contigua, que era un caos, fiel reproducción del llamado cuarto-hecatombe, que era como la mamá de Laidi había bautizado el dormitorio de su hija. El suelo estaba alfombrado de una mezcla de revistas, recortes de periódicos y fotografías. Por doquier había corbatas, calcetines vueltos al revés, y hasta lo que me pareció el gurruño de un calzoncillo blanco. Era imposible dar un paso sin llevarse algo enredado.

—¿Qué tan bien juegas?

De momento no entendí la pregunta, ni siquiera recuerdo si la hizo en inglés o en español. En mi cabeza, que no acababa de asimilar el panorama, empezó a cuajar una especie de presagio, una de esas verdades que luchan por salir a flote, pero por más que griten les cerramos el paso.

—Puedes sentarte —lo oí decir—. Te pregunté qué tan bien juegas.

—No tanto —reaccioné por fin—. Mi amiga Miriam juega mejor que yo.

—Y entonces, ¿por qué no vino ella?

Me encogí de hombros.

—Será porque no sabe inglés. Ni una palabra.

—Ya ves que hablo español —presumió—, y ruso. Tú hablarás ruso, ¿no? Vives rodeada de ellos.

Negué con la cabeza.

—Casi nada. Nos dan clases en la secundaria, sí... Algo entiendo, no mucho.

Se dejó caer en la cama, que tenía una mitad revuelta y la otra en orden. Cayó sentado en la mitad que estaba en orden, subió las piernas y se abrazó a ellas, acercando el mentón a las rodillas, a la manera en que lo hace un chiquillo enfurruñado. En realidad se preparaba para darme un ultimátum.

—Si no vienes a jugar, no me dices quién te mandó, y ni siquiera me das tu verdadero nombre, mejor te vas.

Me debatí entre la idea de tomarle la palabra y salir, o intentar convencerlo de que la historia del relojero era cierta y no nos

entregaría el *Rubber Soul* a menos que él firmara el tablero. En ese breve lapso en que sabía que esperaba una respuesta mía, quiso el azar que me fijara en sus pies, enormes y aun así delicados, en cierta forma infantiles. No podía creer que me hubieran entrado ganas de tocarlos, comprobar si eran tan suaves como parecían, jugar con la pelusilla rubia que tenía en los dedos... Espanté aquel pensamiento lo más rápido que pude y fue peor, porque entonces lo miré a los ojos. Haciendo un esfuerzo sobrehumano le extendí el tablero.

—*For Mario* —dictó mi cerebro y desembuchó mi boca—, *great chess player,* de su amigo Bobby Fischer.

Por primera vez soltó esa brusca risita que luego escucharía varias veces.

—*I'm not going to write that,* ¿qué clase de broma es esta?

Alzó el brazo y señaló la puerta.

—Por favor —supliqué—, aunque solo sea la firma, te lo pido por favor, por favor, *pozhaluysta*...

Lo vi sonreír, algo más relajado, entonces repitió aquella palabra rusa, pronunciándola despacio para que yo aprendiera. Me esforcé en repetirla lo mejor que pude. Ambos la dijimos al unísono

—¿Qué edad tienes tú? —se interesó de pronto.

—Dieciséis. Los cumplí el mes pasado.

Esperé en ascuas que lo cuestionara. Si había sido capaz de sospechar que no me llamaba Regina, muy probablemente adivinaría que me estaba echando un par de años encima. El único punto a mi favor eran mis piernas largas, tenía la suerte de ser bastante alta para mi edad.

—Siéntate —me dijo, dando unas palmaditas en la cama—, ¿no tienes hambre?

Lo obedecí y me senté en la orilla opuesta, tiesa como un palo, asegurándole que comería más tarde en mi casa. Pero eso no contestaba su pregunta.

—¿Pedimos sándwiches de jamón y queso y unas CocaColas?

Era tentador. ¿Desde cuándo no veía un sándwich de jamón y queso, y menos que menos una Coca-Cola?

—Aquí deben tener helados de Coppelia. —Se me prendió la bombilla, temeraria, pues no podía saber lo que tenían o dejaban de tener en ese

hotel.

—*So, we'll order ice cream.*

Acercó la mano a mi rostro y con el dedo índice me limpió una manchita imaginaria en la comisura. Digo imaginaria porque estoy segura de que no había mancha alguna. Sin decir una palabra, cogió el tablero de mis manos, el bochornoso lápiz de carpintero con el que debía firmar, y los dejó a un lado de la cama. También sacó del medio su propio tablero, mucho más pequeño, y fue juntando las piezas hasta que levantó un alfil. Lo movió entre los dedos, observándolo, y de repente lo puso frente a mis ojos, como una llave perdida y acabada de encontrar.

—¿Sabes lo que es vivir con algo que odias?

—Seguro —le dije—. Vivo con mi mamá.

Soltó el alfil, levantó el teléfono y pidió los sándwiches. Preguntó si tenían helados de Coppelia, la heladería que era objeto de las fantasías de las Oritías, siendo que, desde que la habían inaugurado, pocos meses antes, dedicábamos largos minutos de nuestros conciliábulos a imaginar las combinaciones más extravagantes. Con el teléfono al oído, Fischer me preguntó de qué lo quería, y en el acto solté que de «piña *glacé»,* consciente de que no me gustaba la piña, y ni siquiera sabía lo que era *«glacé».* Se me ocurrió simplemente porque por los días en que habían abierto aquella catedral de helados, estando con mi padre en la estación de radio, oí que una guaricandilla juraba por la Caridad del Cobre que todos los sábados iría a Coppelia solo para tomar «piña *glacé».* Aquel nombre me había sonado deslumbrante y esa fue la razón por la que no pedí el rizado de chocolate, como hubiera querido.

—Que sean dos de «piña *glacé»* —declaró Fischer antes de colgar.

Fue el momento más importante de aquella tarde y hasta de la noche, y en lo que a mí respecta, el más significativo de mi vida. Nos reímos como niños que han salido indemnes de una travesura, a saber cuál, ¿qué malicia puede haber en el hecho de pedir un par de helados? Él había dicho «que sean dos», incluyéndome, o, mejor dicho, incluyéndose, y esa simple frase candorosa liquidó una barrera.

—¿De verdad viniste a que te firmara el tablero?

—A eso vine, por favor.
Se estiró para cogerlo y lo apoyó en sus rodillas. También le echó mano al lápiz y me interrogó con la mirada.
—*For Mario* —me costó una barbaridad decirlo—, *great chess player,* de su amigo...
Lo escribió como se lo pedí, y debajo de la firma dibujó un peón. Un peón inconcluso porque al lápiz se le partió la punta, con lo cual, haciéndome una mueca divertida, lo arrojó al suelo. Luego me devolvió el tablero, así que me figuré que lo próximo sería pedirme que lo dejara solo.
—*Are you happy now?*
No tuve dudas, en breve tendría que salir por esa puerta, soportar la mirada taimada del gigante, caminar hacia el ascensor como quien camina al patíbulo y, una vez abajo, salir como una autómata a la calle. Había transcurrido demasiado tiempo y las Oritías estarían impacientes, receloso el relojero, irrespirable el aire que formalmente me devolvería a la realidad. No quería marcharme, pero en todo caso concluí que era menos humillante que yo tomara la iniciativa.
—*I'm grateful, and my friends will be more. So, I'm leaving.*
—*What?* ¿No vas a esperar por el helado?
Lo dijo con una media sonrisa de asombro, y el efecto que me provocó aquel rostro pálido, de afiladas facciones melancólicas, tan diferente a lo que conocía, impidió que le sonriera también. Volvieron a escucharse en mi cabeza las palabras de Greta: «Lo que pasa es que tú nunca has visto a un americano». Acepté mentalmente esa razón, aunque después de todo, teniéndolo tan cerca, subyugada por aquel lunar que tenía junto a la comisura, un señor lunar que no había modo de pasar por alto y al que se me iban una y otra vez los ojos, ¿qué podía importar lo que había visto antes o lo que viera luego, o incluso lo que a lo mejor no habría de ver nunca en mi vida?
—Ya que estás aquí, espera por ese helado.
Se levantó y fue a ponerse la camisa del pijama. Al abotonarse se saltó un botón, razón por la que más abajo le sobró un ojal, y ese simple desliz, que a punto estuvo de sacarme una carcajada, lo cambió todo. No se percató del descuido, ni creo que de haberlo hecho le importara.

Al volver a la cama ya era un hombre.

—Veintitrés —susurró cuando le pregunté la edad—. Te llevo siete, soy demasiado viejo.

A punto estuve de meter la pata y rectificar el número, me llevaba nueve para ser exactos, pero me contuve a tiempo, y ya que había abierto la boca, solté una incongruencia que sonó peor.

—Mi papá le lleva seis a Greta.

No me preguntó quién era Greta, no le interesaba, o daría por hecho que era mi madre, pero lo que sí hizo fue tomarme por los hombros y acercar su rostro al mío. Presentí que venía un beso y recordé los consejos de las Oritías. Sostenían ellas que era preciso dejar entrar la lengua del enamorado y, al mismo tiempo, acariciarla con la propia lengua, algo que habíamos ensayado en el antebrazo, como idiotas chupeteándonos a nosotras mismas. Todas menos Práxedes, y por supuesto yo, habían recibido sus buenos besos de lengua y aseguraban que el primero no se olvida nunca. En eso pensaba, en que estaba a punto de ocurrir algo que no podría olvidar, cuando sentí sus labios en mi frente, luego en el entrecejo y enseguida en mis ojos. El airecito tibio de su respiración saltaba de un párpado al otro, innumerables veces, hasta que al fin, sin más rodeo, me alcanzó la boca. La mordisqueó primero, entró después la lengua arrolladora, tan impaciente que no pude poner en práctica lo que había aprendido, no pude acariciarla con la mía. Empezaba a rendirme, a darme cuenta de que las lecciones de amor no sirven para nada, cuando llamaron a la puerta.

—*Our food arrived* —exclamó, cogiendo aire como si regresara a la superficie.

Fue a la otra habitación, oí una voz de mujer y el ruido de bandejas, más tarde el golpe de la puerta al cerrarse. Cuando volvió, traía en las manos las dos copas de helado.

—Primero el postre —dijo.

Me sentí halagada, eufórica, incrédula de mi buena suerte. Puso los helados sobre la cama, cogió del suyo con la cucharita y me lo dio a probar. Esperó sonriendo a que lo saboreara.

—*It's* piña *glacé, isn't it?*

Era eso, solo un sabor. Y era de pronto la posibilidad de un salto, una locura que no había previsto y a la que me arrastraban los espíritus, o los demonios que bufaban en el mural del bar.

—Está riquísimo —dictaminé, correspondiéndole con una cucharadita del mío.

La aceptó mirándome a los ojos, entreabriendo los labios como un chiquillo al que le dicen que por ahí viene el avioncito. Fue la señal que esperaba, o eso me dio a entender cuando puso las copas en el suelo y me abrazó, susurrando en mi oído decenas de palabras roncas, incomprensibles no por el idioma, sino por el escándalo de mi cabeza. Volvió a besarme en la boca, y esa segunda vez fue generoso, me dejó espacio para corresponderle, entrechocar los dientes, intercambiar esa saliva inconfesable que arrastraba las chispitas últimas de un delirio llamado «piña *glacé*».

¿Por qué no te mueres, Bobby Fischer?

Mario subió a su cuarto y se detuvo unos segundos antes de abrir la puerta. ¿Y si se lo encontraba vacío? Tuvo ese presentimiento, cruzó por su cabeza la histérica idea de que no hallaría a Regina donde la había dejado. Era imposible que saliera a la calle sin pasar por la relojería, de donde él no se movió un instante, pero aun así lo invadió la incertidumbre, y hasta se planteó la posibilidad de que hubiera saltado por la ventana. ¿Se había vuelto loco? Tenía que serenarse, era el momento de mostrarse entero, bastante había tenido ella con el mal rato vivido en la Quinta Estación, un antro en el que de seguro había visto escenas dantescas, para colmo angustiada de que los cabañeros, terminado el torneo, aprovecharan su ausencia para llevarse al niño.

Contuvo la respiración, abrió despacio y suspiró aliviado. Estaba en la cama, tal como la había dejado, arropada y exhausta, vencida no tanto por el cansancio, sino porque, como le confesó poco después, había sentido horror de que algo en su naturaleza atrajera la desgracia, un tipo de infortunio que, sin llegar a ser de vida o muerte, arrojaba sombras a su alrededor.

—¿Quién es la mujer que canta? —preguntó al verlo entrar, aludiendo a una voz que se oía afuera, melodiosa y fuerte.

—No es una mujer —le aclaró él, sentándose a su lado—. Es Juan Antolín, un vecino nuestro que tiene ese timbre tan particular. Deben haberlo soltado esta mañana. Tan pronto como vuelve a la casa, se pone a cantar.

Regina alargó el brazo para hacerle una caricia en la mejilla, un delicioso roce al que correspondió besándole los dedos, la palma de la mano donde se cruzaban las líneas de su porvenir. Cuánto hubiera dado por poder leerlas y dominar el arte de borrarlas, rehacerlas, fundirlas con las suyas.

—Es todo un castrato... ¿También estaba preso?
—Otro tipo de prisión —repuso Mario—, entra y sale del manicomio. Generalmente se conforma con cantar en el patio de su casa, pero a veces pierde la cabeza y sale a hacerlo en cualquier esquina, o se cuela en algún teatro y tienen que sacarlo a la fuerza.
—*Poor thing* —se compadeció ella—. ¿Sabes lo que dice esa canción?
—No, no hablo italiano. Solo polaco y español, y el poco inglés que pude aprender en el colegio y que me sirve para entenderme con los clientes americanos.
—Tu exótico inglés... —la oyó bromear.
—Era un colegio para polaquitos —se disculpó Mario—. No se podía pedir más...
Guardaron silencio, abrazados, dejándose embriagar por la tintineante emoción que exhalaba la garganta de Juan Antolín.
—Cuando vivíamos en Moscú, Hans-Gerhardt y yo nos reuníamos con un grupo de italianos, entre ellos una mujer que se llamaba Cinnia, quien dio a luz a una niña minutos antes de que yo tuviera a la mía. Pasamos la cuarentena juntas, en el mismo apartamento, que era un cascarón de nuez. Mi marido y el de ella se iban a trabajar al Instituto del Cerebro, y nosotras nos quedábamos preparando papillas. Había un solo cochecito, así que lo compartíamos: cuando Cinnia lo usaba, yo me echaba a mi hija al hombro, y al revés. Dábamos largos paseos y por eso entiendo italiano, me puse a estudiarlo porque no hubo forma de que ella aprendiera una palabra en ruso.
Mario le acarició el pelo, maravillado de todo lo que había vivido, sintiéndose empequeñecido por su rutinaria vida de relojero. Juan Antolín arreciaba en el canto, llenándolo de florituras, como si adivinara que alguien por fin apreciaba su voz.
—Joan irá el año que viene a ver a su padre, que ahora está en Chile, dedicado a la fotografía. Un investigador de su categoría desperdiciándose por esos mundos, fotografiando bodas y recién nacidos...
—La fotografía también es una ciencia, tiene de química, de física, de matemáticas... En fin, pregúntaselo a Bravo.
—En el caso de Hans-Gerhardt Fischer, es una lástima que no pueda

dedicarse a lo suyo. Estando en Moscú, estudió el cerebro de Maiakovski, me comentó que era un cerebro enorme, y analizó el de la mujer de Lenin, Nadezhda Krúpskaya... Aun cuando llevaban años metidos en formol, él les sacaba una lámina y descubría cosas asombrosas.

Mario ignoraba quién era Maiakovski. De Lenin sí sabía porque el líder comunista había vivido en Polonia y, entre partida y partida, al viejo Gorski le daba a veces por maldecir al ruso.

—Hans-Gerhardt ha sido un mal padre, pero es un gran científico. Nadie conoce como él las ondas cerebrales. Varias veces pidió permiso para viajar a Estados Unidos, pero se lo denegaron siempre. Por comunista, ya sabes...

Mario arqueó las cejas. Era el momento de preguntarle si ella también lo era. Resonaron en sus oídos las palabras de su hermano: «Para una vez que te encoñas, ¿tenías que encoñarte de una comunista?». Optó por no decirle nada.

—Te he contado lo de los italianos porque al oír esa canción me he dado cuenta de que habla de una relación muy parecida a la nuestra.

—Algo entiendo —presumió Mario, incrédulo de haber escuchado de sus labios la palabra «relación»—. Se refiere al alma de mi alma, ¿no es así?

—«El alma del alma mía» —asintió ella—, «el centro de mi corazón.»

La calidez con que lo dijo lo envalentonó.

—¿Ves por qué me opongo a que te vayas?

—Tengo que hacerlo... Solo quiero dejar encaminada a Joan, que todavía es muy joven. Arreglo mis asuntos y regreso a Cuba.

—Es que ya estás en Cuba —replicó entusiasmado—, y te prometo que la policía no volverá a molestarte. Mi hermano y yo nos encargaremos de eso.

—Corro el riesgo de perder a Bobby —replicó Regina—, si es que no lo he perdido ya. Apenas puedo controlarlo, es tan temperamental como Laucks, repite las mismas necedades que ese nazi, y me da miedo. No es un niño al que se pueda conquistar con una visita al parque de atracciones, o con una bicicleta nueva... Solo se entusiasma cuando le prometen que irá a un torneo, y eso es precisamente lo que

le ofrecen esos tipos, en primer lugar Whitaker, que es un embaucador, pero sobre todo Laucks, que suele decirle que algún día será campeón mundial.

Mario se dio cuenta de que no debía insistir, al menos no en ese momento. La estaba presionando y eso podía provocar una reacción que no le convenía: que se sintiera acorralada en vez de comprendida.

—¿Por qué no lo dejan cantar en el teatro? —preguntó ella al cabo de un rato, refiriéndose a Juan Antolín, que no daba tregua.

—Es que no solo irrumpe en escena sin encomendarse a nadie —reveló Mario—. También se disfraza de mujer, y ya una vez lo acompañó otro hombre, se colaron de madrugada y alguien los encontró en uno de los camerinos.

—*What a pity* —suspiró Regina, y le echó los brazos al cuello, recostó la cabeza en su pecho y le buscó los labios. Mario le correspondió con delicadeza, con una ternura que, sin embargo, fue transformándose en ímpetu, en necesidad de poseerla, besarla y morderle los senos por encima de la ropa; embestirla con la tenacidad de un loco, con la misma vehemencia con que Juan Antolín alcanzaba las notas culminantes.

—«Furibundo sopla el viento» —sonrió Regina al traducir la estrofa—, «trastornando el cielo y la tierra.»

El trastornado era él, y el viento incontenible soplaba desde lo profundo de sus venas. Apartó la sábana que la cubría. Jamás, en sus cuarenta y tres años, había llevado su boca al sexo de una mujer, pero ahora estaba impaciente por hacerlo. Sabía de sobra en lo que consistía esa caricia, especialmente porque en los groseros alardes de Emanuel siempre salía a relucir la inclemente agilidad de su lengua que, según él, provocaba síncopes. «Eso sí», le advertía, «a las putas no se lo hagas ni loco. Solo a las mujeres de su casa.» Él ignoraba si Regina era «de su casa». Estaba seguro, en primer lugar, de que era la mujer de su vida, y en segundo, de que su cercanía lo había transformado. Paralelo a las grandes desgracias capaces de derribar a un ser humano, corren los inusitados golpes de fortuna, esas inesperadas pasiones que redimen a los tristes, a los indefensos, a los que han nacido destinados al pozo de la vacuidad, y en él se resignan

a morir. Por una vez en su vida, se sentía liberado del fardo de la resignación. Ni siquiera se preguntó si lo estaba haciendo adecuadamente, tuvo ella que confirmárselo retorciendo su delgado cuerpo, atrapando su rostro como si quisiera hundirlo, masticarlo con su sexo ardiente y digerirlo junto a su corazón.

Un rato después, cuando se hizo la calma, ella le confesó que nunca antes ningún hombre le había dado ese beso tan íntimo, ni Hans-Gerhardt Fischer, con todo lo que sabía de ondas cerebrales, ni Paul Felix Nemenyi, que prometió regalarle las leyes del mundo.

Por lo pronto tenían que comer, así que él llamó al restaurante judío al que su padre encargaba con frecuencia la cena. Pidió que les llevaran pescado relleno y *blintzes* de queso, y Regina, entusiasmada como una niña, exclamó que se moría por tomar una buena sopa con bolitas de *matzah*. Mario bajó a la relojería para esperar el pedido, Emanuel ya se había ido y su padre ni siquiera levantó la vista, concentrado como estaba en un reloj que parecía estar dándole guerra. Le comentó que había pedido comida para cuatro, pensando que su hermano almorzaría con ellos.

—Ya lo conoces —murmuró el viejo Gorski—. Siempre con prisa, siempre trayéndose algún misterio entre manos.

—Mujeres —replicó Mario echándose a reír, una carcajada tan espontánea, tan impropia de él, que el padre se detuvo a observarlo.

—Y tú, que has sido siempre el más discreto, mírate, no te reconozco, pero me alegro por ti. Dijo Emanuel que ella es divorciada... No importa, una mujer que ha sabido criar a un niño para el ajedrez, es una madre extraordinaria.

—Va a volver a Nueva York —lamentó Mario; necesitaba desahogarse —. Tiene otra hija por allá.

—¿Y qué es lo que quisieras tú?

—Quisiera que se quedara. Sabes que nunca he querido nada.

—Pues que se quede. Están abiertas las puertas de esta casa para ella y para el tal Bobby, no sabes cuánto me gustaría conocerlo.

Dos mozos que traían el almuerzo interrumpieron la conversación, la más abierta que en mucho tiempo habían tenido padre e hijo. El viejo Gorski levantó las servilletas.

—*Blintzes* —exclamó—, bendito sea Dios, sí que estás loco de amor.
Mario bajó la cabeza, ruborizado, tomó una de las bandejas y subió al apartamento. No podía creer que todavía Juan Antolín estuviese cantando, pero en efecto lo hacía, y a su femenina voz atribuyó la risueña expresión con que encontró a Regina.
—La sopa por la que suspirabas —le dijo, depositando la bandeja en su regazo.
—Es como un pícnic —exclamó ella, y a él le pareció verla recuperada, incluso rejuvenecida.
Comieron en silencio, picando aquí y allá. Un par de veces se oyó el timbre del teléfono, pero decidió que no iba a contestarlo, ya llamarían al taller si se trataba de algo urgente. Unos minutos más tarde, su padre dio unos golpecitos en la puerta y Mario se levantó para atenderlo.
—Bravo te ha estado llamando. Quería avisarte que viene para acá a buscar a la señora.
—¿Cuándo?
El viejo Gorski titubeó.
—No sé... Debe de estar en camino. Dijo que los americanos fueron a su casa. Querían saber si ella está bien.
—¿Qué le dijiste?
—La verdad. Que estaba descansando y acabábamos de comer cosas muy buenas de Moishe Pipik.
—Bajamos ahora mismo —repuso Mario, haciéndole una seña para que los dejara solos.
Corrió donde Regina, que seguía extasiada oyendo su particular concierto.
—Bravo viene en camino —le dijo, la voz entrecortada— y querrá llevarte directamente al Club. En un rato le toca jugar a Bobby.
Se miraron en silencio, unos segundos apenas, suficientes para que cada cual entendiera la fragilidad del instante, incluso el pobre obseso que cantaba en su patio fue alcanzado por aquella corriente de desolación, pues enmudeció en mitad de la melodía. Ella saltó de la cama y se puso la ropa bajo la atenta mirada de Mario, que más tarde, al recordarlo, llegaría a la conclusión de que solo hay un instante más

arrebatador que el de la amante que se desnuda, y es el de la amante que se vuelve a vestir.

—Se irán mañana —balbuceó absorto, como para sí mismo.

—Regresaré —lo consoló Regina, peinándose a toda prisa frente al espejo.

—Si te tienes que ir, vas en avión... Ahora mismo compro los pasajes.

—Después de haber estado en esa celda —argumentó Regina—, la cubierta del barco me parecerá un paraíso.

—Necesitarás dinero —farfulló aturdido—. No puedes vivir a merced de lo que quieran darte esos tipos.

—Se comprometieron a cubrir los gastos. Me pagarán por haber traído a Bobby.

—Pamplinas —resopló Mario y fue a la cómoda, abrió una gaveta, rebuscó debajo de la ropa y sacó un fajo de billetes. Apartó la mitad —. Tómalo, me quedo más tranquilo.

—Creo que es demasiado —replicó ella sin atreverse a guardarlo.

—Nada de eso —insistió él, haciéndolo por ella, metiéndolo en su bolso.

Salieron del cuarto y cruzaron el comedor en penumbras. Bajaron al taller donde el padre ya estaba recogiendo, era metódico cuando se trataba de devolverlo todo a su lugar, por más extenuante que hubiera sido la jornada. Al oír pasos, levantó la vista y los miró azorado. Debían de conformar una pareja trágica, recién arrancada de un mundo y lanzada de repente a otro. El viejo Gorski le preguntó a Regina si se sentía mejor. Lo hizo en polaco, y ella le respondió en el mismo idioma, asegurándole que estaba bien y que le agradecía su hospitalidad. Fue el último momento de sosiego antes de que irrumpiera un descompuesto Bobby. Primero entró él, empujando la puerta con tal brutalidad que golpeó y probablemente desencajó la campanilla que colgaba en lo alto y servía para avisar de la llegada de un cliente. Los miró a todos desafiante, sobre todo a su madre, que en vano le extendió los brazos. Detrás entró el fotógrafo, disculpándose vagamente por la abrupta aparición del niño.

—Me los llevo enseguida al Club. Ya vamos tarde.

Bobby pasó de largo junto a Regina y se acercó al viejo Gorski para

contemplar el arsenal de relojes en la vidriera, y el instrumental que el relojero ya había colocado por especialidad y tamaño.

—Así que tú eres el que le ganó a Florido...

El niño lo fulminó con la mirada, o eso le pareció a Mario, que observaba el encuentro y vio a su padre tendiéndole la mano, ceremonioso, como si acabara de inclinar el rey. Increíblemente, el majadero le extendió la suya, muy tieso, satisfecho de aceptarle la derrota.

—Se me figura que serás un gran campeón —susurró el anciano relojero.

—Vámonos, por favor —los urgió el fotógrafo—. Regina, Bobby..., ¡nos están esperando!

Ya habían salido a la calle cuando Mario les dio alcance.

—Déjame llevarlos —le suplicó a Bravo—. Si Regina no se opone, quisiera despedirme de ellos.

El otro, sorprendido, no supo muy bien qué contestar, solo miró a Regina, que asintió sonriendo.

—Entonces los seguiré en mi carro. Bobby, ¿quieres venir conmigo?

—*I want to go with my mom* —fue su respuesta inmediata, huraña, inapelable.

Abordaron los vehículos. Por el camino, Regina le hizo preguntas banales a su hijo, que él no se dignó a contestar, si acaso soltó algún monosílabo. Llegado el momento de explicarle por qué se la llevó la policía aquella mañana, se limitó a decirle que la noche anterior, en un restaurante, había visto a un hombre usar una pistola para herir a otro, por lo que le pidieron que hiciera una declaración. Repantingado en el asiento trasero, Bobby no dejó de mascar chicle y hacer toda clase de ruidos irritantes, chasqueando la lengua o pegando pataditas en el respaldar del asiento del conductor, que aguantó estoico hasta que llegaron al Club Capablanca. El muchacho salió de inmediato, pero Regina se quedó en el carro, esperando que Mario anotara la dirección a la que podía escribirle, y los teléfonos a los que debía llamar si volvía a verse en problemas. Al darse cuenta de que su madre quedaba rezagada, Bobby regresó al vehículo, abrió la puerta del pasajero y le ordenó que bajara:

—Estoy conversando con el señor... Tú vete para el Club.
—No, si tú no vienes.
Parecía una perreta infantil, pero ella conocía de sobra aquel rictus en la cara de su hijo, la expresión que ponía cuando estaba a punto de comportarse como adulto, y más que eso, como un adulto despiadado. Vio que Bobby apuntaba con el dedo al relojero.
—*And you, Judenschwein,* ¡vete y no vuelvas!
El rostro de Regina se descompuso. Respiró agitada, al borde de las lágrimas, y Mario hizo un gesto para retenerla, pero fue inútil. La vio bajar a toda prisa y agarrar a Bobby por los brazos.
—¿Qué es lo que has dicho? ¿Quién te enseñó esa palabra?
Mario también bajó del auto con la intención de sosegarla, pero se detuvo a unos pasos de la madre y el hijo, tal vez debía esperar a que resolvieran el asunto entre ellos. Justo entonces, vio salir del Club a un hombre que reconoció al instante: era el ajedrecista Norman Whitaker, uno de los cabañeros, que fue directamente donde Bobby y le echó el brazo por los hombros para llevarlo adentro. El niño se resistió, no estaba dispuesto a entrar sin su madre.
—El hombre que nos trajo —declaró ella, haciendo un gesto hacia Mario— no es judío. Pero yo lo soy, así como lo fue tu padre. ¿De dónde sacaste esa palabra?
Bobby puso los brazos en jarras, como un matón.
—*Judenschwein?*
—No la repitas. ¿Sabes lo que significa?
—Lo sé... Significa «cerdo judío», que es un hombre que ensucia a las mujeres que toca.
Regina se adelantó y le pegó una bofetada. Su hijo la recibió sin inmutarse, como si en el pasado hubiera recibido otras y supiera a qué atenerse. Su madre era frágil, y además en ese momento le temblaban las manos, vaporosas como las de un fantasma. Whitaker, que estaba atento al altercado, consideró que era hora de pararlo, volvió a agarrar a Bobby, esta vez por la nuca, susurrándole unas palabras al oído. Un hombre que ha estado en Alcatraz y se ha batido a navajazos con los más curtidos asesinos sabe cómo persuadir a los peores monstruos, incluso a los que engendra el sueño del ajedrez. Sin

soltarlo, lo condujo al salón donde esperaban los demás para culminar el torneo, reconocer a los ganadores y entregar los trofeos.

—Ya ves que lo perdí —sollozó Regina cuando Mario se acercó para preguntarle si se encontraba bien—. La culpa es mía y de su hermana, lo hemos dejado solo mucho tiempo.

Se abrazaron, la dejó desahogarse, le prometió que la estaría esperando. Entre tanta ternura, sintió el remezón de un sentimiento que, lejos de avergonzarlo, lo sumió en un éxtasis inconfesable: ¿y por qué no desaparecía aquel niño? ¿Por qué no se echaba a correr en uno de sus arrebatos, con lo fácil que era terminar bajo las ruedas de un camión? ¿Por qué no contraía una de esas fiebres que acaban en dos días con cualquier criatura? ¿Por qué no te mueres, Bobby Fischer?

Se apartó de Regina con algo de rudeza y corrió hacia el Bel Air. Lo abordó sin volverse a mirarla, y pisó el acelerador hasta el fondo, con el mismo placer con que hubiera pisado los intrincados sesos del ajedrecista. Por el camino, a punto de llegar a su casa, atropelló a un animal pequeño, seguramente un gato. El día había sido duro y desastroso, y él estaba borracho de dolor. Ni siquiera se quitó la ropa, se echó a dormir vestido, como los pordioseros, y como pordiosero se despertó con las primeras luces, decidido a no levantarse jamás.

La medida del amor

Dos o tres semanas después, pasados aquellos días espantosos en los que Greta no me permitió poner un pie en la calle, volví a encontrarme con las Oritías. Ninguna sabía cómo recibirme ni de qué hablarme, ni mucho menos se atrevían a ponerme el tema de aquella tarde en que esperaron en vano mi regreso.

A la secundaria, mi madre mandó una nota diciendo que me había enfermado de los nervios. Nadie fue a casa a comprobar si era cierto, aunque de haberlo hecho, le hubieran dado la razón al verme vagar desorientada, adormecida, seca.

Siguiendo la tradición familiar de al menos dos mujeres que habían enloquecido al día siguiente de la boda, mi propia abuela entre ellas, yo había caído en un vacío. Mi desesperación, entonces, me llevaba a clavarme las uñas en las palmas de las manos, pues era la única forma en que recuperaba el aire cuando me faltaba. De noche esperaba despierta a que mi madre se durmiera y marcaba a tientas el teléfono del Habana Libre, que me sabía de memoria. Pedía que me comunicaran con la habitación de Bobby Fischer, y la telefonista respondía que no eran horas de pasar llamadas, o colgaba sin darme explicaciones. Esperaba unos minutos para volver a llamar, pendiente de cualquier ruido, señal de que Greta me había sentido y aparecería por detrás de mí, agitando el cascabel de su demencia, dispuesta a llevarme a rastras a la cama. No era solo una suposición, ya esa escena de horror la conocía. En ningún momento se me ocurrió llamar a las Oritías, consciente de que podían contestar sus padres, todos ellos en conocimiento de lo que había ocurrido: Miriam había pasado una noche en paradero desconocido, lo que de seguro consideraban un mal ejemplo para sus hijas. Las Oritías, sin embargo, no habían soltado una palabra, ni enredado al relojero en el asunto, lo importante era

que tenían el disco y le estaban de sobra agradecidas. Yo tampoco hablé, nunca le comenté a nadie lo que habíamos urdido, o lo que urdieron ellas. En los largos interrogatorios a los que me sometió Greta, me cuidé mucho de mencionar el intercambio del *Rubber Soul* por la dedicatoria de Bobby Fischer.

Al relojero le entregué su tesoro aquella lúgubre mañana de domingo. A sabiendas de lo que me esperaba en casa, fui derecho a la relojería, que por supuesto estaba cerrada, y toqué insistentemente el timbre para que lo oyera en el apartamento. Él se asomó a la ventana: «Gracias a Dios, muchacha, ¿dónde te habías metido?». No tardó un minuto en bajar, sudoroso y desencajado, vistiendo la misma ropa del día anterior, con lo que deduje que había pasado la noche en vela, arrepentido de haberme inmiscuido en semejante trueque, temiendo además que mis padres se enteraran de todo y lo acusaran con la policía, que a su vez, ante lo complicado del asunto, alertaría a la Seguridad del Estado. Tener un disco de los Beatles y ofrecérselo a unas estudiantes de secundaria a cambio de un autógrafo, más que una desviación ideológica, era un atentado contra la moral. No había duda de que se alegraba de verme, pero era una alegría relativa; en el fondo, lo más seguro es que lo atormentara la idea de que lo peor estaba por ocurrir. No había que hacerse ilusiones, ni él ni yo habíamos tocado fondo. Balbuceó unas frases de cortesía y me aseguró que habían estado buscándome por los alrededores del hotel; que incluso preguntaron al tío de Laidi, el que en principio me llevó hasta el bar, quien se lavó las manos diciéndoles que a mí no me había visto más.

Como notó que no estaba en ánimo de hablar ni dar explicaciones, Mario se excusó un momento, pidiéndome que lo esperara, y cuando regresó lo hizo trayendo el disco, el fabuloso y nuevecito *Rubber Soul,* que ya era nuestro, o debo decir de ellas. En la fotografía de la carátula, Paul, George y Ringo parecían absortos, cada cual mirando en una dirección distinta, y solo John había puesto los ojos en la cámara que capturó la imagen desde abajo. Detrás del cuarteto había unos arbustos, una oscura vegetación muy parecida a la del mural del bar y, como aquella, capaz de ocultar criaturas imposibles. En la

esquina superior izquierda, con letras gordas y borrachas, leí el título del disco, pero no estaba el nombre de la banda, no ponía «The Beatles» por ningún lugar. ¿No sería una carátula falsa? En realidad, qué más me daba. Si me fijaba en eso era porque en las situaciones más desesperadas uno siempre se aferra a una imagen sin importancia, la que se quedará ondulando en la memoria, como los desolados restos de un naufragio. Le devolví el disco al relojero, encargándole que se lo entregara a las Oritías, pues no sabía cuándo las volvería a ver.

—Espera —suplicó al ver que me alejaba—. ¿Sabes si la mamá de Fischer vino con él?

—No. Hace años que no viajan juntos... Ella lo pone nervioso.

—¿Él te lo dijo?

—Sí, y también que casi no se ven porque siempre terminan discutiendo.

—Pobre Regina... —suspiró el relojero.

—¿Regina?

—Sí, así se llama la mamá de Fischer, Regina Wender.

Apreté el paso. No en balde pensó que me habían mandado los rusos. Había sido un error por mi parte no haberle dicho mi verdadero nombre, pues nos hubiéramos entendido mejor desde el principio y él hubiera recelado menos. Empecé a sentirme furiosa conmigo misma. ¿En qué momento se me había ocurrido aquella tonta idea de decirle que me llamaba Regina? Me lo tenía merecido, por complejista y absurda, y por un instante pensé en darme vuelta, hacer el camino de regreso al hotel y dejarle el siguiente mensaje: «Te mentí, perdóname, me llamo Miriam».

Ya estaba frente al portal de casa y me quedé titubeando allí, hasta que decidí que lo mejor era aclararlo al día siguiente, cuando nos volviéramos a ver... Seguí adelante aun sabiendo que Greta me recibiría hecha una fiera, barbotando frases tremebundas, dispuesta a saltar sobre mí y sacudirme hasta que le dijera la verdad. Cerré los ojos en el descansillo: me dolía el vientre, me ardían mis partes, me estremecían los escalofríos porque tenía fiebre, acaso por la mala noche, o acaso por lo que había quedado en carne viva.

Mi casa estaba cerrada a cal y canto. Dos o tres niños jugaban en el

pasillo mientras los adultos trajinaban en la cocina, hacían ruido con las ollas o machacando cosas, y canturreaban preparando el desayuno dominical, ajenos a la tormenta que se avecinaba. Llamé a la puerta y sentí el clic de la mirilla. Era costumbre de mi madre mirar antes de abrir, podía ser un cobrador o un vecino, podía ser cualquiera y no le abriría a nadie. Para mi sorpresa, el que me abrió fue su otro hermano, mi tío más severo y revolucionario, que nunca iba por casa precisamente porque nos íbamos del país y nos consideraba apátridas, pero esta vez, ante la gravedad del asunto, había dejado sus escrúpulos a un lado: la hija única de una de sus hermanas, con solo catorce años, había pasado la noche fuera de la casa, y antes de denunciar su desaparición, cosa que podía perjudicar a toda la familia, siendo él un cuadro del Partido, había decidido movilizarse.

—Acaba y entra —gruñó, viéndome congelada en la puerta.

Entré casi a tientas, desde la cegadora claridad del día a la penumbra de la sala, y me tomó unos segundos descubrir que un poco más allá, sentada a la mesa del comedor, la hermana mayor de mi madre también parecía esperar por mí. Me intimidaba esa mujer de nombre paradójico, Amada, a la que no creo que nadie hubiera amado demasiado nunca. Se levantó al verme, se me plantó delante y preguntó dónde había estado, pero sin darme tiempo a responder, acercándome el rostro para que respirara bien la hiel de sus palabras, me susurró que yo era una egoísta que iba a matar a Greta de un disgusto. Dicho esto corrió al teléfono, marcó los números con furia y habló en un tono atribulado, fingiéndose, como de costumbre, la gran sacrificada de la familia. Del otro lado estaba su marido, al que anunció que por fin «esa zorrita se había dignado a aparecer», y que ella se quedaría un rato más con su hermana, hasta que se calmara. Como estaba pendiente de su conversación, no vi venir la tromba, una andanada de manotazos que me tomó por sorpresa y que Greta acompañó con gemidos, maldiciones y amenazas de muerte, hasta que su hermano, el revolucionario, se interpuso entre nosotras: «Greta, ya, ¡déjala ya!». A pesar de todo me cogió del brazo y me llevó a trompicones hasta el cuarto. Allí rugió que me quitara el vestido y yo la obedecí, enredándome en las mangas, aterrorizada por su expresión

salvaje. Bien conocía yo aquella metamorfosis de su rostro, demasiadas variaciones donde se sucedían los instintos, las muecas, la reverberación de su incondicional demonio. Después que me quité el vestido, vino hacia mí y me sacó el refajo por arriba, jaloneándolo con furia. Por un momento, al verme medio desnuda, pareció que se calmaba, aunque yo sabía que no debía hacerme ilusiones. Habló bajito, lo que indicaba, ya sin remedio, que se acercaba lo peor:

—Quítate el blúmer.

Dije que no con la cabeza.

—Te lo quitas tú, o te lo quito yo...

Me temblaba la boca; desde entonces, cuando tengo miedo, mis labios me traicionan. Sin dejar de mirarme a los ojos, me clavó las uñas en la cintura, cogió por ambos lados el pantaloncito y lo bajó violentamente a mis pies. Yo estaba mareada y me moría de frío, pero eso no impidió que viera, a través de las lágrimas, la mancha de sangre que había quedado expuesta. Llamó a su hermana, que de seguro esperaba detrás de la puerta porque enseguida entró, miró al lugar que le señalaba mi madre y exclamó:

—¡Qué desgracia!

Greta dio un aullido y dijo que se iba para no matarme, y la tía Amada me ordenó que me acostara, rebuscó en el ropero hasta encontrar un blúmer limpio, y preguntó dónde tenía el pijama. La angustia me agarrotaba el cuerpo, pero aun así, con mucho esfuerzo, metí la mano debajo de la almohada y saqué mi gastada batita de dormir.

—Ahora póntela, y no te atrevas a moverte de aquí.

Pasaron unas horas, no puedo decir cuántas. En algún momento, mi padre se paró en la puerta y me miró desalentado. No me habló, pero en su expresión me pareció ver una disculpa: nada podía hacer por rescatarme. Me torturaban la sed, las ganas de orinar y los escalofríos. Cuando por fin reuní valor para moverme y salir del cuarto, la casa seguía a oscuras y en silencio, pero Greta respiraba en alguna parte, me acechaba desde algún lugar.

Parece mentira cuán estridente puede llegar a ser un indefenso chorrito en el pozo de sombras que es el terror; me dio la impresión de que crepitaba al hacer contacto con el agua, y no era inverosímil que

así fuera: oriné un líquido caliente que me hirió a su paso como si arrastrara vidrios. Lo asumí con fe, un sentimiento que me era totalmente ajeno, porque la fe es la medida del amor y yo, hasta ese entonces, no había amado a nadie. Fue penoso descubrirlo allí, sentada en el inodoro, no escogí ese lugar, las certezas llegan cuando quieren, a las malas a veces. Evoqué al hombre afectuoso, blanquísimo, sediento, que apartó un instante sus labios de mi pecho para susurrar: *«Your girlish tits...».* Luego volvió a lo suyo, a chupar como un niño, y como a un niño lo besé en el pelo.

¿Qué te ha dado esa mujer?

Y sin embargo se levantó, se duchó y se cambió de ropa.
La decisión estaba ya tomada: nada podía impedirle que abordara el *City of Havana* para viajar junto a Regina, con la ventaja de que en el trasbordador podría embarcar el automóvil para que, llegados a Cayo Hueso, se les hiciera fácil seguir juntos hasta Nueva York. Allá se quedaría el tiempo que hiciera falta para que ella arreglara sus asuntos, mientras Emanuel se encargaba de buscarles un buen lugar para vivir en La Habana. No le quedaría más remedio que soportar la presencia del insufrible Bobby (todo tenía su precio), sin descontar que tal vez se les uniera la hija, fruto de su matrimonio con el tal Gerhardt Fischer, el comunista que lasqueaba cerebros.
Cuando Mario pasó por el comedor rumbo a la sala, vio que su padre tomaba el desayuno. Se preguntó si era el momento oportuno para darle la noticia, y concluyó que no podía esperar a última hora para decirle que viajaría a Nueva York por unas cuantas semanas; que de la casa no tenía que preocuparse porque hablaría con su cuñada para que supervisara el trabajo de la polaca que se ocupaba de limpiar y lavar la ropa, y en cuanto a la relojería, confiaba en que su hermano ayudara en el taller durante el tiempo que él estuviera fuera.
Volvió al comedor y se sentó frente al viejo Gorski, quien le dirigió una mirada temerosa cuando lo oyó decir que tenían que hablar de algo importante. Esos preámbulos lo inquietaban, por Emanuel más que nada, siempre temía que algo le fuera a ocurrir a su hijo predilecto, pero esta vez Mario lo sacó rápido de dudas: se iba de viaje y estaría un tiempo en Nueva York. Evitó decirle que la duración exacta de ese viaje iba a depender de los asuntos de Regina.
El otro no pareció dar crédito a lo que escuchaba, ni atinó a hacerle un comentario, una pregunta, nada.

—Salgo enseguida a ver lo del pasaje —agregó Mario, sirviéndose un café—. Dentro de un rato llamaré a Emanuel para avisarle, debe de estar durmiendo. —Y como su padre continuara mudo, cabizbajo, rascando con las uñas las florecitas del mantel, se atrevió a confesar lo inconfesable—: No puedo perderla, con esta edad...

El viejo Gorski cabeceó, imposible descifrar si asentía o negaba. Sabía de sobra que su hijo tenía cuarenta y tres años y que nunca había sido un hombre atractivo, ni siquiera cuando tenía veinte. No era que se dedicara a espiarlo, pero al fin y al cabo vivían juntos, y le constaba que todo su roce con mujeres se limitaba a los encuentros ocasionales con clientas, o pretendidas clientas que acudían a seducirlo a cambio de dinero, o de un buen relojito. Era normal que hubiera quedado prendado de una mujer inteligente, polaca y madura como él, madre de un niño prodigio que había ganado a los mejores ajedrecistas de Cuba.

—Voy al muelle de Hacendados y regreso tan pronto como termine con el papeleo. Meter un carro en el trasbordador lleva su trámite.

El viejo Gorski lo vio salir y corrió al teléfono. Elenita, su nuera, se ponía un poco histérica cuando escuchaba su voz, o la de Mario.

—¿Está todo bien, papá?

Su suegro le respondió que todo estaba perfectamente, solo necesitaba hablar con su hijo, aunque sabía que no eran horas. Le pareció que Elenita reprimía un bostezo al contestarle que no se preocupara, Emanuel siempre le decía que para su padre y su hermano estaba las veinticuatro horas, y a continuación la oyó susurrar:

—Mi amorcito, es papá que quiere hablar contigo.

Sintió el clic de la fosforera y pensó que otro día le aconsejaría a su hijo que no fumara antes del desayuno. Del otro lado, la voz pastosa pronunció su inconfundible:

—¿Qué hay?

—Perdona que te haya despertado. Tu hermano se va esta noche.

—¿Esta noche? ¿Adónde?

—En el ferry, detrás de esa mujer, la madre del niño que le ganó a Florido.

—¡Me cago en Florido! —se espabiló Emanuel—. Dile a Mario que se

ponga.
—Fue a comprar el pasaje. Tiene que hacer unos trámites para llevarse el carro.
—¿Con carro y todo?... Voy ahora mismo para allá. —Hubo una pausa, el padre pensó que iba a colgar—. Espera, espera..., creo que iré primero al muelle para ver si lo localizo allí. Mejor que hablemos fuera de la casa.
Por eso confiaba en Emanuel, meditó el viejo Gorski. Era un sujeto fuerte, cerebral, conocedor de todas las respuestas, quien a pesar de tener su lado oscuro —a un padre nunca se le escapaba nada, y menos la actividad secreta de los hijos— se desbordaba en atenciones con él y con su hermano; era en definitiva el ancla de sus vidas, y siempre lo sería.
—Tú no te preocupes por nada. Te iré a echar una mano en el taller esta tarde.
Amaba a los dos por igual, a sus gemelos tan diferentes entre sí, pero a Emanuel lo admiraba de una forma casi irracional, lo sosegaba oír su voz, le daba la seguridad de un padre. Ese era el punto, concluyó con los ojos húmedos: Emanuel era para él como un padre.
Divisó a Mario tan pronto como llegó a la explanada, saliendo de las oficinas de la West India Fruit & Steamship Co., propietaria del ferry. Caminaba sin mucha determinación, con los papeles del viaje en una mano y el sombrero en la otra, proyectándose como la viva imagen de un cobrador exhausto, sediento, que deambulaba en busca de una sombra. Conociéndolo como lo conocía, Emanuel pensó que la carga del paso que iba a dar lo superaba: ya no había marcha atrás, había comprado el pasaje y tenía en su poder los documentos que lo autorizaban a embarcar el Bel Air. Ver a su hermano tan desamparado, lo conmovió como hacía tiempo no lo conmovía nada, así que estacionó el auto y fue a su encuentro. Mario se sorprendió al verlo, pero enseguida la sorpresa se transformó en un rictus que a Emanuel le pareció receloso y, más que receloso, iracundo en un hombre de natural afable.
—No me digas nada —le oyó decir—. Papá te despertó para que no me dejes hacer una locura.

Lo de hacer una locura lo dijo con el retintín del que sabe que está a punto de hundirse en la demencia. Emanuel se tomó su tiempo antes de contestarle, sacó la cajetilla de Du Maurier, aquellos cigarrillos a los que se había aficionado desde joven, mientras estudiaba para relojero en Nottingham, y que mandaba a buscar mensualmente a Jamaica. Le ofreció uno a Mario, que lo rehusó moviendo la cabeza.

—¿De verdad piensas viajar a Cayo Hueso, con el Bel Air y todo? —inquirió por fin, soltando placentero las primeras bocanadas.

—Para allá va la mujer de la que estoy enamorado.

—No me hables así. —Emanuel sonrió—. Ya sabes lo que pienso de los enamoramientos.

—No me importa lo que pienses, Emanuel. Te hayas enamorado o no, la verdad es que has hecho la vida que quieres, mientras yo he estado pudriéndome en ese taller, destripando relojes, acompañando a papá.

Emanuel no contestó. Su Du Maurier era de los largos, y se veía que estaba disfrutándolo, que no iba a dejar que nada lo perturbara mientras alternaba el humo con la sabrosa brisa de la ensenada, si bien a veces penetrada por el agrio tufillo del aceite quemado.

—Anoche, cuando me despedí de ella, no tenía otra ilusión que la de esperar que regresara a Cuba, porque me prometió que volvería. Pero esta mañana, no te diré que al despertarme porque apenas dormí, cambié de opinión... Yo sé que si no voy la pierdo.

—¿Y sabe ella que subirás a ese ferry?

—No. Ni se lo imagina. Le quiero dar una sorpresa.

—Mario —dijo Emanuel, tirando la colilla—. A las mujeres no se les dan sorpresas, a menos que estés seguro de que las esperan. ¿Sabes si está esperando ella tu sorpresita?

El otro palideció, frunció el ceño, apretó el puño como si fuera a estamparlo contra el pecho de su gemelo.

—¿Estás queriendo decir que no siente nada por mí, que no se alegraría de que la acompañe? ¿Me crees tan incapaz de conquistar a una mujer como ella?

Por vez primera en una discusión de hermanos, que habían sido pocas y casi todas en la adolescencia, Emanuel vaciló, enmudeció, sacó otro cigarrillo.

—Sabes que no quiero decir eso, solo quiero que entiendas que ella y su hijo no viajan por su cuenta. Forry Laucks, el millonario que los trajo desde Nueva York, tendrá algo que decir al respecto... En cuanto a Whitaker, es un tipo de cuidado, no sabemos cómo va a reaccionar cuando te vea embarcar y acaramelarte con la mujer a la que le han pagado el viaje.

—Regina no se deja mangonear —replicó Mario—. El problema es Bobby...

—El problema es que apenas la conoces —trató de hacerlo razonar Emanuel—. ¿Le preguntaste si estuvo o está enredada con uno de esos ajedrecistas? Si es Whitaker, estás muerto, y si es el otro, hueles a cadáver. Son capaces de tirarte por la borda tan pronto como salgan de la ensenada. Si estás decidido, coge el avión, te consigo el pasaje en este mismo instante. Estarás en Nueva York, bien comido y descansado para cuando ella llegue.

Al igual que su padre, y muy a su pesar, pues todavía no le perdonaba que hubiera ido a buscarlo al muelle, Mario admiraba la ecuanimidad de su hermano, su manera de darle vueltas a una situación caótica, desesperada, casi cercana a la agresión, para neutralizarla con una buena dosis de sensatez y, por qué no decirlo, de cariño. Emanuel se le acercó y le echó el brazo por encima; no se atrevió a decirle «sé por lo que estás pasando», porque ese simple gesto de tomarlo bajo su ala protectora significaba que lo sabía.

—Quiero cambiar de vida —susurró Mario.

—¿Y quién ha sido el que te ha animado tantas veces para que lo hagas? Vamos a Cubana para que resuelvas esto. Tendrás que volar a Miami, hasta mayo no empiezan los vuelos directos a Nueva York. Y olvídate de llevarte la máquina, allá todo el mundo anda en taxi.

Mario, indeciso, sacó un pañuelo y se enjugó el sudor. Tenía la sensación de que acababa de despertarse, como si todo lo que hubiera hecho desde que salió a la calle esa mañana perteneciera a la categoría del sueño, o del sonambulismo, que es el mismo sueño con iniciativa.

—Es que ya hice la reserva —le dijo a su hermano—, he pagado por un camarote doble y por el carro, naturalmente.

—Eso lo resuelvo yo ahora mismo —presumió el lince que tenía a su lado—. Dame acá los papeles. Y espérame aquí, estás pálido, ¿a que no te has desayunado?

En lo que Emanuel se dirigía a las oficinas de la West India para cancelar la reserva, Mario evocó, no sin cierto estupor, lo que había sido su vida antes de que se organizara el encuentro del Log Cabin Chess Club, el azar que había llevado a los curtidos y tenebrosos ajedrecistas americanos a enfrentarse a los no menos curtidos, pero respetables maestros cubanos. Como en una película pasaron por su mente la visita a la casa del fotógrafo, donde vio por primera vez a Regina Wender; el mal rato del atentado en el Montmartre, que nunca olvidaría ninguno de los dos; la pasión, o el estado de exaltada pureza con que adoró a Regina en la habitación del hotel Rosita de Hornedo, ¡qué cándido nombre para un lugar donde se consumaban apareamientos tan desenfrenados! Al revivirlo, se sumió de nuevo en la duda: tal vez había sido desenfrenado solo para él, que a su edad nunca había devorado a una mujer con ese fulminante afán, el ansia de sangrar y hacerla sangrar a ella también.

¿Y si los cabañeros no hubieran viajado nunca a Cuba? ¿Y si la directiva del Club habanero, o más bien su afectado presidente, Mario Figueredo, no se hubiera dejado llevar por los consejos del hijo de Capablanca, valiente mequetrefe que de la genialidad del padre no tenía ni un pelo, y que fue el encargado de pactar con Laucks ese encuentro entre los dos equipos? ¿Y si el propio Laucks, que llevaba una esvástica en la solapa, hubiera rehusado integrar al grupo a un niño judío, que además, por tener solo doce años, debía viajar con su madre, judía también?

—Listo —regresó Emanuel, con el fajo de billetes que le habían devuelto—. Veo que esperabas tirarte una buena luna de miel en ese barco, si serás cabrón, ¿te diste cuenta de la suite que separaste?

Era demasiado para Mario, que se sintió abochornado, descubierto en la miseria de su intimidad.

—Vamos a desayunar, anda, y luego te traigo a recoger tu carro.

Subieron al automóvil de Emanuel, que le echó una ojeada a su hermano y se sorprendió de verlo demacrado, incapaz de salir de su

aprensión. Aunque nunca se había sentido culpable por nada ni por nadie, se preguntó si no habría ido demasiado lejos al hablarle tan duramente a ese gemelo suyo, carente de mundo o de malicia, atrapado en un laberinto en que los hombres pueden perderse sin consecuencias cuando son muy jóvenes, pero a su edad es fatal.

—Vamos al Pacífico —anunció Emanuel—. Y en cuanto se te haya asentado el estómago iremos a Cubana, compraremos los billetes, te buscaremos un buen hotel en Nueva York, como todo un señor.

Mario sonrió, transitaban por la avenida del Puerto y el viento era suave, reconfortante. En un abrir y cerrar de ojos estaban en Egido, y atrecharon por la calle Paula. Al pasar frente a la casita de José Martí, Emanuel aminoró la marcha:

—Aprende de Pepito: pasó por la piedra a la niña de Guatemala, a la bailarina española, a la dueña de la casa de huéspedes donde se quedó en Manhattan, que por cierto, estaba casada y tenía tres hijos, pero el marido era paralítico... En cuanto ella oyó al pico de oro de Martí recitarle unos versitos, se le metió en la cama y le parió una hija. Le pusieron María.

—¿No estaba casado con una Zayas Bazán? —se asombró Mario—. Una sobrina de ella es clienta de la relojería.

—A la Zayas Bazán le vendió el cajetín. Lo que pasa es que no vas al cine. Están echando una película, *The Americano,* en la que trabaja el hijo de María, ese actor... ¿Cómo es que se llama ese actor?... Ah, ya, César Romero. Nieto del prócer nada menos.

—¡Qué historias sabes! —se maravilló Mario.

—Ninguna como la tuya —remató su hermano, arreándole un manotazo en el muslo.

A la entrada del mejor restaurante chino de La Habana, situado en el quinto piso de un edificio de la calle San Nicolás, en cuyo ascensor solo cabían cinco almas, incluyendo al ascensorista, se podían olfatear los grandes aromas de la cocina cantonesa.

—Para esos trotes tuyos hay que comer muy bien —musitó seriamente Emanuel, como si se tratara de un consejo médico.

Salió un chino fortachón a recibirlos, cosa rara ver a un chino robusto. Saludó a Emanuel como si lo conociera. Le preguntó si deseaba el

reservado de siempre.
—Eso ni se pregunta, Chow-Chow, aunque este es mi hermano Mario, no te creas que cambié de acera.
Soltó una risita «el paisano» y los condujo al acogedor reservado que, si Mario hubiera tenido más experiencia de la vida, hubiera sabido que olía a opio. Antes de retirarse, les pregunto qué deseaban beber.
—Trae dos cervezas —respondió Emanuel—, y como tenemos prisa, ya te digo lo que vamos a desayunar. Este hombre necesita una buena sopa de nido de golondrina, y a mí me traes otra, pero con un huevo encima.
El silencio se instaló entre ambos hasta que les sirvieron las bebidas. «Salud», dijo Emanuel, y Mario ni siquiera abrió la boca, solo asintió con ojos desolados. Cuando les llegó la sopa, pidieron dos cervezas más, y Emanuel no habló hasta que vio a su hermano totalmente relajado.
—Dime en confianza, ¿qué te ha dado esa mujer? Como dice Pedro Infante: «Querido amigo, yo no sé lo que te ha dado».
—Yo tampoco —suspiró Mario, se le aguaron los ojos.
—Desayuna y vamos a buscar tu pasaje. Por papá no te preocupes. Hasta que vuelvas lo estaré ayudando en el taller, porque me imagino que volverás.
—Con ella y con el niño —convino Mario—. No me quedará más remedio que soportar a ese demonio.
La saliva de las golondrinas flotaba en el caldo ancestral que infundía vigor y renovaba el espíritu. Se lo terminaron todo.

Nocturno

Tenía que haberlo sospechado cuando mi cuerpo empezó a retroceder, a contraerse con cada movimiento suyo para abrirse paso. En cambio lo tomó como un juego, una provocación, esas escaramuzas del deseo en la cama. Se detuvo momentáneamente, y enseguida lo intentó de nuevo: una primera vez, determinado a hundirse, y una segunda, resoplando con furia, hasta que a la tercera arremetió imbatible, llevándose al mundo por delante... Entonces lo asustó mi grito, me asusté yo misma de ese alarido que, más que salir de mi garganta, pareció elevarse de mi cuerpo entero. Se quedó helado, levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—*What happened?...*

Cerré los párpados, aterrada, y como creyó que no lo había entendido, lo repitió despacio.

—*Listen to me, what happened?*

No me quedaba aliento ni imaginación para decirle una mentira más. Dolía tanto y tan hondo, que la verdad salió sola, como un hilillo de sangre.

—Soy señorita.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—*Don't tell me you are a virgin, don't... Are you a virgin?*

—Señorita. —Sollocé, dos lagrimones empezaban a bajar por mis mejillas.

Se retiró como si mi piel lo quemara y cayó de espaldas en la cama. Ninguno de los dos agregó una palabra, solo respirábamos, hasta que pasado un rato se volvió hacia mí, dirigiéndome esa mirada penetrante que al cabo de los años vería tantas veces en las fotografías.

—¿Lo hicieron? —preguntó Práxedes en cuanto terminamos de oír la

primera cara del *Rubber Soul*.
—Qué va —ironizó Tania—, ¿no ves que se pasaron la noche jugando parchís?
Era un chiste grosero. Estaban algo histéricas, en el fondo asustadas, y se echaron a reír, agregando chiflidos, suspiros y golpecitos con los pies en el suelo, hasta que les grité que no iba a tolerar más pullas y me levanté para irme.
—No te vayas —suplicó Regina, con un deje inusitado en ella—. Vamos a seguir oyendo el disco.
No tenía nada mejor que hacer, más bien algo peor: regresar a la casa con Greta y escuchar la pregunta que me revolvía el estómago, no por las palabras, sino por el tono con que me la hacía: «Y ahora, ¿de dónde vienes tú?». El énfasis en el ahora era producto de un antes, precisamente el antes que me destrozaba.
—Si hubiera sido yo —reclamó Tania cuando volví a sentarme—, a ti también te gustaría saber.
—Pero no fuiste tú —recalqué y las miré una a una—. Ninguna de ustedes. El periodista me dejó sola, y un hombre que estaba haciendo guardia en el pasillo me engañó para que entrara en la habitación de Fischer.
—¿Te encerraron? —se horrorizó Regina.
Negué con la cabeza.
—¿Te obligó?
—Déjame oír el disco —esquivé la pregunta—. Ya casi tengo que irme, todavía estoy castigada.
Se levantó para complacerme y todas fingimos estar atentas a la música, cuando en realidad cada cual estaba ensimismada en sus pensamientos, yo la primera. Para mí se descorría en ese momento un velo y aparecía, con toda nitidez, ese trozo de mi vida desde la llegada al hotel hasta mi atropellada salida. ¿Me encerraron? No, técnicamente no lo hicieron, hubiera podido escapar cuando quisiera. ¿Me obligó? Tampoco. Dentro del cariñoso torbellino en que nos empezamos a buscar, superado aquel primer momento de confusión y angustia, de dolor punzante y de remordimiento, cada partícula de mi cerebro consintió, desde entonces para siempre hasta hoy.

—El guardia me llevó engañada —reiteré a destiempo, se había terminado la segunda cara del disco y las Oritías enmudecieron—. A Fischer lo engañaron también, me pidió que me fuera y no quise.
—No es culpa tuya —susurró Bobby, apartándome el pelo de la cara —. Debí preguntártelo.
Me besó de otra manera, más apasionada, aunque tal vez fui yo la temeraria, la que se empeñó en buscar algo que no sabía, en su cuello, en su pecho, en su vientre que era todo latidos. Al lamerle las ingles, descubrí un par de lunares idénticos al de su comisura, una niña se distrae con facilidad y él tuvo a bien llamarme a capítulo, colocando su mano en mi cabeza y llevándola donde importaba. Allí olfateé los restos de mi propia sangre, y la encontré reseca sobre su sexo erecto. Eso me dio la vida. Nunca volvería a ser tan detallista como aquella vez, aseándolo pausadamente, una primera y única iluminación, porque los desenfrenos del instinto no se repiten luego, ni con la misma intensidad, ni con las mismas ganas. *«Come here»,* lo oí suspirar, acompañando la frase de una dulce maniobra con la que me tomó por las axilas y me arrastró sobre su cuerpo, arropándose precariamente con el mío. Hubo sonrisas que parecían mordidas, y mordidas que nos hicieron reír, hasta que me dio vuelta y me abracé a su espalda, la mole que me sofocaba y para siempre me hizo comprender que no hay placer más invencible que el que te priva del aliento.
—¿Duele? —preguntó Laidi.
—Por lo menos dinos a qué sabe —suplicó Tania—, ninguna de nosotras la ha tenido en la boca.
—No sean cochinas —las reprendió Regina en su papel de policía bueno—. Ni siquiera saben si se lo pidió. ¿Verdad que él no te lo pidió?
—No, no lo hizo —confirmé, fingiendo que iba a poner punto final al tema, esa pequeña trampa antes de hacer la precisión que las desconcertó—. A mí se me ocurrió solita, salió de mí... Lo haría mil veces porque me supo a gloria.
Vi que dejaban intactas las galletitas con guayaba y queso que había puesto la mamá de Regina, el estupor les había quitado el apetito. Yo tampoco las había probado, pero por una razón distinta: me torturaba

la idea de que la Olimpiada Mundial de Ajedrez había terminado, y él se había ido sin saber mi verdadero nombre. La única noche que estuvimos juntos, no hubo tiempo ni espacio para eso; no me pasó por la cabeza la posibilidad de aclararle que me llamaba Miriam ni aun cuando nos quedamos quietos, con las manos cogidas, hablándonos de extraños paisajes. ¿Qué muchacha de catorce, agradecida, subyugada, incrédula de tener a su lado la maravilla de un cuerpo americano, de un cerebro al que todo el mundo admira, va a querer confesar que le mintió dándole un nombre falso? Si él le preguntó por mí al periodista, o al guardia que me vio entrar mas no salir, ambos le dirían que no me conocían. Los mensajes que le dejé, aun con el nombre de Regina, pero con mi número de teléfono, habrían ido a parar al cesto de basura de la telefonista.

—¿Te dio miedo la sangre? —volvió a lanzarse Laidi.

—Así mismito se llama una novela —exclamó Práxedes, la impertinencia personificada.

—Ninguna, que yo sepa —riposté, vengativa—, ¿quieres decirme qué novela es esa?

Regina intervino: le advirtió a Práxedes que, como dijera otra guanajada, no volvería a oír el disco.

—A lo mejor no la han escrito —asintió, a modo de disculpa, siendo esa la guanajada por la que le gritaron que se callara de una vez.

Cabía otra posibilidad, desoladora claro, una espina que tenía que arrancarme a menudo del pecho, lo que no impedía que en cada ocasión destilara una gota de hiel: peor que pensar que podía haberme buscado sin lograr dar conmigo era imaginar que no lo hubiera intentado, cerrando ese capítulo tan pronto como nos separamos, olvidándose para siempre de lo que habíamos hecho.

—¿Tienes radio aquí? —Yo había visto la hora en su reloj: iban a dar las once—. ¿No te importaría ponerlo?

Bobby señaló hacia la mesita de noche, ni siquiera preguntó para qué quería el radio. Su mente estaba en otra parte, sus ojos parecían sonreír, pero apretó los labios como si le costara un gran esfuerzo sacar lo que a continuación iba a decirme.

—*You know what? I haven't done it before either.*

Me quedé a la expectativa, me incorporé para mirarlo bien y averiguar si estaba bromeando, aunque me fue imposible descifrar su expresión, mezcla de agobio y de solemnidad. Él pensó que no lo había entendido, yo sospeché que no lo había entendido, ambos quedamos atrapados en el desentendimiento, hasta que intentó explicarlo, mezclando inglés con español.

—No tuve tiempo... *I have done nothing but play chess.*

Me dio la sensación de que se sacaba un peso de encima, y parecía estar más conmovido que yo, que a fin de cuentas era la señorita que había dejado de serlo. Nos miramos, algo azorados, y sonreímos al mismo tiempo. Mi nerviosismo se había esfumado, podía decirse que estaba contenta, dueña casi de la situación, y tuvieron que pasar los años para comprender que a la edad que tenía en ese entonces subsiste todavía esa cualidad infantil de saltar de un estado de ánimo a otro, como las criaturas que se rompen la garganta llorando el primer día que los dejan en la guardería, hasta que, ante la visión de los cubos de colores, instantáneamente se apaciguan. Volví a preguntarle por el radio, se estiró para alcanzarlo poniéndose de espaldas, tensando aquellas nalgas pálidas, redondas como las de cualquier mujer. Alargué la mano para acariciárselas, me desconcertó un deseo tan indecente, tan impensable como las ganas de besarlo allí. ¿Besaban las mujeres las nalgas de los hombres que las hacían felices? Él parece que me adivinó el pensamiento porque al darse vuelta se ruborizó, hizo un gesto como de querer saber lo que me proponía. Lo oí preguntar, aturdido, qué quería escuchar.

—Radio Progreso. Va a empezar *Nocturno.*

Se detenía un segundo en cada emisora, me miraba buscando aprobación, pero me oía decir que no, y no, y no, hasta que al fin reconocí el saxofón de Fausto Papetti y los últimos acordes de «La muchacha de la valija».

—Ahí, déjalo ahí...

Laidi me tocó por el hombro, me preguntó si podía traducirle la canción que, a petición suya, estábamos oyendo de nuevo: «I'm Looking Through You». Reaccioné sorprendida porque ni siquiera le estaba prestando atención.

—¿Que te la traduzca entera?
—Bueno, un pedacito por lo menos. Es la que más me gusta.
Sonreí comprensiva, sabiendo que ya no iba a encajar en ese grupo de chiquillas en el que, después de todo, nunca había encajado. Antes de que me encargaran la misión con Fischer, sufría un sentimiento de inferioridad; era incapaz de ser natural cuando estaba con ellas, siempre atenta a lo que me decían, y pensándolo dos veces antes de contestarles. Después de mi aventura las veía distintas, insustanciales, remotas.
—¿Cómo te puede gustar una canción que no entiendes? —le pregunté.
—Entiendo que habla de alguien que cambió —se picó ella, y añadió, medio ofendida, que si no se la quería traducir, no se la tradujera.
Entonces le cogí la mano, le pedí perdón y le dije que tenía razón. Las cuatro se quedaron atónitas porque nunca les había hablado así, con ese tono anacrónico de abuela de los cuentos. Yo, por mi parte, tenía la impresión de estar volviendo del futuro, ya madura, reencontrándolas como las niñas que eran. Les hice señas para que bajaran la voz, tocándome el oído con el dedo índice para que me dejaran escuchar.
—«No luces diferente» —traduje, emocionándome a medida que lo hacía—, «pero has cambiado... Estoy mirándote, ¿adónde te has ido? No estás en ninguna parte.» —Las palabras me salían entrecortadas porque tenía un nudo en la garganta. Con mucho esfuerzo recité la siguiente línea—: «El amor tiene la mala costumbre de desaparecer durante la noche».
—Qué gran verdad —concurrió Práxedes—, por eso es que de noche hay que apretarlos bien.
Cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los puños y se balanceó abrazando un cuerpo imaginario. Era la mejor guanajada de la tarde y se la perdonaron. En definitiva, de algún modo tenían que liberar la tensión que habían acumulado tratando infructuosamente de que les contara más; recreando en sus cabezas huecas, o inexpertas, mi encuentro íntimo con Bobby Fischer. La frase de Práxedes, sin embargo, dio pie para que me volviera a hundir en el pozo de la

desolación: ¿lo apreté lo suficiente como para que su amor no desapareciera aquella noche, ni a la siguiente, ni en todas las que habían pasado desde que nos despedimos?

—Es el programa que oímos siempre —le susurré, después de pedirle que subiera el volumen.

—¿Quiénes lo oyen?

—Mis amigas de la secundaria, las cuatro que me metieron en esto, ya te lo había dicho. La pena es que no pongan a los Beatles..., están prohibidos.

Frunció el ceño, se llevó a la cabeza sus enormes manos, soltó una risita antes de preguntar por qué.

—No sé, por el pelo dicen... El que consigue un disco tiene que oírlo bajito, como haremos nosotras con el que nos dé el relojero.

—Me suena un relojero —murmuró Bobby, activando su memoria prodigiosa—. Uno que se hizo amigo de mi madre cuando estuvimos aquí, en 1956.

—¿Habías estado antes en Cuba?

—Yep... No había cumplido trece, así que tú, ¿qué edad tenías en esa fecha, seis?

Le dije que sí, seis, pero pensé que si había sido antes de noviembre, la verdad es que solo tenía tres. Quizás nos habíamos cruzado por la calle, yendo yo de la mano de alguna de mis tías (Greta no me llevaba a ninguna parte), y él de la mano de su madre, o de su padre, o de ambos americanos sonrientes, extasiados con lo que veían, el fragor de la vida habanera, edificios y parques, e incluso los puestos ambulantes de ostiones en los que mi papá se daba su particular banquete. Quién sabe si al pasar miré con curiosidad al niño rubio, y él, por los misterios del presentimiento, le echó una ojeada a la chiquilla con la que volvería a coincidir diez años después. Esas cosas ocurren sin que nadie pueda atestiguarlas.

En *Nocturno* estaban abriendo el programa con una de Rita Pavone, «Questo nostro amore», y aunque hubiera querido preguntarle más sobre aquella otra visita a Cuba, cerré la boca mientras la oíamos, acurrucados bajo las sábanas, trenzados los cuerpos y bien juntitos los sexos, acuciados por *«Il bisogno di stare vicini, di sentirsi soli nel mondo»,*

como proclamaba la italiana. No podía imaginarme entonces que por mucho tiempo me sería imposible oír esa canción sin que se me apretara el pecho, buscando aún el modo de localizarlo, incluso cuando habían pasado los años y me constaba que era inalcanzable, un genio que estaba a punto de batirse con el ajedrecista Spassky por el campeonato mundial, en un país helado, igualmente imposible, que se llamaba Islandia.

Un juego para vagabundos

En el bolsillo de la chaqueta tenía dos sobres: en uno el pasaje para Nueva York, con escala en Miami. En el otro, los datos del St. Regis, el hotel en que Emanuel le había hecho una reserva.

—Todo en orden —lo oyó decir—, sales mañana a las nueve, tendrás tiempo de almorzar en Miami antes de coger el vuelo a Nueva York... Alegra esa cara.

Había un problema. Las caras difícilmente se alegran cuando se sospecha que todo está perdido, y él venía sospechándolo desde la noche anterior. Regina no lo amaba, o se estaba dando un tiempo, que es lo mismo que no amar. Tampoco había que ser un experimentado amante, como su hermano, para barruntar que la falta de apremio en esa etapa del romance solo apuntaba a un lento, torturado final. De nada valía que llevara encima la garantía del reencuentro —billete aéreo y alojamiento de lujo— o que una persona tan persuasiva y autoritaria como Emanuel le asegurara que todo estaba en orden. Su sensación era lo opuesto. El orden había volado por los aires y el ensueño de los pasados días no era más que un vidrio esmerilado que empezaba a quebrarse: no más borrosidad, no más sombras chinescas, solo el chorro de luz inexorable que delataba el fondo de las cosas. Gracias a su devoción (a su salvaje amor, las cosas por su nombre), Regina pudo mitigar el cansancio del viaje, las penas que le causaba ese demonio que tenía por hijo, y hasta la angustia de sentirse perseguida, vigilada adondequiera que iba. Para ella, la aventura solo abrió un paréntesis; lo más natural del mundo era que se cerrara.

Para él, sin embargo, lo que se abrió fue el universo entero; la eternidad empezaba y terminaba en ella, algo que podía parecer ridículo a un hombre de mundo como Emanuel, acostumbrado a pasar por alto aquellos sentimientos románticos, si es que alguna vez los

había tenido.
—¿Sabes a qué hora zarpa el *City of Havana*? —le preguntó a su hermano, que adivinó enseguida la razón de su curiosidad.
—La hora exacta no, pero nunca antes de medianoche.
Durante toda la mañana habían estado moviéndose al ritmo vertiginoso de Emanuel, que también intercaló en el recorrido unas gestiones propias, típicas de su vida marginal. Finalmente, a media tarde, recalaron en la barra del Toki-Ona, un restaurante vasco, con la intención de «refrescar el gaznate», como decía Emanuel, antes de volver a la relojería. Tenían que confirmarle al viejo Gorski que su hijo Mario, tal como le había anunciado, partiría a la ciudad de Nueva York a la mañana siguiente.
—Los americanos que viajan en el ferry —abundó Emanuel— normalmente se levantan tarde, almuerzan en el Floridita y se dan el penúltimo trago en el Sloppy Joe's... Llegan al puerto como a las nueve o las diez, y en lo que embarcan los carros y se acomodan en los camarotes, pueden pasar fácilmente dos horas.
Mario lo oyó cabizbajo. Tenía un whisky intacto en su vaso, mientras su hermano iba por el tercero.
—Tengo que avisarle a Regina que llegaré a Nueva York antes que ella —murmuró, jugueteando con unos palillos, presagiando que Emanuel iba a contestarle exactamente lo que le contestó.
—Tienes que avisarle porque te da miedo llegar, enterarte de que se entiende con otro y no puede ir a dormir contigo.
—No es eso.
—Sí, claro que es eso. Y fíjate que estoy de acuerdo en que la pongas al tanto de tu plan. Frente al muelle hay un café donde los pasajeros van a matar el tiempo, el Castillo de Atarés, tiene mesas al aire libre, llámala y cítala allí.
—Es complicado, estará el niño...
—Si el niño jode, le das un *nickel* para que se compre un pirulí.
—Cómo se ve que no conoces a Bobby Fischer... Tiene un cerebro y unos prontos de adulto.
—Pues le das dos pesos y lo mandas al bar Hacendados, que está a dos pasos del café. Siempre hay un par de putas por allí, los trajinan de

todas las edades.
Mario soltó una carcajada, y Emanuel pensó que hasta en la forma de reír su hermano había cambiado.
—Haz el favor y llámala, no vayas a llevarte un escache... Ya ella buscará una excusa para alejarse de los americanos.
—Lo haré cuando lleguemos a la relojería.
—Debes hacerlo ahora —insistió Emanuel, señalando el teléfono al final de la barra—. Dile que tienes algo que darle, lo que sea, a las mujeres les encanta que les den cosas.
Mario obedeció. Fue al teléfono y marcó el número de la casa del fotógrafo, que le contestó seco, como si le incomodara la llamada. Pensó que iba a mentirle diciéndole que Regina había salido, pero seguidamente ella se puso al teléfono, le habló en susurros, como si tratara de que no la oyeran, y, en efecto, Mario le dijo que tenía algo que darle y el nombre del café donde estaría esperándola. Colgó tembloroso y volvió a la barra.
—¿No vas a terminarte el whisky? —le preguntó Emanuel, que se percató de su nerviosismo.
En realidad, no lo había empezado. En ese momento le apetecía una cerveza.
—Te la debo, mi socio —dijo el barman—, no están frías porque tenemos un problemita ahí con las neveras. Ahora mismo les están echando gas.
Mario le contestó que se la sirviera de todas formas. A su hermano, que lo miraba como si fuera un bicho raro, le confesó que necesitaba cualquier líquido menos fuerte que el whisky, y en el fondo prefería la cerveza del tiempo a la clásica «fría» que solían servir con hielo en el cristal. Cuando Emanuel pidió para ambos la papilla de bacalao con ajo que era la razón por la que siempre iba al Toki-Ona, Mario la rechazó: todavía no acababa de bajar la sopa de golondrinas.
—De nido de golondrinas —precisó Emanuel—. El nido es lo principal, tú no sabes la fuerza que le da al badajo la salivita de los pájaros esos.
Un rato más tarde, salieron del restaurante y su hermano le echó el brazo por encima.

—Te vas a morir de amor, como la Niña de Guatemala. Pero si no comes, te vas a morir primero de hambre. En Nueva York no tienes excusa, te voy a recomendar tres o cuatro restaurantes para que comas como Dios...

Acababan de subir al carro cuando se oyó la explosión. Ambos quedaron atónitos, paralizados por el efecto de la onda expansiva que remeció el auto, aunque no llegó a romper los cristales. No habían tenido tiempo de pronunciar palabra cuando vieron salir del restaurante a dos o tres personas, aturdidas, como en cámara lenta, y a un hombre que emergió de la humareda con la ropa y el rostro ensangrentados, sosteniendo con su brazo izquierdo las hilachas de lo que le quedaba del derecho.

—Ha sido una bomba —sentenció Emanuel—, y ese fue el que la puso... Mira cómo le arrancó el brazo.

Señaló al herido en medio de la calle, todavía de pie, tambaleándose ligeramente, su rostro desfigurado no dejaba ver si conservaba la nariz.

—Hay que llevarlo a la casa de socorros —propuso Mario.

—¿Estás loco? Van a creer que andábamos con él. No te preocupes, ya habrán llamado a una ambulancia.

Emanuel puso el motor en marcha y el resto del trayecto hasta la relojería lo hicieron en silencio, la sola imagen de aquel espectro escapando por la misma puerta por la que ellos acababan de salir apenas unos minutos antes los había impresionado al punto de que, cuando por fin entraron al taller, el viejo Gorski comprendió que algo terrible les había ocurrido.

—¿Discutieron? —preguntó el padre.

—Jamás y nunca —jaraneó Emanuel—. Parece que pusieron una bomba en ese bar de pelotaris de Marqués González, y nosotros acabábamos de salir de allí. De milagro no nos hicimos pedacitos...

Mario constató una vez más que su hermano no disfrazaba las malas noticias, no endulzaba los detalles, era directo y crudo, y tal vez por eso un tipo de fiar. Sintió que era el momento de empatar la historia de una bomba con la siguiente bomba que él iba a soltar.

—Mañana salgo para Nueva York, papá. Ya sabes que estaré unos días

con Regina, la señora que conociste, eso hasta que ella arregle unos asuntos para que podamos regresar los tres.
—¿Cómo que los tres? —se asombró Emanuel—. ¿Vendrá también el jodoncito ese?
—Tiene doce años y es huérfano de padre. Tendrá que venir con nosotros.
Por unos minutos guardaron silencio. Solo se oía el tictac de los relojes de pared.
—Cuando Florido se entere —sonrió el viejo Gorski—, cuando le digan que el «culicagao» que le ganó viene a vivir a La Habana, caerá patas pa'arriba... A ese le da un soponcio.
Mario se sintió aliviado. Su padre se lo estaba tomando «a la polaca», una frase que se sacaba de la manga cuando aconsejaba a sus hijos y clientes que no se sulfuraran por las pequeñas cosas, o por las grandes que no tenían remedio. ¿Cuántas veces, a través de los años, le había oído decir: «Haz como yo, tómatelo a la polaca»?
—En lo que Mario resuelve su asuntico —intervino Emanuel—, vendré a trabajar por las mañanas. Cuando digo que estaré aquí por las mañanas, es que a las nueve me tendrás sentado en esa mesa con delantal y todo...
Al viejo Gorski se le iluminó la cara. ¡Cómo se notaba que Emanuel era su ojito derecho! Sin embargo, lo que Mario resintió fue que su hermano utilizara el término «asuntico» para referirse al paso más trascendental de su vida.
—Y tú —lo espabiló Emanuel—, ¿qué esperas para hacer la maleta?
Mario lo miró azorado.
—No tengo ninguna maleta.
—¿Cómo que no tienes? ¿Y me lo vienes a decir ahora?
—¡Yo tengo una! —resolvió el padre, señalando hacia el cuarto de desahogo detrás del taller, un lugar bastante lóbrego donde se amontonaban las carcachas de los relojes viejos y las maquinarias sin remedio.
—Está desfondada —le recordó Emanuel—, ¿no fue esa la que trajiste de Polonia?
El viejo se echó a reír y Mario tuvo la sensación de que la noticia de

su partida quizás lo entusiasmaba, teniendo en cuenta que en su ausencia podría presumir de su otro hijo, tan bien parecido y elegante, formado en la mejor escuela de relojería del mundo.

—Voy para la casa y te mando una maleta en un taxi —prometió Emanuel—. Necesitarás un abrigo, apuesto a que tampoco tienes, no te imaginas el frío que hace en Nueva York por estas fechas. —Le dio una palmadita en la espalda—. Y por supuesto, mañana te llevaré al aeropuerto.

Cuando se quedaron a solas, Mario le preguntó a su padre si quería que le mandara a buscar comida.

—No hace falta —dijo el viejo—, la mujer de la limpieza nos hizo *«rosu»* antes de irse. La tomé y está muy buena, pruébala.

—Ya tuve bastante sopa esta mañana —replicó Mario—, tu hijo se empeñó en llevarme a un restaurante chino. Todavía la tengo aquí —aseguró tocándose la nuez de Adán, que en su caso era extremadamente puntiaguda.

El viejo Gorski había dejado de prestarle atención y parecía estar dándole vueltas a una idea. Se quedó absorto unos segundos, el ceño fruncido, la mirada dirigida al vacío... Mario sospechó que, a continuación, soltaría una de sus anécdotas sobre los jugadores de ajedrez.

—¿Sabes a quién me recuerda ese muchacho Fischer?

—No, papá, ¿a quién?

—A Paul Morphy, ese otro americanito que era también muy temperamental.

—Papá, Morphy murió antes de que tú nacieras, nadie puede recordártelo porque sencillamente no lo conociste.

—No importa... Lo he visto en los daguerrotipos, muy buenos por cierto, nada que envidiar a las fotografías de nuestro amigo Bravo. También he leído sobre sus salidas de tono, por eso te digo que me lo recuerda. ¡Qué criaturas para ser hurañas! El tal Bobby debe de haber estudiado las aperturas de su paisano, date cuenta que con Florido se hizo el romántico, abrió con gambito de rey, igualito que Morphy cuando jugó con Andersen... ¿Te he contado lo que dijo Andersen al abandonar?

—No, viejo, tengo que subir a sacar la ropa.

—Como buen alemán, tuvo un exabrupto en su idioma, y además se lo tradujo a Morphy: *«Drop dead!»*. Morphy, que hablaba francés, le contestó en ese idioma porque estaban en París... Le gritó a Andersen que dejara el ajedrez y se pusiera a jugar a las damas, que es un juego para vagabundos.

Mario subió a su cuarto pensando que, en efecto, a menudo veía a los pordioseros jugando a las damas en los bancos de un parque, o apoyados en las columnas de los soportales, el tablero encima de un cajón mugriento, discutiendo a veces, manoteando las fichas cuando se emborrachaban. Era como una tradición entre ellos, y de seguro que a Morphy se le había ocurrido aquella asociación —la del juego de damas con los vagabundos— mientras vivió en La Habana, donde se refugió algún tiempo, huyendo de la guerra civil en su natal Luisiana. En esa época, todavía no había nacido José Raúl Capablanca, que vendría al mundo veinticinco años después, y aún tendrían que transcurrir más de noventa para que otro niño prodigio americano, Bobby Fischer, llegara a la ciudad acompañado de su madre, por el muelle de Hacendados, y fuera llevado a pernoctar en una casa, la del fotógrafo Bravo, que por extraña coincidencia —o sibilino jaque de los dioses— quedaba justo al lado de lo que había sido la Pensión Garcini, a cuyos balcones se asomaba a veces, pálido y apesadumbrado, el ajedrecista Morphy.

La ropa de los locos

Pasada la medianoche, Bobby empezó a darle vueltas a la idea de quedarse a vivir en Cuba, de ser posible en una casa de playa que le permitiera ir a nadar todos los días. Hablaba como consigo mismo, en voz baja, analizando las posibilidades de viajar a Nueva York y Europa, y empatar unos torneos con otros teniendo como base de operaciones La Habana. Su actitud me recordó a la de los sonámbulos, a quienes no hay que despertar jamás para que no se mueran, y su extraño soliloquio me llenó de esperanza, aunque no lograba entenderlo por completo. En una de sus pocas pausas, o vueltas a la realidad, se dirigió a mí para decirme que tan pronto como cumpliera la mayoría de edad podría acompañarlo a los torneos, solo faltaban dos años que se irían volando. Le di la razón, aunque se me hizo un nudo en la garganta, ¿cuánto tiempo tardaría en descubrir que tenía catorce y no dieciséis? Ya se enteraría por boca de otro, o bien por la del periodista, ese patrañero que nos entrampó a los dos, o bien por la de uno de aquellos contactos que las Oritías presumían de tener en el hotel.

Bobby no paraba de hablar, unas veces bajito, en murmullos, y otras elevando el tono, como cuando empezó a hacer un recuento de lo que debía traer de Nueva York, en primer lugar sus libros de ajedrez, pero también muebles de los que no podía desprenderse, entre ellos la butaca de sentarse a estudiar, y la mesa donde colocaba el tablero, que estaba hecha a su medida. Le temía a la informalidad de las compañías de mudanzas, que siempre perdían algo. Desde niño había sufrido esas pérdidas por haberse mudado demasiadas veces de un estado a otro —más de diez, según sus cálculos—, ya que su mamá necesitaba hacerlo para encontrar trabajo. En aquel tiempo, instalarse en una nueva ciudad significaba tener que empezar de cero para

encontrar ajedrecistas de su edad, o de cualquier edad, pero que aceptaran batirse con él, y en una ocasión, recién llegados a Boulder, se le presentó en sueños el jugador Blackburne, un gran maestro inglés que tenía fama de haber sido violento y sádico con el adversario —lo apodaban Blackdeath—, invitándolo a jugar a la ciega, modalidad en la que era experto.

—Fue tan real todo aquello... —susurró, me miró fijo, me preparé para lo peor—. Te juro que amanecí con la marca del antifaz en los ojos.

Agregó que en el sueño había derrotado a Blackburne, cuya venganza no se hizo esperar, pues al día siguiente no se pudo levantar de la cama por la debilidad, y tanto le subió la fiebre que su madre tuvo que llamar al médico. Jugar a la ciega, con los ojos vendados, era un peligro, porque al final la cabeza del ajedrecista quedaba atrapada en el hilo imaginario de una sola partida, y algunos no hallaban cómo regresar, no podían volver a concentrarse en semanas o meses.

—No vuelvas a soñar con él —lo reprendí, y antes de terminar la frase ya me estaba arrepintiendo de haberla dicho. Por suerte, pasó por alto semejante simpleza, o ni siquiera la oyó, enfrascado como estaba en el recuerdo de aquel malvado ajedrecista.

—Blackburne fue un desalmado de vivo, y aún es de lo peor de muerto. He jugado en sueños con otros ajedrecistas, con el mismo Capablanca... Una tarde, cuando vivía con mi madre en Puerto Rico, me adormecí en la playa y Capablanca se me sentó al lado... Me explicó de arriba abajo su *«petite combinaison».*

Ignoraba lo que era la *«petite...»* lo que fuera. Si no hubiera sido porque no nos habíamos separado un instante y estaba segura de que solo había bebido agua mineral, hubiera jurado que estaba ebrio. Se quedó un rato adormilado, lapso de tiempo en el que yo también habría podido dormir, pero no lo conseguí porque me quedé pensando en lo que acababa de escuchar, la confesión de sus partidas con fantasmas, y hasta me pregunté si no serían una señal de que tenía un tornillo flojo. Por suerte, al despertarse, lo hizo lleno de vitalidad, de apetito supongo, porque llamó al servicio de habitaciones para ordenar *club sandwiches,* jugos de naranja y *pecan pie* para dos. Lo del *pecan pie* no lo entendió el empleado que tomaba la orden, y Bobby

tapó el teléfono para preguntarme cómo se decía en español. «Pastel», le dije. *«Pecan pie»,* precisó, impaciente. «Pastel de no sé qué», rematé con idéntica impaciencia. Sin embargo, cualquier cosa que fuera, no estaba en las manos del cocinero inventarlo a esas horas, y eso que para la Olimpiada de Ajedrez el hotel mantenía abiertas las cocinas día y noche, preparando los platos típicos de cada país. Al final, sin perder un ápice de su alegría, se conformó con el *cheesecake* que le propusieron, y que por supuesto yo no había probado nunca. Bobby colgó el teléfono y volvió a tirarse de espaldas en la cama, rascándose suavemente el espeso vello que rodeaba su sexo, no como si aliviara un picor, sino como si acariciara la cabecita de un cachorro. Tal vez con el paso de los años llegaría a olvidarme de ciertos detalles más determinantes que ese; de sus opiniones sobre otros ajedrecistas, o de las tácticas que planeaba utilizar con unos y con otros, pero jamás podría borrar de mi memoria la ternura con que acunó su sexo, la sutil depravación con que lo acomodó, quizás esperando una respuesta mía, obviamente esperando una respuesta mía, y a punto estuve de dársela, solo que le fallé al instinto, que es como un pájaro mosca, se detiene aleteando un segundo, y al siguiente se esfuma.

Con no poca frialdad, en ese tono monocorde que se usa para hablar de los resentimientos sepultados, me contó que en su niñez su madre lo llevó a los médicos para que le quitaran «la manía del ajedrez», y hasta llegó a confabularse con un psiquiatra, amigo de ella, para que le hablara haciéndose pasar por ajedrecista.

—Lo descubrí enseguida. Lo pateé en la pierna y escapé corriendo.

Por un momento, nos rondó el aire de la desventura, la sombra de un coraje extremo. Tan identificada me sentí con él, que le cogí la mano y me correspondió estrechándola, entrelazando sus dedos con los míos, como dos niños que han pactado saltar al vacío.

—Me hace falta nadar todos los días —cambió de tema, de tono, de semblante—, una hora por lo menos para ir dejando un poco el tenis. Me lastimé la rodilla, ¿ves?

Dobló la pierna para que la viera, pero no vi nada de particular en ella, era una rodilla exactamente igual a la otra, ambas implacables y voluntariosas. Horas antes, atraparon mis muslos, apretándolos

furiosamente mientras su sexo se quedaba hundido, una tenaz y ardiente posesión que nos dolió a los dos. Me preguntó si yo sabía jugar al tenis, y le confesé que no lo jugaba ni conocía a nadie que lo hiciera. Se echó a reír, tenía reacciones algo inesperadas, no sabía si debía sentirme herida, avergonzada, o ambas cosas, pero me aseguró que ya podía decir que había conocido al mejor. Cuando no iba a una cancha por las mañanas, para medirse un rato con otro tenista, le costaba concentrarse en las partidas.

—A veces voy de madrugada. En Nueva York siempre hay alguien dispuesto a jugar a cualquier hora.

Visualicé su paso por una de esas suntuosas avenidas que solo había visto en las películas... Su mente llena de combinaciones: treinta y dos piezas marcando el ritmo en el prodigioso tablero de su cabeza.

—En el tenis llevo ventaja —alardeó—, y nunca se lo he dicho a nadie. Desde el saque puedo visualizar el set, transcurre entero en este proyector...

Se tocó la frente y me miró con tal intensidad que me sentí oprimida. Parecía mentira que un simple comentario suyo, que pude haber pasado por alto, abriera las puertas a otra realidad, la de mi estúpida y pequeña vida, que de milagro se había encontrado con la suya. Envidié a los noctámbulos tenistas con los que coincidía —y a los que, como él decía, les ganaba con trampa—, y la inferioridad me ahogó, el desconsuelo de presentir que nunca lo acompañaría en aquellas maravillosas escapadas. Entonces solté otra frase que de inmediato me pareció imprudente:

—Tu mamá no debió llevarte al psiquiatra por lo del ajedrez, sino por la manía del tenis...

No la tomó a mal, a pesar de todo, porque siendo tan impredecible, creo que hasta encontró lógico mi parecer.

—Mi madre no se preocupaba por ninguna manía... La verdad es que tenía miedo de que Joan o yo heredáramos la locura de nuestra abuela.

Me recorrió un escalofrío. Bobby Fischer confirmaba lo que ya presentía, y lo que había leído tantas veces: la locura de los padres la heredaban los hijos. ¿Estaba destinada yo a terminar como Greta, o

como aquellas tías suyas, hermanas de mi abuela, que solían anunciar la hora y la fecha de su muerte, cumpliendo a cabalidad su vaticinio? Se enfriaban, enmudecían, se estiraban hasta quedarse rígidas por un día o dos. Al cabo de ese tiempo volvían desde el más allá, con hambre y sed, despidiendo un fuerte olor a cal, tierra mojada y heces, según el recuento familiar.

—Cuando ella se fue de casa para mudarse a Brooklyn, porque no nos soportábamos, vino mi hermana un día para recoger sus cosas. En una de las habitaciones encontró un papel, me dijo: «Mira esto, Bobby», y me lo puso al frente. Era una carta del New Jersey Lunatic Asylum en la que lamentaban comunicar a Jacob Wender que su esposa, Natalie Abramson, había muerto.

—Tu abuela... —no sé si afirmé o pregunté, en todo caso él hizo un gesto afirmativo.

—Así supimos que había pasado un tiempo en el manicomio, entró con treinta y cuatro años y murió con treinta y siete. Luego mi hermana averiguó que la hacían trabajar en la lavandería, *can you imagine that?,* lavaba la ropa de los locos. Mamá nos engañó diciéndonos que la abuela había muerto de gripe, y que aunque ella era pequeña, aún recordaba el momento en que su padre le cerró los ojos.

Llamaron a la puerta en ese instante, Bobby dio por sentado que traían la comida y se puso el pantalón de pijama.

—I bet you're hungry!

Hambre no, pero sí mucho sueño. No era poco lo que había pasado, el cataclismo de mi cuerpo entero, de mi cerebro convertido en una espesa nube, incapaz de asumir la dimensión de la aventura. Por lo pronto, me alegraba de que la historia de su pobre abuela, a la que imaginé doblando las empercudidas batas del asilo, se aplazara con la llegada del camarero. Bobby se alejó rumbo a la sala, pero en lugar del ruido del carrito, como cuando nos habían traído la comida anterior, lo que percibí fue el sonido de la puerta que se abría y se cerraba abruptamente. A continuación, se produjo un cuchicheo alarmado, frases entrecortadas, susurradas en inglés. Tuve el presentimiento de que venían por mí, y medio paralizada por el

pánico salté de la cama, me cubrí con un trozo de sábana que, a pesar de mis tirones, no pude desprender del todo. En cuestión de segundos, mientras las voces subían de tono en la sala, volvieron a llamar a la puerta. Bobby no tardó en asomarse a la habitación:

—*Go back to bed! Cover yourself!*

Probablemente me vio tan asustada que me ayudó a acostarme y me cubrió lo mejor que pudo. Tenía las manos frías, lo que me confirmaba que estaba pasando algo grave: cualquier cosa que fuera, lo había asustado a él también. Sin embargo, me acarició el pelo e intentó tranquilizarme.

—*Poor thing, don't be afraid.*

Volvió a la puerta de la habitación y le hizo una seña a alguien para que pasara. Mis peores temores parecían confirmarse y me cubrí hasta la cabeza. A los catorce años todavía se recurre a los subterfugios que se aprenden en los dibujos animados: ante los ruidos inexplicables y el miedo a las apariciones, lo mejor es taparse por completo. Esperé temblando el momento en que me arrancaran la sábana y me ordenaran salir, pero eso no ocurrió. Solo oí el roce de unos pasos en la alfombra, y lo que a todas luces era una respiración humana.

Allá en la sala, ahora sí, había entrado el empleado del servicio de habitaciones, se oyó ese sonido característico de las bandejas que eran depositadas en la mesa, y tras un breve diálogo, el sonoro *«Many thanks, Mr. Fischer»,* pronunciado por el camarero. Mi pánico era el mismo, pero descorrí la sábana lo suficiente para asomar los ojos y averiguar quién era la persona que estaba conmigo en la habitación, esperando en silencio, como si se ocultara también... No me costó trabajo reconocerlo, cruzado de brazos, enfundado en un traje oscuro y con bufanda alrededor del cuello. Él me clavó la vista y nuestras miradas se encontraron, pero enseguida desvié la mía y volví a subir la sábana hasta el pelo. Poco después reapareció Bobby.

—*The guy left... Let's go eat.*

Ambos se fueron a la sala, era necesario que me dejaran a solas para que me vistiera, desgreñada y aturdida, tan débil que no atiné a abrocharme los zapatos. Con ellos desabrochados me acerqué al espejo, estremecida por una atroz sensación de lejanía, de ruptura con

las cosas reales y con mi propio cuerpo, y entonces todo se oscureció. Cuando recuperé el sentido, estaba de vuelta en la cama. Bobby me apretaba la mano y me soplaba el rostro.

—*Are you still dizzy?*

Le aseguré que no, me ayudó a ponerme de pie y luego se agachó para abrocharme los zapatos. Hundí mi mano en su pelo, tanto para mantener el equilibrio como para asegurarme de que seguía allí, como un niño abrazado a mis piernas, apoyando su cabeza en mi vientre, acechando quién sabe qué partida imposible en los cuadritos grises de mi vestido de abandonar el país.

Como un alma fatal

Al final, la maleta no la llevó un taxista, sino Emanuel en persona.
Entró como una tromba a la habitación donde Mario ya había puesto sobre la cama la ropa del viaje: camisas y camisetas a un lado; pantalones al otro; la ropa interior planchada de tintorería y los calcetines envueltos como paquetitos. Los zapatos, idénticos a los del padre —dos pares negros y uno marrón—, esperaban hieráticos su turno.
—Tendrás que comprarte calzoncillos desde que llegues a Nueva York —dictaminó Emanuel, alzando una de aquellas prendas antediluvianas —. Se parecen a los de papá..., ¿cómo te vas a presentar con esto delante de ninguna mujer?
Lo ayudó a empacar (como en tantas otras cosas, su hermano era experto haciendo maletas), y lo asistió indicándole los trajes que consideraba más adecuados, o más de invierno, que eran tres. Si se prolongaba su estancia en Nueva York, tendría que comprarse alguno. Mario, tan nervioso como un escolar que se prepara para su primera excursión, acomodaba en un neceser los artículos de higiene, los sacaba y los volvía a poner, se le caía al suelo la rasuradora, la recogía y entonces se acordaba de que no había puesto el *aftershave,* iba a buscarlo y volvía con la brillantina. Atolondrado, se probó el elegante abrigo que Emanuel también le había llevado y notó que le quedaba ancho de hombros, pero el otro le restó importancia: con un buen traje por debajo no se notaría. También le había llevado guantes, una bufanda de tartán azul y un magnífico sombrero de fieltro. De uno de los bolsillos del abrigo sacó una bolsita de seda y le explicó que esa era la razón por la que no había mandado al taxista. De la bolsita extrajo un diminuto envoltorio de papel, mostrándole su contenido: un polvo blanco.

—Esta noche, cuando veas llegar a los ajedrecistas, que los verás enseguida desde la terraza del café, vas rápido al baño... Esta pajilla es para que la aspires bien y no la desperdicies.
Mario le echó una mirada incrédula, era la primera vez que hablaban abiertamente de algo que ya sabía. Su hermano, a menudo, guardaba paquetes en la covacha de los relojes sin solución. Su padre ya nunca entraba a ese lugar, pero él sí lo hacía, se daba cuenta de todo y por supuesto callaba.
—Escucha, sé lo que me estás dando. Nunca he usado nada de eso, y no lo voy a hacer ahora.
—Yo sí —replicó Emanuel—, la uso a veces, cuando me hace falta, y además tengo que comprobar qué tan buena es la mercancía que vendo, ¿no te parece?
—A mí no me la des, no me interesa, olvidémonos de esta conversación.
—¿Y qué pretendes... —exclamó el otro—, beber una cerveza y quedarte mudo cuando esa mujer vaya a sentarse contigo?
En eso tenía razón. Qué bien lo conocía. Ni una cerveza, ni diez que se tomara podrían aplacar sus nervios, la posibilidad de que se acoquinara en ese instante crucial en que le haría saber a Regina que iba a su encuentro en Nueva York, con el detalle añadido de que lo haría en avión y llegaría antes que ella.
—A lo mejor me hace daño... —Por el tono que usó, era obvio que empezaba a considerarlo—. Mejor me tomo un coñac.
—¡Qué daño ni qué niño muerto! No vas a tomarte un coñac porque te conozco. Crecimos en la misma barriga, ¿siempre voy a tener que recordártelo? Lo que te estoy dando es una pizca de buena calidad... Solo para que te sientas seguro, más desenvuelto, es todo.
Mario negó con la cabeza, pero a pesar de sus escrúpulos agarró el envoltorio, lo metió en la bolsita de seda y lo guardó en un bolsillo.
—No te olvides de la pajilla —agregó Emanuel—. Si se te pierde, enrolla un billete.
Más atribulado que nunca, Mario se dejó caer en una butaca.
—Por cierto —dijo su hermano—, lo del Toki-Ona no fue una bomba... ¿Te acuerdas de que el barman nos dijo que estaban arreglando las

neveras? Fue una explosión de gas, y el infeliz que perdió el brazo es el padre de uno de mis hombres. Debí llevarlo a la casa de socorros, como tú querías...

Mario lo miró azorado: ¿uno de sus hombres? No le preguntó, ni su hermano entró en detalles. Terminaron de hacer la maleta y Emanuel, antes de despedirse, le deseó suerte esa noche, aconsejándole que no se dejara intimidar ni por ella ni por los tipos que la acompañaban.

—Si el mocoso se pone impertinente, bájale un bofetón. A lo mejor es lo que le hace falta, un buen tapabocas para que se le quite lo parejero.

De haber nacido gemelos idénticos, se dijo Mario, lo hubiera mandado en su lugar. Nadie iba a notar la diferencia y Emanuel hubiera sabido cómo imponerse a todos, al niño y a los del club de los cabañeros, y más que nada impresionar con su vehemencia a Regina.

Ya en la puerta, Mario lo tomó del brazo.

—Dime una cosa, Emanuel, tú que has vivido tanto, ¿no crees que si estuviera interesada en mí, ya hubiera renunciado a subir a ese ferry?

—No lo sé, tendrás que averiguarlo esta noche. Quién sabe qué problemas tiene esa mujer... A mí lo que me daría mala espina es que se quedara en Cuba por un hombre que acaba de conocer. Eso sí me preocuparía. Dijiste que tiene una hija por allá, ¿no es cierto?

—Mayor que Bobby. Tiene un novio ciego.

—Tú lo ves todo muy fácil, Mario. Eres un tipo sin ataduras, que no se había enamorado nunca..., que yo sepa, y si te hubieras enamorado lo sabría. Ahora crees que basta con encoñarse para que las cosas salgan a pedir de boca. La vida no es como tú piensas, y menos a nuestra edad. No tienes la menor idea de lo que es el mundo.

Mario, con la sensibilidad a flor de piel, se sintió humillado. Era la primera vez que Emanuel le dirigía palabras tan duras, y decidió contestárselas: si él no tenía la menor idea de lo que era el mundo no era por su culpa. Le había tocado quedarse con el padre, a cargo del negocio, mientras él se iba a estudiar a Nottingham, y cuando regresó a La Habana, donde esperaban que se dedicara en cuerpo y alma a la relojería, resultó que paraba poco por el taller y «diversificaba» sus ocupaciones: las más rentables, que eran las prohibidas, absorbían casi

todo su tiempo.
—Sí —reiteró—, no tengo idea de lo que es el mundo porque estaba aquí encerrado mientras tú te ibas a conocerlo.
—Encerrado porque te dio la gana. ¿Quién te mandaba quedarte jugando al ajedrez con el viejo en lugar de irte a joder por ahí? Nunca has tenido sangre en las venas.
—Sal de mi vista ahora mismo —mordió cada palabra, saltaron chispas de sus ojos.
Emanuel se fue dando un portazo. Él se asomó a la ventana y lo vio salir, tan resuelto y ligero como de costumbre, pese a que se habían dicho cosas feroces, profundas, enconadas durante mucho tiempo. Sí que tenía sangre en las venas, cómo no iba a tenerla, y esa sangre ahora corría dolorosamente. La soledad es un derrumbe que no llega de golpe, pasan años y años en los que se presiente, y en los que el corazón se prepara (o no) para soportarla. En su caso, bajaba como piedra y lodo, no por causa de esa discusión en la que ambos ajustaron cuentas, y de la que ya se estaba arrepintiendo, sino, quizás, porque luego de perder de vista el Packard de su hermano, se había quedado mirando a la avenida que encerraba todo su pasado: carros, autobuses, rostros que reconocía; de tarde, el heladero con su campanita, y el infame camión de la basura a la noche. No podían ser más pavorosos los recuerdos de un hombre.
Dos horas más tarde, al retumbe del cañonazo de las nueve, estaba listo para salir.
Guardó en el bolsillo del saco un sobre que pensaba entregarle a Regina, cogió el sombrero y las llaves, y se escabulló como una sombra. Quería evitar cruzarse con su padre y que le preguntara adónde iba, o, lo que era peor, que no le preguntara nada y se limitara a mirarlo con esos ojitos suspicaces que tenía bajo las tumultuosas cejas. El viejo Gorski lo espiaba, eso lo sabía de sobra. Algún día tendrían que conversar en serio, decirle tal vez las mismas cosas que le había dicho a Emanuel; confesarle que la convivencia a veces se le hacía asfixiante, y nunca había sabido cómo terminarla. Puso en marcha el Bel Air y enfiló hacia el muelle de Hacendados, un recorrido que no le iba a tomar más de diez o quince minutos. Apretó

el acelerador y lo hizo en nueve.

Al llegar al Castillo de Atarés, el café donde se había citado con Regina, lo encontró rebosante de gente: no había una sola mesa vacía en la terraza. Un camarero se le acercó para decirle que lo lamentaba, pero dentro no cabía ni un alfiler, y afuera, como podía ver, tampoco. Entonces pidió hablar con el dueño, o la persona que estuviera a cargo, y le señalaron a un mulato esbelto, que lo atendió con amabilidad, parpadeando en exceso, como si le hubiera caído una basurita en el ojo. Eso era, sin duda. Con el meñique se frotó las pestañas, y el destello del zafiro estrella que llevaba en el dedo operó en Mario como el toque de una varita mágica: pagaría por una mesa lo que hiciera falta.

El hombre dejó de parpadear y le explicó que el café se abarrotaba las noches en que zarpaba el *City of Havana*. Entre los viajeros que llegaban con antelación, y los curiosos que se sentaban a ver cargar el ferry, no daban abasto. Le recomendó que le diera una buena propina al camarero, al que llamó y le habló bajito. Mario sacó un billete de cinco pesos y se lo puso en la mano, prometiéndole que le daría otro igual cuando se desocupara una mesa.

El camarero empezó a rondar a dos jóvenes que se entretenían con un culo de cerveza en los vasos. No tardó en abordarlos, seguro que para decirles que, si no iban a consumir más nada, dejaran espacio a otros clientes. Como era un tipo corpulento, tosco como un estibador que no acababa de encajar en su segundo empleo, los jóvenes obedecieron. Al instante le hizo una seña a Mario, y cuando este se acercó a la mesa, le ofreció la silla con un gesto casi cortesano: «Toda suya».

No podía aspirar a un mejor lugar en aquella terraza, desde donde dominaba los alrededores del muelle, los taxis que iban llegando a dejar pasajeros, todo ese bullicio que paradójicamente aplacó su nerviosismo. Eran exactamente las diez menos cuarto cuando pidió un coñac. Lo apuró de un sorbo, solo por contrariar el vaticinio de Emanuel de que no se tomaría ninguno. Un trío de guitarristas, aparecido de la nada o, mejor dicho, salido del bar Hacendados, que quedaba al lado, pasó cantando entre las mesas. Esa canción, que nunca había escuchado, le pareció providencial, sobre todo porque la

última estrofa la cantaron a su lado, sonriéndole como si se la dedicaran:

Pero yo como un alma fatal
contemplando la noche y el mar,
solo sé que jamás volverá
mi mujer ideal...

Pidió otro coñac y también lo apuró de un sorbo. Emanuel no lo hubiera reconocido, a él mismo le costaba reconocerse en ese individuo que se había echado dos tragos generosos entre pecho y espalda, y ni siquiera se sentía mareado. Volvió el trío a su lado, extendiendo el sombrero para que Mario depositara «la voluntad», y él quiso saber si ellos habían escrito la canción. El que tocaba las maracas le respondió que no, pero ¿a que era bonita?

—Cuando llegue la dama que estoy esperando —dijo, agitando el donativo en los dedos para que comprendieran—, me la vuelven a tocar.

Un cuarto de hora después, vio detenerse el taxi del que bajó Regina. Mario supuso que Bobby bajaría detrás de ella, pero comprobó con alivio que el taxi se marchaba y ni rastro del chiquillo ni de los jugadores americanos, que seguramente llegarían aparte, con la comitiva cubana que iba a despedirlos. En términos del ajedrez, podía decirse que salía con las blancas. Se permitió tomarlo como una buena señal, ya era bastante no tener que lidiar desde el principio con ese muchachito irascible, ni con el par de matones que dirigían a los cabañeros: Laucks, un despreciable nazi; Whitaker, sobreviviente de una de las peores cárceles del mundo. No podía olvidarse de eso. Se levantó y fue al encuentro de Regina, que se lanzó a sus brazos, otra buena señal.

—Me adelanté para que pudiéramos hablar. Dije que iría a comprar un *souvenir* para mi hija Joan.

Estaba deslumbrante. Tal vez no en la forma en que la mayoría de los hombres encuentran deslumbrante a una mujer, pero sí por lo enigmático de su expresión; la dignidad con que se había vestido, de azul oscuro, medias de lana y botines, tocada por una pintoresca

boina, ninguna otra mujer iba con boina. Colgado del brazo llevaba el abrigo; de madrugada, en alta mar, iba a necesitarlo. Adivinaba que Regina era de las personas que fumaban en cubierta, acodada en la borda, buscándole sentido al rastro de la espuma.

Tan pronto como se sentaron, llegó el camarero. Estaba de su lado el hombretón que preguntó a Regina, entre zalamerías, qué deseaba tomar, y ella pidió un Tom Collins, a lo que Mario añadió que fueran dos, aunque no sabía, ni nunca llegó a saber, en qué consistía aquel coctel.

Cuando se quedaron a solas, él sacó un sobre y lo depositó en la mesa.

—Antes que nada, quiero que me aceptes esto.

No tenía remitente ni destinatario, y como estaba abierto, ella no tardó en ver lo que contenía: otro puñado de billetes, por supuesto dólares.

—Con lo que me diste ayer, tengo y me sobra.

—Acéptalo como un regalo para Bobby. Además, de Cayo Hueso a Nueva York les espera un largo viaje... Ya te he dicho que no quiero que estés dependiendo de esos individuos.

—No dependo de ellos, te lo aseguro. Los gastos los cubre Laucks porque ese fue el trato. Además, a Bobby le dieron una pequeña gratificación porque le ganó a ese cubano...

—Florido —suspiró él, con una cómica resignación—. ¡Siempre tiene que salir Florido!

El camarero sirvió las bebidas, entrechocaron los vasos antes de probarlas, en el caso de Mario un sorbito invisible, puesto que los tragos previos ahora sí empezaban a marearlo. Otra vez insistió en que ella guardara el dinero, y la vio vacilar unos instantes, muy pocos.

—Nunca he ganado lo suficiente para mantener a mis hijos, así que me he pasado la vida pidiendo prestado, recurriendo a los servicios sociales, a la beneficencia de las instituciones hebreas... Para una vez que me extienden la mano sin que lo pida, no puedo decir que no. Pero es mucho, ¿no crees?

—Lo suficiente para que te organices y vuelvas conmigo.

Ese conmigo podía interpretarse de dos maneras: volver a su lado, que la estaría esperando en Cuba, o volver con él en el mismo vuelo desde

Nueva York, que era la interpretación correcta, pero ella aún no lo sabía.

—Te lo agradezco mucho. —Estaba emocionada, sus ojos húmedos y risueños al mismo tiempo, y Mario se sintió arrastrado por el incontenible vértigo de la adoración—. Te enviaré un telegrama mañana, luego otro desde Nueva York, te escribiré cada semana...

Ese era el momento y no podía aplazarlo más. Para eso la había citado, para decirle que cuando ella llegara a su destino, él estaría en la ciudad, en un hotel de lujo, dispuesto a darle todo el apoyo que necesitara.

—Tengo otra sorpresa para ti —balbuceó, y enseguida se dio cuenta de que había empezado mal. No, no estaba en condiciones de revelarle que ya había hecho la maleta y que, tan pronto como al día siguiente, tomaría un vuelo a Nueva York.

—No necesito más sorpresas —ripostó cariñosa—. Me las has dado todas, y la mejor ha sido conocerte.

Lejos de fortalecerlo, la manera en que se le acercó, le besó rápidamente la mejilla y suspiró en su oreja, aumentó su angustia. ¿En qué forma debía contarle sus planes? No eran niños ni adolescentes, ni después de todo era inaudito que él hubiera decidido seguirla. Debía soltarlo de una vez por todas, con el irrevocable tono de un varón que no tolerará evasivas.

—Me espera tanto que hacer en Nueva York —prosiguió ella, justo antes de pedir otro Tom Collins—. Tendré que ver cuáles son los planes de Joan, y necesito que me den una carta de recomendación en el hospital donde he estado trabajando... Me la pedirán adondequiera que vaya.

A Mario le agradó saber que hacía planes para ir a «adondequiera». Y ese «adondequiera» no podía ser otro que La Habana. La vio apurar rápidamente la bebida, mirando de vez en cuando a su alrededor, mientras él no hacía más que cavilar en lo próximo que le diría, y hasta se planteó, ya desesperado, la posibilidad de no decirle nada.

—Nos están vigilando...

La frase lo sacó de su dilema.

—¿Vigilándonos, quién?

—Ese hombre a tu derecha, el que está disfrazado de cubano, con una..., ¿cómo es que le llaman ustedes?
—Guayabera. ¿El de la guayabera?
—Ese. Me viene siguiendo desde que salí de la casa del fotógrafo.
Mario lo miró intrigado y no vio nada por lo que alarmarse. El hombre observaba el trajín alrededor del ferry y fumaba impasible, como cualquier otro curioso.
—Si acaso te vigila, debe de ser por orden de los americanos que viajan contigo, ¿no te parece?
—No me parece —le respondió Regina—. Hace trece años que no me pierden pie ni pisada. Los mismos que va a cumplir Bobby. ¿Te gustaría saber cómo empezó todo esto? —Los tragos la habían desinhibido y no esperó a que él respondiera—. Estando embarazada de Bobby, un mes de octubre, me puse a pensar en lo que pasaría con Joan, que tenía cinco años, cuando se me presentara el parto. No había parientes que se hicieran cargo de ella, así que la llevé a la Agencia de Bienestar Judío y le asignaron un hogar de acogida, con una mujer que me pareció de fiar. Junto con la ropita de Joan, dejé una caja llena de documentos y objetos que no tenía donde guardar...
A Mario le llamó la atención que el hombre que según ella los vigilaba se había movido de lugar y ahora los miraba directamente, sin disimulo alguno.
—En esa caja estaba mi cámara, papeles con fórmulas químicas que tenían que ver con el cerebro, me los había dejado el papá de Joan porque al huir de París no tenía un rumbo fijo... ¿Me estás escuchando, Mario?
—Claro que te escucho. No quiero perder de vista al de la guayabera. Sígueme contando...
—Un año antes, yo había tenido principio de tuberculosis. También había un papel del médico que me trató... Si llego a saber que esa mujer me iba a traer tantos problemas, me hubiera llevado a la niña a Chicago, ya me las habría arreglado de algún modo... El caso es que ella registró la caja y llamó a la agencia para devolver a Joan, dijo que no podía aceptar a una criatura que podía contagiar de tuberculosis a otros dos niños que tenía a su cuidado, y no contenta con eso, llamó al

FBI para entregarle los papeles de Gerhardt, mi cámara, la partida de nacimiento de mi hija, que estaba en ruso...

—*The guy left* —dijo Mario, apretándole la mano.

Regina comprobó que, en efecto, el hombre había desaparecido.

—Desde entonces me hacen la vida imposible. Entrevistan a la gente con la que trabajo, y les dan las peores referencias a los dueños de los apartamentos que alquilo... Terminan echándome de todas partes.

Con más razón, la animó Mario, era preciso que cambiara de aires.

—He pasado mi juventud yendo de un lado para otro con mis hijos, y allá donde voy, siempre llegan ellos. A Paul Felix, el papá de Bobby, también lo interrogaban, le preguntaban si me consideraba una buena madre. El pobre no sabía qué responder, se agobiaba mucho y soltaba cualquier cosa, intimidades nuestras, como que al principio quisimos dar al niño en adopción. Y eso es cierto, pero en cuanto nació nos arrepentimos...

—Hiciste bien —convino Mario—. Tal vez no sería tan buen ajedrecista si no hubiera crecido a tu lado.

—Lo hubiera sido de todos modos. Nació con la habilidad del padre para las matemáticas, tiene los mismos prontos, piensa de la misma forma...

—Llegará lejos —musitó Mario.

—A Paul Felix le ofrecieron un trabajo en Washington, en el Laboratorio de Investigación Naval, y siempre me pregunté por qué lo habían contratado allí... La respuesta era fácil: McCarthy lo tenía en la mirilla. ¿Te conté que Paul Felix murió en un baile? Uno que organizaron los del laboratorio. Después que le sacaron todo lo que él sabía, todo lo que había descubierto, le dieron algo en la bebida y se murió en segundos.

La oyó suspirar con tal sentimiento que, en lugar de compadecerse, se sintió desairado. Las conversaciones sobre el tal Nemenyi le provocaban ese malestar. Al húngaro lo había querido, lo había admirado y, además, permitido que siguiera viviendo con su mujer y su otro hijo, unos años mayor que Bobby. Acaso por eso, por la incomodidad que le causó el relato, y el sentimiento con que lo había contado, decidió que no iba a esperar más. «Mañana salgo en avión

para Nueva York», era lo único que tenía que decirle. Y en ese momento se acordó de la bolsita de seda con los polvos blancos. Nada perdía con probar. Le dijo a Regina que enseguida regresaba y caminó hacia los lavabos. Una vez allí, extrajo el envoltorio con la cocaína y la pajilla que había puesto Emanuel para aspirarla. Luego orinó y se miró al espejo. No podía competir con nadie, ni por su físico ni por su nula comprensión de las fórmulas secretas de un laboratorio naval.

Salió en otra actitud, exultante, con ganas de comerse el mundo, cuando en realidad era el gusanillo de la euforia el que acababa de morder su roto corazón. Entonces vio la silla vacía y al camarero que se acercaba para cobrar la cuenta. Tiró un billete a la mesa y miró ansioso a su alrededor; entre tanta gente que se arremolinaba en la explanada, iba a ser difícil localizarla, y sin embargo era preciso que lo hiciera, le iba la vida en ello. A los pocos segundos, gracias a la boina, la divisó caminando junto a un hombre en dirección al muelle. Apretó el paso, ligero y decidido, llegó hasta ellos y gritó su nombre. Ambos, Regina y su acompañante, se dieron vuelta, y mientras ella intentaba una disculpa, el otro la apremió para que continuara adelante. Mario lo miró de reojo y alcanzó a ver el botón con la esvástica en la solapa de la chaqueta que llevaba sobre los hombros.

—Mañana salgo para Nueva York —pudo vocalizar entre jadeos—. Por la noche estaré en el St. Regis, ¿conoces ese hotel?

Quedó a la expectativa, sonriendo porque simplemente no podía dejar de hacerlo, y porque el entusiasmo y la emoción de la noche, de la música cercana, de las carcajadas de los turistas, eran el entusiasmo, la emoción y la música de sus propias venas.

—*Go to Bobby* —ordenó el hombre que iba con Regina, acompañando sus palabras con un gesto hacia el ferry—. *He's a little... uneasy. You know how he is.*

Ella levantó la mano, pronunció un tenue «adiós», y echó a andar obediente. Mario se adelantó y la cogió del brazo.

—¿Entendiste lo que dije? Voy para Nueva York y volveremos juntos.

—*Keep going* —se oyó una voz terrible, la de un sujeto que acababa de unírseles—, *I'll take care of it.*

Por espesa que fuera la neblina de su mente, Mario no habría dejado

de reconocer al recién llegado. Era Norman Whitaker, el ajedrecista estrella de los cabañeros; el que reprendía a Bobby con los duros términos de un domador —solo le faltaba el látigo, se quejaba Regina —, si el muchacho no abría sus partidas con el peón del rey a la cuarta casilla.

—*Do you understand English?*

Mario le respondió que sí.

—*And this?* —Levantó el puño—. *Can you understand this?*

El don del Mago de Riga

Sentado con nosotros a la mesa, frente a los refrigerios que había dejado el camarero, el hombre que unos minutos antes se había ocultado en la habitación, ahora se entretenía ordenando las piezas en un pequeño tablero de ajedrez, el de Bobby, moviendo la garra que tenía por mano con una agilidad increíble. No quiso compartir los sándwiches, ni probar el jugo de naranja que habían llevado en dos enormes jarras, como para aplacar la sed de un regimiento. Cuando Bobby le ofreció, el Mago de Riga negó con la cabeza: a esas horas no podía beber otra cosa que no fuera vodka.

Recordé que la tarde anterior, cuando se acercó a saludar al periodista en el bar del hotel y este le preguntó por Fischer, el Mago, Brujo, o como le llamaran, había contestado que era muy temprano para estar viendo fantasmas. Hice un esfuerzo por recordar su nombre, sabía que era algo así como una sola sílaba, y que al periodista le extrañó que siendo yo aficionada al ajedrez no lo reconociera. Todavía llevaba vendada la cabeza, porque el hecho de ser una de las estrellas del equipo ruso no había impedido que un marido celoso le propinara un botellazo. Mientras Bobby y yo atacábamos los sándwiches con la voracidad de dos chiquillos que se han pasado el día retozando en el campo (en cierta forma, habíamos estado retozando en un campo), el Mago abrió una partida en solitario.

—Todo comienza con c4 —le advirtió Bobby, aludiendo sin duda a la apertura, al menos de eso sí me daba cuenta—. Por algo eres el hijo predilecto de Botvinnik.

—No te creas —contestó el otro—, ya no lo soy tanto. En estos días anda maravillado con Spassky.

—Spassky... —murmuró Fischer—. ¿Crees que va a llegar lejos?

—Tú lo sabrás —respondió el Mago, echándole a Bobby una mirada

de brujo—, algún día tendrás que vértelas con él.
A Bobby pareció impresionarlo la profecía, porque se quedó alelado, sin decidirse a morder el pepinillo que un segundo antes estaba por llevarse a la boca.
—Hace poco me preguntó si era cierto que me escapaba por las noches —relató el Mago, todo sonrisas—, y lo invité a que viniera conmigo, le dije que de madrugada se conseguía cualquier cosa en La Habana... Buenos tragos, mujeres, el polvito blanco que venden unos bolivianos... ¿Sabes lo que me contestó? Que nunca se acostaba con putas.
Fingí que no lo había escuchado, sacudiendo unas migajas que habían caído en mi falda, pero noté que Bobby le hacía una seña recordándole que yo estaba presente. Entonces el Mago de Riga se volvió hacia mí.
—Entiendes inglés, ¿no es así?
Me encogí de hombros, de pronto intimidada, algo nebuloso le bailaba en los ojos.
—¿Sabes que Botvinnik le ganó a Capablanca cuando tenía catorce años? Solo catorce —recalcó—, imagínate a ese niño frente a Capablanca, que ya tenía como cuarenta...
Si el comentario era una pulla, me cuidé de no darme por aludida. Fue Bobby quien intervino.
—Pues yo tenía doce cuando le gané a Florido.
—*And who is that?*
—Un maestro cubano que al principio no quería jugar conmigo, le pareció que era humillante hacerlo con un muchacho que por primera vez salía de su país. Me pregunto si aún vive...
Esa última frase la dijo dirigiéndose a mí, como si esperara que yo le confirmara el dato. Tomé un sorbito de jugo, intenté ganar tiempo simulando que se me había ido por el camino viejo. No me sonaba el tal Florido, Capablanca sí, como a todo cubano.
—Murió —improvisé—. No hace mucho... Salió en el periódico, era ya viejito.
Quedaron satisfechos, o eso me pareció. Bobby volvió a su postre, y el Mago de Riga a su partida. Pero no por mucho tiempo.

—No sé cómo puedes comer tan tranquilo, cómo puedes tener apetito cuando sabes que los cubanos te están jugando una mala pasada...
Al decir lo de la mala pasada, hizo un gesto hacia mí.
—¿Y tú qué sabes? —respondió Bobby—. ¿Por qué estás tan seguro de que no son los tuyos?
—En primer lugar, no son los míos —rectificó el Mago—. ¿Sabes quién fue mi abuelo, ah, lo sabes tú, Bobby Fischer? Soy nieto del hombre que proclamó la separación de Letonia en el año dieciocho, tuvo ese valor, y a los cinco minutos los bolcheviques estaban en su casa, insultando a mi madre, que era de la edad de esta niña.
Al decir «de esta niña», volvió a señalarme y me estremecí.
—Ok, admitamos que estás en lo cierto. Lo que no acabo de entender es cómo lo has sabido tú...
—La gente de la madrugada —murmuró el otro con su voz profunda, noctámbula, empapada de un desdén natural—. Korchnói estaba conmigo la noche del accidente —se tocó la venda—, medio borracho también, y el pobre no sabe beber. Me comentó que había un plan para desconcentrarte, hasta para expulsarte del país.
—No lo creo. Estaban ansiosos de que viniera a la Olimpiada.
—Sí, de que vinieras y la cagaras. —El Mago no me volvió a mirar, pero era evidente que la pregunta que hizo a continuación tenía que ver conmigo—. ¿Cuántos años tiene?
La respuesta de Bobby fue instantánea.
—*She is sixteen.*
—*Anyway, a child...* Imagínate que Fidel se apareciera a darte la revancha sin que se meta el Tigre. El día que ustedes dos jugaron, salió furioso del hotel porque Petrosián no lo dejaba quieto, soplándole jugadas al oído... Me dicen que el barbudo se aparece en cualquier parte, a cualquier hora, sobre todo de madrugada, llega con su comitiva abriendo puertas. Si se presentara aquí ahora mismo para darte la revancha, ¿qué harías con ella? *You're still a cuckoo.*
Para mí en ese entonces el *cuckoo* era un pájaro. Sin embargo, daba la impresión de que a Bobby no le preocupaba en lo más mínimo el agravio, si es que aquella frase lo era, ni la posibilidad de que Fidel llamara a su puerta a las dos de la mañana —¿dónde nos

esconderíamos el Mago y yo?—, empeñado en echar otra partida. Quizás para demostrarme que no había razón para alarmarse, me guiñó un ojo, se incorporó y me dio un beso rápido en los labios. El Mago nos miró impaciente, soltó una parrafada en ruso a la que Bobby respondió en el mismo idioma, ya estaba fuera de mi alcance la conversación. Me levanté para ir al baño, mi intención era mojarme la cara y pensar con claridad en el modo de salir de allí sin que nadie me cerrara el paso en los elevadores, o en las puertas del Habana Libre. Vi el cepillo de dientes más divertido que había visto nunca, el mango de colores parecía un caramelo, le puse la pasta que resultó tener sabor a fresa, muy diferente a la única que nos tocaba en Cuba (una vez al mes, por la libreta de racionamiento), tan dura y grumosa que costaba trabajo sacarla del tubo. Me cepillé los dientes mirándome al espejo, fascinada por la cantidad de espuma que tenía en la boca, incapaz de conectar del todo con mi propio rostro, por el que corrían chorritos de agua. Al salir del baño comprendí que la ilusión de sacudirme la modorra era eso mismo, una ilusión que se esfumó. Mi mente volvía a estar embotada, y aunque desde la sala me llegaban las voces que iban del inglés al ruso, no podía entenderlos, así que me quedé en el cuarto, recostada a la pared, en cierto modo avergonzada, sin fuerzas para volver a sentarme entre ellos. A mi lado, en el suelo, había unos zapatos de gamuza gris, en uno asomaba un calcetín, en el otro no asomaba nada, y ese detalle tan insignificante disparó el lado oscuro de una premonición. Veía los zapatos, sí, pero me veía a mí misma de cuerpo entero, como si lo hiciera desde cierta altura. No me asusté, sin embargo, solo me entristeció pensar en todo aquello como una historia que le estaba sucediendo a otra y que empecé a soñar el día en que nos reunimos para decidir quién iría en busca del autógrafo de Bobby Fischer. Acaso la escogida no había sido yo, ¿cómo se me había ocurrido que las Oritías iban a darme esa oportunidad? Lo normal era que el privilegio recayese en otra. Regina era la voz cantante, sin mucho esfuerzo pudo haberse impuesto. En ese caso, la que hubiera entrado al reino de Fischer habría sido ella, y también la que lo hubiera visto salir del dormitorio aquella tarde, amodorrado y con el pantalón del pijama a punto de escurrirse al suelo.

De haber sido Regina, ella habría dicho su verdadero nombre (no uno inventado), revelándole enseguida el motivo de su presencia allí: una dedicatoria que necesitábamos para intercambiarla por un disco de los Beatles... Por desgracia, habría sido ella la que habría probado el helado de su cucharita, disfrutado de sus besos, e incluso la que lo habría oído suplicar, alarmado, que no fuera a decirle que era virgen. En cuanto a mí, seguro que me despertaría de un momento a otro, recordando entre lágrimas la aventura que nunca me tocó vivir.

La única parte buena de que todo aquello le estuviera pasando a otra, era que no tendría que preocuparme por la forma de escapar del hotel, ni por la pelotera que me esperaba en casa, donde si en realidad no había salido a escondidas de Greta, probablemente había pasado una tarde como cualquier otra, o como cualquier otra no, sino envidiando a Regina y preguntándome cómo le estaría yendo.

Me froté los brazos para ver si estaba allí, si me gustaba ser quien era. Repetí las líneas que había memorizado unos meses atrás, leyendo y releyendo el manoseado libro con el que practicaba inglés: *«Who am I then? Tell me that first, and then, if I like being the person, I'll come up: if not, I'll stay down here till I'm somebody else».* «¿Quién soy ahora? Díganme esto primero, y después, si me gusta ser esa persona volveré a subir. Si no me gusta, me quedaré aquí abajo hasta que sea alguien distinto.»

Bobby entró en ese momento al cuarto, me pareció que se sorprendía de verme quieta en la penumbra, pegada a la pared. Tomándome por la cintura, preguntó que por qué no volvía a terminarme el postre. Dejé que me abrazara fuerte, que me llevara a la cama donde nos sentamos como si estuviéramos en el banco de un parque, con las manos cogidas. Fue cuando me dijo que teníamos que salir antes de que amaneciera. Mijaíl Tal, que aunque formara parte del equipo soviético era un sujeto de fiar, tenía contactos entre los guardias del hotel, en especial los de la madrugada. A las cuatro en punto nos recogería para sacarnos sin problemas.

—Lo malo es que es ruso —le dije, viéndome ya encerrada, acribillada a preguntas en la estación de policía, ¿qué hacía yo con un ruso y un americano en la calle a esas horas?

—Por eso precisamente va a poder sacarnos. Aparte de todo, Mijaíl no es ruso, sino letón, ¿sabes dónde está Letonia?
—En la Unión Soviética.
—Sí, pero no porque Letonia quiera. Mijaíl no se siente soviético, ya oíste lo que dijo de su abuelo... Leonid Stein, el otro ajedrecista de ellos, tampoco, porque es ucraniano.
—¿Y cómo nos vamos a ir?
Hizo el gesto de no tener la más remota idea.
—A Mijaíl le dicen Mago por su manera de jugar, pero por algo más. ¿Viste esos tres dedos con los que nació?
Asentí. Mi cara debía expresar una curiosidad infantil.
—Son los dedos de un duende —añadió Bobby—, de una persona que nace con un don. Puedes apostar a que nos vuelve invisibles.
—A veces me gustaría ser invisible —murmuré—. Cuando vuelva a casa, necesito que Greta no lo note.
—¿Quién es Greta?
—Mi mamá, ya te lo había dicho.
—No, no lo habías dicho porque no me hubiera olvidado de ese nombre. ¿Greta como Greta Garbo? Seguro que tus abuelos iban mucho al cine.
—Jamás. Creo que nunca fueron.
Estábamos abrazados y por momentos me sentía aturdida, se me cerraban los ojos, aspiraba el aliento de su boca, que aún era dulce por el rastro del postre.
—No sé nada de ti, Regina... —Voz pastosa, sueño viejo, y aun así pronunció mi fraudulento nombre con una intensidad que me apenó. —. No me has contado cómo es tu vida, quiénes son tus amigas, adónde vas a divertirte...
Podría haberle dicho que nunca me divertía. Ni siquiera cuando íbamos a El Hueco, ese lugar en el sótano del cine Payret donde se pavoneaban los estudiantes checos. A lo mejor eso le interesaba, pero igual decidí no mencionarlo por si le daba por presentarse allí y preguntar por Regina, corriéndome el riesgo de que se topara con la verdadera. Le dije, eso sí, que hacíamos algún que otro «motivito», como llamábamos a las fiestas por ningún motivo; paseábamos por el

Malecón; íbamos al cine para ver películas rusas, polacas o chinas, jamás americanas.

Empezó a reírse, le pareció muy cómico, a duras penas pudo balbucear que nunca nunca nunca había visto una película china.

—También vamos al zoológico —añadí, más bien para interrumpir ese ataque de risa que no me pareció muy cuerdo—. Hace unos años se escapó un hipopótamo.

—¡Claro!... Lo recuerdo porque estaba aquí, fue cuando vine en aquel ferry para jugar en el Club Capablanca.

—No pudieron llevarlo de vuelta al parque y lo tuvieron que sacrificar...

Noté que no me oía, enfrascado en otro pensamiento que estaba a punto de salir a flote.

—Espera, ahora que me acuerdo, no estábamos en Cuba, sino en Nueva York... Ese día habíamos ido a jugar a la cabaña de troncos. Whitaker me llevaba ventaja, pero ya sabía cómo iba a ganarle, y en eso llegó un desconocido y le habló al oído a Forry Laucks, que enseguida le gritó a Whitaker: «Hey, Norman, dice este que acaban de matar a Anastasia».

Le pregunté quién era esa mujer.

—No era una mujer, Albert Anastasia era un amigo de ellos. Le dispararon en una barbería... Al saberlo, Whitaker pegó un grito: *«Holy shit!»,* y suspendió la partida. Da la casualidad de que mi madre estaba aquella tarde en casa, nunca estaba, y lo primero que dijo cuando me vio entrar fue que había oído por radio que un hipopótamo andaba suelto en La Habana, que esperaba que lo atraparan antes de que llegáramos nosotros...

No quedaba ni rastro de la gracia que le habían hecho las películas chinas. Más bien lo vi sombrío, apenado por el hipopótamo, por el tal Whitaker, o por el individuo con nombre de mujer. Supuse que ya no quería hablar y respeté su silencio. Esperaríamos abrazados a que llegara la hora que había fijado el Mago de Riga para rescatarnos. De entre todos los sortilegios que de seguro estaban a su alcance, solo anhelaba que aquel mago nos devolviera a otro castillo, uno en que siempre fuera sábado y Bobby jamás tuviera que bajar.

Corazones rotos, corazones de piedra

Al recobrar la conciencia, esperó un rato con los ojos cerrados. Sabía de sobra lo que encontraría cuando los abriera.

Allí estarían los tres. Emanuel a su izquierda, sin duda eran los recios dedos de su hermano los que rodeaban su antebrazo. Detrás de él, Elenita, asustada como era de esperar, sin gota de maquillaje, pues con la prisa no había tenido tiempo ni de ponerse polvos. Ese rostro aniñado, desprovisto de afeites, era solo una de las muchas facetas de su belleza; se volvía más interesante, o más sombrío, a medida que avanzaba el día, y según los dolores de cabeza que le provocara la libertina vida de Emanuel. A la derecha, el padre, sentado en la incómoda silla de hospital, dándole vueltas al sombrero que tenía en las manos. Los malos ratos que ese hijo suyo no le había dado de niño, se los daba ahora, cumplidos los cuarenta y tres.

Mario pensó que no valía la pena fingir. No tenía que preguntar dónde estaba, qué le había ocurrido, por qué lo habían llevado allí. Se acordaba nítidamente de la cadena de sucesos, antes y después de la embestida brutal de Whitaker. Podía jurar que le dolieron más las humillantes bofetadas que le propinó al principio, que el puñetazo que le hizo perder el equilibrio, lanzándolo contra una mesa. Allí siguió ensañándose, fuera de sí, sacudiéndolo mientras le escupía improperios. Regina gritaba pidiendo ayuda, su voz sobresalía por encima de las exclamaciones de los parroquianos y los camareros que llegaron a la carrera. Cuando por fin lograron quitárselo de encima, las manos del ajedrecista americano estaban a punto de cerrarse en torno al cuello de su presa. Cesaron los golpes, los gritos de Regina se esfumaron, y a él le calzaron la cabeza para que pudiera beber unos sorbitos de agua. Alguien le hizo saber que habían pedido una ambulancia, y que un agente de la policía había corrido tras el

agresor. De paso, le preguntaron a quién debían avisar, entonces musitó el nombre de su hermano, pero como estaba demasiado aturdido para acordarse del teléfono, pidió que lo buscaran en la guía.
Lo próximo fue el momento en que lo recogieron del suelo para subirlo a la camilla, y las punzadas que se desataron con el bamboleo, y que empeoraron camino al hospital. Antes de coserle la herida en la cabeza y enderezarle el brazo, descoyuntado o roto, le colocaron una mascarilla en el rostro y le pidieron que respirara hondo. Se apagó su cerebro y se desvaneció el dolor.
Hasta ahí el recuento de una noche fallida, desastrosa por su culpa y la de nadie más. Lo que debió haber sido una rápida entrevista con Regina, se prolongó dando tiempo a que llegaran los salvajes cabañeros. Se recriminó por eso, e involuntariamente movió la cabeza, lo que alertó a su hermano de que podía estar despierto.
—Mario, Mario, ¿puedes oírme?
Abrió los ojos, la escena era la misma que se había imaginado: Emanuel a su lado, Elenita detrás de su marido, bajando el trago de pensar que se les moría, y el padre a la derecha, que al verlo reaccionar saltó de la silla y se acercó a la cama.
—Qué susto nos has dado, hijo... ¿Cómo te sientes, dime?
—¡Cómo se va a sentir, papá! ¿No ves que le han partido la crisma?
Emanuel era directo, no se andaba con rodeos ni endulzaba las noticias nunca. Cuando se ponía nervioso —y en ese momento evidentemente lo estaba—, podía llegar a ser muy insensible.
—¿Quién coño te hizo esto?
—Me estaba despidiendo de Regina...
—Eso no me interesa. ¿Quién te puso así?
—Whitaker, el ajedrecista.
—Lo sabía... Cuando nos avisaron que estabas herido, mandé a Elenita a recoger al viejo, y en lo que ellos venían para acá, me acerqué al muelle. —Se abrió el saco, le enseñó la Browning—. Ya era tarde, el ferry había zarpado.
—Creo que un policía lo detuvo...
—¿A quién, a Whitaker? No seas bobo, a ese no lo detiene nadie. Saca un billete de cien pesos y sigue caminando.

—Tendrás que devolver el pasaje del avión —musitó Mario.
—Podrás viajar dentro de unos días, cuando te restablezcas.
—Ni dentro de unos días, ni nunca.
La angustia de saber que la había perdido, el clavo ardiendo que le atravesaba la cabeza, y la vergüenza de verse reducido a un trapo de hombre ensangrentado frente a su padre, su hermano y su cuñada, le provocaron un sollozo, en principio uno solo, luego se sucedieron varios, hasta que prorrumpió en llanto. Emanuel se aferró a la baranda de la cama, consternado, sin decir palabra, maquinando obviamente su venganza. El viejo Gorski, padre al fin, se inclinó sobre el hijo. Ya que era imposible acariciarle la mejilla, por lo hinchada que la tenía, le puso una mano sobre el pecho.
—El ajedrez es un juego de matones —sentenció con ternura—. Quienes arriesgan, quienes avanzan, esos grandes maestros que se abren paso y se hacen famosos, en el fondo lo que han ansiado siempre es destrozar al oponente, despedazarlo con sus propias manos.
—Papá —lo reprendió Emanuel—, no es el momento...
—Todo el tiempo los carcome el instinto —prosiguió el otro, haciendo caso omiso al hijo—. Por lo general se desquitan jugando, y algunos se consagran y logran dominar a la bestia. Ahí tienes a Capablanca, que era un caballero, tan meticuloso, altivo... Otros se quedan con las ganas, de vez en cuando se descontrolan. Whitaker es uno de ellos.
Mario volvió a cerrar los ojos. Emanuel prendió un cigarrillo y el viejo Gorski consideró oportuno ilustrar su teoría.
—¿Alguna vez te conté que Blackburne, estando en un hotel de París, le pegó una patada a la puerta de la habitación de Steinitz, entró y se le echó encima para estrangularlo?
—¡Para, coño, viejo! —Emanuel, exasperado, sintió que había llegado al límite de su paciencia—. ¿Qué tendrá que ver eso con lo que le pasa a Mario?
—Mucho. Lo tiene que ver todo. Además, a tu hermano lo divierten estas historias. ¿No es verdad que te divierten?
Mario afirmó casi imperceptiblemente.
—Lo que necesita es descansar —puso su gota de cordura Elenita—. Te trajimos caldo de pescado, dijo el médico que más tarde lo podrás

tomar.
—En un descuido de Blackburne —no pudo contenerse el viejo Gorski, era superior a sus fuerzas—, Steinitz saltó de la cama, y así, bajito y cojo como era, empujó al inglés y lo hizo perder el equilibrio... Se fue contra el cristal de una ventana y casi cae al vacío. Terminaron el torneo con las cabezas vendadas.
Pasó otras dos noches en el hospital, acompañado por una enfermera que contrató Emanuel. Al recibir el alta, su hermano fue a buscarlo, lo ayudó a vestirse y escuchó las recomendaciones del médico. Debía mantenerse en reposo un mes entero, nada de bajar la cabeza ni de fijar la vista, las lastimaduras de los ojos eran bastante serias. Mario escuchó sin inmutarse, pocas cosas le importaban ya, no en balde lo asaltaban pensamientos terribles, como cuál sería la mejor manera de quitarse la vida, si ahorcándose o tomando veneno. Aunque la mejor de todas estaba fuera de su alcance, que era pedirle la Browning a su hermano y terminar lo que había empezado Whitaker: volarse por completo la cabeza.
Emanuel sospechaba que, aparte de la pena que le causaba la partida de aquella mujer, a su hermano lo atormentaban otros fantasmas: los de la edad, los de la incertidumbre, los de la vida dilapidada a solas, carroñeras que ahora se abatían sobre su cuerpo herido. Él nunca había tenido ese problema, porque su vida era una roca, pero podía comprender perfectamente el derrumbe de aquel hombre al que tanto quería, consciente de la conexión que surge cuando dos seres se tocan las narices en el vientre materno: un hilo conductor que está lleno de sabiduría, de instinto, de percepción casi sobrenatural de lo que siente el otro.
—Ahora a descansar, alimentarte bien, pensar en ti, me cago en Dios...
—Ya habrán llegado a Nueva York —susurró Mario, la cabeza vendada y enyesado el brazo, indiferente a la blasfemia.
—Verás que pronto vas a recibir noticias de ella —lo animó Emanuel, preguntándose si aquel consuelo, tan impropio de su personalidad, no le resultaría inverosímil a su hermano—. Quedamos en que ibas a avisarle que se encontrarían en Nueva York y punto, no sé por qué tenías que impedirle que subiera al barco...

—No se lo impedí, solo me estaba despidiendo de ella.
—Por si te sirve de algo, a esos tipos no les interesa la mujer, tienen todas las que quieran, mejores hembras que ella. Les interesa el hijo, algo le habrán visto. Los periódicos dicen que llegará lejos.
—Ojalá que no —refutó Mario—. Si no hubiera sido por ese chiquillo, Regina se hubiera quedado.
—Y si no hubiera sido por él —le alzó la voz su hermano—, jamás la habrías conocido.
Era una verdad como un castillo. Mario hundió la barbilla en el pecho y Emanuel lo miró con remordimiento: el pobre diablo al que acababa de gritarle envejecía por momentos, y por momentos parecía apagarse; hasta su piel, naturalmente aceitunada, se degradaba a un pálido siniestro. Empezaba a asustarse y trató de arreglarlo:
—Ya sabes que no me gustan los niños... Ni siquiera el que tuve. Pero ese Bobby no tiene la culpa de nada.
—La tendrá —resucitó Mario—. Me gustaría que papá tuviera razón y que termine convertido en un matón, como esos tipos que lo rodean.
Emanuel lo dejó desahogarse, quizás solo necesitaba eso, echar toda la hiel que había acumulado después de la paliza en el muelle; drenar el odio como si fuera pus. Su hermano no había sido nunca persona de ensañarse con nadie, era increíble pero probablemente no sabía lo que era el rencor, ni la rabia, y lo peor en la vida no era sentir toda esa furia de golpe, sino ignorar cómo sacarla afuera.
—Que la vida lo maltrate, que lo muelan a golpes en la cárcel, que termine en el culo del mundo y que, cuando más necesite a su madre, no la tenga cerca...
Jamás, en sus cuarenta y tres años de vida, que eran los mismos cuarenta y tres de Mario, Emanuel había sentido, como sintió en ese momento, que la cólera era una sustancia tangible, quemante, con un sonido tan irreparable como la cuenta regresiva de una bomba. Llegaron a la relojería donde el exiguo «comité de bienvenida» compuesto por Elenita y el viejo Gorski tenía la mesa puesta. Mario negó con la cabeza y masculló que no tenía hambre.
—¿Sabes lo que hay en esta olla? —Se adelantó el padre y levantó la tapa—. *Borsch,* auténtico *borsch* que hizo Elenita. Hemos estado toda

la mañana en esto, no te imaginas lo que ha costado conseguir el rábano picante...

—Se lo podemos llevar a la habitación —transó su cuñada, que era el hada madrina de las buenas intenciones y, como tal, siempre salía escaldada.

—Nada de eso —intervino Emanuel—. Vamos a sentarnos todos a la mesa.

A esas alturas, a Mario no le corría por las venas ni una sola gota de voluntad. No había deseo en él de complacer ni de negarse a nada, y aunque el *borsch* le trajo el recuerdo de los sosegados días de su adolescencia, cuando la madre siempre se quejaba de que en Cuba no se conseguían remolachas de mesa —y cuando se conseguían, no tenían el gusto a tierra de las inolvidables remolachas polacas—, presintió que el púrpura infinito de aquel caldo, preparado en su honor, sellaría para siempre su tragedia.

Ni siquiera la primera carta de Regina, que llegó dos semanas más tarde, lo sacó de la postración mental, y mientras su hermano y su padre se afanaban como nunca en la relojería, él alimentaba el desaliento en la cama donde había sido tan feliz con ella, oyendo de vez en cuando la femenina voz de Juan Antolín, el vecino que entraba y salía del manicomio, y cuando salía, cantaba. Durante aquellos días, su cuñada le volvió a hacer *borsch;* una vez aprendida la receta, y con la aprobación del viejo Gorski, Elenita decidió que podía llegar a mejorar el resultado. Quizás lo consiguió. Mario no podía dar fe de eso, ni de muchas otras cosas.

El día en que por fin pudo volver al taller, el cartero le entregó otra carta de Regina. La primera no la había contestado, y en la segunda ella le preguntaba si acaso no había recibido la anterior. En ambas reiteraba su deseo de volver a Cuba, pero debido a que Bobby tenía varios torneos en agenda, en distintos lugares de Estados Unidos, no podía hacerlo de momento. Evitaba mencionar la abrupta despedida en el muelle y la paliza que le propinó Whitaker, algo que al principio a Mario le chocó, pero luego fue comprendiendo que era la manera más sabia de echar tierra a un incidente que ella sabía que lo avergonzaba.

Regina le mandó una tercera carta en la que se planteaba si le estaría escribiendo a la dirección correcta; le decía que estaba preocupada por su silencio, y por último le rogaba que le escribiera unas líneas. Eso mismo fue lo que hizo Mario: garabateó unas líneas porque no hallaba qué decirle, ni mucho menos qué contarle de su vida. Ella sí, le relataba que había llevado al niño a un torneo en Boston —no mencionaba a los cabañeros—, y que había aprovechado el viaje para visitar museos. A uno de ellos había ido en busca del retrato de una coleccionista de arte, firmado por John Singer Sargent, ya que el padre de Bobby le había dicho que el parecido entre ambas era asombroso... Descubrió que en verdad tenían rasgos similares, aunque no tanto como decía Paul Felix.

¡Tenía que salir Paul Felix! ¡Volvía el fantasma de Nemenyi a despertarse en los maizales de Tennessee!

Con el tiempo, y ante la parquedad del relojero, Regina dejó de escribir cartas y las sustituyó por tarjetas postales. La última que le mandó representaba la fachada del Franklin Mercantile Chess Club, dibujada a plumilla. En ella le contó que Bobby había causado sensación en Filadelfia, y que se dirigían a San Francisco, al club de ajedrez más antiguo de los Estados Unidos. Pese al tono festivo de las primeras líneas, al final endureció la voz: «No te escribo más. No te lo mereces».

Habían pasado exactamente ocho meses, veinticuatro días, y catorce o quince horas desde que la había visto por última vez, en el muelle de Hacendados. El ajedrecista Forry Laucks, cabecilla de los cabañeros, tiraba de ella hacia el ferry, mientras que Whitaker se quedaba atrás, preparando el ataque.

Recordó una conversación que había tenido con Emanuel por los días en que, recuperado de los golpes, empezó a bajar al taller. Todavía su hermano iba cada día para ayudar al padre con las reparaciones más delicadas, prometió hacerlo hasta que Mario estuviera plenamente en forma. Aquel mediodía se quedaron a solas, el viejo Gorski había subido a reposar el almuerzo de la única manera en que concebía el reposo: recostado en la cama, releyendo las páginas de algún libro de ajedrez que se sabía de memoria. Emanuel acababa de lubricar un

reloj y se acercó a la mesa en la que trabajaba Mario.
—Aunque no lo creas —le dijo a su hermano—, una vez tuve una querida inteligente... Bueno, leía mucho porque su marido era profesor en Nottingham.
Mario se quedó expectante, lo atemorizaban los preámbulos de Emanuel, aun aquellos que venían seguidos de una ocurrencia para divertirlo.
—El día que íbamos a separarnos, pues yo venía para Cuba con Dorothy, se me ocurrió decirle que me había roto el corazón, tú entiendes, una patrañita de esas para consolarla. ¿Y sabes lo que me contestó la muy cabrona? Me dijo: «Lo más terrible no es que nos rompan el corazón, los corazones están hechos para ser rotos, sino que nos lo conviertan en piedra». Era algo que había escrito un tipo que estuvo en la cárcel por culpa de su amante, mariconcito él... ¿Qué te parece a ti?
De momento, no le pareció nada. Le parecería después. A esas alturas de la vida podía comprender mejor la actitud de su hermana cuando falleció la madre. Por primera vez sintió que conectaba con Aniela. La olvidada, la sufriente, la infeliz Aniela. Los hijos del desarraigo tarde o temprano flaquean, hasta Emanuel, con toda su arrogancia, tuvo que haber sufrido la extrañeza de ser arrancado del lugar donde debió crecer, solo que nunca se achantó, al contrario, se comportó como una fiera desde que apenas levantaba una cuarta del suelo, y así se había salvado. Él no, él había estado vegetando todos aquellos años; al fin y al cabo, no había sentido que le faltara nada, o si lo había sentido, terminaba por convencerse de que lo tenía todo. Hasta que apareció Regina.
—Levántate y anda, Lazarito —fue lo próximo que le dijo Emanuel—. Tengo abandonados mis asuntos, y ya sabes lo que dicen del ojo del amo... ¿O es el ojo del ano? Ya, ya sé que soy un grosero, le encantan estas groserías a todo el mundo menos a ti.
Mario apartó la lupa y lo miró abatido, con aquellos ojos que Emanuel decía que eran de carnero degollado.
—Aquel día... No sé por qué Whitaker no llevaba un arma. Hubiera sido mejor que me matara.

—¿Que te matara ese mierda? No me jodas, prefiero meterte un par de tiros yo, que soy tu hermano. Deja ese reloj y acompáñame a la calle Zulueta, tengo que tasar a un par de señoras que me esperan en el Zombie Club... El negocio anda escaso de carne, pero no me quejo, si está escaso es porque está creciendo.

Inconcebiblemente, Mario no rechistó. Se puso el saco, se caló el sombrero y siguió a su hermano.

Últimas palabras

En el poco tiempo que nos quedaba a solas antes de que el Mago de Riga llegara a rescatarnos, Bobby quiso que le dijera en qué parte de la ciudad vivía, si tenía algún amigo especial con el que iba a la playa, al cine, a los «motivitos» de fin de semana. Le contesté con medias verdades y detalles falsos, imposible que le diera pistas de mi dirección, cuando la gran pesadilla de mi vida hubiera sido que se presentara en casa. No pasaría por la vergüenza de que conociera a Greta, con sus dientes manchados, su voluntad de espantar cualquier atisbo de felicidad en mi rostro, la superioridad con que lo miraría —la típica arrogancia del loco—, yendo y viniendo de la cocina, o espiándonos sin disimulo, y encima abriéndome los ojos por cualquier nimiedad, aviso ineludible de la que me esperaba.

En cuanto al amigo especial, a la manera de un novio, no tenía ninguno. Fue la única vez que lo vi dudar sobre mi edad, o eso interpreté por la forma en que me tomó por la barbilla, se echó hacia atrás para escrutar mi rostro (como lo haría un pintor para precisar un ángulo), y vi que algo lo desconcertaba.

—Qué diablos, si eres una niña...

Respondí con risitas, haciéndole ver que lo tomaba a broma, y como estaba igual de interesado en ahuyentar la duda, empezó a hablar de sí mismo, de la vida que llevaba yendo de un lado para otro de torneo en torneo. Cuando estaba en los hoteles, casi siempre se encerraba en la habitación a estudiar aperturas, defensas, estrategias contra los peones colgantes, odiaba los peones colgantes. Su única distracción era jugar al tenis, o ir a nadar a las piscinas. A los diecisiete, se había quedado solo en el apartamento que compartía con su madre, pues ella se había unido a una marcha por la paz que partía de San Francisco y culminaba en Moscú. Llegó a desear que se quedara para

siempre en la Unión Soviética, con sus grandes amigos comunistas, pero volvió un año después, se instaló con su hija Joan, y aunque salían de vez en cuando a cenar, las conversaciones se volvían muy tensas. Bobby le reprochaba que no lo hubiera dejado ir a vivir con su verdadero padre, un matemático al que llamaba tío Felix, y ella siempre decía que lo había hecho por su bien; para que no sufriera lo mismo que ella había sufrido cuando, recién salida del Asilo para Huérfanos Hebreos de Brooklyn, la mandaron al rancho de su papá, que vivía en Missouri con su nueva esposa... Todo el día quedaba a cargo de la madrastra, horrible como la de los cuentos.

—¿La golpeaba?

—Creo que sí, la insultaba, apenas le daba de comer... Mi mamá le suplicó a su padre que la enviara de vuelta al asilo, *and the damn old man did it.*

Estuve a punto de preguntarle cómo se llamaba su mamá; si lo hubiera hecho en ese instante, todo habría cambiado, hubiera comprendido su escepticismo del principio sobre mi nombre falso, y le hubiera dado el verdadero. Pero me detuve porque él miró la hora, suspiró *«ten to three»,* cambió de tema y me preguntó si era verdad que, con dieciséis, no había tenido novio. Pude haberle preguntado algo parecido: que cómo era posible que a los veintitrés no se hubiera echado una mujer. Era la expresión que se usaba en mi casa: los hombres «se echaban» una mujer o una querida, y las mujeres «se echaban» un marido o marindango. Le respondí que lo del novio lo tenía prohibido, pues mis padres temían que, si me enamoraba, no iba a querer abandonar el país.

—Conmigo no habrá ese problema... No tendrás que quedarte, nos iremos juntos.

A pesar de mi edad, esas salidas suyas me parecían infantiles. O precisamente por mi edad, no lograba captar el lado adulto de su entusiasmo.

—Ya lo hablaremos mañana —prometió–. Podemos encontrarnos en la heladería de tu «piña *glacé»,* si te parece.

No, no me parecía. La presencia de Bobby Fischer en Coppelia iba a levantar un revuelo descomunal que obligaría a la policía a intervenir.

—Pues donde tú quieras, Regina... En el Malecón, ¿qué opinas?
La idea del Malecón me gustó. Era muy largo y a ciertas horas solitario, y si él se ponía sandalias con calcetines marrones, era probable que lo tomaran por ruso.
Siendo así, dijo soltando una de sus características risitas, iría a comprarse unas sandalias a primera hora, o tal vez Petrosián consentiría en prestarle las suyas. El *Tiger,* como lo llamaban los americanos, solía bajar por las mañanas en sandalias, las mismas que se quitaba en el comedor para desayunar descalzo, una costumbre que, según le confesara a Spassky (y Spassky se lo comentó a Pachman, y Pachman a Byrne, y Byrne por supuesto a Bobby), había adquirido de niño, cuando barría las calles de Tiflis para ganarse unos centavos, y por consejo de los barrenderos mayores, dejaba a un lado los zapatos para no gastarlos.
—Qué triste —pensé en voz alta—. ¿Es que no hay ningún ajedrecista que tenga una historia feliz?
—Dios —afirmó Bobby—. La de él es feliz porque nunca pierde. Ya lo dijo hace siglos un ajedrecista persa... A ver si entiendes esto:

Tis all a Chequer-board of Nights and Days
Where Destiny with Men for Pieces plays:
Hither and thither moves, and mates, and slays,
And one by one back in the Closet lays.
«Cual piezas desvalidas de su juego,
nos trata en el tablero que hace con la Noche y el Día;
de aquí y allí nos mueve, nos da jaque, nos mata...
y una por una vamos a la caja cerrada.»

Le aseguré que lo entendía, tampoco era hora de romperse la cabeza con traducciones, solo pude sacar en claro lo del tablero de las noches y los días.
—Piensa en qué punto del Malecón nos vamos a encontrar...
—En el Torreón de San Lázaro —me salió de un tirón, como si lo tuviera ya previsto y no era así, ni siquiera me había detenido nunca en ese lugar—. Tú dirás la hora.
—A las ocho. Trataré de salir sin que me vean.

Ya nos teníamos que vestir. El Mago de Riga estaba por llegar. Bobby me apartó el pelo de los ojos, estoy segura de que lo que encontró fue una mirada húmeda, enviciada, consumida de amor. Me pregunté si al día siguiente no me dejaría plantada en el Torreón, cuando bastante suplicio era tener que ir a su encuentro con el horrible uniforme de la secundaria.

—*The party's over* —susurró apesadumbrado, y no pude precisar si sus ojos también se habían nublado.

Recogí el vestido de la salida, que era un rebujo en la butaca; admití, no sin pesar, que Greta tenía razón cuando me decía que iba a «chipojearlo», así que lo estiré inútilmente con las manos. Mientras tanto, sentado en la cama, Bobby se ataba los zapatos, y al terminar de hacerlo se volteó hacia mí: *«out of the blue»* me preguntó si nunca había pensado en cuál sería la última palabra que diría en mi vida. No supe qué decirle, ¿la última antes de qué? Siempre recordaré el gesto que hizo entonces, cubriéndose los oídos y mirando al suelo, como si estudiara un tablero invisible.

Al cabo de unos minutos reaccionó. Él sí lo había pensado. Se preguntaba no solo cuál sería la última de él, sino también la de su madre y la de su hermana, y hasta las de aquellos con los que se sentaba a jugar.

—No sé de qué me hablas —musité, tenía miedo y no sabía de qué.

—Si te murieras ahora —replicó—, lo último que habrías dicho es la palabra «hablas», ¿te das cuenta?

Le había salido en inglés: *«Get the idea?»*.

—*Idea*... —repitió más alto—, *«idea» would be my last.*

¿Estaba loco? Temí que pudiéramos seguir así hasta el infinito. Era un vicio que se contagiaba eso de preguntarse cuál sería la última palabra de alguien, por ejemplo, la que pronunciaría Greta. O las últimas que dirían las Oritías, o las de las guaricandillas amigas de mi padre, voluptuosas y deslenguadas, pero destinadas como todos a estirar la pata.

Bobby interrumpió aquellos tenebrosos pensamientos míos, para poner nuevos de su cosecha. ¿Quería saber lo último que había dicho José Raúl Capablanca antes de caer redondo en uno de los salones del Club

de Ajedrez de Manhattan? «Ayúdenme a quitarme el abrigo.» Después de la palabra «abrigo» no dijo nada, porque falleció horas más tarde sin haber recobrado el conocimiento.

—«Abrigo» —recalcó—, ¿no te parece una palabra estúpida para ser la última?

Nada me parecía estúpido, solo increíble. ¿Cuál había sido la última palabra que salió de los labios de mi abuela, en el mes de septiembre, minutos antes de desplomarse en el patio? En la familia se comentaba que, al cruzarse con su marido, nuestro futuro ahorcado, lo miró a los ojos y le susurró: «¿Lo has pensado bien?». La pregunta no tenía que ver con nada que hubiesen hablado antes, ni con nada que planearan hacer. Pero la dijo, de eso no hay duda, porque mi abuelo se lo comunicó a todos sus hijos, y hasta le dio por pensar que si le hubiese contestado, el desenlace no habría sido fatal.

—Alexander Aliojin —continuó Fischer— sí que murió con el abrigo puesto, cuatro años después que Capablanca, un mes de marzo, igual que su rival cubano. Vivía solo, no tenía quien lo ayudara a desabrigarse... Lo raro era que cenara con el abrigo puesto en una habitación de hotel.

—Tendría frío —intenté razonar.

—No. Ni tampoco es cierto que murió atragantado, como dijeron los periódicos. Eso quisieron hacer creer sus asesinos, lo arreglaron para que pareciera una muerte accidental. Aliojin le escribió a un amigo quejándose de que lo vigilaban día y noche, a todas partes lo seguían.

El nombre Aliojin me sonaba a chino, probablemente era un chino, no iba a indagar nada al respecto, daba por sentado que era un famoso ajedrecista. Eso sí, le pregunté quién lo seguía.

—No se sabe... Hablaba mal de los grandes maestros judíos en las revistas nazis. Cuando murió Lasker, aprovechó para atacarlo. Y un tiempo antes, a la muerte de Steinitz, escribió que había acabado donde se merecía, encerrado en un manicomio. Minutos antes de morir dijo «ventaja».

—¿Aliojin?

—Steinitz. En su delirio clamaba que le había ganado a Dios aun «dándole un peón de ventaja». Fueron sus últimas palabras.

—«Ventaja» tampoco es una palabra muy brillante —opiné—. Nunca va a ser buena ninguna palabra que sea la última.
—Morphy... —ignoró mi comentario–. ¿Sabes quién era?
Negué desesperada, no me quedaba más que la sinceridad.
—Un ajedrecista americano... Cuando Steinitz quiso visitarlo en Nueva Orleans, accedió a reunirse con él solo si no hablaban de ajedrez.
—¿Y de qué quería que hablaran?
—Quién sabe... Los enemigos de Steinitz, que lo apodaban *Quasimodo,* dijeron que había ido a ver a Morphy para contarle que andaba en busca de unos matones que le sacaran del camino a Blackburne. Morphy también odiaba a Blackburne. ¿Te acuerdas de que una vez soñé que jugábamos una partida a ciegas?
Claro. Por la mañana se había despertado con la marca del antifaz en la cara.
—¿Qué tal si hacemos como Morphy? —suspiró, exhausto—. No hablemos de ajedrez.
Nos movimos a la sala, listos para cuando nos vinieran a buscar. Yo me había encargado de coger el tablero, el bolso y hasta el lápiz de carpintero sin punta, pues me proponía devolverle a Mario todo lo que me había dado. Bobby despejó el sofá para que nos pudiéramos sentar, y aunque por la ventana abierta entraban los ruidos de la calle, si bien muy apagados porque estábamos en un piso veintiuno, se hizo un silencio estoico y resistente al mundo. Lo vi fijar los ojos en ningún lugar y presentí que iba a quedarse nuevamente en Babia; a abstraerse de lo que le rodeaba y de la complicada situación que vivíamos, pero al estar cogidos de la mano, por pura sugestión mía, o porque mentalmente se empeñó en llevarme, sentí la levedad de un tránsito. Muchas veces, con el correr de los años, traté de repetirlo a solas. No se me dio, no pude despegar el cuerpo de la mente, o el alma de la carne, o lo que demonios fuera esa perplejidad exquisita que sentí a su lado.
A las cuatro en punto de la madrugada, llamaron a la puerta con unos golpecitos suaves.
—Debe de ser Mijaíl —reaccionó Bobby, volviendo de su viaje—. Todo va a salir bien.

A través de su reino

El viejo Gorski había muerto.

Emanuel se había ido de Cuba unos meses antes de que triunfara la Revolución, no sin antes insistirle a Mario en que cerrara la relojería y se reuniera con él en Nueva York.

Le faltaron las fuerzas para hacerlo. Si antes se había frustrado el viaje de su vida a esa misma ciudad, para reunirse con la mujer que aún adoraba, no iba a viajar después de tanto tiempo, sin ninguna ilusión, para encerrarse en otra relojería, seguramente sombría y helada en invierno, en la que de cualquier forma apenas le vería el pelo a su hermano.

Por el momento solo lo animaban las fugaces visitas de Waldemar, su querido sobrino, para quien Mario pasó de ser un simple tío a convertirse en la única figura paterna que se portaba como tal. Había sacado la apostura de Emanuel, pero con los cabellos rubios de su pobre madre, y le gustaba quedarse en la casa familiar donde había transcurrido su infancia, sobre todo dormir en el cuarto de su difunto abuelo, rodeado de libros, piezas sueltas de ajedrez, fotografías de su padre y su tío, gemelos tan distintos ya desde la adolescencia.

Pasaba como mucho un par de semanas en La Habana, pero cuando se iba, a Mario se le hacía insoportable la quietud en la casa, echaba de menos el vozarrón con que le preguntaba, en un embarullado español repleto de su jerga inglesa, por la mejor manera de llegar a una playa; o por la calidad de un reloj que había comprado en una escala en Paramaribo. Mario le aconsejaba que no comprara relojes de segunda mano en lugares tan extraños, y él replicaba que a esos lugares extraños iban a parar los contrabandistas, o a veces los alemanes huidos de la guerra, antiguos oficiales nazis en su mayoría, que iban vendiendo poco a poco sus pertenencias para poder comer.

En 1965 empezó a correr con fuerza el rumor de que Bobby Fischer volvería a Cuba para participar en el Torneo Capablanca in Memoriam. Habían pasado más de nueve años desde la última vez que lo había visto. Ahora era un hombre de veintidós, que desde los quince se había convertido en el Gran Maestro Internacional más joven de la historia. Le siguieron sus triunfos en el Torneo de Mar del Plata, cuando solo tenía dieciséis, y con dieciocho años había triunfado en Estocolmo. Pensaba, a menudo, en la edad que ya tendría Regina: cincuenta y dos como él. En su caso, apenas había cambiado, las personas poco agraciadas tienen esa suerte: no envejecen a peor porque siempre fueron peores. A Regina, en cambio, la conoció perfecta, y cabía la posibilidad de que en ese tiempo se hubiera vuelto una mujer canosa, con el rostro ajado de trabajar tan duro y lidiar con el difícil muchacho que Dios le había dado por hijo... Los pechos que años atrás lo habían enloquecido, más que nada por el bermellón de los pezones, ya no serían los mismos.

El 23 de agosto, tres días antes de la inauguración del torneo, se anunció que el Gobierno de Estados Unidos le prohibía a Bobby Fischer viajar a Cuba. Más que desilusión, Mario sintió el zarpazo de su inseparable compañera, la fatalidad. El rencor que le guardó durante mucho tiempo al hijo de Regina se había esfumado casi por completo, solo sentía una gran curiosidad por verlo, averiguar si lo reconocía y preguntarle por su madre. Sin embargo el viaje se frustró, y Fischer, que por lo visto seguía siendo obstinado, dijo estar dispuesto a jugar por teletipo, acompañado únicamente por un árbitro, desde una habitación cerrada en el Marshall Chess Club de Nueva York. El Gran Maestro checo Luděk Pachman fue el único que se opuso a la idea: no aceptaría jugar en un torneo en el que se le hacían tantas concesiones al ciudadano de un país que bombardeaba Vietnam. Para que Pachman no se retirara, le hicieron ver que la ausencia de Fischer era en el fondo un descrédito para Estados Unidos: el país que reprochaba la falta de libertades de otros, no dejaba viajar a Cuba a un ciudadano suyo. El checo recapacitó, pero aun así pasó todo el torneo enfurruñado, algo que le vino bien según los entendidos, pues la rabia lo llevó a jugar con tal maestría, que solo

inclinó su monarca ante el austriaco Robatsch.

Cada mañana, Mario buscaba afanosamente las noticias del Capablanca in Memoriam, y cuando por fin se superaron todos los obstáculos, y se dio por seguro el encuentro entre Fischer y el búlgaro Tringov, uno desde Nueva York y el otro en Cuba, decidió ir al hotel para seguirlo en los tableros murales que colocaron mirando hacia la calle. Era la primera vez en la historia del ajedrez que se hacía algo así, con emisarios recogiendo las jugadas al pie de un teletipo y corriendo a la mesa donde otro jugador sustituía a Fischer (recayó ese privilegio sobre Capablanca hijo) y ceremoniosamente movía la pieza en nombre del estadounidense. Por mucho que lo hubiera aborrecido, Mario no pudo evitar una sacudida de orgullo al observar los geniales movimientos de aquel muchacho al que había conocido de niño, insoportable y zafio, y se le humedecieron los ojos en el momento cumbre, pensando en lo que hubiera disfrutado el viejo Gorski con la encerrona que Bobby le tendió magistralmente al búlgaro: Caballo g2 o Torre c8, las dos bordadas con frialdad, y fue el Caballo el que selló la suerte de aquel *match,* momento en que Tringov abandonó humillado.

Un año más tarde, cuando ya se sabía que la Olimpiada Mundial de Ajedrez se celebraría en el mes de noviembre en La Habana, su sobrino Waldemar le hizo la que sería su última visita, cargado como siempre de regalos, lleno de vida, agregando a los cachivaches del cuarto de su abuelo, donde le gustaba dormir, un tocadiscos portátil y varios discos de música británica. Como siempre que lo visitaba, llevó a su tío casi a diario a comer fuera, y en una de esas comidas le soltó la noticia:

—Si te llama mi padre, dile que va a ser abuelo.

Mario se sintió conmovido al punto de no poder articular palabra. No era para tanto, sin embargo, lo más natural del mundo era que un joven de su edad, que había corrido mundo, se hubiera enamorado y quisiera sentar cabeza. Durante esa visita notó que Waldemar no trasnochó como otras veces, estaba cambiado, en un perenne estado de sensibilidad o emoción, o de agradecimiento a la vida. Mario le preguntó si se había casado.

—No, pero voy a hacerlo en cuanto vuelva a Nottingham. ¿Quieres venir a la boda?

—Estoy mayor para viajes tan largos —le contestó, melancólicamente —. Eso sí, le mandaré un buen regalo a la novia.

Antes de partir, Waldemar le dijo que le dejaba el tocadiscos y unos cuantos elepés de música moderna. Los podía vender si quería, pero le recomendaba que antes los oyera, sobre todo los de los Beatles, a ver si rejuvenecía y se animaba a acompañarlo en el día más importante de su vida. En ese momento, Mario pensó que nada en la vida podría devolverle no ya la juventud, sino las ganas de moverse de la relojería.

Unos meses después se confirmó que Bobby Fischer había recibido la autorización de su Gobierno para viajar a la Olimpiada Mundial de Ajedrez. Mario estaba seguro de que Regina lo acompañaría, era imposible que dejara de hacerlo tratándose de un evento apoteósico, en el que jugaba la crema y nata de todas partes del mundo, pues estaba previsto que se rompiera el récord de asistencia de cincuenta países que se había establecido en la Olimpiada de Tel Aviv, dos años antes. A Cuba llegarían nada menos que cincuenta y dos delegaciones, siendo la de Estados Unidos, si no la más nutrida, al menos la más esperada: cinco jugadores y un capitán. Sin embargo, toda la expectativa se concentraba en Fischer.

El lunes 24 de octubre de 1966, a las cuatro de la madrugada, el avión que transportaba a los americanos tocó tierra en el aeropuerto de Rancho Boyeros, a diecinueve kilómetros de La Habana. A esa hora los recibieron con música de tríos, mojitos y discursos de bienvenida. Todo lo leyó Mario en el periódico, buscando a Regina en las fotografías, hasta con una lupa fue escrutando a las figuras que bajaban por la escalerilla del avión, y esa noche se desveló pensando en la manera de averiguar si también había llegado en ese vuelo. En todo caso, intentaría que Bobby le escribiera una dedicatoria en su viejo tablero. No quería ir en persona, bracear en el tumulto para llegar hasta él y pedirle su firma: peinaba demasiadas canas para comportarse como un idólatra cualquiera. Pero tal vez conseguiría que lo hiciera aquel grupito de muchachas que iban juntas a la secundaria, y a las que había visto crecer. A veces se detenían a mirar los relojes

en la vitrina. En muchas ocasiones les había obsequiado bombones, galleticas inglesas y los bolígrafos que Waldemar traía de sus viajes. Se preguntó si, ofreciéndoles a cambio uno de los vinilos que su sobrino había dejado en la casa, no accederían ellas a llevar el tablero hasta el Habana Libre y pedirle a Fischer que les escribiera algo. Era una buena idea, la más sencilla e indolora.

A la mañana siguiente, eligió el *Rubber Soul* de los Beatles, aunque aún esperó algún tiempo para proponerles el canje a las muchachas. Una tarde que vio pasar a una de ellas, llamada casualmente Regina, la invitó a pasar y le mostró el disco. La pobre se quedó sin habla unos segundos, y luego empezó a saltar y a gritar de la emoción. Le preguntó si lo vendía y él le dijo que simplemente lo regalaría a quien le consiguiera un autógrafo de Bobby Fischer, el ajedrecista americano que participaba en la Olimpiada del Habana Libre.

—Conseguir autógrafos es lo que mejor hacemos —presumió Regina y prometió hablar con sus amigas: sería más fácil si lo organizaban entre todas.

Ya con el proyecto en vías de consumarse, Mario se ofreció para llevarlas al hotel el día que ellas decidieran ir, en especial para que no tuvieran que subir a esas guaguas que pasaban abarrotadas en ruta hacia La Rampa. Regina, que era el enlace con las otras, aceptó encantada, y Mario se apresuró a poner en conocimiento de los padres, que eran vecinos del barrio y clientes suyos, la propuesta de llevar a las niñas hasta el Habana Libre para que le pidieran un autógrafo al ajedrecista americano. Consintieron al punto: al relojero lo tenían por un buen hombre, respetable y atento, que muchas veces les arreglaba los relojes sin cobrarles un centavo.

Miriam Marrero, una muchacha tímida, delgaducha, que tenía un padre escritor y bohemio, y una madre retraída, para todos los efectos desequilibrada, fue la designada por sus amigas para cumplir con la encomienda. Las demás recurrieron a los contactos de parientes y amigos a fin de que le facilitaran el acceso al Salón de Embajadores, donde se jugaba el torneo. Pero pasaba el tiempo y no acababan de ultimar los detalles, y Mario temía que terminara el evento sin que se consiguiera nada.

Por fin, un miércoles, le avisaron que irían el próximo sábado.

—Pero Bobby no jugará ese día —le advirtió el relojero a la voz cantante, que seguía siendo Regina—. Me consta que no baja los sábados.

—No sé —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Es el día que nos han dicho que vayamos.

Varios años después, cuando ya era inminente la salida de Miriam y sus padres, y todo el barrio supo que les había llegado el telegrama, fue a la casa de los Marrero a despedirse. La madre estaba en cama, con una crisis nerviosa, asistida por una de sus hermanas. El padre hablaba por teléfono, y Miriam fue quien lo atendió, le agradeció la visita y, sin tomarse el trabajo de bajar la voz, le aseguró que desde México, donde pasarían unos meses antes de volar a Miami, empezaría a hacer gestiones para localizar a Fischer.

Mario se limitó a pedirle que, cuando le viniera bien, pasara por la relojería, pues tenía que decirle algo importante antes de que se fuera. Miriam se imaginó que tenía que ver con el único tema que le importaba, que era por supuesto Fischer, y se presentó a la mañana siguiente. Para que pudieran hablar con calma y nadie los interrumpiera, el relojero colgó en la puerta el cartel de VUELVO EN 15 MINUTOS.

—Tengo que hacerte una confesión —soltó él a bocajarro.

—Si no le importa—murmuró ella, mirando al suelo—, primero le hago yo una mía. Aquel día..., la tarde que me dejaron en el Habana Libre, le dije que me llamaba Regina.

—¿A quién se lo dijiste, a Fischer? ¿Sabías que así se llama su mamá?

—Lo supe cuando volví y usted me lo dijo. Ya no me dejaron salir de casa para darle mi verdadero nombre.

—Bueno —razonó el relojero—, se dan esas casualidades, a saber cuántas Reginas no habrá en Cuba...

—Es que quedamos en encontrarnos al día siguiente en Zanja, en el cine Águila de Oro. Nunca voy a saber si fue a la cita, o si me dejó plantada.

—Seguro que fue —dijo por decir algo, pensando que si Fischer hubiera estado en el barrio chino, él se habría enterado—. No te vayas

a creer que lo mío es una confesión tremenda —agregó—. Hace tiempo que estoy por contártelo. ¿Te acuerdas de que la tarde en que las llevé al hotel me preguntaste por qué no bajaba contigo y le pedía esa dedicatoria a Fischer?

—Me acuerdo...

—Pues lo que te voy a confesar es que ya había estado en el Habana Libre unas semanas antes, para verlo jugar y averiguar si Regina, su mamá, había viajado a Cuba.

—Bobby me dijo que ella estaba en Berlín, estudiando medicina.

—Claro, pero cómo iba a saberlo yo... Les hablé a ustedes para que llevaran el tablero y, sin embargo, a última hora, no quise perderme la primera partida de Fischer, que era el sábado cinco de noviembre, contra Spassky. —Ahora venía lo bueno. Fuera de su hermano y su padre, nunca le había hablado a nadie de su amor desesperado por Regina Wender. Esa muchacha se merecía saberlo—. Cuando me decidí a ir a ver el *match* Fischer-Spassky, me preguntaba qué haría si me encontraba de pronto con Regina, porque quiero que sepas que en 1956, cuando trajo a su hijo para que jugara en el Club Capablanca, ella y yo nos enamoramos.

Miriam reaccionó no con asombro exactamente, sino con la velada alegría de quien acaba de encontrar un alma gemela donde proyectar las inseguridades y angustias de la suya.

—Habían pasado algunos años y no sabía las vueltas que había dado su vida. La mía era tal como la ves ahora. Salvo la muerte del viejo y la mudanza de Emanuel, ¿qué puedo yo contarle a nadie? Te lo advierto a ti, que eres tan joven: no te hagas mayor sin tener historias que contar...

—Ya tengo una —repuso ella—. La mejor de mi vida.

Mario guardó silencio, caviloso. Pensándolo mejor, él sí tenía alguna que otra historia que contar, pero de las mujeres que ocasionalmente se llevaba a la cama, por lo que hubiera sido de mal gusto que se las refiriera a nadie, ni siquiera a otro viejo como él. La última que había pasado por su vida, que era también la única negra en su historial, le propuso que vivieran juntos para poder cuidarlo. Él le contestó que ya no viviría con nadie, y remató con una frase críptica: «No quiero

testigos».
—Fui al Habana Libre —continuó su relato—. Allí me encontré a un conocido del Club Capablanca, y él me avisó de que Fischer no bajaría a jugar. Le pregunté la razón y me respondió que por el *sabbat,* el día que descansan en su religión. Fue por eso que me sorprendí cuando tus amigas me dijeron que irían precisamente un sábado.
—Sí —confirmó Miriam—, y ese sábado tampoco bajó. A mí me llevaron a su habitación.
Mario la miró apenado. Había sido su culpa, de eso no tenía dudas. Jamás pensó que una gestión tan inocente como pedirle el autógrafo a un ajedrecista terminara en una infamia semejante.
—Te pido perdón —ensombreció la voz—, debí evitarlo a toda costa, pero ellas parecían tan seguras…
—Yo me alegro. Me alegro de que ni usted ni nadie lo evitara, toda la vida me estaré alegrando.
—A la edad que tenías tú, no debieron entramparte así, ni aunque te preguntaran, ¿acaso te preguntaron?
Ella lo meditó un momento.
—Bobby lo preguntó.
—Bobby no cuenta. Donde nosotros vemos un mundo y unos colores, él, desde que es chiquito, solo ha visto sesenta y cuatro casillas en blanco y negro.
La vio retraerse, ponerse en guardia, fulminarlo casi con la mirada. Estaban a punto de entrar en el campo minado del deseo y el consentimiento, y ella se disponía a impedirlo.
—Bobby no maneja la noción del tiempo —insistió—. Todo el espacio en su cabeza es para el ajedrez, si dejara entrar otras ideas se volvería loco. Tú tenías catorce, dime, ¿cuántos años te pareció que tenía él?
No quería acorralarla y, sin embargo, inadvertidamente lo había hecho. Susurró «perdona», y se apresuró a terminar su relato, sintió que debía darle ese cierre para beneficio de ella y para el suyo propio.
—El caso es que la primera vez que vino Fischer, siendo un niño que le ganó a Florido, un gran maestro cubano, yo conocí a su mamá y me enamoré perdidamente de ella.
—Regina… —Miriam sonrió—. ¿Y qué pasó después?

—Pasó que le pedí, le rogué que se quedara en Cuba, pero no se pudo. Prácticamente la obligaron a irse con el grupo de americanos que organizó el torneo. Luego de unas cuantas cartas, que en verdad yo no le contesté como debía, ella se esfumó, quién sabe si se volvió a casar.

—Yo tampoco he sabido de Bobby —replicó ella—. Desde México lo llamaré a Reikiavik. Si está casado no me importa, y a usted menos debería importarle.

—¿Que esté casado Fischer?

—Que esté casada su mamá... ¿No ve que tiene que buscarla?

Mario sonrió comprensivo: el optimismo de la juventud era inagotable.

—Fui a ver ese juego y Fischer no bajó —le dijo a Miriam, que volvía a engancharse al relato—. Pero no solo él, los demás americanos tampoco. Dijeron que si no cambiaban el día del *match* para que no cayera en sábado, ninguno de ellos jugaría en solidaridad con Fischer, y de acuerdo con el reglamento, si el competidor no se presenta, el equipo que sí lo hace gana cuatro a cero... Los del equipo soviético se presentaron todos, hasta Mijaíl Tal, que es un loco que siempre llega tarde.

Miriam evocó la imagen del hombre de la cabeza vendada, el Mago cuya enrevesada estrategia para ayudarlos a salir del hotel los había salvado por un pelo.

—Estuve dando vueltas por el salón, con esfuerzo porque tenía que ir abriéndome paso entre un montón de gente que se presentó allí, todos pendientes del gong que marcaba el inicio de la jornada, y yo pendiente de encontrar a Regina...

Miriam lo observó con curiosidad. La historia que le estaba contando el relojero era la de un muchacho. Su cara vieja, narizona y fea, era la fea y narizona cara de un chiquillo. Nadie acababa de crecer del todo.

—Spassky prendía un cigarrillo tras otro, tal vez pensando que Fischer aparecería a última hora y que la amenaza de no bajar era otra de sus patrañas para ponerlo tenso. Pero Fischer cumplió su palabra: al golpe del gong, los demás jugadores ocuparon sus puestos, excepto los del equipo americano, que perdieron por incomparecencia.

—Debió dejarle una nota.

—¿A Fischer, para qué? Las notas de los viejos son patéticas, excepto las que hacemos para acordarnos de tomar la medicina, o para no olvidarnos de comprar los huevos.

—Pues fíjese que aquella noche me dijo que le sonaba de algo un relojero...

—¿Eso te dijo? Puede que sí, porque él estuvo aquí de niño y mi padre lo atendió muy bien. Con doce años que tenía en ese entonces, bien podría acordarse.

—No me acuerdo de las cosas que me pasaron a los doce —justificó ella a Bobby—. ¿No llegó a verlo en la Olimpiada?

—Ese sábado, no, no quiso bajar. Y si mal no recuerdo, Fischer había jugado un sábado, diez años antes, en el Club Capablanca. Parece que al alcanzar la mayoría de edad abrazó la tradición de sus mayores, judía por ambos lados. Nemenyi, su verdadero padre, también lo era.

Miriam lo escuchaba con atención porque pensaba que a Bobby podía interesarle la historia del relojero enamorado, y se la contaría cuando lo volviera a ver.

—Unos días más tarde, pasó por aquí un cliente que estaba muy enterado de los pormenores de la Olimpiada. Me comentó que se habían hecho gestiones para que el capitán del equipo ruso, un ajedrecista llamado Bondarevski, renunciara a la victoria que había obtenido sin jugar, y se pudiera reprogramar el *match* Fischer-Spassky. Se decía que el propio Fidel llamó a Kosyguin para que mediara con Bondarevski, que estaba hecho una fiera. Y funcionó. Fíjate si funcionó que aquel encuentro se pactó para el lunes catorce...

—Y usted estuvo allí, claro.

—Estuve, estuve y la busqué, no dejé de buscarla en ningún momento. En cuanto a Fischer, ya lo había visto en las fotografías, pero otra cosa era verlo en persona, tan alto y seguro, con ese magnetismo que no podía explicarse. Se levantaba a veces para poner nervioso a Spassky, pedía que le trajeran jugo de naranja, resoplaba, miraba a su alrededor, y en una de esas me clavó la vista. Yo me había ido colando entre el gentío y estaba en la primera fila, no sé ni cómo pude sostenerle la mirada, tuve la impresión de que me sonreía con los ojos, como si al verme hubiera recordado otra etapa de su vida, y esa etapa

le hiciera gracia.
—Cuando yo logre dar con él —musitó, conmovida—, usted será el primero a quien le escriba.
—Ojalá, Miriam, ojalá... Quiero que le digas que solo deseaba hacer feliz a su madre, que llevara una vida tranquila y se recuperara de las malas rachas del pasado. De mi parte, estoy seguro de que lo hubiera querido como a un hijo. Con sus rabietas y malacrianzas, ya se le hubieran ido pasando, y si no se le pasaban, igual le hubiera dado amor de padre. ¿Me prometes que se lo dirás?
—Prometido... Ya me tengo que ir.
—Si no te veo, buen viaje y mucha fe.
La vio salir ligera, diríase que revoloteando. Él fue a sentarse frente a su eterno banco de relojero y se acordó de su padre, de Emanuel, de Waldemar, de Aniela y hasta de Elenita. Para acordarse de Regina no necesitaba orden ni espacio, ni un momento de especial tristeza como aquel: ella era todo, el inamovible fondo de su soledad, ningún otro dolor o ausencia lograban desplazarlo; las nostalgias entraban y salían a través de su reino.
Le hubiera venido bien llorar, pero cada día estaba más seco.

Locura azul

No fue el Brujo de Riga el que llamó a la puerta, sino una mujer alta, exuberante y pelinegra, con unos expresivos ojos verdes que le sonrieron a Bobby al decir que iba de parte de Mijaíl Tal. Él la dejó pasar, y ella me buscó con la mirada. Me encontró hecha un ovillo en el sofá, queriéndome fundir con el mueble, deseando que se hiciera bueno el mandato que tantas veces había oído a los cómicos de la televisión: «¡Trágame, tierra!».

Debió de sorprenderle mi aspecto, porque siendo una mujer de mundo —¿qué edad tenía: veintiocho, treinta...?— descubrió lo que a Bobby se le había escapado: ella sí se dio cuenta de que yo no había cumplido quince, es más, le vi en los ojos que había adivinado la verdad: pasaba raspando los catorce. Me extendió un bolso de paja, como los que se llevan a la playa, con un pañuelo anudado en una de las asas.

—Ponte esta ropa para que nos vayamos. No puedes salir de aquí con eso.

Lo que ella denominaba «eso», era mi atuendo de abandonar el país. No entendí por qué tenía que cambiarme. Con bastante desconfianza abrí el bolso y saqué un vestido negro con mangas de encaje, tan corto que al principio me pareció un blusón.

—Cuando estemos en un lugar seguro, vuelves a ponerte el tuyo y me devuelves ese, mira que no es mío.

Busqué la aprobación de Bobby, que me hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y fui al baño a cambiarme. Contra todo pronóstico, al verme en el espejo, no me sentí disfrazada o fuera de lugar con esa ropa que Greta hubiera dicho que era de guaricandilla. Me eché el pelo hacia un lado, tal como estoy en la foto que el padre de Práxedes me tomó unos meses después, y volví donde la mujer, que cogió de

mis manos el vestido de la salida, lo dobló y lo guardó. Como tenía la cara lavada, me mandó sentar, sacó una carterita llena de cosméticos, y me pidió que cerrara los ojos. Estuvo maquillándome en silencio, y al cabo unos minutos se limitó a exclamar:

—¡Listo! Me llamo Sonia —alborotó mi pelo con los dedos—, ¿y tú cómo te llamas?

Le dije que Regina.

—Regina, ven conmigo, hay que irse yendo...

Miré a Bobby, hice el ademán de ir hacia él, solo intentaba despedirme, pero ella me frenó:

—Luego, luego... Él viene en un ratico. Vámonos ya.

Cogí mis cosas y la seguí, pero antes de abrir la puerta vi que se daba vuelta y me miraba de arriba abajo: el problema era el tablero. Opinó que era mejor que lo dejara.

—Es que no es mío, tengo que devolverlo.

—Pues que él lo traiga —resolvió Sonia haciendo un gesto hacia Bobby, quien escuchaba atónito el intercambio.

Insistí en llevarlo conmigo con el argumento de que solo había ido allí esa tarde para que él me diera su autógrafo.

—Me lo imagino —resopló burlona—. Pero ¿quién ha visto a una puta saliendo de un hotel con un tablero de ajedrez?

La palabra «puta» me estremeció, creo que a Bobby también. Nos miramos y comprendió que estaba a punto de echarme a llorar, entonces vino a mi lado y susurró que no me preocupara, que confiara en él: lo llevaría adondequiera que nos fuéramos a ver. Lo dejé en sus manos; no hubo un abrazo, ni un beso, ni otra cosa que la incertidumbre de tener que alejarme con esa desconocida que ya empezaba a detestar. Caminamos por el pasillo solitario hacia los ascensores, no había ni rastro del gigante que estaba haciendo guardia la tarde anterior, y el ascensorista, medio adormilado, no pareció extrañarse de vernos.

Atravesamos el *lobby,* desierto a esas horas, pero antes de alcanzar la puerta, un hombre nos detuvo.

—¿De dónde vienen?

—Estábamos con Mijaíl, tú lo conoces, ¿algún problema?

—¿Y esta chiquita? —añadió, haciendo una mueca despectiva hacia mí.
—Esta chiquita es mi sobrina... No sé a qué viene esto, me viste entrar con ella.
Bajé la vista. Me pegué a ella preguntándome si el otro iba a tragarse esa retahíla de embustes, pero también buscando protección.
De la nada salió otro individuo. Un mulato fornido, trajeado, con un gesto autoritario que nos paralizó y que también dejó azorado al hombre que nos interrogaba.
—La niña no se va —masculló el recién llegado.
—¿Y dónde hay una niña por aquí? —se atrevió a desafiarlo la tal Sonia, mirando cínicamente a su alrededor.
—Esta —dijo el otro, cogiéndome del brazo.
Empezaron a discutir bajito, alzaron poco a poco la voz.
—Tú, si quieres, lárgate por esa puerta... Tu amiguita se queda.
—¿Puedes creer que no? —La mujer se puso en jarras—. Ella llegó conmigo y conmigo se tiene que ir.
Sin soltarme el brazo, el mulato me arrastró a una de las butacas del *lobby,* ordenó que me sentara y no me moviera de allí. Era la segunda o la tercera vez que oía esa frase en menos de veinticuatro horas. Volvió a la puerta donde Sonia gesticulaba, me hacía señas que no pude descifrar. En un momento dado vi que el hombre que nos paró al principio se escabullía rumbo al mezanine. El enorme reloj de pared que colgaba sobre las majestuosas puertas del Salón de Embajadores marcaba las cuatro y veinte de la madrugada, y lo recuerdo porque a esa hora me invadió la paz de las catástrofes irremediables. Si creía que todo lo malo que podía ocurrir había ocurrido en septiembre, estaba equivocada.
—Dime tu nombre y dirección.
El verdugo había vuelto, tenía unas manos regordetas con las que sostenía un bolígrafo y una libretica con el logotipo de la Olimpiada Mundial de Ajedrez.
—Regina Suárez Brito.
—Habla más alto, ¿Suárez qué?
Repetí el nombre y, por supuesto, le di la dirección de la verdadera

Regina. Había cruzado, sin proponérmelo, las fronteras del pánico a la rabia, y la de la rabia al desquite. Si la intención era llevarme a mi casa, que lo hicieran a la de ella. Era Regina quien lo había fraguado todo, y aun así estaría durmiendo tan tranquila, segura de que me había demorado por alguna tontería, o había salido por la puerta que no era. Después de hacerlas esperar tanto rato junto al manojo de nervios en que se convirtió el relojero, habría dicho que más me valía aparecer con el tablero firmado.

—Nos vamos —dijo el hombre cerrando la libretica—. Ya hablaremos en tu casa, aquí no podemos seguir, dentro de un rato empiezan a bajar los huéspedes.

Salimos a la calle. La mujer que supuestamente iba a sacarme del hotel, caminó detrás de nosotros. Un poco más adelante había un carro patrulla, varios taxis y corros de trasnochados que nos miraron con curiosidad. Tal como me lo temía, me hicieron subir al carro patrulla, y desde al asiento trasero miré hacia atrás, a la imagen de piedra en que se había convertido Sonia, desconcertada, con los brazos abiertos.

Todo había terminado. El chofer, que era un policía de uniforme, manejó lo que me pareció un corto trayecto hasta que se detuvo en Paseo, una avenida todavía concurrida a esas horas. El otro bajó y me abrió la puerta.

—Apúrate, niña, que es para hoy.

Salí del carro acoquinada, convencida de que me llevaba a una estación cercana. Peor que peor: en ese caso, Greta tendría que comparecer.

—Camina —tronó, vi algo malo en sus ojos y lo obedecí.

Entonces caminamos.

El lugar se llamaba Los Violines. Para mi sorpresa, después de avanzar un buen tramo, el hombre se detuvo —y yo, en consecuencia— frente a la marquesina de luces de neón en que resplandecían las copas, los pentagramas y, por supuesto, los violines.

—¡Cuánto bueno por aquí, Albertico! —dijo el portero uniformado y le estrechó la mano a mi custodio.

—Estoy apurado, mi socio, es para que me la dejes pasar. El ruso

viene ahora y te explica...
—¡Tú no me digas que el ruso viene para acá! —exclamó el otro—. Tiene unos cojones más grandes que Maceo... Le rompen una botella en la cabeza y todavía le quedan ganas de volver.
Ambos se echaron a reír.
—Ya sabes cómo son... ¿Tú has conocido algún ajedrecista cuerdo?
—Cómo que no —porfió el portero—. Dicen que *Espagky* no se mete en nada, que es el santurrón del grupo y se acuesta con las gallinas.
—¡Qué sabes tú con quién se acuesta Spassky!
Hablaban como si yo no estuviera delante. El chofer del carro patrulla se mantuvo a la espera, nos había estado siguiendo de cerca y de repente se había detenido, fumando tranquilamente, como si se tratara de un ritual al que estuviera acostumbrado.
—Me tengo que ir... Siéntala por ahí y dile al Chino que le dé un refresquito.
—Se lo digo, ¿y qué hay para mí?
—Guano del imperio, hermano, dólares que me van a dar. Esta chiquita es cosa de Fischer. Cuídamela como oro.
El hombre se fue y el portero me abrió la puerta, me hizo una reverencia exagerada para que caminara delante de él, no sabía yo adónde, nunca había entrado en un lugar como ese. Pasamos por la pista de baile donde todavía algunas parejas se abrazaban. Había unas pocas mesas ocupadas y el portero me llevó hasta donde estaba el Chino, que en efecto lo era, pero muy de lejos, mezclado, porque se le notaba en el pelo ensortijado y la nariz carnosa.
—Que manda decir Albertico que esta va a esperar aquí hasta que llegue el ruso, que le pongas un refresco...
—¿Qué ruso? ¿El ruso?
—¡El mismo que viste y calza!
—Se jodió la noche... En cuanto llegue, vélalo, mira que no quiero más sangre.
Me senté donde el Chino me dijo que lo hiciera, una mesita apartada, encajonada en el ángulo que formaban dos paredes. Enseguida volvió con un vaso lleno hasta los bordes.
—Te traje un jaibolito suave para que se te quite el susto... La hija mía

es así como tú, alta y flaquita, ¿cuántos años tienes?
Ante mi silencio, se contestó a sí mismo:
—Ella hará dieciséis en enero, tú debes andar por ahí...
Yo acababa de «hacer» catorce, pero en ese momento pude haberle dicho cien. Me parecía que había transcurrido un siglo entre el momento en que llegué al Habana Libre, la tarde del día anterior, y ese instante en que apuraba el jaibolito suave, varios sorbos seguidos que me produjeron una sensación desconocida —años después supe que se llamaba impunidad—, como si fuera la peor de las mujeres, y al mismo tiempo me felicitara de serlo, arrebujada en la penumbra, oyendo la música que tocaba un pianista.
Como estaba absorta en esos pensamientos no vi llegar al Mago de Riga, percibí que alguien estaba frente a mí, creí que era de nuevo el camarero y, cuando levanté la vista, me encontré con su cabeza vendada y la garra de su mano pegada a la boca, sosteniendo un cigarrillo. Detrás de él, estaba la mujer que me había prestado el vestido, y, bastante rezagado, aturdido en medio del salón, divisé a Bobby Fischer. No me había visto hasta que el Mago se volteó para llamarlo, y entonces apuró el paso y vino a sentarse a mi lado. Me dio un beso en la frente, luego dos más, en la misma mejilla, y enseguida puso sobre la mesa una bolsa con mi vestido de abandonar el país y el tablero autografiado. El Mago y Sonia fueron derecho a la barra, entre los aspavientos y bromas del Chino, quien les puso vasos con hielo y una botella entera de licor. Bobby me aseguró que no sabía de los arreglos que había hecho Mijaíl Tal con los vigilantes del hotel y el policía que me había llevado a ese lugar, pero era lo único que se le había ocurrido para sacarnos sin problemas. Lo oía hablar, veía su cara más huesuda y lampiña que la víspera, sentía su olor como si fuera el primero y el último en el mundo, y deseé morirme antes de volver a casa. Morirme de verdad, no como lo solían hacer aquellas perturbadas hermanas de mi abuela —y hasta mi propia abuela, siendo jovencita—, que anunciaban su muerte y se morían, pero resucitaban varios días después. Yo en ese momento solo podía aspirar a un tránsito inmediato, definitivo, ciego, en el que no me desgarrara la absurda idea de no volver a verlo.

Del lugar se había marchado casi toda la clientela, quedaba un puñado de parejas, dos hombres conversando en la barra, y el Mago con su amiga. Bajaron las luces y el pianista empezó a cantar «Locura Azul», una balada que estaba muy de moda entonces. Fue esa melodía la que desató la locura de ningún color, nos besamos con tal voracidad que cayó el vaso al suelo, y ni siquiera nos importó el ruido, ni las sillas que se balanceaban, ni el estupor que podía causar en los demás la urgencia con que sus preciosas manos, pausadas como las de un santo, tomaron mi cabeza y la llevaron dulcemente a su entrepierna. Nos permitieron esa última dicha, lo sé porque tan pronto como me incorporé y Bobby me dio su pañuelo para que me secara la boca, se acercó el Mago.

—*Hey, Cuckoo!* —exclamó sin mirarme—. *They're going to close, we have to go...*

Cogí la bolsa y pregunté dónde estaba el baño, sin titubear ni mostrar ninguna timidez, con la determinación de una mujer que está acostumbrada a cambiar de disfraz en los aseos de un club nocturno. Al salir, le entregué a la amiga del Mago el vestido que me había prestado. Me miró con lástima.

—Como eres delgadita, todo te luce bien. Qué pena que no es mío, si no te lo regalaba.

Era obvio que no podía ser de ella, con esas curvas pueblerinas y ese fondillo de andar por casa. Le di las gracias y le dije que, de todos modos, no solía ir a ningún lugar donde pudiera lucirlo.

Cuando volví donde Bobby, me echó el brazo por encima y me confesó que había estado dándole vueltas a una idea: trataría de quedarse en Cuba, ya sin el resto del equipo, solo él para jugar un largo *match* con Leonid Stein, que era el campeón soviético y estaba seguro de que aceptaría. Un largo *match* significaba que podría alargar su estancia por varios meses, aunque Tal le había advertido que para eso tendría que pedir el consentimiento de Fidel. También le había preguntado al Mago si sabía de un lugar seguro donde pudiéramos vernos al día siguiente —aparte de ese Torreón, que no acababa de convencerlo—, y el otro le aconsejó que lo más lejos posible del Vedado, que era la zona más vigilada, recorrida día y noche por la muchedumbre de

jugadores y aficionados. Así, de pronto, lo primero que le venía a la mente era el barrio chino. Eso sí, tendría que arreglárselas para escapar del Habana Libre sin que nadie lo siguiera. Bobby tenía pensado hablar con el periodista para que lo ayudara.

—Ni se te ocurra —reaccioné aterrada—. Ese fue el que subió conmigo y me dejó sola en el pasillo.

—*He didn't do it out of malice*... Ya me había dicho que me veía desanimado, que necesitaba conocer a una buena muchacha.

—No me trató como a una buena muchacha.

Cogió mi vaso para humedecerse los labios y cambiar de tema. Me dio la impresión de que apreciaba al periodista.

—¿Sabes dónde está el barrio chino?

—Claro que lo sé.

—Mijaíl me aconseja que nos metamos en un cine por allí, tú entras primero y yo después... O mejor al revés. Luego buscamos un hotelito por los alrededores.

—Posadas...

—*What?*

—Los hotelitos que él dice son posadas.

—*Whatever*... Él va a ese barrio para poder fumar.

Muchos años después vine a entender aquella frase. Mijaíl Tal frecuentaba los pocos fumaderos de opio, dos o tres clandestinos, que sobrevivían a la Revolución.

—Águila de Oro —propuse, me gustaba ese punto de encuentro—, solo van los chinos porque las películas no tienen subtítulos.

—*Golden Eagle*. —Sonrió—. Como a las ocho, si te parece bien, ¿te podrás escapar?

Lo había dicho en broma, sin saber que así mismo tendría que ser, una fuga mortal, rompiendo ventanas o saltando desde el balcón si era preciso, cualquier locura con tal de correr en dirección a Zanja, sin mirar atrás para ver si me seguían, observada de reojo por los chinos que a esas horas descansaban en las puertas de sus solares, los taburetes recostados contra la pared, fumando siempre, tosiendo sin parar, escupiendo una y otra vez al suelo. Soñé con esa imagen durante mucho tiempo, aun después de haberme ido de Cuba,

pesadillas en las que no lograba dar con el cine, y en las que nadie se dignaba a contestar mi súplica: «¿Por dónde se llega al Águila de Oro?».

—*Cuckoo, let's go at once!*

La voz del Mago de Riga no era la de sus bromas o sarcasmos. Estaba tenso, o molesto porque ninguno de los dos nos movíamos.

Se apagó la música del pianista y se apagaron las luces de la barra, lo que significaba que nos estaban echando. Salimos a la calle y Sonia me tomó por un brazo, me explicó que me acompañaría a coger un taxi. Le dije que no tenía con qué pagarlo, a lo que respondió que no me preocupara por eso, que ellos lo pagarían, solo tenía que decirle la dirección donde debía dejarme. Había un par de taxis afuera, esperando por los últimos clientes del *nightclub,* a uno de ellos se acercó la mujer mientras yo corría a darle un abrazo a Bobby.

—*Tomorrow, babe, Golden Eagle...*

Y fueron las últimas palabras que escuché de él.

Patria

A fines de 1973 empezó a consumirse.

Delgado había sido toda la vida, pero lo que le sucedía de un tiempo a esa parte era otra cosa. Se había encorvado, le costaba hacerse entender —sin proponérselo, hablaba en susurros— y empezó a sentir las fastidiosas punzadas que, por primera vez en muchos años, lo obligaron a verse con un médico.

La relojería había dejado de ser suya muchos años antes. Le pertenecía, como todo, al Estado. Pero ese cambio, el de ser propietario a convertirse en un simple empleado, que para otros había sido traumático, catastrófico incluso, a él no le trajo mayor inconveniente que el de reportarse cada quince días al Ministerio de Comercio Interior, presentar los números y el detalle de lo que le dejaban las reparaciones —cada vez menos, escaseaban las piezas—, así como la relación de gastos, por ejemplo, el salario que le habían asignado.

No necesitaba mucho para vivir. Era lo que intentaba hacerle comprender a Emanuel cada vez que este lo llamaba desde Nueva York, desesperado porque no podía ir a verlo y sospechaba que no andaba bien. A nadie que hubiese «abandonado» el país le permitían volver, ni siquiera para asistir al funeral de un ser querido. Tampoco era posible hacer llegar dinero. Mario esforzaba la voz, que ya era poco más que un hilo, para asegurarle que nada le faltaba. Tenía ropa suficiente para vestirse durante años. Comía poco porque no andaba bien del estómago, y el médico le había recomendado una dieta a base de vegetales y vianda hervida. No salía a ningún lugar, ni siquiera a un cine. Comprendería entonces que, si de joven nadaba en la abundancia, al extremo de que la compra del Bel Air había hecho poca mella en su cuenta bancaria, ahora que tenía sesenta años, casi le

sobraba todo.

Se despedían hasta la semana siguiente, aun cuando Mario sabía que su hermano colgaba intranquilo, destrozado por el dolor de presentir que no habría muchas semanas de conversación... El médico le había detectado un pequeño tumor en el esófago, le aseguró que lo habían descubierto a tiempo y que, si se operaba enseguida, podrían extirparlo y darle un tratamiento que le permitiría vivir algunos años. Mario quiso saber en qué consistía el tratamiento, el médico reconoció que le administraría fármacos muy fuertes, recalcando que por el momento lo que tocaba era la cirugía. Le dio cita para ultimar detalles. Él no volvió.

Algún tiempo después, su rutina se vio alterada por un evento inesperado. Dos funcionarios del Ministerio de la Construcción, acompañados por la presidenta del Comité de Defensa de su barrio, se presentaron una mañana para hablar con él. Fueron directos al grano: necesitaban el local de la relojería para ubicar a una familia que lo había perdido todo, como tantas otras, debido a derrumbes ocurridos «en el sector». No hubieran querido molestarlo, pero la situación de esa gente era desesperada, y al fin y al cabo él podía seguir arreglando relojes desde su apartamento.

Mario no tuvo que pensarlo mucho: mejor se quedaba él a vivir en el taller, y que la familia en cuestión ocupara el piso de los altos. Alegó que no necesitaba tanto espacio, pero en el fondo era consciente de que no iba a soportar ver el lugar que con tanto esfuerzo levantó su padre convertido en un cuartucho, desnudo de sus relojes de pared, sus afiches, la vitrina (que los inquilinos tendrían que desmontar para tener dónde sentarse), y hasta el banco donde el viejo Gorski y sus dos hijos devolvieron reliquias de valor incalculable al reino de las horas. ¡Qué grandes relojes se habían reparado en Cuba!

—Prefiero que sea así —dijo sin inmutarse—. Aquí puedo arreglármelas muy bien.

Añadió que ni siquiera sacaría los muebles, solo objetos personales, libros y revistas que habían sido del padre y, por supuesto, su cama, que siendo de una sola plaza podría acomodar en el cuarto de desahogo, por llamar de algún modo a la antigua covacha donde el

viejo Gorski guardaba las maquinarias inservibles, en las que escarbaba en busca de una pieza sana; su colección de péndulos, que a Mario ya no le servían de nada, y hasta el carcomido baúl con el que había salido de Polonia. Solo necesitaba que le consiguieran a un par de hombres fuertes que lo ayudaran a mover todo aquello.

—Eso está hecho —prometió uno de los funcionarios, lo más seguro que pensando que habían salido de oro.

No se lo contó a Emanuel. No valía la pena enfurecerlo, y menos provocar que soltara una andanada de improperios contra los comunistas, razón por la que de inmediato se cortaría la comunicación. Además, las llamadas se iban haciendo más difíciles, no solo por las interferencias, sino por los problemas de voz que se iban acentuando en Mario, quien se limitaba a escuchar las novedades que le daba su hermano sobre la relojería en Brooklyn, los cariños que le mandaba Elenita, y sorpresivamente los de Waldemar, reconciliado a esas alturas con su padre.

Mario sabía que un día, no muy lejano, Emanuel lo llamaría y él no podría responderle. Tenía que ir pensando en escribirle una carta, dejarla al cuidado de uno de sus clientes para que la enviara cuando él faltara y no antes, porque la sola idea de saberlo moribundo en La Habana, podía llevar a su hermano a cometer una locura.

Metió en el Bel Air, que tantas veces le habían querido comprar, los libros de ajedrez del padre, varias fotografías de ajedrecistas famosos, al parecer originales, todas en sus buenos marcos, sobre todo una de ellas, la de Emanuel Lasker, ya muy anciano, sentado en el banco de un parque que, por los edificios que se veían al fondo, debía de ser el Central Park. Al cruzar la pierna para la fotografía, que había sido tomada de costado, quedaba en evidencia un agujero en la suela del zapato.

Vaciló antes de añadir a todos aquellos recuerdos el tablero firmado por Bobby Fischer. Lo estuvo contemplando unos minutos, lo miró por un lado y por otro, releyó la dedicatoria y recordó un pedazo de su vida, quizás el único por el que le había valido la pena venir al mundo. Si no lo entregaba en ese momento a quienes de seguro iban a valorarlo, era probable que, cuando él no estuviera, fuera a parar al

cubo de la basura, recogido por el camión implacable de la madrugada y sepultado en un vertedero. Mejor desprenderse de él ahora que podía dejarlo en buenas manos.

Subió al carro y condujo en dirección al Club Capablanca. Había poca gente a esas horas, apenas un par de mesas ocupadas por aficionados que jugaban sendas partidas, y un puñado de curiosos que se dedicaban a observarlos. No conocía a ninguno, así que siguió de largo, sin dar los buenos días para no desconcentrarlos, esa era la verdadera urbanidad en esos lugares. Caminó hacia las oficinas cargado con los libros y las fotografías, saludó al encargado de por las mañanas, un ajedrecista ya mayor que había conocido al viejo Gorski, y le explicó que, como se mudaba, quería donar al Club la colección del padre, en general libros y fotografías, pero también el tablero familiar, con la dedicatoria de Bobby Fischer.

—Un tesoro —exclamó el otro—. Déjame verlo.

—Está en el carro, no podía con todo.

Salió a la calle y volvió con el tablero, que el hombre tomó en sus manos y observó extasiado: eran las palabras y la firma del campeón mundial.

—A propósito, Mario —reaccionó el viejo ajedrecista–, en estos días te llegó una carta. Bravo me dijo que él mismo te la llevaría, pero todavía está aquí, qué bueno que has venido...

Buscó en el casillero de la correspondencia, en el apartado que ponía «Otros» (no los miembros regulares del Club), y sacó el sobre que le extendió a Mario, quien a su vez miró de refilón el remitente: se leía muy claro el nombre de Regina Wender. Necesitó hacer un esfuerzo para no perder la compostura, se guardó el sobre en un bolsillo y se despidió, agobiado por las muestras de gratitud del hombre que insistió en acompañarlo a la salida. Condujo buscando un lugar tranquilo donde estacionarse y leer. La emoción no lo hubiera dejado llegar indemne a la relojería. Cuando detuvo el carro y rasgó el sobre, supo que ese sería el último estallido de amor, la última conmoción de su vida antes de que acabara todo.

Mój zapamiętany *Mario:*

Estuve a punto de escribir esta carta en nuestro hermoso idioma común, pero no sé cuánto lo recuerdas, si lo practicas, si podrás comprender mis sentimientos mejor que en español.

Pienso a menudo en ti, en los inolvidables momentos que pasamos juntos, y es entonces cuando me pregunto: ¿qué interrumpió nuestra amistad?

El año en que Bobby regresó a La Habana para la Olimpiada, hubiera querido acompañarlo, buscarte y recordar viejos tiempos. Pero estaba en Berlín, terminando mi especialidad en Anestesiología. Soy doctora y ahora no me falta trabajo.

Estoy preparando un viaje a Cuba, feliz de que hayan abrazado el comunismo, de que estén trabajando por una sociedad más justa, y de que tú te hayas quedado allí, tu verdadera patria. Así que para la primavera nos estaremos viendo.

Volví a contraer matrimonio pocos años después de nuestro encuentro, con un gran pacifista, ucraniano para todos los efectos, aunque nació en Londres porque allí fueron a dar sus padres, huyendo de los pogromos del Ejército Blanco. Es plomero, dondequiera que va tiene trabajo, así que hemos viajado por el mundo, y hasta vivimos un tiempo en Portugal —¡me faltaba aprender portugués!— para escribir un libro sobre nuestra experiencia en una cooperativa.

Hace poco, desafortunadamente, acordamos divorciarnos, aunque en muy buenos términos. También tiene planes de ver con sus ojos lo que ocurre en Cuba, y no dudo que me acompañe. Ya me dijo que deberíamos llegar a tiempo para marchar con los cubanos el Primero de Mayo.

Espero que goces de buena salud y todavía recuerdes a esta mujer que mantuviste a salvo en un momento en que a su alrededor todo se derrumbaba.

Recibe mi cariñoso abrazo,

Regina

Recostó la cabeza, desolado. Le dolió aquella pregunta: «¿Qué interrumpió nuestra amistad?». Nuestra amistad, decía... ¿Nuestra amistad, Regina? Hubiera preferido que nunca nadie le entregara esa carta, que hubiera quedado olvidada en el casillero del Club Capablanca, y que alguien más se hubiera encargado de leerla y

destruirla a su muerte.

Ahora, no podía evitar torturarse. Ella se había casado; había estado en brazos de otro, un plomero nada menos, seguramente fornido, de encallecidas manos que la supieron sujetar mejor de lo que nunca la sujetaron Fischer, Nemenyi, y por supuesto él. Se preguntó cuáles promesas le había hecho el pacifista, qué caricias le había prodigado, cuánto se había esforzado por llevarse bien con Bobby. A Bobby no lo mencionaba, daba por hecho que él conocía sus proezas.

Puso en marcha el Bel Air y circuló lentamente por unas calles que lo despedían, lóbregas e interminables. Antes de leer la carta, tenía asumido que todo estaba perdido, aunque no de esa manera, con aquellas banales, despiadadas líneas.

Al llegar a la relojería, encontró que lo estaba esperando la familia que ocuparía su apartamento: padre, madre y dos niños. Se sentía cansado y enfermo, pero intentó mostrar su mejor cara. Les abrió la puerta, los llevó a conocer el lugar cómodo, amueblado y con balcón a la calle en el que habían vivido tres generaciones de la familia Gorski: desde ese momento, el lugar les pertenecía. Notó que a la mujer se le salían las lágrimas, los niños correteaban, la luz ya era otra.

Los dejó a solas y fue a encerrarse en el taller. Regina estaba feliz de que él se hubiera quedado en su patria. ¿Cuál patria, Cuba? No, no lo había sido nunca. Tampoco en todos esos años se sintió polaco... Era un náufrago, no había que darle vueltas.

Si en esos momentos hubiera podido decirle una frase al oído, una declaración postrera, las últimas palabras antes de enmudecer por siempre, le habría dicho que su única patria era ella.

Carta de una desconocida

Cinco años después, aún esperábamos «la salida».

Al terminar la secundaria, las Oritías nos dispersamos para cursar estudios en preuniversitarios diferentes. Regina, con la ayuda de su madre, quien se desvivía por complacerla, fue aceptada en el Pre del Vedado, con fama de ser más liberal y chic, todo lo chic que podía ser en una época marcada por la Ofensiva Revolucionaria, el hombre nuevo y la moral comunista. A Práxedes y a mí nos asignaron el Pre de La Habana, que justo para ese curso fue militarizado. Laidi y Tania lograron entrar al de la Víbora, que no tenía mucho caché, pero tampoco la disciplina de guerra a la que nos vimos sometidas Práxedes y yo.

Una vez por semana, me dedicaba a revisar periódicos y revistas en busca de la más mínima nota que aludiera a Fischer, con la suerte añadida de que a menudo las ilustraban con caricaturas o fotografías. Lo recortaba todo y lo pegaba en un cuaderno, que con el tiempo fueron dos, y más hubieran sido de no ser porque la mayor parte del espacio lo dedicaban a los ajedrecistas soviéticos o del campo socialista. Varias veces me topé con la imagen de Mijaíl Tal, que daba la impresión de estar quedándose calvo, o ya lo estaba en los tiempos del botellazo, pero por el vendaje en la cabeza no se le notaba. En todas las fotos sostenía un cigarrillo, en unas con la mano buena, en otras con la garra. Me gustaba ver su rostro inquieto, eléctrico hasta en el papel, porque me recordaba la madrugada en la que Bobby y yo nos despedimos apasionadamente en Los Violines. En otras ocasiones, sin embargo, verlo en las fotografías me hacía evocar el miedo que sentí a que le dijera a Bobby mi verdadera edad. Brujo al fin —y además mujeriego—, tenía ojo clínico para calcular la edad de las mujeres, y a mí ni siquiera me incluyó en esa categoría: para él no era

más que una chiquilla. Pero el tiempo termina por darnos, si no la razón, al menos la edad que merecemos. Cuando alcancé los verdaderos dieciséis, pasé unos días preguntándome si Bobby habría pensado alguna vez en eso, en que habían pasado ya dos años y, según sus cuentas, que eran las de mi gran mentira, tenía que haber cumplido dieciocho.

Por esa misma época, la revista *Bohemia* dio cuenta de la publicación de su libro, *Mis 60 memorables partidas,* y la foto que ilustraba la nota, la más nítida de todas cuantas pegué en el cuaderno, parecía reciente. Me llamó la atención verlo cambiado, tal vez había ganado peso, noté su cara un poco más redonda, menos juvenil, y además se peinaba diferente, o se peinaba sin más: la noche que pasamos juntos no dejó de tener ni un segundo el pelo alborotado. A la hora de acostarme, cuando empezó *Nocturno,* me llevé la foto a la cama para seguir mirándola, y juraría que su olor me vino a la nariz. El de su ropa, plenamente; el de su cuello, exacto; el de su vientre, mucho más esquivo, yendo y viniendo para atormentarme.

Un año más tarde, por el mes de marzo, la radio anunció que había dado comienzo en Belgrado un torneo llamado La URSS vs. el Resto del Mundo. Eran diez ajedrecistas por equipo, todos contra todos en un maratón de apenas cuatro jornadas. Pasaban como de puntillas sobre el nombre de Bobby Fischer, que estaba entre los participantes, pero en vano estuve buscando nuevas noticias que lo mencionaran, algo que no era raro en los convulsos tiempos que vivíamos: de pronto se dejaba de hablar de una persona, bajaba la orden de ignorarlo, siendo la causa una opinión, o por el contrario un silencio, o incluso la gente con la que se había dejado retratar.

Las cosas en mi casa, durante aquel tiempo, también dieron un vuelco. Poco a poco, mi papá había dejado de ser un bohemio rodeado de guaricandillas, para convertirse en un libretista antisocial, repudiado y sancionado por la Revolución. El origen de su caída en desgracia, como era de esperar, fue su carácter guasón, que lo llevó a soltar un chiste que le costaría muy caro. Era octubre del 67, había muerto el Che Guevara en Bolivia, y por varias semanas fueron suprimidas las columnas humorísticas en el semanario donde aún colaboraba. Una

tarde, al llegar a la redacción, se le ocurrió decir que la corona del Che le había costado cien pesos (el dinero que dejó de ganar por el luto). Un caricaturista y un conserje lo oyeron, tomaron nota y lo denunciaron, razón por la que fue expulsado del semanario y fichado para que no lo aceptaran en ninguna otra publicación. Se dedicó entonces a componer boleros, y logró que algunos vocalistas de éxito los incorporaran a su repertorio, pero la manera en que tituló uno de ellos, «Cómo odio los domingos», cerró abruptamente su carrera musical, al ser considerado una pulla contra las jornadas de trabajo voluntario. Poco después fue convocado a la oficina del irascible comandante que dirigía la radio, un tal «Papito», el mismo que nos tenía prohibido oír a los Beatles. Allí, junto a otro guionista, dos locutores y el actor que ponía voz a Pável Chichikov en la versión radiofónica de «Almas muertas», todos acusados por diversionismo o desviación sexual, escuchó la refriega que los condenaba a trabajar en una granja avícola.

Cuando salía de pase, escuálido y amarillento, mi papá traía a la casa una gallina igualmente escuálida, que comíamos a la noche en silencio. Greta dejó de exigirme que no le hablara, no había necesidad de castigarlo cuando ya estaba purgando otro fenomenal castigo. Los dos días que pasaba en casa apenas salía de su cuarto, por lo general releía sus libros favoritos, de Jardiel Poncela y Álvaro de Laiglesia, y de vez en cuando escribía un libreto que le pedían por lástima, para poder pagárselo en secreto.

Le envié varias cartas a Bobby adonde el relojero me había sugerido que lo hiciera: el Manhattan Chess Club. No me daba cuenta de que esas cartas eran interceptadas, leídas y tiradas sin salir de Cuba, y aun en el improbable caso de que salieran, lo normal era que terminaran mezclándose con otras muchas que le llegaban a ese mismo lugar, y que se amontonaban en espera de que él las recogiera, cosa que casi nunca hacía. Años después sabría que a los del Club les hubiera sido imposible reenviar la correspondencia, ya que Bobby era alérgico a dar su dirección. No en pocas ocasiones dio direcciones falsas.

Greta no se enteraba de mis cuitas, era un espectro en vida, cada día más obsesionada por el deterioro de la ropa de abandonar el país, que

se nos hacía pequeña, o demasiado grande. Me vigilaba, eso no iba a cambiar, pero aunque yo había estado saliendo con algunos muchachos, amoríos que se limitaban a los clásicos chupeteos en el cine, y para los que contaba con la complicidad de una prima, no volví a darle motivos que la hicieran pensar que estaba enamorada. Al menos, no lo estaba de nadie que viviera en Cuba.

Un tiempo atrás, había intentado decirle la verdad, pero no me creyó.

Fue el día de mi cumpleaños número diecisiete. Estando a punto de salir para el Pre, la vi llegar de la calle con un paquete en las manos, vituallas que nos tocaban por la libreta de racionamiento. Me felicitó, aunque huelga decir que no hubo beso, nunca me besaba. Eso sí, me preguntó si no iba a dar una «vueltecita» con mis amigas, o ir a Coppelia para celebrar. Tanta amabilidad me confundió. En primera, porque no andábamos bien de dinero, prácticamente vivíamos de la caridad de mis tías y de los amigos de mi padre, y en segunda, porque casi no tenía amigas en el Pre, excepto Práxedes, que venía conmigo desde la secundaria. Con el resto de las Oritías ya apenas me comunicaba, hacíamos vidas muy distintas. Dijo que me esperara un momentico, fue a su cuarto y regresó con el regalo que me había dejado una de mis tías el día antes: un corte de tela para que me mandara hacer otro vestido de salir de Cuba. Aprovechó para sentarse a mi lado, mala espina me daba todo aquello, y enseguida, en el tono más conciliatorio del mundo, preguntó si nunca le iba a decir dónde había estado la noche de aquel sábado. Como no había otra noche, sabía exactamente a lo que se estaba refiriendo.

Lo más fácil del mundo es caer en las trampas de una madre, que son las trampas de la sangre. Me dejé llevar por su bondad y le confesé que había estado con el ajedrecista Bobby Fischer, pues en lugar de ir a un concierto como le había dicho, había estado en el Habana Libre, buscándolo para un autógrafo. Al principio no entendió, se limitó a mirarme con el asombro de un animal que se enfrenta a su propia imagen en el espejo, y luego volvió en sí y endureció la voz para decirme que viera que me lo estaba pidiendo por las buenas.

—Te juro que estuve con Fischer —y diciéndolo solté un gran peso—. Quería quedarse a vivir en Cuba, pero no lo dejaron.

Se llevó las manos a la cabeza, suspiró hondo, y enseguida soltó esa risa tan particular, que yo hubiera reconocido entre miles y miles de risas:

—Ya hubieras querido tú que un hombre como él te hiciera caso.

No volví a contarle la verdad, ni ella me la preguntó.

Cuando mi papá venía de pase, envuelto en ese olor nauseabundo a pollo mojado, Greta le decía que agradeciera a Dios que no lo hubieran mandado a cortar caña. Habíamos dejado atrás el «Año del Esfuerzo Decisivo», divisa que poníamos cada día en nuestros cuadernos y en la pizarra, justo debajo de la fecha, y nos adentrábamos en el «Año de los Diez Millones», en referencia a las toneladas de azúcar que Fidel prometió que se producirían, pero no se pudo. Él mismo lo reconoció en un discurso antes de que terminara la zafra: se harían ocho en vez de diez, y entonces vimos a la gente llorando por televisión; cortadores de caña que golpeaban la tierra con los puños; mujeres que, con el machete en alto, se ofrecían para reparar lo irreparable. Eso provocó que los vecinos más recalcitrantes nos acecharan por aquel entonces: siendo eternos candidatos a salir de Cuba, y por lo tanto «gusanos», parecían advertirnos con la sola mirada que no se nos ocurriera alegrarnos del fracaso.

En lo que a mí tocaba, solo seguía defraudada por que en ninguna parte pudiera encontrar noticias sobre Bobby Fischer y el torneo de La URSS vs. el Resto del Mundo. Le pregunté a mi papá, que estaba a punto de cumplir su sanción en la granja, donde algunos jugaban al ajedrez luego de degollar a las gallinas, si de casualidad sabía qué había sido de Fischer. No sospechaba lo que Bobby significaba para mí, así que lo noté perplejo, mi interés le resultaba raro, aunque no hizo nada por averiguar a qué venía tanta curiosidad. Me aseguró que no se hablaba de Fischer porque, según unos amigos suyos que oían *La Voz de las Américas,* le había ganado a Petrosián en Belgrado.

1971 fue el peor de los años, en el peor de los escenarios, con Greta sumida en la peor de las crisis, y mi papá también sumido en otra crisis, desconocida por él hasta ese entonces: la del terror. Salía fugazmente a la calle para almorzar con uno de los dos amigos que le quedaban, y que se alternaban para pagarle el almuerzo. Siempre

llevaba con él una ajada bolsita de plástico con una pequeña cacerola sin mango, en la que nos traía las sobras para almorzar nosotras. Cuando Greta y yo nos sentábamos a la mesa, él nos miraba comer y casi invariablemente soltaba el nombre de otro amigo o conocido suyo que había sido sancionado y enviado a barrer un policlínico, o, lo que era peor, a sembrar caña en las provincias remotas que se preparaban para la siguiente zafra. Una de las actrices secundarias, a las que ya mi madre no se refería con el horrible mote, fue reprendida por un comentario mordaz que hizo al aire, y enviada a trabajar en una imprenta donde la pusieron a empaquetar libros, todos del mismo autor, a quien ella apodaba *Shecoló.* Un día, en medio de un ataque de nervios, gritó que se cagaba en la reputa madre del maldito ruso, despedazó dos ejemplares de *El Don apacible,* y tuvo que ser recluida. Nadie iba a verla, pero mi papá decía que se recuperaba.

Greta empeoraba a ojos vistas. Un tiempo atrás, en los días finales de 1970, al volver a casa me la encontré sentada en la penumbra, mirando al vacío, acumulando lágrimas en aquellos ojos llenos de visiones, sin permitirse parpadear, como si en el lugar en el que mentalmente estaba hubiera recibido la orden de memorizarlo todo. Iba a pasarle la mano por delante de los ojos para que reaccionara, cuando pronunció esta frase:

—Miriam..., hoy era Nochebuena.

Lo era, en verdad, pretérito imperfecto. Se había prohibido por decreto cualquier celebración navideña, en aras de que se trabajara más a gusto en nuestro suave invierno, sin el calor violento del verano. Sin embargo, a menos que todos nos hubiéramos confabulado para no hacer mención del tema, y no fue así, en el preuniversitario nadie sintió nostalgia o se acordó siquiera de la fecha: éramos jóvenes y teníamos cosas más importantes en las que ocupar la mente. En mi caso, perdida la esperanza de que dijeran algo sobre Bobby Fischer, me martirizaba con ideas absurdas: ¿todavía jugaba al tenis a deshoras? ¿Celebraba, él sí, la despedida de año con los amigos? ¿Tenía una esposa ajedrecista que lo comprendía, desenvuelta y rubia, probablemente de Checoslovaquia? En el imaginario de mi pobre vida, no había nada más intenso que una checoslovaca.

Un día de abril de 1971, en la clase de historia, el profesor nos mandó analizar el discurso con el que Fidel acababa de cerrar un congreso. Lo teníamos que leer en voz alta, cada uno un párrafo. Ignoro qué trampa del destino hizo que me tocaran unas líneas en las que parecía que el propio Comandante en Jefe, apuntándome con el dedo índice, se dirigía a mí:

Algunas cuestiones no han aparecido en nuestros periódicos... ¡Qué problema, qué crisis, qué misterio que no aparecen en los periódicos! Es que esas cuestiones son demasiado intrascendentes, demasiado basura para que ocupen la atención de nuestros trabajadores y las páginas de nuestros periódicos.

Cuando terminé de leer, el profesor me pidió que les explicara a todos lo que Fidel había querido decir. No recuerdo cómo salí del paso. Tuve que callarme lo que en realidad pensaba: para mí sí era un problema, una crisis y un misterio que los periódicos no hablaran de Bobby Fischer.

El resto del año pasó a trompicones. Un día, corría como la pólvora el rumor de que cerrarían las salidas y no dejarían a nadie moverse del país, y al otro llegaban noticias, más o menos fidedignas, de que le habían hecho «el inventario» a una familia de un barrio cercano, o que le había llegado «el telegrama» a otra.

En el mes de noviembre, a punto de cumplirse cinco años de la Olimpiada Mundial de Ajedrez, al pasar por la relojería, Mario me hizo una seña para que entrara. El negocio había sido intervenido y ya no le pertenecía, ahora era solo un empleado, pero seguía afanándose como si fuera suyo.

—Fischer ganó el torneo de candidatos en Buenos Aires —susurró cuando cerré la puerta—. Volvió a derrotar a Petrosián.

Así que había estado en Buenos Aires, fue lo primero que pensé, con tantas argentinas...

—Primero le ganó a Larsen, seis a cero. Y luego se las ganó todas a Taimanov, el pianista ucraniano... Es un monstruo, será campeón.

Contrario a lo que él creía, no me estaba dando una buena noticia. Si le había vuelto a ganar a Petrosián, menos publicarían nada que tuviera que ver con él.

—Hablé con mi hermano por teléfono —agregó—. Él está en Nueva

York, bueno eso lo sabes tú. Se acordaba de que conocí a Fischer de niño y me dijo lo de Buenos Aires.

—¿Se casó...?

—¿Mi hermano?

—¡Bobby! —le espeté, medio ahogada por la ansiedad.

—Quién sabe... No creo... Está casado con el ajedrez.

Al mes siguiente hubo mucho frío en La Habana. Fue un invierno borrascoso y triste, sin Navidad tampoco, pero qué importaba. Ni siquiera Greta se acordó de la Nochebuena, que solo supe que había caído un viernes porque una tía de Práxedes, que era católica a escondidas y me conocía por haber estado en su casa otras veces, le pidió a su sobrina que fuéramos a verla el sábado 25. Nada más llegar, nos ofreció batido de fruta bomba y nos regaló a cada una un arbolito de Navidad en miniatura, hecho por ella a base de alambre forrado y bolitas de papel. Al dárnoslo, suplicó que nunca olvidáramos el nacimiento de Nuestro Señor.

Cuando la buena mujer fue a llevar a la cocina los vasos vacíos, le aseguré a Práxedes que el único Señor del que nunca iba a olvidarme era de Bobby Fischer.

—Desengáñate. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Si en todos estos años no ha hecho nada por comunicarse contigo...

—No le di mi verdadero nombre —era la primera vez que se lo confesaba a una de las Oritías—, tampoco mi dirección. Le dije que me llamaba Regina.

—¡¿Regina?! ¿Por qué hiciste eso?

—No me gusta mi nombre.

—¿Y crees que a mí me gusta el mío?... Ahora tienes que escribirle una carta, como en la novela de Stefan Zweig. —No pudo reprimir un toquecito de mordacidad—. Tú, que has leído tanto, tienes que conocer esa.

—Claro que la conozco, y vi la película.

—La desconocida tenía trece años cuando se enamoró del escritor. —Sonrió con malicia—. Esa te ganó...

Vino la tía a sentarse de nuevo con nosotras, hablamos de cosas triviales, Práxedes acababa de entrar a la universidad, a mí no me lo

permitieron por estar en espera de la salida. Entonces la mujer dijo una frase que me perturbó: era una pena que una muchacha como yo estuviera viviendo en un limbo. Tenía razón, pero no por lo de la universidad, sino porque una buena parte de mi existencia se había diluido en esa nada de los niños flotantes, sin bautizo ni fuga, prendada de un ajedrecista americano al que nunca volvería a encontrar.

Nos despedimos porque queríamos ir al cine; le agradecimos el batido y el arbolito en miniatura, y salimos a la calle. Sentadas en la guagua, de pronto Práxedes me dijo:

—Fíjate que *Carta de una desconocida* es tu misma historia... Estuvieron juntos una noche, luego él se fue de Viena y se olvidó de ella. No le escribió a pesar de que tenía su dirección.

—«Con la tenacidad de una chica de trece años, solo me ocupé de tu existencia» —repliqué, pensativa.

—¿Qué dices?

—Es lo que le escribe la desconocida a R. Así le dicen al escritor en la novela: R. Y no fue una noche, sino tres las que pasaron juntos.

Práxedes me miró con pena.

—Lo dicho —suspiró—. También en eso te ganó.

Qué no daría yo por la dicha
de estar a tu lado en Islandia
bajo el gran día inmóvil...

JORGE LUIS BORGES

A fines de marzo de 1972, llegó a la casa un militar para llevar a cabo el tan ansiado inventario, preámbulo seguro, o casi seguro, del permiso de salida.

Consistía en un recuento de bienes que en realidad eran males: el achacoso sofá de la sala, dos butacas, juego de comedor, camas, armarios (en los armarios languidecían los atuendos de abandonar el país) y hasta los pocos platos de la menguada vajilla. El único radio de la casa también cayó en la redada, y por descontado que el televisor, aunque no funcionaba. Hubo que prenderlo para que el militar comprobara que la pantalla, fundida, crepitaba apenas.

Greta estaba emocionada y se desvivía por mostrarle al hombre objetos que a lo mejor había pasado por alto: la jaula vacía de un canario muerto; el marco de la fotografía de mi bautizo; un misal de comunión con las tapas de nácar... Muchos años atrás, exactamente siete antes de conocer a Bobby, yo había hecho la primera comunión, justo las últimas que se celebraron antes de que también quedaran prohibidas. Luego del inventario, nada se podía romper o perder. Todo tenía que estar allí para cuando ese mismo militar, u otro, regresara a verificar que dejábamos lo declarado.

Mi cabeza, inevitablemente, estaba en otra parte. Semanas antes, después de mucho tiempo, había vuelto a leer el nombre de Bobby Fischer en la prensa cubana. Fue con motivo de una nota que informaba que el campeonato mundial de ajedrez se disputaría en el mes de julio en Reikiavik, la capital de Islandia: Boris Spassky, que

ostentaba el título, se enfrentaría al retador, que era el americano. Corrí a buscar en un mapa el lugar exacto donde quedaba Islandia, allá en el círculo polar ártico, lejos de todo menos de Groenlandia. Sabía que tan pronto como Fischer le ganara una partida a Spassky, en los periódicos y la radio guardarían silencio, pero por lo pronto tenía tiempo más que suficiente para averiguar adónde le podía escribir. Ignoraba cuánto tardaba en llegar una carta desde La Habana a Reikiavik, solo confiaba en que, con suficiente antelación, estuviera allí cuando empezara el torneo. Y ya que era posible que nos autorizaran la salida en cualquier momento, me propuse incluir las señas del hotel mexicano en el que pararíamos, aunque nuestros parientes en Miami, encargados del trámite, ni siquiera nos habían dado el nombre.

Me llené de ilusión, de un júbilo que a duras penas podía reprimir y que Greta atribuyó al inventario, totalmente ajena a las ideas enloquecidas que poblaban la cabeza de su hija, como escapar a Reikiavik tan pronto como saliera de Cuba. Un imposible, y lo sabía, pues con el pasaporte cubano solo podríamos poner rumbo a Miami, y eso después de mucho papeleo.

Mi primer impulso fue ir a preguntarle al relojero si sabía el nombre del hotel donde se jugaría aquel *match*.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —murmuró desconsolado—. Islandia es como otro planeta, la tierra del hielo nada menos... Nadie que yo conozca ha estado nunca allí, ni siquiera mi sobrino Waldemar, que trabaja en un barco y ha tocado puerto en todas partes.

Desde que ocurrió lo que ocurrió aquel sábado, cuando fui en busca de la dedicatoria para su tablero, Mario se comportaba como si estuviese en deuda conmigo. En realidad, tenía que agradecer que ni las Oritías ni sus padres, quienes sabían que él nos había llevado hasta el Habana Libre, lo hubiesen culpado de mi escandalosa fuga. Sin necesidad de ponernos de acuerdo, más bien por instinto, hicimos un pacto de silencio para que Greta nunca se enterara de que el relojero había estado inmiscuido.

—Quizás se pueda averiguar algo con los muchachos del Club Capablanca —lo oí decir, cuando ya estaba en la puerta para irme—.

No te prometo nada, pero mañana mismo voy a preguntar.

A mi papá también le pedí ayuda. Jugaba al ajedrez y conocía a montones de aficionados, gente que aún se movía en los ambientes del radio y la televisión. Le dije que el novio de mi amiga Práxedes, fanático de Spassky, quería mandarle unos artículos que había escrito sobre él y necesitaba una dirección de Islandia.

—¿Spassky? —exclamó mi padre—. ¿Y por qué no le escribe a Rusia? Ese *match* de Islandia va a colgar de un hilo... Para mí que Fischer se las deja en la mano.

Otra vez usaba esa expresión para insinuar que Fischer no se presentaría.

Lo de Práxedes, por supuesto, era una trola. Lo más cerca que le conocí de un novio fue un boxeador con el que de vez en cuando se acostaba, y que no hubiera sido capaz de distinguir una torre de un caballo. Pero Práxedes con el tiempo se había convertido en algo así como una confidente mía, y ya que mis esfuerzos por averiguar la dirección de la sede del torneo parecían desinflarse, le pregunté si se le ocurría algo para poder comunicarme con Fischer. Al día siguiente me llamó con su brillante idea:

—Pones en el sobre su nombre, abajo Reikiavik, y más abajo Iceland, en inglés, que es como lo entienden los carteros del mundo. La ciudad no tiene ni cincuenta mil habitantes. Nadie más se va a llamar como él, ningún vikingo.

Había consultado los datos en un Almanaque Mundial de hacía bastantes años —ya no llegaba a Cuba esa publicación—, así que lo más seguro era que Reikiavik estuviera más poblada de lo que decía.

—No lo haré —protesté—. O le escribo a una dirección real, o no le escribo. Tengo que contarle cosas muy íntimas.

—Claro —se burló—, «la carta de una desconocida»...

Vio que no me hacía gracia, cambió el tono y prometió averiguar con sus compañeros de facultad.

Unos días más tarde, desde la relojería, Mario me hizo una seña con la que adiviné que me tenía buenas noticias: conectó el índice con el pulgar, haciendo un círculo como los buzos. Greta iba detrás de mí y tuve que seguir de largo, pero tan pronto como volvimos a la casa

busqué la forma de salir de nuevo, ya ni me acuerdo con qué excusa. Empujé la puerta de la relojería y la campanita aleteó, como si aleteara mi propio corazón. El relojero sacó un papel y lo puso sobre el mostrador: «Pabellón de Exposiciones Laugardalshöll».

—Guárdalo bien— aconsejó—, mira que es una palabrita difícil.

Abrí los ojos como una poseída. No miento si digo que casi me le eché a llorar. Mario me explicó que al día siguiente de haber hablado conmigo, cuando fue al Club Capablanca, nadie tenía idea de cuál sería la sede del encuentro, pero al volver, una semana después, un conocido suyo le informó que acababa de llegar una revista *Sputnik* con el calendario, y allí ponían lugar y hora.

Leí en voz alta la palabra islandesa, mi intención era memorizarla: Lau-gar-dal-shöll. Podía estar exagerando, pero sentí como si mi vida dependiera de ella.

—Ten calma y escúchame —agregó emocionado—, te tengo algo mejor.

Parecía un niño, a tal extremo disfrutaba de mi impaciencia que se frotaba las manos, balanceaba el cuerpo, reía como nunca lo había visto reír. Recién en ese instante me di cuenta de una cosa: era un hombre intrínsecamente abatido.

—Conseguí el nombre del hotel donde se va a quedar...

Pocos meses antes, yo había cumplido diecinueve, pero me sentí de cinco. Quería saltar, hacer la rueda con el relojero, chillar de la alegría y hasta estamparle un beso. A duras penas me contuve.

—El destino tiene unas cosas... Fíjate que le pidieron a un periodista que entrevistara por teléfono a Spassky para la revista de las Fuerzas Armadas, y él quiso hacer la llamada desde el Club Capablanca, para tener a mano a los expertos. Parece que el periodista irá a Reikiavik, y Spassky le dio el nombre del hotel donde se va a quedar ...

Mario hizo una pausa, me vio juntar las manos, rogarle con los ojos que avanzara por lo que más quisiera.

—Al día siguiente llamaron al Club desde Moscú para decir que Spassky se había equivocado. Que en el hotel Loftleidir, que por error le dijo al periodista, quien se estaría quedando es Fischer, y que Spassky se alojaría en el Saga... Un conocido mío recibió la llamada, y

al ver que yo anotaba tan interesado el nombre de la sede, se me apareció con esto.

Sacó otro papel. Lo cogí con el zarpazo de un hambriento que arranca un pastel de la mano del desprevenido transeúnte. Volví a casa con aquel tesoro que me hacía más fuerte: antes de perderlo prefería morir. Esa misma noche le escribí una carta a Bobby, y en el sobre la dirigí a Robert James Fischer, todo muy formal, al cuidado del hotel Loftleidir. Una semana después de haberla puesto al correo, envié otra carta similar al Pabellón de Exposiciones Laugardalshöll. Estábamos a principios de mayo y calculé que los jugadores no llegarían a Islandia hasta fines de junio, pero para quien ha esperado más de cinco años, dos meses eran poca cosa. En la eventualidad de que saliéramos de Cuba antes de que llegaran los jugadores a Islandia, tenía previsto mandarle un telegrama informándole de mi nuevo paradero. Pensé que el viento soplaba a mi favor, pero una vez más me equivocaba.

El 12 de julio, los periódicos cubanos volvieron a referirse a Fischer. El día anterior había perdido la primera partida en Reikiavik por un error de principiante, o eso fue lo que opinaron los entendidos. Lo importante era que Spassky había ganado. Reprochándole al estadounidense el hecho de que no hubiera llegado a tiempo ni siquiera para la gala de inauguración, dejando plantadas a las autoridades islandesas que habían acudido al acto, los titulares resaltaban la derrota. Había empezado con el pie izquierdo un campeonato al que millones de personas estaban atentas, supieran o no jugar al ajedrez, pues por primera vez en muchos países podían seguirlo por televisión.

Aún no recibía respuesta de Bobby, pero era normal, habían pasado muy poquitos días desde su llegada a Islandia. Además, ¿cómo estar segura de que mis cartas no habían sido interceptadas, descartadas por los que revisaban la correspondencia? Otra idea fatal me rondaba: la posibilidad, lógica después de todo, de que yo ya no le interesara y que, después de tanto tiempo, el recuerdo de las horas que estuvimos juntos hubiera quedado sepultado por el fragor de los torneos y las rivalidades. En mi vida no había pasado casi nada, pero la de él tenía que haber sido un torbellino. En el peor de los escenarios, con

veintinueve años, nadie se hubiera asombrado de que llegara a Reikiavik acompañado de una esposa. Una mujer que se encargaba de abrir las notas de los admiradores, y hasta las absurdas misivas de los dementes, visionarios que anticipaban las jugadas de él y de sus contrincantes.

Dos días más tarde, el 14 de julio, mi papá se levantó temprano, cosa bastante extraordinaria en él, y lo vi pasar por la sala rumbo a la cocina en busca de café. Salió con la taza en la mano y se acercó al sofá donde me vio leyendo. Algo me hizo pensar que iba a decirme justo lo que terminó diciendo:

—¿No te lo dije? Ya Fischer se la dejó en la mano a Spassky…

Bobby no se había presentado a jugar la segunda partida.

—Lo oí anoche por radio. Perdió por *forfeit*… y van dos.

Llamé enseguida a Práxedes, a la que la noticia la dejó indiferente, si acaso fingió un poco de estupor al oírme tan desanimada, por ratos exaltada, y al final llorosa. En la tarde fui a ver al relojero.

—Ya lo sé —dijo al verme entrar—. No se presentó, qué se le va a hacer. Los del Club Capablanca me dijeron que parece que se va de Islandia, no jugará el torneo…

Cada vez estábamos más cortos de dinero en casa, yo la que más, pero sin contestarle una palabra a Mario, salí de la relojería y fui a la Western Union (ya no era Western Union, creo, solo que le seguíamos llamando así), donde me dijeron que el costo de un cable a Islandia dependía del número de palabras, aunque siempre era caro. Volví a mi casa, tomé parte del dinero que guardaba Greta en la mesita de noche, dinero que era para comer, no para nada más, y regresé a la Western Union. Tenía una línea en mente, se me había ocurrido mientras caminaba cuadras para allá y cuadras para acá, y era exactamente esta: «Si eres el mejor jugador del mundo, demuéstralo y gánale». No me alcanzaba para más palabras, ni para poner mi dirección completa, ni mucho menos para explicarle el lío de mi verdadero nombre. Aposté a la despedida, que me salió del alma: «Todo mi amor, Regina».

Al final no acababan de cuadrar los números, por lo que me sugirieron que quitara unas palabras. Se iría «jugador del mundo». Taché la frase

y quedó de este modo: «Si eres el mejor, demuéstralo y gánale». Juro que así se fue.

Una semana más tarde nos llegó la salida.

Pasó medio barrio a despedirnos, y entre los que acudieron para desearnos suerte estuvo el relojero, tan apagado como de costumbre, pero no pudo ver a Greta por estar ella sumida en una de sus crisis. Tampoco pudo hablar con mi papá, que no se despegaba del teléfono anunciándoles la buena nueva a los amigos, los pocos que le quedaban y no habían renegado de él.

Yo atendí a Mario, le aseguré que adondequiera que fuera a parar buscaría a Fischer. Fue entonces cuando me pidió que pasara por la relojería si me daba tiempo, pues tenía algo que decirme. Lo hice al día siguiente, no me costaba nada detenerme unos minutos allí, aunque nunca imaginé que iba a confesarme que había estado muy enamorado de la mamá de Fischer. De repente, todo cobraba sentido: sus esfuerzos para que el hijo le firmara un tablero; su interés por saber si ella había vuelto a La Habana en aquellos días de la Olimpiada; su infelicidad larvada, corrosiva, eterna.

Lejos de darme pena, sentí coraje. Me vi de pronto en su espejo, abotagada y sola, consumiéndome en la espera de una carta. Y de algo estuve segura a partir de esa conversación: no quería parecerme a él, no quería terminar así. Esa relojería oscura donde se acumulaba el polvo, no el de las cosas, sino el del espíritu; ese reino de la pesadumbre no sería mi reino.

Hasta en ese momento vertiginoso, en espera del militar que haría el segundo recuento de lo que había en la casa, para luego sellarla, que era como sellar mi vida, yo seguía obsesionada con Bobby y contenta de que no se hubiera marchado de Reikiavik. Había vuelto a jugar el domingo 16 de julio —los sábados descansaba—, y ganado la tercera partida contra Spassky. Luego siguió ganando o haciendo tablas. Cuando se alzó campeón, ya estábamos en México y lo pude ver en los periódicos. Mi ilusión de llamarlo al hotel Loftleidir se había desvanecido. Una llamada a Islandia costaba una fortuna. No tenía ni con qué enviarle un nuevo telegrama. Al registrarnos en el hotel, le entregaron a mi padre un sobre con algún dinero, destinado a la

supervivencia básica, que nos había llegado de Miami. Él, que nunca había podido verse con dos pesos encima, pues todo lo despilfarraba, le entregó el sobre a mi madre para que controlara los gastos.

Comprendí que no había nada que pudiera hacer. En las cartas que le había mandado desde La Habana a Bobby, le ponía el nombre del hotel en México, Pal, pero no así la dirección, que solo supimos al llegar al aeropuerto Benito Juárez, cuando el hombre que fue a recibirnos aconsejó que la memorizáramos: avenida Arcos de Belén, 73, por si nos perdíamos en esa ciudad tan complicada.

Los dos primeros días no me moví de la habitación, llorando a mares, pues lo echaba todo de menos, y al tercero, cuando bajé a preguntar en la recepción por las llamadas a Islandia y vi la cara de asombro que ponían, para luego advertirme que desde allí no se podía llamar a «ese lugar», me senté en el vestíbulo, que no era grande, más bien modesto y solitario, y volví a llorar. Me secaba las lágrimas con el dorso de una mano, y enseguida tenía que hacerlo con el dorso de la otra. Aún no me había calmado cuando se abrieron las puertas del ascensor y salió un grupo de jóvenes vestidos con los uniformes de un equipo de béisbol, Los Diablos Rojos del México. Intercambiaron saludos bulliciosos con los demás huéspedes, que los animaban a ganar. Enseguida bajaron otros en tropel por las escaleras, y oí claramente cuando uno de ellos, señalándome, preguntó al de recepción:

—¿Y a esa qué le pasa?

El otro le contestó en voz baja, pero también lo oí:

—Es que se fue de Cuba.

Al día siguiente, estando de nuevo en el vestíbulo, alguien se me acercó y puso delante de mis ojos un envoltorio de la tienda Sanborns. Era el pelotero que la víspera había preguntado por mí.

—Para que se te quite lo triste.

Recuerdo que la mujer que limpiaba el suelo se paró a mirarnos. Abrí el paquete: era un perrito de peluche rosa, no atinaba a darle ni las gracias. A Bobby le apasionaba el béisbol, y Capablanca había sido un gran lanzador. ¿Sería posible que este también jugara al ajedrez? Fue lo primero que le pregunté, y él miró al techo, así como alguien que lo está pensando.

—¿Será eso que es parecido a las damas... pero con figuritas?
Me hizo reír. Días más tarde, me confesó que era justo lo que se había propuesto.
Era un fantástico tercera base.

San Juan, 2020 - Reikiavik, 2022

Nota de la autora

Esta novela estaba terminada cuando el historiador del ajedrez en Cuba, Jesús González Bayolo, quien fue muy generoso al acceder a contrastar sus datos con los míos, contestar a mis preguntas y refrescar mis recuerdos, me envió un whatsapp desde La Habana, en el que me decía que había olvidado contarme una anécdota. Al poco rato, me hizo llegar el audio que conservo, y que he querido reproducir textualmente. Es el siguiente:

Cuando Fischer estaba en Reikiavik para discutir el campeonato del mundo con Boris Spassky, que era el campeón, no se presentó a la segunda partida y la perdió por *forfeit*. Entonces el mundo del ajedrez estaba en vilo, que si Fischer juega, que si no juega...

A mí me contó el gran maestro argentino Miguel Najdorf, una gloria del ajedrez mundial, en una entrevista que le hice aquí en La Habana, que él fue allí, a Reikiavik, y por su amistad con Fischer se reunió con él y le dijo: «Bobby, ¿qué te pasa, por qué no quieres jugar?», y Fischer le dijo que sí, que iba a jugar, y según me cuenta Najdorf, Fischer metió la mano en un bolsillo de su chaqueta y sacó un telegrama. Y el telegrama decía: «Si usted es tan bueno como dice, demuéstrelo... Gánele a Spassky».

¿Qué es lo curioso de la anécdota? Siempre según Najdorf, ese telegrama estaba fechado en La Habana, es decir, se lo envió un cubano dándole ánimo y Fischer lo tenía como una cosa muy especial, y desde luego que no fue el motor para que jugara con Spassky, pero algo influyó en la psiquis... Najdorf me dijo que Fischer había recibido entre cien y doscientos telegramas de todo el mundo, pidiéndole que jugara al ajedrez... Pero ¿quién lo escribió? Eso no lo supo Najdorf, y probablemente Fischer tampoco, porque a él lo que le interesaba era lo que decía y, de alguna manera, de dónde venía, que se sabía que se había puesto en la Western Union de La Habana... Hasta ahí, no se supo más de esta historia.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas —aficionados, periodistas, historiadores del ajedrez—, e innumerables los libros y artículos periodísticos a los que recurrí durante la personal travesía de esta novela.

Destaco dos libros en especial: *Bobby Fischer en Cuba. Sus viajes, partidas y aventuras en la tierra de Capablanca,* de Miguel A. Sánchez y Jesús Suárez, y *A Psychobiography of Bobby Fischer,* del doctor Joseph G. Ponterotto.

Al ya mencionado Jesús González Bayolo, le debo, además, la confirmación de que Fischer habló con el campeón soviético, Leonid Stein, para disputar un largo *match* en La Habana al finalizar la Olimpiada. Ígor Bondarevski, capitán del equipo ruso, se negó en redondo, por lo que Stein no pudo quedarse.

Marcelo Gorajuria aportó relevantes anécdotas, pero especialmente revelador fue el relato del estoicismo con que soportó los desplantes de Fischer.

Los artículos y vídeos de Leontxo García, periodista especializado de *El País,* me ayudaron a comprender aperturas y defensas, así como los podcasts y vídeos de tantos amantes del ajedrez alrededor del mundo, quienes mantienen vivo el hechizo.

A todos, gracias.

Dios —afirmó Bobby—. La de él es feliz porque

La tarde que Bobby no bajó a jugar
Mayra Montero
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Fotografía de la cubierta: © Philippe Halsman / Magnum Photos / ContactoPhoto
© Mayra Montero, 2024
Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024
ISBN: 978-84-1107-484-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!